



CORAZONES  
QUE SE  
ROMPEN

Claire Contreras

*Phoebe*

Claire Contreras

CORAZONES  
QUE SE  
ROMPEN

Traducido por María José Losada



*Phoebe*

Título original: *Kaleidoscope Hearts*

Primera edición: mayo de 2018

Copyright © 2015 by Claire Contreras  
Published by arrangement with Bookcase Literary Agency  
© de la traducción: M<sup>a</sup> José Losada Rey, 2018

© de esta edición: 2018, Ediciones Pàmies, S. L.  
C/ Mesena, 18  
28033 Madrid  
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-66-7  
BIC: FRD

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO  
Fotografía de nuzza11/theartofphoto/stock.adobe.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

«... y ella siempre encuentra la manera de recuperar los pedazos,  
de coger los trozos y hacerlos hermosos...».

R. M. Drake

# Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

EPILOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

## PRÓLOGO

El primer chico del que me enamoré acostumbraba a contarme historias de reyes y princesas, de guerra y paz, y de que esperaba convertirse algún día en un caballero de brillante armadura. Viví de lejos sus aventuras nocturnas, observando cómo movía las manos de forma animada mientras me las relataba, y yo adoraba la forma en la que le centelleaban los ojos verdes cuando me reía de sus chistes.

Me enseñó lo que se siente cuando te acarician y te besan con intensidad. Más tarde, me mostró el dolor que te invade cuando se pierde a alguien que ha formado parte de tu vida. Lo único que se le olvidó fue decirme cómo enfrentarme a la forma en que se me encogía lo que me quedaba en el pecho después de que me rompiera el corazón. Siempre me he preguntado si se había saltado esa lección. Ahora en cambio no tengo claro si quizá fue él mismo quien se olvidó de aprenderla o si nunca llegó a sentir nada por mí.

# 1

Dicen que la mejor manera de seguir adelante es pasar página. Como si pasar página fuera fácil. Como si tratar de atenuar o de borrar tres años de recuerdos, tanto buenos como malos, fuera algo que se pudiera hacer en un día. Yo sé que no es así porque dentro de un par de semanas hará un año, y el recuerdo es tan potente como si él todavía estuviera aquí. Sus chanclas de los Giants de San Francisco todavía están junto al lavabo, donde las dejó. Su olor permanece en algunas de sus camisetas, esas que todavía no me he puesto para dormir. Su presencia es muy poderosa incluso en su ausencia. Pero mientras recorro la casa asegurándome de que he retirado todo de mi vista, sé que, para mí, este es un gran paso adelante en el proceso de pasar página.

Me encuentro en la cocina, escribiendo en la superficie de la última caja lo que contiene en su interior, cuando escucho el tintineo de unas llaves seguido del repiqueteo de unos tacones en el suelo de madera. Otro sonido que echaré mucho de menos, seguramente, cuando deje este lugar.

—¿Estelle?! —grita ella con su melódica y suave voz.

—¡Estoy en la cocina! —Me limpio las manos en los vaqueros y me acerco a ella.

—Hola. Ya veo que anoche te ocupaste de casi todo —dice con una triste sonrisa y los ojos brillantes mientras observa el espacio casi vacío. Tiene el mismo pelo rizado y salvaje que su hijo, así como unos similares ojos color caramelo. Cada vez que la veo, me vuelve a doler el corazón.

Me encojo de hombros y me muerdo el interior de la mejilla para no llorar. Haría cualquier cosa para no derramar más lágrimas por esto, en especial porque he conseguido reprimirme durante mucho tiempo. Cuando Felicia me abraza, suelto un lento suspiro y trato de no dejarme llevar por mis emociones. Siempre intento ser fuerte delante de Phillip y de ella. Wyatt era su único hijo y, por duro que resulte para mí haberlo perdido, el vacío que deben de sentir ellos ha de ser todavía más intenso. Por lo general no



lloramos cuando nos vemos, ni siquiera cuando viene aquí, pero vender esta propiedad es mucho más que despedirme de una casa. Es decir adiós a las mañanas de Navidad y a las cenas de Acción de Gracias. Es decir en voz alta: «Wyatt, te queremos, pero la vida sigue». Y es así, y esa es una de las razones por las que me siento culpable. La vida continúa, pero ¿por qué tiene que ser sin él?

—Todo irá bien —le aseguro, secándome las mejillas mojadas mientras me alejo de ella.

—Lo sé. Lo sé. Y también sé que Wyatt no querría que nos derrumbáramos por una casa.

—No, sin duda pensaría que somos idiotas por sentirnos de luto por un edificio —convengo con una leve sonrisa. Si fuera por él, la gente viviría en tiendas de campaña y se bañaría bajo el agua de la lluvia.

—Sí. Wyatt habría dado de baja el contrato de electricidad hace dos meses, ya que, total, tú has estado comiendo fuera —agrega.

Negamos con la cabeza, pero aparecen nuevas lágrimas cuando se apagan las risas y el silencio nos envuelve.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte con Phillip y conmigo? —pregunta mientras vamos de habitación en habitación, asegurándonos de que no queda nada. El empleado de la inmobiliaria comenzará a enseñar mañana la casa, y debe mostrar su mejor aspecto a los futuros compradores.

—No. Victor se sentiría muy ofendido si no aceptara su oferta. Posiblemente empezaría a echarme en cara que no quise ir a la misma universidad que él, que no seguía al mismo equipo de fútbol americano que él y que nunca le hice la colada durante la secundaria por aquella apuesta que perdí. Creo que por eso tiene tantas ganas de que me mude con él, ¿sabes?

Veo que a Felicia le tiemblan los hombros cuando se ríe con ganas.

—Vale. Salúdalo de mi parte y dile que está invitado a cenar con nosotros el domingo. ¡Nos encantaría que viniera!

—Claro —replico. Pero mi sonrisa desaparece cuando veo las chanclas de Wyatt en el suelo.

—¿Quieres que me las lleve yo o prefieres conservarlas tú?

—Es que... —Hago una pausa para coger aire de forma temblorosa—. ¿Te las quieres llevar?

No creo que pueda soportar verlas cada día en otro lugar. Ya he decidido guardarme todas las camisetas de Wyatt, y tampoco es que me sirvan sus

chancas, usaba unos cinco números más que yo, pero son sus favoritas. Eran. Eran sus favoritas. Eso es algo en lo que me obliga a trabajar el psicólogo: debo hablar de Wyatt en pasado. A veces me estremezco cuando lo hago, pero cada vez me resulta más fácil. Durante un tiempo estuve viviendo esa falsa realidad en la que Wyatt estaba de viaje o algo por el estilo. Le encantaba viajar solo y dejar que otras culturas diferentes inspiraran sus cuadros. Tardé más de un mes en comenzar a aceptar que no iba a volver. Después de tres, y por consejo de mi terapeuta, comencé a meter sus pertenencias en cajas para que no supusieran un constante recordatorio.

Tenerlas fuera de mi vista tampoco me sirvió de mucho. La casa en sí misma me recordaba a él, y no podía hacer desaparecer el estudio de arte. Tenía que aprender a vivir sin él. Seis meses después, fui capaz de entrar y salir de ambos lugares sin que el corazón se me encogiera en el pecho. Y ahora, cuando ya ha pasado un año, creo que estoy preparada para pasar página. Si la repentina muerte de Wyatt me ha enseñado algo, es que la vida es muy corta y que tenemos que exprimirla al máximo. Es algo que comprendo, pero algunos días sigue costándome un mundo seguir adelante.

—Cariño, ya sabes que todo lo que dejó es tuyo ahora —me recuerda Felicia. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando hasta que siento el sabor salado de las lágrimas en los labios. Intento agradecerse, pero las palabras se me quedan bloqueadas en la garganta por el nudo que parece vivir allí de forma permanente.

Nos abrazamos después de lanzar una última mirada a mi alrededor, y le prometo que la veré el domingo. Lanzo un último vistazo por encima del hombro mientras me acerco al coche, donde permito que el corazón se me encoja una última vez antes de sentarme detrás del volante para alejarme. Los recuerdos..., la sensación de bienestar..., el pasado..., todo se convierte en una imagen distante en el espejo retrovisor al dirigirme a casa de mi hermano. Estoy repasando mentalmente la lista de cosas que tengo que hacer en el momento en el que el timbre del móvil interrumpe mis pensamientos.

—Hola, ¿qué tal ha ido? —me pregunta Mia a modo de saludo.

—No demasiado mal. Un poco triste, sí, pero no horroroso.

—Lamento no poder haber podido acompañarte. ¿Ha ido Felicia a recoger parte de las pertenencias de Wyatt? ¿Qué tal está?

—Bien. Parece estar bien.

—¿Sigues en pie lo de salir mañana por la noche? —pregunta Mia, metiendo

el dedo en la llaga.

—Mientras se trate de ir a un solo pub, sí. No estoy de humor para ir de bar en bar ni esas cosas de universitarios que te gusta hacer a ti.

Mia no ha dejado atrás su lado más salvaje al graduarse y comenzar a vivir la vida de adultos. Por mucho que me guste pasar un rato con ella, atacar a mi hígado con una insana cantidad de agua después de haberlo ahogado en alcohol la noche anterior es algo que no puedo llevar a cabo cada fin de semana, como ella.

—Vale, no iremos de bar en bar. El sábado por la mañana tengo un *brunch* y no me puedo permitir el lujo de ir hecha una mierda, así que nos lo tomaremos con calma.

—¿Una cita? —me intereso frunciendo el ceño mientras detengo el coche en el camino de entrada de mi hermano.

—Es una cita a ciegas. Se llama Todd. Es restaurador en The Pelicano. Maria parece pensar que podemos formar una pareja perfecta —responde, haciendo sonar las erres de forma exagerada para imitar a su amiga italiana.

—Mmm... No me parece haber oído hablar de ningún Todd —digo.

Mia y yo somos amigas desde que tengo uso de razón. Nuestras madres fueron amigas íntimas en el colegio y, más tarde, sus maridos también se hicieron inseparables. Para consternación de nuestras madres, fue evidente desde el principio que la historia no se iba a repetir, dado que a Mia seguían gustándole los chicos malos y a mí los más reservados.

—¡Mierda! Esperaba que sí lo conocieras. ¿Acaso no conoces a todo el mundo relacionado con el arte? ¿Todd Stern? —insiste con una nota de esperanza en la voz.

Me río, porque no está tan lejos de la verdad. Wyatt y yo abrimos Paint it Back — estudio y galería de arte— hace un par de años, y entre nuestros amigos había tanto artistas como galeristas. Si añadimos a eso las conexiones de Mia en el mundo de la fotografía, prácticamente conocemos a todo el mundo. Bueno, es obvio que a todos no.

—No. ¿Rob no lo conoce?

—¡No pienso preguntarle! Ya sabes que mi hermano es un bocazas. Luego se lo contará a mi madre, y comenzarán a planificar mi boda con un tío al que todavía no he visto.

Me río, pero sé que tiene razón.

—Bueno, pues yo no lo he oído mencionar nunca.

—Maria me ha dicho que acaba de mudarse desde San Francisco, por eso se me ha ocurrido que lo conocerías. Un chico nuevo en la ciudad, ya sabes.

—Mia, esto no es el instituto.

—En realidad sí, es justo como el instituto. Lo que me hace pensar que si no hemos sabido nada de él hasta ahora, probablemente sea porque es feísimo.

—Seguramente tengas razón —le digo con una risa.

—Mierda... Stefano ya ha llegado para la sesión. Avísame si necesitas que me pase luego por casa de Vic. ¡Te quiero!

Cuelga mientras me estoy despidiendo, así que guardo el móvil y apago el motor. Me examino la cara con rapidez en el espejo retrovisor para asegurarme de que tengo el rímel intacto y me paso los dedos por el ondulado pelo castaño, que me recojo en una coleta. El único sonido que oigo mientras me acerco a la casa con la última maleta es el sonido de la grava debajo de mis pies, y las olas en la playa, a poca distancia.

La anticipación me hace vibrar cuando me agacho para buscar la llave de repuesto debajo del felpudo y abro la puerta. Llamo a mi hermano en cuanto traspaso el umbral en dirección al salón, porque doy por hecho que tiene el coche aparcado en el garaje. No recibo ninguna respuesta, así que subo las escaleras hasta la habitación de invitados. El dormitorio principal, que es el que usa él, está abajo, algo más conveniente para un soltero de veintiocho años, ya que la cocina y el salón —con una pantalla plana descomunal— están a solo unos metros de la puerta de su habitación. Cuando entro en el cuarto que me corresponde, me quedo sorprendida por lo que veo. No solo me ha hecho la cama con las sábanas nuevas que compré el otro día, sino que además ha pintado las paredes en un precioso tono gris perla que no puede gustarme más.

Dejo el bolso sobre la cama y me dirijo al balcón que hay en la habitación. Esos miradores son una de las características que más me gustan de esta casa, y lo que me volvió loca cuando mi hermano estaba pensando en comprarla. Hay uno en cada habitación del segundo piso, y dos en la parte de atrás, hacia la playa. Cuando salgo al balcón, me vibra el móvil con un mensaje de texto de Vic, diciéndome que estará aquí dentro de un par de minutos. Mientras respondo, me acerco a un caballete que no estaba aquí la última vez que lo visité. Lo rodeo y veo un mensaje escrito por Vic con letras enormes en el bloc de dibujo: «Bienvenida a casa, gallina», y más abajo, el dibujo de una

gallina del que solo se sentiría orgulloso un crío de cinco años. Estallo en carcajadas antes de hacerle una foto, que envío a Mia y a mi madre, ya que son las únicas que lo entenderán. Mi hermano comenzó a llamarme así cuando yo era pequeña y tenía miedo a la oscuridad, como la mayoría de los niños de cinco años, y por alguna razón, se me quedó ese apodo. Probablemente porque cada vez que me llamaba así suponía un desafío, un reto para que no retrocediera.

Paso la página del cuaderno de bocetos y dejo una hoja en blanco ante mí antes de concentrarme en el mar. Clavo los ojos en los diferentes tonos azules que brillan bajo la luz del sol: el cerúleo, el aguamarina y el azul oscuro como la medianoche. Es una imagen que no se puede ignorar. Que me hace recordar lo pequeña que soy en el gran esquema de las cosas. Lo diminutos que somos todos. No sé cuánto tiempo me quedo allí, contemplando la vista. Respirando. Disfrutando en la lengua del sabor a sal que trae la brisa que me envuelve. En ese momento, noto una mano en el hombro y pego un brinco, sobresaltada.

—¡Joder, Victor! —suelto mientras me llevo las manos al pecho.

—¿Te gusta el regalo? —me pregunta con una sonrisa antes de abrazarme.

—Sí, idiota —respondo sonriente mientras le doy una juguetona palmada en el pecho.

—¿Idiota? Te hago el mejor regalo del mundo ¿y me llamas idiota? El dibujo de la gallina es horrible, ¿verdad?

—Ya sabes que odio ese apodo. —Lo sigo al interior de la casa y bajo las escaleras detrás de él—. ¿Dónde está la comida? Tengo hambre.

—Pronto llegará. Voy a cambiarme de ropa —añade—. Luego tengo que volver a trabajar.

—¿Vas a regresar al bufete?

—El caso en el que estoy trabajando es un puto lío. La mujer de ese tipo quiere quedarse en el divorcio con todo lo que él tiene. No sé cuándo se darán cuenta los deportistas de que necesitan un acuerdo prenupcial blindado.

—Oh... —Me estremezco. Es algo que había discutido con Wyatt cuando nos comprometimos, y teníamos grandes diferencias al respecto cada vez que salía a colación. Aunque lo normal era que a un artista no le importaran cuestiones materiales, Wyatt era rico y tenía mucho éxito. Cuando cumplió treinta y tres años, llevaba años vendiéndole pinturas a un nutrido grupo de ricachones. Esas mismas personas lo habían convencido que casarse sin un

acuerdo prenupcial significaría enfrentarse a un divorcio horrible.

Un golpe en la puerta me hace girar sobre los talones. Mientras me acerco para abrir, pienso en lo estúpido que fue discutir por eso. Cuando Wyatt murió ni siquiera estábamos casados, y, total, sus padres han insistido en que me quede con todo lo que quiera. Son mayores, mucho más de lo que serán los míos cuando yo tenga la edad que tenía Wyatt cuando murió, y disfrutaban de su propia riqueza. Según ellos, no necesitan ese dinero para nada, y me pertenece por derecho, ya que yo soy la propietaria del cincuenta por ciento de Paint it Back. Sin embargo, por desgracia, eso forma parte del pasado. No quiero pensar más en nada relacionado con eso en este momento, este es mi nuevo comienzo.

La idea dibuja una sonrisa en mi cara que no desaparece cuando abro la puerta, aunque se transforma con rapidez en una expresión de sorpresa absoluta al ver al hombre que está allí, vestido con una bata verde y unos pantalones blancos de médico. Está mirando hacia abajo, tratando de limpiarse las zapatillas deportivas, por lo que el pelo color arena le cubre la mayor parte del rostro. Solo puedo distinguir la mandíbula fuerte y la mitad de los labios carnosos, pero lo reconozco de inmediato. Cuando por fin levanta la vista, sus ojos verdes me recorren de abajo a arriba hasta que se encuentran con los míos. Entonces sonrío de esa forma lenta y depredadora que siempre me ha dejado sin aliento.

—Bean —susurro, haciendo que curve más los labios y que aparezcan sus hoyuelos.

—Hola, Elle —responde. Aprieto el pomo de la puerta con más fuerza. Hace tanto tiempo que no lo veo que había olvidado el sonido de su voz—. Aquí está la comida.

Poso la mirada en las bolsas que sostiene entre las manos y doy un paso atrás para abrir un poco más la puerta.

—¡Ah, sí! No esperaba verte por aquí.

—Ha pasado mucho tiempo —reconoce, deteniéndose frente a mí al entrar. Cierro la puerta, pero dejo de respirar por completo cuando inclina la cabeza hacia delante y me roza la mejilla ligeramente con los labios. Hago todo lo posible para no percibir ese familiar aroma suyo que siempre me ha hecho perder la cabeza—. Me alegro de volver a verte —asegura mientras se aleja. La forma y el brillo de sus ojos cuando lo dice consiguen que me dé un vuelco el corazón. ¿Cómo es posible que todavía pueda provocar esa reacción

en mí? E incluso después de la muerte de Wyatt. Odio eso.

— Yo también me alegro de verte — susurro.

Lo sigo al interior.

Aunque no es cierto. Con los años, aprendí muchas cosas sobre Oliver Hart, pero solo hay una que valga la pena recordar: es malo para mí.

## 2

—¡Estás fabulosa! —me dice Mia cuando me reúno con ella en el pub que ha elegido para nuestro encuentro semanal.

—Lo mismo digo, *milady* —respondo con un gesto que la hace reír. Se ha puesto un vestido de estilo victoriano con un *bustier* que hace que parezca que sus pechos están a punto de salirse por arriba. Lleva suelta la larga melena rubia, aunque se la ha retirado de la cara.

—Qué idiota eres... He quedado con mis padres y con Rob para hacer una sesión familiar de fotos de Halloween que pueda exhibir en el estudio el mes próximo y no me ha dado tiempo a cambiarme antes de venir. —Se vuelve hacia la camarera—. Dos *Lemon drop*, por favor.

—¿De qué demonios te has disfrazado? ¿De reina Victoria? —pregunto mientras miro por debajo de la mesa cómo es el resto de su atuendo. Cuando me incorporo, veo que me observa como si me hubiera vuelto loca, y me doy cuenta de que no sabe quién es la reina Victoria.

—¡No! Soy Cersei Lannister.

—Ohhh... —replico antes de dar un sorbo al cóctel que acaba de traerme la camarera.

—Rob se ha disfrazado de Jamie.

—¿Qué? —pregunto, al tiempo que devuelvo la mitad del trago a la copa.

La burbujeante carcajada que escapa de sus labios se hace cada vez más fuerte.

—Te lo juro —asegura, cogiendo aire—. ¡Tendrías que haber visto la cara de mi padre!

Robert es el hermano de Mia. Su gemelo. Y..., como resulta evidente, ninguno de los dos es normal.

—Estáis enfermos. ¿Qué os han dicho tus padres? —pregunto, riéndome con ella.

—Mi madre no sigue *Juego de tronos*, pero mi padre se quedó horrorizado



cuando descubrió de quién nos habíamos disfrazado. No quiere que mi madre envíe las tarjetas de Halloween que dijo que iba a hacer, aunque es la primera vez que nos hacemos fotos disfrazados desde que Rob y yo teníamos unos ocho años. Ella se ha vestido de Mary Poppins y mi padre de Bert.

—Qué monos... Sin embargo, vosotros dos sois muy raros —murmuré—. Háblame de ese chico, de Todd. ¿Has averiguado algo más sobre él?

—Se apellida Stern...

—Tiene nombre de abogado o algo así —la interrumpo.

Mia pone los ojos en blanco.

—Es contable.

—Pensaba que era restaurador.

—No sé en qué estaba pensando Maria. Te lo juro, a veces creo que no entendemos igual el idioma.

—¿Por qué? —insisto, tratando de no reírme.

—Es la quinta cita que ha tratado de arreglarme... ¡y es un maldito contable! ¿Te parezco el tipo de chica que saldría con un contable?

—Bueno, no, pero tampoco tienes el mejor gusto del mundo cuando se trata de hombres, así que quizá esta vez no resulte tan mal.

—Cambiando de tema —dice de repente, arrastrando las palabras antes de terminar la bebida y hacer una seña para que nos traigan dos más—. ¿Qué tal la primera noche en casa de Vic?

Solté un largo suspiro...

La primera noche en casa de Vic había sido desgarradora, solitaria, rara, triste, feliz, extraña...

—No estuvo mal. —Me encojo de hombros.

Mia pone la mano sobre la mía para evitar que dibuje líneas con el dedo sobre la mesa.

—Que no haya estado mal no significa que haya estado bien, Elle —dice, reclamando mi atención.

—Sin embargo, me siento bien —respondo con el ceño fruncido.

—No es necesario que seas fuerte todo el tiempo, ¿sabes? Está permitido que te derrumbes un poco. Ha muerto el amor de tu vida, vas a vender la casa en la que habéis vivido juntos y te has mudado con tu hermano. Son muchas cosas juntas. Es normal que no estés bien. No pasa nada si te coges unos días en el trabajo si lo necesitas.

—Hace ya un año de su muerte. Y ya hice un descanso en su momento —le

recuerdo. Después de la muerte de Wyatt, estuve dos meses sin ir a trabajar, aunque eso no significó que me quedara encerrada todo el tiempo. Incluso me fui a vivir con mis padres un par de semanas para alejarme de la casa. No podía soportar los recuerdos ni estar allí sin él, pero no se puede dar la espalda a los problemas y esperar que desaparezcan solos. Sencillamente las cosas no funcionan así. Así que regresé a casa y asimilé que él no iba a regresar. Fui a un psicólogo y lo superé como pude, pero ya no quiero vivir en esa casa... Eso es todo—. A veces me siento como si fuera una bruja por vender la casa —confieso finalmente—. Como si quisiera borrarlo de mi vida o algo así.

Mia me aprieta la mano.

—Oh, cielo... Nadie piensa que estés tratando de hacer eso. Tienes que seguir adelante. Eres joven, inteligente, tienes mucho talento y eres divertida. No puedes enterrarte en vida por culpa de un fantasma.

Clavo los ojos en los de ella.

—No me he enterrado en vida. Pero no quiero forzar nada. Si conozco a alguien, lo conozco y punto; y si no lo hago, no lo hago. —Mia ha intentado organizarme dos citas a ciegas en los últimos meses. Incluso Felicia intentó convencerme para que fuera a una de ellas, pero todavía no estaba preparada. No creo que lo esté aún, a pesar de lo que todos piensan. Incluso mi propia madre me empuja a quedar con alguien, como si otro hombre fuera capaz de hacer desaparecer mi dolor como por arte de magia.

—Elle...

—Solo estoy diciendo que no me importa salir en este momento. Además, no necesito un hombre. Me encanta estar sola.

—Elle...

—Lo digo en serio, de verdad. Y ahora vengo de casa de Vic, algo que pensaba que iba a ser como un campamento de verano o algo así, y la mayor locura es que va Oliver y aparece cuando todavía no hacía ni quince minutos que yo me había instalado allí, lo que en realidad es como si...

—¿Has visto a Oliver?! —grita Mia, haciendo que la gente de nuestro alrededor se vuelva para mirarnos.

Asiento antes de darle un sorbo a la bebida.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Oh-Dios-mío! ¡Cuéntame! ¿Qué ha pasado cuando te vio allí? ¿Sabía que se iba a encontrar contigo? ¿Victor te lo había advertido de antemano? ¡Joder! —suelta Mia, casi chillando.

—Esta es la razón por la que no quería mencionártelo.

Me mira.

—Empieza a soltarlo todo ya. Ahora mismo. Quiero enterarme de cada detalle de lo que ha ocurrido. ¿Sigue estando tan bueno?

—¿Tú qué crees? —la pico, antes de soltar una breve carcajada.

—Creo que habrá envejecido como un buen vino. ¿Sigue llevando el pelo largo? Su melena me ponía cachonda... —dice, abanicándose con una mano.

—¿Te ponía cachonda su pelo? Sí, todavía lo lleva largo. No tanto como antes, pero lo suficiente. —Lo digo antes de darme cuenta de lo mal que suena, no por las palabras en sí, sino por las imágenes que me aparecen en la mente, de cuando se lo peinaba con los dedos.

—Bueno, hay que reconocer que estaba muy bueno. ¿Cómo ha sido volver a verlo? —se interesa.

—Para él, creo que igual que en los viejos tiempos. Para mí... No sé, fue...

—¿Como en qué viejos tiempos? ¿Antes de Oliver o después de Oliver? —vuelve a interrumpirme.

—Hazme preguntas más fáciles, Colombo.

—No puedes soltar algo así y luego no darme los detalles. ¡No juegues conmigo! —se queja.

—Vale. Encontrarme con él ha sido... incómodo. Me he sentido como si me hubieran tendido una emboscada, a pesar de que estaba allí, ante mí, con las bolsas de la comida. Nos ha traído sándwiches y *sushi*.

Mia me mira fijamente.

—Entonces está claro que él sabía que estarías allí.

Me encojo de hombros. Sí, obviamente estaba al tanto de mi presencia si había llevado comida suficiente para que los acompañara y comiera con ellos, pero no sabía cuánto tiempo hacía que conocía ese dato. No es que el *sushi* fuera un plato difícil de encontrar en Santa Bárbara, pero aun así... Ni a Victor ni a Oliver les gusta especialmente el pescado crudo, pero es mi comida favorita. Soy capaz de devorarlo en cualquier momento y en cualquier lugar.

—No se lo he preguntado —reconozco en voz baja—. En realidad no llegamos a hablar mucho más allá de su residencia en el hospital y de mis esculturas.

—¿Te ha preguntado por los corazones? —susurra por lo bajo.

Asiento, moviendo la cabeza.

—¿Le has contado por qué los has hecho?

—Claro que no —replico en tono burlón—. No soy tan valiente.

Compartimos una pequeña y patética sonrisa de comprensión antes de abandonar el tema.

—Bueno, ¿y qué tienes pensado hacer este fin de semana?

Me pongo a explicarle lo que voy a hacer los próximos dos días y nos relajamos, concentrándonos en ese tema. Hablaría de cualquier cosa con tal de dejar de hacerlo de Oliver Hart.

### 3

Me pongo a preparar el estudio, colocando lienzos en blanco en todos los caballetes mientras recorro la estancia. El sábado por la noche organizo lo que llamo noches de mujeres, y hoy será esta la primera parada de las chicas de una despedida de soltera. La dama de honor se pasó antes para traer una botella de vino para que la pusiera a enfriar, así como un CD con la música que querían oír. Mi participación se limita a una presentación al comienzo de la fiesta, y no me involucro en nada más. Por lo general, pagan para divertirse y cotillear con sus amigas; lo último que quieren es que les diga cómo usar los pinceles cuando se pongan a realizar sus creaciones.

A las siete, voy al cuarto de baño y me retoco el maquillaje. Me gusta cómo voy. He elegido una blusa roja con encaje negro en las mangas, *stiletto*s negros y unos vaqueros ajustados en los que el año pasado no hubiera soñado que podía meter el culo. Al oír pasos, me alejo del espejo y voy hasta el amplio espacio abierto, acercándome a la parte delantera de la galería con una sonrisa. Aunque estoy preparada para saludar, me detengo en seco cuando veo a Oliver allí, mirando una de las pinturas de Wyatt.

Hoy no va de uniforme, así que supongo que tiene el día libre. Me fijo en los vaqueros, que se ciñen perfectamente a sus caderas estrechas, y en la camisa azul. Lo ha combinado con una chaqueta formal oscura, muy tipo *GQ*, que diría Mia. Imagino que va camino del encuentro que ha mencionado Vic de la pandilla. Me ha dicho claramente que esta noche iban a un bar deportivo, lo que supone un mensaje claro: vamos a salir hoy con las chicas con las que estamos follando actualmente para que no nos acusen de querer solo sexo, y es mejor que quedemos en grupo, en un bar deportivo, para que sepan que no se trata de nada serio.

—Hola, ¿qué haces aquí?

Oliver me mira fijamente después de volverse hacia mí.

—Cada vez que te veo estás más guapa, ¿cómo lo consigues?

Me reprimo para no reaccionar como sé que él quiere, concentrándome en la pintura que está contemplando. Es un cuadro donde aparece un ojo oscuro con alas de mariposa como pestañas, que observa cómo me mira Oliver y escucha a escondidas mientras coquetea.

—Pasaba por la zona y se me ha ocurrido venir a ver cómo es esto. Espero que no te importe —explica mientras se acerca.

—Jamás se te había ocurrido antes —replico en voz baja, aunque las palabras gritan en mi interior. Nunca ha hecho el menor esfuerzo para venir a ver el estudio antes, y eso que le envié una invitación para la gran inauguración de la galería hace unos años.

La mirada de Oliver es tan seria e intensa que hace que me estremezca interiormente, pero me contengo. Me reprimo ante lo que me atrae hacia él como un imán. Pero él da un último paso y se detiene justo delante de mí.

—Debería haberlo hecho —confiesa. Su voz es un ronroneo que me impulsa a cerrar los ojos. Aunque no cedo. Giro la cara para mirar hacia otro lado, hacia el ojo que sigue mirándonos, juzgándonos. Trago saliva antes de volver a hablar, intentando asegurarme de que mi voz suene más calmada de lo que la siento.

—¿Por qué has venido ahora?

—¿Has terminado ya aquí? —pregunta mientras mira a su alrededor.

—En realidad ni siquiera he empezado. Hoy tengo una despedida de soltera. —Todavía no he acabado de hablar cuando abre la puerta una rubia con un vestido negro muy corto. Sus cinco amigas la siguen de cerca, todas vestidas de negro menos una, que lleva un modelo blanco y una tiara. Sonríe—. Bueno, aquí están.

—¡Hola! —saluda Gia, la dama de honor que se ha puesto en contacto conmigo, sonriendo.

—Oh, Dios mío..., ¿él está incluido? —dice una de las chicas—. ¿Va a ser nuestro modelo esta noche?

Oliver se ríe por lo bajo y les brinda una sonrisa que hace que todas las mujeres presentes menos una se sonrojen de una forma ridícula. Imagino que a esa no le gustan los hombres, porque esa es la sonrisa que hace que se desmayen todas las chicas que la ven.

—Por desgracia para ti, no. Este es mi amigo, Oliver, y ya se iba a una cita —explico mientras mis ojos se encuentran con los suyos, que brillan de diversión—. Chicas, podéis pasar a la sala contigua, enseguida estoy con

vosotras. Gia, todo está sobre la mesa.

—Muchas gracias —dice de forma efusiva mientras pasa a mi lado. La siguen todas las demás, mirando a Oliver sin cortarse un pelo. Estoy a punto de pedirle que algún día de estos se quede aquí quieto, como parte de la exposición. Quizá eso consiga que haya más movimiento en la galería.

—Entonces... —suelto, dirigiéndome a él otra vez.

—He venido a preguntarte si esta noche querías unirme a nosotros —explica, bajando una octava el tono de voz mientras alarga el brazo para enroscar uno de mis rizos en un dedo.

—¿Por qué? —pregunto en voz baja, dando un paso atrás y obligándole a soltar el mechón.

—Porque necesitas salir por la noche —asegura en tono firme mientras baja la mirada de mis ojos a mis labios.

Retrocedo un paso más, de repente necesito que haya más distancia entre nosotros.

—Ayer ya salí.

—Conmigo no.

Me inunda el cerebro el recuerdo de la última vez que me dijo esas palabras, mientras él sonríe como si tuviera asientos reservados en la primera fila de mis pensamientos, donde interpreta uno de los papeles principales.

—Tengo que dejarte —me disculpo—. Están esperándome.

Asiente al tiempo que mete las manos en los bolsillos. Mientras hace esto, se mira los pies y levanta la cabeza un poco, para estudiarme con los ojos entrecerrados. Es tan sexy y seductor que mi corazón se acelera, lo que me hace sentir más incómoda por momentos. Vuelvo a estudiar el cuadro de Wyatt intentando aplastar esas sensaciones, pero no lo consigo. Permanece allí, agitando mi corazón entre el anhelo y una extraña sensación de culpa.

—Quizá en otro momento —sugiere con los ojos clavados en los míos.

—Quizá...

—Es un sitio muy chulo, Elle. Has hecho un buen trabajo.

—Gracias. Sin embargo, casi todo fue cosa de Wyatt. —La sonrisa de Oliver desaparece. Observo impasible cómo sube y baja su nuez mientras se traga el orgullo. Luego asiente.

—Los dos habéis hecho un gran trabajo —rectifica—. ¿Vic te ha dado mi número como le pedí?

—No lo he visto mucho —replico. Es mentira, he visto a mi hermano esta

mañana, y también esta noche, pero no ha mencionado ni una sola vez el número de teléfono de Oliver.

—Se me ha ocurrido que quizá te lo había dado, pero que no lo habías querido usar.

—¿Para qué querría usarlo? —pregunto. Miro por encima del hombro hacia el estudio cuando oigo que las chicas estallan en carcajadas.

—Podría ser bueno que hicieras algunos cambios —responde, encogiéndose de hombros.

Lo miro boquiabierta.

—¿Sería bueno qué? —repito atónita.

Nos miramos el uno al otro en silencio. Yo espero sin decir nada a que corrija sus palabras mientras él aguarda a que lo desafíe por lo que ha dicho. Ninguno de los dos da el primer paso y, personalmente, prefiero dejarlo pasar. Recuerdo que las chicas de la despedida de soltera están esperándome y me aclaro la garganta.

—Vale, bien, estoy segura de que ya nos veremos. Diviértete esta noche. —Fuerzo la despedida con un gesto de la mano antes de darme la vuelta para ir al estudio.

—¿Te gustaría venir por la unidad de pediatría del hospital un par de veces por semana? —Sonríe cuando me vuelvo hacia él con una ceja arqueada, instándolo a continuar.

—Se me ha ocurrido que quizá podrías enseñar a pintar a los niños o algo así. Sé que te gustan ese tipo de cosas —aclara. Pero visitar el hospital significaría volver a estar conectada con Oliver de alguna manera otra vez—. Estoy muy ocupado terminando la residencia, así que yo no podría ser de ayuda —continúa como si presintiera mis dudas—, pero tengo una amiga que puede ayudarte a perfilar los detalles.

—Por supuesto. Llámame y dime qué día le iría bien. —Me doy la vuelta una última vez antes de entrar en la habitación llena de chicas emocionadas, con una sonrisa de oreja a oreja. Entonces me doy cuenta de algo: ha sido Oliver el que me ha hecho sonreír así. Los recuerdos de todas las veces que ha conseguido que curve los labios de esa manera me bombardean de repente y, de golpe, mientras miro a mi alrededor, contemplando a todas esas mujeres felices que celebran la vida y el amor, siento ganas de llorar. Pero no lo hago. Oliver no tiene el derecho a hacerme llorar. Ya no.



## 4

El domingo por la mañana me despierto con unos ruidos metálicos y me levanto de la cama atontada, para darme de bruces con una conmoción.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto a Vic bostezando.

—¡Joder! Me has dado un susto de muerte. Todavía no me he acostumbrado a que estés aquí —responde mientras se inclina para recoger una sartén del suelo.

—Por lo menos vas medio decentemente vestido —comento con los ojos clavados en los pantalones cortos de baloncesto, azules y blancos—. ¿Qué estás haciendo? —repito.

Suspira.

—Vale... Va a ser incómodo de todas formas —susurra en voz baja—. Tengo a una chica en mi habitación y estoy preparándole el desayuno.

Me cubro la boca para no reírme ante la idea de que Vic cocine algo que valga la pena comer y asomo la cabeza por la esquina de la pared, mirando hacia su habitación.

—No sé si estará vestida —agrega con rapidez.

Abro mucho los ojos.

—Quizá deberías decirle que estoy aquí.

—Sí, estaba pensando que voy a tener que hacerlo... Estás cortándome el rollo para lo que tenía planeado con ella —afirma, mirando a su alrededor.

Me cubro los oídos con las manos.

—No añadas nada más. Me voy a duchar e iré a desayunar con Mia.

Vic suelta una carcajada que hace que le brillen los ojos.

—No es necesario...

—¡Shhh...! No digas nada más.

Subo las escaleras y cojo la ropa antes de meterme en el baño con intención de prepararme tan rápido como sea humanamente posible. En realidad no se me había ocurrido nada por el estilo con respecto a lo que supondría

compartir hogar con mi hermano.

Cuando salgo de la casa, pensando en el correo electrónico desesperado que le voy a enviar ya a mi agente inmobiliario, veo que he recibido dos mensajes de texto de un número desconocido.

*«Este es mi número. Oliver».*

Lo guardo en la agenda antes de leer el siguiente mensaje.

*«Jen quiere saber si el martes es un buen día para que te pases por el hospital. Ha conseguido que le cedan una sala vacía, y la puedes usar para los cursos de pintura».*

Después de mirar la agenda para la semana, organizo las citas de forma que me quede libre ese día, aunque tampoco es que tenga tanto lío.

*«El martes me va genial. Dile que te diga a qué hora le conviene más y a dónde tengo que dirigirme cuando llegue».*

No espero ninguna respuesta, porque son solo las nueve de la mañana, es domingo, y la mayoría de la gente de nuestra edad que no tiene hijos está durmiendo a estas horas, pero mi teléfono vuelve a sonar cuando estoy entrando en la cafetería.

*«Se lo preguntaré y te digo algo. ¿Nos vemos más tarde?».*

Intento recordar si me he perdido algo, pero no se me ocurre nada.

*«¿Si nos vemos dónde?».*

*«En casa de Vic».*

*«No sabía que ibas a pasarte por allí».*

*«Tarde de fútbol».*

Frunzo el ceño al leer eso, y me doy cuenta de cuánto tiempo hace que no veo con ellos los partidos de la liga de fútbol americano un domingo por la tarde.

*«Vic sigue olvidándose de que estoy viviendo con él de forma temporal».*

*«Oh... oh...».*

*«Digamos que he tenido que vestirme y salir de casa mucho antes de lo que me gusta hacer los domingos».*

*«Ja, ja, ja... Lo siento. ¿Dónde estás ahora?».*

*«A punto de desayunar».*

*«¿Quieres venir aquí? Puedes dormir un rato».*

Me quedo paralizada, mirando fijamente la pantalla mientras espero que ponga algo más, lo que sea.

*«No conmigo, claro».*

Empiezo a escribir un mensaje, pero lo elimino cuando aparece el siguiente.

*«Vale, resulta incómodo. Si no me respondes ya, te voy a llamar».*

Me vibra el teléfono en la mano un momento después, y aprieto el botón verde para responder al tiempo que me aclaro la garganta.

—No quería que pareciera una insinuación —me dice. ¡Oh, su voz! Dios, adoro su voz profunda y sensual; siempre suena como si acabara de despertarse.

—Vale, vale... Está bien. Gracias.

—No creo que hayamos hablado nunca por teléfono —agrega.

—No, creo que no —respondo sin añadir otras muchas cosas que se cuelan en mis pensamientos. «Porque eres gilipollas, porque te marchaste, porque soy la hermana pequeña de tu mejor amigo, porque no eres capaz de mantener una relación ni aunque tu vida dependa de ello...».

—Bien, pues ya lo estamos haciendo. De acuerdo, solo quería asegurarme de que no te lo tomabas como una insinuación. Es decir, a menos que quieras, claro, y eso me parece bien también. —Gimo para mis adentros ante la risa que detecto en su voz.

—Oliver...

La carcajada que sale por el altavoz del móvil hace vibrar mi cuerpo. Odio que lo consiga sin ni siquiera proponérselo.

—Solo estoy de coña, Elle. De todas formas, ¿por qué, ya que estamos, no nos haces guacamole para acompañar unos nachos?

—¿Quieres que os haga salsa para nachos?

—¿Es azul el cielo?

—Si lo pides educadamente, Oliver, puede que haga guacamole, pero si sigues comportándote como un capullo, acabaré colgándote.

Suspira profundamente.

—Estelle Reuben, mi persona favorita del mundo mundial, ¿puedes hacerme guacamole esta tarde? Con extra de aguacate.

Sonrió al oír sus palabras, aunque no debería. «No, no deberías». Me recuerdo a mí misma que es peligroso. Esto es lo que te hace cada-puta-vez.

—Vale.

Oigo un portazo donde quiera que él esté, seguido de un montón de crujidos que terminan en un profundo suspiro.

—Y en el caso de que estés cansada, ya sabes, tienes un sitio para dormir en mi cama.

—Gracias por la oferta, pero nos vemos luego.

Cuelgo con el sonido de su risa en los oídos y guardo el móvil antes de concentrarme en el sándwich de huevo, ya frío, que he pedido. Cuando termino de desayunar, doy un breve paseo hasta el estudio y cierro la puerta al entrar. Echo un vistazo a las pinturas que cuelgan en las paredes blancas, preguntándome si debería reorganizarlas. Muchas son de Wyatt, pero la mayoría las han realizado artistas locales que me han llamado la atención a lo largo de los años. Algunas son mías, aunque esas no las tengo expuestas en la parte principal de la galería. La parte delantera la reservo para los artículos que tengo a la venta, y las únicas creaciones que he puesto a la venta son mis corazones. Los realizo con trozos rotos de cristal, como los caleidoscopios. Por eso los llamo «corazones caleidoscópicos».

Fui a la universidad con la idea de convertirme en profesora de arte, pero nunca me he sentido segura al respecto. Cuando le conté a Wyatt que quería enseñar pero que no me veía ganándome la vida en un campo tan exigente, me sugirió la idea de crear Paint it Back, añadiendo que, de esa forma, mi creatividad tendría una vía de escape, y, si quería, podría impartir seminarios para niños. A través del estudio, pusimos en marcha un programa de verano para que asistieran chicos más mayores, después de que acabara el curso, en los que enseñarles diversas disciplinas artísticas. Comenzó como una manera de que no estuvieran en las calles, de que enfocaran sus energías en otras cosas, pero cuando comenzaron las clases en otoño, seguimos organizando actividades para grupos pequeños.

Cuando estoy colocando lienzos nuevos en los caballetes para la clase del lunes por la tarde, me empieza a sonar el móvil.

—Elle —me saluda mi hermano alegremente, como si no me hubiera casi echado de su casa hace un par de horas—, me he olvidado de decirte que luego vendrán algunos amigos.

—¿Ah, sí?

—Sí, a eso de las doce. ¿Crees que puedes hacernos guacamole?

Tuve que reprimirme para no gruñir ante su petición.

—Claro. ¿Cuántos seréis?

—Mmm... Bean, Jenson, Bobby y yo... Eso es todo.

—Entonces, ¿hago para cuatro? —pregunto.

—Sí, cuatro.

Parpadeo mientras me pregunto si me va a incluir o no.

—Bueno, cinco, si te quedas tú —rectifica con rapidez, aclarándose la garganta.

—¿Quién es Bobby? ¿Ese tipo con el que trabajas?

—Sí, es una nueva adquisición. Te caerá bien, es genial.

—Tan genial como tú, seguro... —murmuro. Mi hermano y sus colegas son frikis de cómics disfrazados de deportistas. Tiene el mismo grupo de amigos desde primaria, y no es frecuente que se incluya a alguien en una pandilla tan unida. Me imagino que si el tal Bobby está invitado, debe de encajar en la misma descripción que el resto.

—Y puedes decirle a Mia que venga también, si quieres —agrega con condescendencia.

—¿Quieres tener a Mia y a Jenson juntos en la misma habitación? No, gracias.

Vic se ríe.

—¿No lo ha superado todavía?

—¿Que él la dejó para volver con su ex? Lo dudo. —Arqueo una ceja mientras desempaqueto unos pinceles nuevos y los pongo en los recipientes plateados que hay junto a cada caballete.

—Jenson es idiota —asegura Vic—. Por otra parte, ella no es demasiado brillante. Ya sabes por qué no te he dejado salir nunca con uno de mis amigos.

Me detengo, con el material en la mano, y me apoyo en el borde de la encimera.

—¿Y eso por qué lo dices exactamente?

Se ríe, una risa profunda y sentida que me habría hecho sonreír en otras circunstancias.

—Venga, Elle... Como si no los conocieras...

Sus palabras me hacen estremecer. Los conozco. A uno en particular lo conozco muy bien.

—De todas formas, nos vemos luego. Llegan a las doce para la previa, así que...

—Sí, tranquilo, Vic, lo he pillado. Tus aperitivos estarán preparados antes. ¿Ya se ha ido esa chica?

—Sí, ya se ha ido. La he invitado a cenar el miércoles. Oliver y Jenson

vendrán también con unas... amigas. Entonces podrás conocerla.

Tomo nota mental para desaparecer el miércoles por la noche y le digo a Vic que nos veremos más tarde. Regreso lentamente hasta la galería, y noto que uno de mis corazones caleidoscópicos está torcido, así que lo endezco. Una revista que cubrió en su momento un evento de la galería describió mis corazones como «piezas desgarradoras, conmovedoras y hermosas». Este, en concreto, está expuesto, pero no en venta. Fue uno de los primeros que hice, y Wyatt siempre se negó a deshacerse de él. Utilicé muchos trozos de material púrpura para realizar esta pieza en particular, y cada vez que el sol incide en ella, un montón de haces color violeta rebotan contra las paredes.

—Si alguien trata de comprártelo, díles que igualaré el precio y lo doblaré —me había dicho con una sonrisa.

Comienzan a llenárame los ojos de lágrimas mientras me quedo allí quieta, mirando la forma en la que la luz rebota en los cristales sin dejar de pensar en Wyatt. Me seco los ojos, respiro hondo y salgo de allí, cerrando la puerta con firmeza. Cuando llego a casa de Vic, escucho correr el agua en la ducha. Abro una botella de vino mientras hago el guacamole, vertiendo la crema de judías negras en el fondo, el aguacate en el medio y la crema agria en la parte superior. Cuando termino de hacer una fuente enorme, saco el robot de cocina que le regalé a mi hermano hace tres Navidades —y que todavía no ha estrenado— y empiezo a preparar albóndigas. Después, me bebo el último sorbo de vino, voy a mi habitación y me dejo caer en la cama.

## 5

No sé cuánto tiempo llevo durmiendo, pero me despiertan de la siesta unos bulliciosos gritos que provienen del salón, en el piso de abajo. Parpadeo con rapidez, tratando de aclararme los ojos, y luego me arrastro desde la cama al cuarto de baño. Me miro en el espejo; la imagen que se refleja allí es desastrosa, así que me peino la melena antes de echarme unas gotas de colirio en los ojos para que se aclare el color rojo y vuelvan a tener el usual tono avellana brillante. Después de aplicarme un poco de maquillaje, me coloco la camiseta negra «Elvis es el rey» de manera que caiga por el hombro izquierdo, dejándolo al descubierto, y me pongo unos vaqueros con agujeros a la última moda antes de ir al salón. Hasta que estoy allí no me doy cuenta de que todavía llevo puestas las zapatillas de Darth Vader. Sin embargo, es demasiado tarde para darme la vuelta; ya me han visto.

—¡Hola, Elle! —grita Jenson, haciendo que todos giren la cabeza hacia mí.

—Hola, Jenson. ¿Te has mudado aquí?

—No, pero me verás mucho durante los próximos meses —responde.

—Guay. Hola, chicos... —saludo al resto, mirando a mi alrededor para hacer una seña a Oliver, Vic y un chico rubio que no conozco.

—Hola —me dicen todos.

—Elle, te presento a Bobby. Bobby, esta es mi hermana, Estelle —añade Victor, sin desviar la mirada de la pantalla de la televisión.

Bobby se levanta y me tiende la mano, que estrecho con firmeza. En realidad, parece el típico chico de la casa de al lado, lo que me hace sonreír, porque me he equivocado y no es como el resto de los amigos de mi hermano. No es alto y atlético como Vic y Oliver, ni tiene la actitud de chico malo que muestra Jenson, pero me ofrece una enorme sonrisa de oreja a oreja mientras nos miramos, tratándome con esa encantadora simpatía que todos muestran en mi presencia. Es algo que las mujeres apreciamos doblemente, con independencia del aspecto que tenga un hombre.

—Cuando me hablaste de tu hermana pequeña, me imaginé a una adolescente con *brackets* —dice Bobby, recorriéndome de arriba abajo con la vista.

Le suelto la mano.

—Estoy segura de que eso es lo que ve él cuando me describe.

—Pues yo, definitivamente, no te veo así.

Ante el flirteo que noto en su voz, miro por encima del hombro para observar la reacción de Vic, pero en lugar de en los de él, mis ojos aterrizan en los de Oliver. Me molesta no saber lo que está pensando. No parece enfadado ni celoso, ni siquiera intrigado; solo me mira.

—No sé si me gustaría saber cómo me describirías —respondo.

Antes de que pueda añadir algo más, me alejo y voy a la cocina para coger las fuentes con lo que he cocinado antes para dejarlo encima de la mesa de café, haciéndole sitio entre las botellas de cerveza.

—Es muy guapa y además cocina —se maravilla Bobby, cogiendo un nacho—. Creo que podría quedármela.

—Sí, ya... —replica Jenson, algo irritado. Así son los amigos de mi hermano. Creen que su misión en la vida es protegerme de los extraños, como si el peligro estuviera aguardándome cuando estoy fuera de su alcance. Por lo que sé, mi compromiso con Wyatt los llevó cerca del límite, ya que ninguno lo vio venir.

—¿No vas a echarle a Bobby el sermón habitual sobre que debe mantenerse alejado de tu hermana?

Vuelvo a mirar a Oliver, y sonrío al ver que da una palmadita en el espacio que hay a su lado. Mi cuerpo se mueve, queriendo que me acerque a él, pero mi cerebro toma el control. Me siento junto a Victor.

—Paso —dice Victor, como respuesta al comentario de Jenson.

—Cuando éramos más jóvenes, todos recibimos una gran charla al respecto —explica Jenson. Me inclino hacia delante para verlo mejor mientras cuenta la historia, ya que nunca la había oído antes—. En esos tiempos no nos importaba, porque Elle era como si fuera nuestra propia hermana..., pero luego creció, y, cada vez que alguno hacía un comentario al respecto, Victor respondía: «Ni la mires ni la toques. Si me entero de que le has puesto una mano encima, te romperé los brazos y no podrás volver a mi casa».

—Para que conste, a mí no me hubiera importado que me rompiera los brazos —interviene Bobby con una sonrisa, clavando en mí sus ojos azules.



—No, si ese no era el problema; lo era no volver a pisar su casa. ¡Sus padres son cojonudos! Se podría decir que prácticamente vivíamos allí —confiesa Jenson, riéndose antes de tomar un sorbo de cerveza, levantándola hacia mí en un silencioso brindis—. Y tenía un buen brazo para los lanzamientos, no podía arriesgarlo por una chica. Lo lamento, Elle.

—Créeme, yo no. —Me recuesto y estiro las piernas mientras ellos se ríen.

—Ella ya sabe mantenerse alejada de vosotros, idiotas. Ninguno es lo suficientemente bueno para mi hermana —asegura Vic, cogiendo un puñado de nachos, que hunde uno a uno en el guacamole.

Mis ojos se encuentran con los de Oliver a tiempo de ver cómo se estremece ligeramente ante las palabras de Vic. Nuestras miradas quedan enredadas mientras me pasan por la mente un montón de preguntas: «¿Fue esa la razón de que te alejaras?», «¿La aprobación de Vic significaba para ti más que la mía?», aunque sé las respuestas. Son pensamientos que me persiguieron durante años, a pesar de lo mucho que intenté eludirlos.

—Venga, una pregunta seria —dice Jenson, reclamando de nuevo mi atención—. Una vez que nos hicimos mayores, ¿cuál de nosotros se acerca más tu tipo?

Intento no reírme de la pregunta y de la cara que pone mi hermano. Victor siempre ha sido el amigo guay, con el que todos querían jugar y pasar un rato de cañas. Junior, Jenson y Oliver son bastante similares en ese sentido. De los cuatro, Junior es el único que se ha casado y tiene familia, mientras que los otros tres son los típicos solterones con alergia al matrimonio. O eso parece. Jenson es el vivo ejemplo de lo que nunca les presentarías a tus padres. Es guapo, alto, moreno y sexy, pero también tiene una faceta peligrosa, evidente cuando eres consciente de su moto, sus tatuajes y su personalidad de chico malo.

Miro a Oliver, que siempre ha tenido ese aspecto tan amigable, desde su perezosa sonrisa hasta el despeinado pelo color arena que te invita a hundir en él los dedos. Tiene una forma de mirarte que te hace sentir la única mujer presente en la habitación. Y sus hoyuelos... Dios, sus hoyuelos... Todas mis amigas querían salir con el inalcanzable Oliver Hart. Posee el magnetismo de los hombres poderosos. Incluso cuando éramos unos críos, rezumaba carisma.

—Sí, Elle —interviene Oliver al tiempo que me dirige una sonrisa lenta y provocativa mientras me mira alternativamente la boca y los ojos—. ¿Cuál de

nosotros es más tu tipo?

Le lanzo una mirada de advertencia antes de apartar la vista y observar a Jenson, que me contempla con diversión.

—¿Sinceramente? Jenson —digo, encogiéndome de hombros.

—¡Bang! —grita Jenson—. ¡Siempre lo he sabido! Entonces, ¿hubieras salido conmigo?

—No he dicho eso. Solo que eras mi tipo —corregí riéndome. No añado que él era el tipo de cualquier adolescente.

—Y esta es la razón por la que tuve que amenazarlos —interviene Vic, mirando a Bobby, que niega con la cabeza, divertido.

Clavo los ojos en el partido de los Cowboys contra los Forty-Niners que emiten por la tele, y me sobresalto un poco cuando noto un golpe en el pie.

—¿En serio? —dice Oliver, poniendo las manos sobre el corazón como si se sintiera herido. Sonríe, y niego con la cabeza—. Me gustan tus zapatos —añade con una sonrisa de medio lado.

—Sé cuáles son tus intenciones —respondo con un guiño, aunque me doy una colleja mental por haberle guiñado el ojo. Seguimos mirándonos cuando habla Bobby, por lo que veo cómo Oliver entrecierra los ojos ante su pregunta.

—Entonces, ¿se ha levantado la veda? ¿Puedo invitarla a salir?

—No salgo con nadie —replico, apartando la mirada de Oliver.

—Imposible. Una chica como tú tiene que tener citas —responde Bobby.

—Una chica como yo... —Suelto una risita burlona. Estoy a punto de dejarlo pasar, pero luego me lo pienso mejor—. Incluso aunque estuviera interesada en salir con alguien, no sería con uno de los amigos de mi hermano. Todos vosotros supondrías un problema con P mayúscula. ¿No lo habéis oído?

—¿Problemas con P mayúscula? — repite Jenson.

—¿De verdad quieres insistir en el tema? —le digo, mirándolo con irritación hasta que capta mi mensaje y su risa desaparece.

—No, tienes razón. Vale. Vic tenía razón —admite Jenson.

—Bueno, vamos a dejar de hablar de mi hermana y a concentrarnos en el partido —interviene Vic, lanzando a cada uno de sus amigos una mirada larga e intensa. Después de sufrir varios codazos suyos cada vez que se mueve para picar de la comida, me levanto y me siento al lado de Oliver en el sofá de dos plazas.

—Ah..., después de todo, sí me echas de menos —comenta en cuanto me acomodo.

—Bueno, teniendo en cuenta que me resulta difícil pensar con tus ojos clavados en mi cara, y que eras mi segunda opción en esa pregunta sobre cuál de vosotros era mi tipo... —Me encojo de hombros y le dirijo una sonrisa. Nos miramos durante un buen rato antes de que baje los ojos a mi boca y, finalmente, clavo los míos en la pantalla. Anotan otro *touchdown*, se hace un saque y todos emiten una larga retahíla de maldiciones. Justo cuando estoy a punto de levantarme y marcharme, Oliver se me acerca más.

—Me parece recordar unas preferencias diferentes —me susurra con voz ronca al oído, haciendo que me estremezca.

—Claro que sí... —musito con ironía, sin querer reconocer que mi corazón ha dado un doble salto mortal en el interior de mi pecho.

—Es verdad. —Se acerca hasta que apoya el brazo en el mío.

—Tú tienes tus recuerdos, y yo los míos...

La expresión de Oliver se vuelve seria, y desaparece de ella cualquier atisbo de diversión.

—Sí, supongo que sí. —Suspira—. Entonces, ¿preparada para el martes?

—Sí. Me muero por ver ese sitio y poner en marcha la iniciativa. Gracias por pedírmelo —respondo, esperando que se dé cuenta de cuánto significa esto para mí.

—No puedo pensar en nadie mejor para esa labor. —Vuelve a darme un golpecito en el pie, que hace que se me acelere el corazón.

—Deja de hacer piecitos conmigo —susurro en tono de broma.

—¿O qué? —replica en voz baja, inclinando la cabeza a un lado de forma que el pelo le cae sobre el ojo izquierdo, donde se le mueve cada vez que parpadea.

—O Darth Vader se verá obligado a usar el sable láser.

Su risa hace vibrar el sofá y me recorre de pies a cabeza.

—Créeme, no le gustaría competir contra el mío.

Cuando percibo el doble sentido de la frase, abro mucho la boca, haciendo que suelte una carcajada.

—Algunas cosas no cambian nunca —me lamento.

Noto cómo se le oscurecen los ojos.

—A veces, mejoran.

Miro hacia otro lado y me quedo allí sentada un par de minutos más antes

de regresar a mi cuarto con la excusa de que tengo que pasar a ver a Mia antes de ir a cenar con los padres de Wyatt. Después de despedirme, sigo dándole vueltas a las palabras de Oliver. Está claro, este hombre me obsesiona más que mi propio novio. Resulta desconcertante.

## 6

Yo solía ser, ante todo, una chica optimista, pero luego la vida me dio una bofetada y me obligó a ser realista. No soy cínica ni nada de eso, pero he pasado los suficientes momentos malos para no ver el mundo a través de unas gafas de color rosa. El día comenzó de forma normal, mi madre me llamó para intentar convencerme de que salga con un tío llamado Derek. Ha tratado de que me líe con él desde que tenía seis años. Esta vez le he dicho que sí, y los gritos de felicidad que me llegaron a través de la línea telefónica fueron, cuando menos, intensos. Era como si estuviera canalizando a su hiena interior. Recuerdo que, a partir de ese momento, todo fue cuesta abajo.

La galería estaba impecable cuando llegué, como a mí me gusta. Pero ahora parece que la han saqueado diez grupos de niños pequeños. Todo comenzó cuando Finlay, un niño de trece años, le pidió salir a Veronica. El mejor amigo de Finley, Brett, que al parecer también quería invitarla a salir, oyó la conversación, y cuando ella le dijo que sí, perdió los nervios. Los perdió... ¡en mi estudio! Lanzó el pincel a Finlay, y las salpicaduras del tono azul que usaba para darle color al mar cayeron por todas partes. Eso dio pie a una pelea de pintura, lo que hizo que llamara a sus padres para que vinieran a recogerlos.

Así que aquí estoy, una hora después de lo previsto, limpiando la pintura que mancha todas las superficies de la estancia. Mi único consuelo es que el estudio sea un espacio cerrado, separado de la galería, porque si hubiera caído una sola gota de óleo en el trabajo de algún artista expuesto —o, todavía peor, de Wyatt—, me habría dado un ataque de nervios. Me dejo caer sentada en el suelo cuando me canso de estar en cuclillas y vuelvo a mirar a mi alrededor. Los lienzos todavía están colocados en los caballetes, y me permito estudiar durante un segundo el que es obra de Fin. Es un día alegre en su mundo. El cielo gris hace que el agua golpee las rocas con furia. Las pinceladas de azul oscuro en el mar enfurecido casi me hacen escuchar las

olas, y decido que quiero verlas en realidad. Como el estudio no está lejos de la playa, y no la disfruto tan a menudo como me gustaría, meto en una caja todo lo que voy a necesitar en el hospital y la dejo junto a la puerta. Mientras estoy cerrando, me veo más salpicaduras de pintura por la pelea en el brazo. ¡Malditos niños!

La temperatura suele bajar al ponerse el sol y, como un reloj, cuando anochece, me golpea una ráfaga de viento frío. Me cierro la chaqueta mientras camino hacia el agua.

Me detengo bajo una farola, a una manzana de distancia, y escucho las olas. Me siento ya más ligera. Además de que había más galerías de arte en la zona, tener el mar tan cerca fue otro punto a favor cuando encontramos el local. Si cierro los ojos con fuerza, todavía veo a Wyatt corriendo hacia la playa con la tabla de surf bajo el brazo, el neopreno abierto y rebotando con sus pasos. Ese recuerdo me hace sonreír, pero también me encoge el corazón. Cuando regresé al estudio por primera vez después de su muerte, fue esa imagen la que me vino a la mente. No la galería, ni el cuadro en el que estaba trabajando y que guardé en la trastienda, tampoco el desayuno diario en su compañía ni la forma en la que sonreía cuando entraba en una habitación: recordé la forma en la que corría hacia el mar.

El surf era, posiblemente, lo único que tenía en común con mi hermano. Cuando me llevé a Wyatt por primera vez a casa de mis padres, mi madre hizo una broma diciendo que había dado con el hombre más artístico que había podido encontrar. Olvidaos de que tenía mucho éxito, que era mayor que yo y que yo nunca le había visto de traje; mi madre miró debajo de esa fachada. Y no le pareció mal lo que vio. Llegó a aceptar a Wyatt, igual que mi padre, pero Vic no lo hizo, aunque nunca lo rechazó. Creo que fue porque todos lo veían como una extensión de mí. Yo era alguien extraño en su mundo, de todas formas. Odiaba ir a esas fiestas y galas pretenciosas a las que asisten mis padres todos los años. Mi padre es ortodoncista y mi madre, profesora de lengua, así que supusieron que sus hijos seguirían el mismo camino. Pero, bueno, Vic se hizo abogado y yo, pintora. Sin embargo, siempre he contado con su apoyo.

Cuando piso la arena, respiro hondo y cierro los ojos, saboreando el momento. «Cada segundo cuenta. Vive el momento. Así es la vida. Esto es lo que importa». Es un pensamiento sencillo, pero fácil de olvidar. El mar, sin embargo, está ahí, como un recordatorio constante. Las grandes olas que

chocan contra las rocas son tan nítidas como peligrosas. Me siento en la arena y observo a los surfistas, tanto jóvenes como mayores, y dejo que me invadan los sonidos. En lugar de ahogar mi dolor reprimido, lo dejo salir. Hace un par de días que fue el aniversario de la muerte de Wyatt. Llegó y pasó sin hacer mucho ruido, solo lo recordamos nosotros y sus padres, que nos llamamos por teléfono y nos dimos consuelo.

Hace poco más de un año, estaba en la misma playa por una razón muy diferente. Había visto ambulancias por la arena y las seguí por pura curiosidad. ¿Qué habría pasado si no lo hubiera hecho? ¿Cómo me habría enterado? Había fruncido el ceño mientras me acercaba al agua, la mayoría de la multitud que se agolpaba sobre la arena había estado formada por surfistas, mirando cómo los sanitarios intentaban reanimar a alguien. Cuando llegué hasta allí, sentí como si estuviera teniendo una experiencia surrealista. Como si me saliera de mi cuerpo. Como si algo me estuviera acercando al caos, pero supiera instintivamente que querría ver lo que estaba ocurriendo cuando llegara allí, así que había avanzado muy lentamente. Vi a un hombre en el suelo y pensé: «Mierda, parece..., pero... ». Y eché un vistazo a mi móvil presa del pánico. Miré en todas direcciones, hacia la galería, hacia la playa...

Mis pies siguieron adelante, más cerca de los sanitarios... Más cerca del cuerpo... Luego lo vi. Lo vi de verdad. Su largo cabello rubio ondulaba sobre la arena, tenía los ojos castaños cerrados y le habían bajado el neopreno para dejar al descubierto su torso esbelto. Se me comenzó a nublar la visión, perdí toda referencia, y unas paredes —que en realidad no estaban allí— se cerraron sobre mí. Sentí que me desvanecía. Como si me encontrara allí pero no me hallara presente en realidad, porque se suponía que no debería estar mirando lo que pensaba que estaba viendo. Se me doblaron las rodillas cuando por fin llegué junto a él y vi lo blancos que tenía los labios, lo pálida que estaba su cara.

—¿Wyatt? —me oí decir, pero el grito pertenecía a otra persona... A alguien presa del pánico... Alguien que sentía que estaba perdiendo al amor de su vida, y esa persona no podía ser yo—. ¿Qué ha pasado? Es mi prometido. ¿Qué le ha pasado? ¡Wyatt! —grité una y otra vez mientras el pánico se apoderaba de mí.

Uno de los sanitarios me cogió por los brazos mientras los veía intentar reanimarle... Bombeando su torso una y otra vez. Al final, usaron esa

máquina que había visto un millón de veces en las películas, la que resucita a las personas que están muertas y necesitan que les insuflen vida. Cuando la vi, se me doblaron las rodillas y me aferré a la arena mientras el médico intentaba calmarme.

—¿Por qué no se despierta? —sollocé—. ¿Por qué no me dejas acercarme?

—Necesitan tranquilidad para trabajar.

Mis súplicas se convirtieron en un aullido y el sonido de las olas me envolvió.

—Solo estaba haciendo surf... —comentó alguien a nuestra espalda.

—... y tardó demasiado en aparecer después de la última ola —agregó otro.

—Llamé a urgencias en cuanto noté que no salía —dijo un tercero—. ¡Espero que se recupere!

El médico me ayudó a levantarme mientras ponían a Wyatt en una camilla y se lo llevaban a la parte trasera de la ambulancia. Me senté allí, al lado de él, mirándolo a la cara.

—¿Se va a poner bien? —pregunté medio sollozando, medio chillando.

No me respondió nadie. Solo siguieron haciéndole el boca a boca y apretándole el estómago. Me dijeron que ya estaba muerto cuando llegamos al hospital, había muerto incluso antes de que se lo llevaran a la ambulancia. Yo ya sabía que Wyatt se había ido antes de subirlo al vehículo medicalizado, pero me dolió más oír cómo lo verbalizaban. Me sentí perdida durante días. Él tenía solo treinta y cinco años y era un nadador excelente. Lo único que yo podía pensar era que nunca volvería a mirarme en sus ojos castaños. Que sus manos no volverían a pintar. Que esos labios no sonreirían otra vez. Y, al volver ahora a la playa, esos recuerdos regresaron a mí, como siempre.

La autopsia reveló que había sufrido un ataque al corazón mientras estaba en el agua, y que no había suficiente agua en sus pulmones como para haberse ahogado. Así que lo único que sigo pensando es que era demasiado joven.

Ya no lloro cuando vengo aquí. Ya no considero que este lugar que Wyatt amaba tanto como a la galería esté lleno de malos recuerdos. Sin embargo, hoy estoy llorando... Hoy me he permitido recordar la expresión sonriente de su rostro cuando desayunábamos por las mañanas. Cierro los ojos y respiro hondo, con la esperanza de oler la pintura seca sobre su piel, y me abrazo con fuerza ante el recuerdo de estar en sus brazos por la noche. Dejo que esos pensamientos me rompan y espero que, incluso desde la distancia, las olas



puedan limpiar mi dolor. Mañana estaré bien otra vez, pero hoy voy a dejar que la herida sangre, y eso es bueno.

## 7

Lo curioso de la vida es que nunca sabes cuándo te mostrará algo que te afecte tan profundamente que no puedas evitar agradecerle todo..., incluso lo malo. Así es como me siento cuando paso junto a niños en sillas de ruedas por el pasillo del hospital con mi caja de pinturas en la mano. Doblo una esquina mientras voy hacia el despacho de Jen y me detengo en seco cuando veo a Oliver saliendo de otra habitación, sin dejar de hablar con quien sea que esté dentro. Al parecer, su residencia lo mantiene en el hospital durante horas interminables, porque cada vez que Vic menciona su nombre, está aquí. Todavía sigo allí parada cuando él cierra la puerta y se me acerca. La bata y los pantalones de médico no hacen nada para afean su aspecto. En cualquier caso, si tuviera que opinar, creo que está todavía mejor.

—Llegas pronto —asegura, deteniéndose delante de mí.

Frunzo el ceño.

—No, no es así. Llego a tiempo.

Oliver sonrío.

—A tiempo es temprano para ti. Siempre sueles llegar tarde.

—Solía llegar tarde. Ahora siempre llego a tiempo.

—Me impresionas —dice con una mirada juguetona en sus ojos verdes mientras estudia mi rostro. Tengo las manos ocupadas con la caja, así que me veo obligada a resoplar para apartarme un mechón de la cara. Oliver se ríe y me lo coloca detrás de la oreja. Es un gesto sencillo, pero de alguna forma también resulta muy íntimo. Clava las pupilas en las mías mientras tiene la mano todavía detrás de la oreja, y se acerca más a mí. Nunca me he sentido más feliz en mi vida de llevar una caja entre los brazos, porque Oliver me está mirando de una forma que hace que se me acelere el corazón, y no sé dónde pondría las manos si las tuviera libres.

—¿Qué pasa? —pregunto con un susurro.

—Estás tan mayor... —dice, bajando la voz para que coincida con mi tono.

Noto algunas mariposas en el estómago aleteando sin control.

—Haces que parezca que eres mucho más viejo que yo.

Cuando éramos más jóvenes, a Oliver le encantaba recordarme que era mayor que yo. A veces lo decía con alegría, otras sonaba como una maldición, aunque eso era solo cuando iba acompañado de «eres la hermana pequeña de Vic». Y luego, una vez, dijo que...

—Tengo edad suficiente para saberlo —dice, sonriendo con ternura.

Lo miro boquiabierto y doy un paso atrás, por lo que se ve obligado a dejar caer la mano.

«Eso». Dijo eso.

Oliver se aclara la garganta como si estuviera recordando la misma escena.

—Tengo que marcharme. No quiero parecer irresponsable y llegar tarde el primer día —explico, empezando a alejarme antes de que pueda detenerme.

¿Qué está haciendo?

¿Qué estoy haciendo yo?

No me detengo hasta que estoy frente a una placa que dice: «Jennifer Darcia, ayudante de coordinación». Cuando llamo, me invitan a entrar, así que lo hago, cerrando la puerta con la cadera. Dejo la caja en una de las sillas vacías, frente al escritorio, y sonrío.

—Hola, soy Estelle —me presento, con un profundo suspiro.

—Por favor, siéntate. Yo soy Jen —responde.

Nos estrechamos la mano y me hundo en la silla con la caja. Su aspecto es el de la típica rubia imponente, ojos azules, una sonrisa agradable y los pechos grandes. Justo como le gustan a Oliver. Lo único que me despista es que parece mayor. Estoy segura de que me lleva unos diez años, lo que puede hacer que su declaración tenga un significado diferente. Quizá ese sea el problema: que a Oliver le gustan las mujeres mayores, y yo soy demasiado joven para él.

—Muchas gracias por ayudarnos —dice—. Siempre ando buscando cosas nuevas para entretener a los niños, pero últimamente los payasos y las películas les aburren. Quiero que hagan algo distinto, o al menos con alguien diferente, ¿sabes? Ya que están aquí, que puedan interactuar con alguien que no sea quien les da las medicinas. —Arquea las cejas mientras habla, y noto que es una apasionada de los niños. Sí, Jen me cae bien.

—Haré todo lo posible para que sean felices un rato —respondo con una sonrisa.

—Gracias. —Hace una pausa—. Oliver me ha dicho que os conocéis desde hace años.

Me sorprende el cambio de tema.

—Sí, es el mejor amigo de mi hermano.

—Creo que el término que utilizó para describirte fue «su persona favorita» —puntualiza ella. Está sonriendo, y tengo la impresión de que quiere que le cuente algo sobre Oliver, pero da la casualidad de que su afirmación me deja sin habla.

—¿Que te ha dicho qué?

Jen asiente.

—Lo dijo, sí.

—Resulta... interesante. —«Considerando la situación...», quiero agregar, pero me quedo callada.

—Permíteme enseñarte tu nuevo lugar de trabajo. Le has dicho que estás disponible tres días a la semana, ¿verdad? —pregunta, levantándose.

—Estoy disponible a demanda, como un payaso, pero sin pintarme la cara, a menos que necesites que lo haga, pero no puedo prometerme que el material con el que trabajo se borre con facilidad.

Se ríe y levanta las manos.

—No, gracias. No quiero ser responsable de ese desastre.

Jen me conduce hasta la siguiente ala, donde me enseña el lugar y con quién debo hablar, antes de regresar a su despacho. Mientras recorro los pasillos, observo los anticuados murales que adornan las paredes. El único contraste con la pintura azul en la que están pintadas son los peces que nadan en todas direcciones. Pero mirarlos me hace sentir agobio. ¿A quién se le ha ocurrido pintar una pecera en las paredes de un hospital infantil? Se supone que tiene que ser un sitio reconfortante para los niños y los padres que deben estar aquí todos los días, sin embargo, esto es inaceptable. Muevo la cabeza con disgusto cuando una carcajada me arranca de mis pensamientos.

—Imagino que no te gusta —me dice Oliver, surgiendo de la nada y deteniéndose a mi lado.

—¿No tienes trabajo que hacer? —pregunto, dejando salir parte de la irritación que siento por lo que ha ocurrido antes y por el horrible pasillo que se extiende ante nosotros. Me muevo para pasar junto a él, y me roza el brazo con suavidad.

—Lo siento. —Eso me hace parar en seco. No me doy la vuelta—. Lamento

lo de antes —continúa—. Es solo que... verte... y luego tú... solo... Mierda.

—Se ríe.

Me doy la vuelta y lo miro.

—Vale. Después de todo, las disculpas nunca han sido tu fuerte.

Se aleja y, esta vez, me voy definitivamente.

## 8

Todo el mundo parece tener una definición diferente para «seguir adelante». Para mí, vender la casa que compartí con Wyatt es una forma de pasar página. Para mi madre, seguir adelante significa que debo tener una cita. Así que aquí estoy, sentada delante de Derek, que en realidad es un hombre muy agradable. Ha sido educado, me ha sostenido la puerta, ha esperado a que me sienta antes que él y me ha preguntado qué tal el día antes de escuchar atentamente la respuesta. Tampoco es feo. Está en forma y posee cierta elegancia, pero, por alguna razón, no estoy aquí, con él. Sigo sintiéndome desconcertada mientras me habla de su trabajo como arquitecto.

—Te estoy aburriendo, ¿verdad? —pregunta en tono cortés.

—No, en absoluto. Lo siento, es solo que... —suspiro— esto es un poco raro para mí.

—Lo entiendo. Tu madre me lo contó, ¿sabes? —comenta, agitando la mano en mi dirección.

—Sí. No me importa hablar de ello. Me resulta extraño estar con otro hombre. —Le sonrío.

—¿Esta es tu primera cita desde que lo perdiste? —pregunta en tono comprensivo.

—Sí.

—¿Te sientes...? A ver cómo digo esto... No es como si Wyatt te haya dejado y se haya ido con otra... —dice, dejando morir las palabras.

—No, estoy bien. Es decir, me parece bien todo, de verdad. Es solo que estoy aquí, sentada, pensando en qué puede suceder a continuación. ¿Vas a tratar de cogermelo de la mano? ¿De darme un beso de buenas noches? No lo sé. —Me encojo de hombros y me río al tiempo que aparto la mirada—. Creo que acabo de hacer que sea todavía más raro.

Derek se ríe.

—¿Qué te parece si vamos poco a poco? No dejes que te coja de la mano si

no es lo que quieres, no me beses a no ser que te apetezca. Es decir, ni siquiera hemos empezado con los entrantes...

—Tienes razón —replico, sonriendo. Me siento un poco menos incómoda. Se trata solo de una cena. Tengo la mala costumbre de adelantarme en todos los aspectos de mi vida. A veces necesito aprender a controlar la ansiedad y respirar hondo. Empiezo a contarle lo referente al hospital, le hablo sobre los niños con los que trabajé el otro día. Le explico que la experiencia me ha abierto los ojos sobre las cosas que tengo y las que doy por hecho. La cena transcurre con rapidez desde ese momento, y cuando llegamos a casa de mi hermano, el sol se ha puesto ya.

—Parece que esta noche tenéis compañía —comenta Derek cuando los faros de su coche iluminan los vehículos allí aparcados.

—Sí, a Victor le encanta tener gente en casa. Es una pena que no se acuerde de encender la luz del porche —ironizo, haciéndolo reír.

—Venga, te guiaré y me aseguraré de que no tropieces.

Llegamos hasta la puerta y nos detenemos. Nos miramos con torpeza, sin saber qué es lo correcto.

—Entonces... ¿te beso o no te beso? —pregunta. No le veo la expresión de la cara, pero la sonrisa que noto en su voz hace que me sienta cómoda.

Me lo pienso durante un momento. No he besado a nadie más desde que Wyatt murió, pero no puedo negar que siento curiosidad por sentir otros labios. Besar a Wyatt siempre fue fácil. Confortable. Familiar. Respiro hondo y me inclino hacia delante. Derek me sujeta por la parte superior de los brazos mientras aprieta los labios contra los míos. Un momento después, se enciende la luz y se abre la puerta. Abro los ojos y me separo de Derek como si nos hubieran sorprendido haciendo algo más que besarnos. Me siento de nuevo como si estuviera en primaria. Ambos dirigimos la cabeza hacia Oliver, que está junto a la puerta abierta con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos verdes van de mí hacia Derek y vuelven a mí.

—Lo siento. No sabía que estabas aquí —se disculpa, aunque no parece que lo sienta lo más mínimo.

—Un caballero siempre acompaña a una dama hasta la puerta de su casa —explica Derek, con una sonrisa.

—Gracias por la cita. —No puedo evitar sonreír también.

—Ha sido un placer. Te llamaré mañana. A lo mejor te apetece volver a quedar pronto.

Clavo los ojos en Oliver, que observa con descaro la conversación, y le lanzo una mirada de advertencia antes de volver a contemplar a Derek.

—Claro. Llámame.

Espero hasta que está llegando al coche antes de enfrentarme de nuevo a Oliver con los ojos entrecerrados.

—¿Y bien? ¿No te marchabas?

—No, es que he oído un ruido fuera y he salido a ver qué era.

Sus ojos brillan con malicia, y eso alimenta mi furia. Me acerco para pasar junto a él, pero me coge el brazo y se inclina hacia mí.

—¿Cuándo podemos tener una cita? —me susurra al oído, haciéndome arder por dentro.

El corazón se me acelera con un ritmo frenético y me suelto de su agarre.

—Nunca.

Lo oigo reírse entre dientes mientras corro hacia las escaleras como una niña asustada, y me doy cuenta de que es así: estoy asustada. Me aterra que Oliver vuelva a formar parte de mi vida, porque la última vez que lo dejé entrar, no logré salir con el corazón intacto. Me pregunto si él lo sabe.



## 9

Estar al teléfono con mi agente inmobiliario durante toda la mañana hace que me dé cuenta de algo: puedes intentar orientar tu vida en una determinada dirección todo lo que quieras, pero, en última instancia, es el viento quien hincha las velas. Y me parece una putada. Me paso el resto de la mañana pintando el mar desde el balcón de mi habitación, luego recojo el material y me marcho al hospital. Cuando llego allí, voy directa al despacho de Jen y llamo con los nudillos, aunque la puerta está entreabierta.

—¡Adelante! —Asomo la cabeza. A diferencia de la mayoría de los empleados del hospital, Jen usa pantalones y una blusa para trabajar, al menos es lo que lleva puesto cada vez que la veo. Levanta la vista y me sonrío mientras continúa limpiándose una mancha en la blusa blanca.

—Lo siento. Maldito café...

—Siempre ocurre algo así cuando llevas una prenda blanca —comento. Ella suelta una carcajada.

—Es verdad, siempre. Deberíamos aprenderlo.

Bajo la vista hacia mi propia blusa blanca y me encojo de hombros.

—Yo soy pintora, así que puedo permitírmelo. De todas formas, he venido a preguntarte algo.

—Claro. Siéntate. —Señala las sillas que hay al otro lado del escritorio y me hundo en la que tengo más cerca.

—Sé que probablemente sea algo imposible, pero tengo que saberlo: ¿Cabe la posibilidad de que nos den permiso para volver a pintar los pasillos del ala de pediatría?

Jen frunce el ceño pensativa.

—Entiendo que no exista la posibilidad, pero tenía que preguntártelo.

—No, no, en realidad tenemos que trasladar a algunos pacientes a otra ala de forma temporal para instalar unos equipos nuevos, así que imagino que si pudiéramos aprovechar esos días, sería factible. Sin embargo, antes tengo que

consultarlo con mi jefe.

Casi suelto un grito de alegría.

—¿Las habitaciones se quedarán vacías?

Jen me mira fijamente y sonrío.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Bien... —Empiezo a hablar retorciéndome las manos. Pienso que debería aprovechar la oportunidad, a pesar de que sería yo la que lo pagaría todo y quien pasaría aquí su tiempo—. Yo me encargaría de financiarlo al cien por cien. No quiero que pienses que estoy buscando una compensación, pero si me dejas traer a algunos amigos, creo que podríamos hacer algo realmente bueno.

Se queda callada un momento, mientras se retuerce la punta de la coleta en la que lleva recogido el pelo rubio.

—Entonces, ¿pagarías la pintura y a quien te ayudara?

—Sí, claro —respondo con rapidez.

Jen permanece otro rato en silencio, mirando mi rostro de forma tan inquisitiva que hace que me sienta incómoda, pero le sostengo la vista mientras aprieto las manos en el regazo, esperando su respuesta.

—Parece que es algo que tienes ganas de hacer de verdad —me dice finalmente—. ¿Por qué?

Suelto el aire y dejo que mis hombros se hundan un poco.

—¿Es necesaria una razón?

—Supongo que no —replica, encogiéndose de hombros—. Pero no todo el mundo haría algo así gratuitamente.

—Yo no soy como todo el mundo —respondo con una sonrisa—. Si quieres, puedo hablar con tu jefe.

Niega con la cabeza.

—Lo llamaré ahora mismo. Dudo que ponga problemas. Lleva muchos años diciendo que el ala necesita un lavado de cara. Te enviaré un mensaje de texto cuando tenga una respuesta.

—Muchas gracias. Espero saber pronto algo de ti. —Me levanto y voy hacia la puerta.

—Estelle —me detiene, y me vuelvo hacia ella. Me brinda una sonrisa—. El mundo necesita más gente como tú.

Sus palabras me hacen sonreír, orgullosa. Es posible que mi vida sea caótica y peliaguda, pero la mayoría de los días me acuesto sintiéndome

consolada por la idea de que quizá he mejorado la vida de una persona. Es bueno que alguien más lo reconozca. Le doy las gracias y me voy al ala de pediatría antes de ponerme tonta y empezar a llorar o algo por el estilo. Cuando llego, la primera persona que veo es Oliver. Está de espaldas a mí, apoyado en el mostrador del puesto de enfermeras.

No puedo escuchar lo que dice, pero a juzgar por las risitas de las dos jóvenes con las que habla, cualquiera imaginaría que es un chiste digno de Jim Carrey. Aunque estoy segura de que no es así. Oliver no sabe contar chistes, aunque lo intenta, pero a las mujeres nunca parece importarles. Ni siquiera a mí misma, en cierta época. Reprimo el impulso de poner los ojos en blanco y paso junto a él con una sonrisa, dejando atrás el puesto con un saludo mientras doy las buenas tardes. No me detengo, por lo que no puedo ver la expresión de Oliver, pero percibo su movimiento cuando se endereza y se aleja del mostrador.

Recorro con la vista la sala que me asignaron, pasando los ojos por cada uno de los caballetes y el material que tiene al lado. Entonces, cojo el rollo de papel blanco y corto un trozo para colocarlo en cada uno. Levanto la vista cuando oigo que se abre la puerta. Gemma, una enfermera gordita y pelirroja, entra empujando una silla de ruedas. Conocí a los niños el otro día, cuando estuve aquí, así que sé que este es Johnny, un pequeño de trece años con parálisis cerebral. Lo saludo y luego sucesivamente a Danny, Mae y Mike, todos ellos adolescentes con cáncer.

—¿Preparados? —pregunto con una sonrisa enorme.

Todos asienten, pero ninguno dice nada. Por supuesto, todos menos Johnny están pendientes de los teléfonos. Suspiro, sabiendo lo que va a pasar. Es algo a lo que me enfrento cada vez que un nuevo grupo de adolescentes empieza a hacer el curso en el estudio. Mediante esas experiencias, me he dado cuenta de que los jóvenes de esa edad se parecen mucho a los zapatos nuevos: son incómodos y duros, pero una vez que los amoldas a ti, no lamentas ninguna de las ampollas que te han hecho antes.

—Bueno, ¿queréis pintar algo aburrido y cursi o preferís empezar a ensuciar los putos lienzos? —pregunto, llamando la atención de todos con mi vocabulario. Muchos abren los ojos como si no pudieran creer lo que acabo de decir.

Mike se guarda el teléfono en el bolsillo y, por primera vez, me mira de verdad. Tampoco es que sea tímido, pues me recorre de arriba abajo con sus

ojos grises como si fuera una chica a la que quisiera ligarse.

—¿Quieres que te pinte? —pregunta. Niego con la cabeza y me río. Sin duda, es valiente. Mae, sin embargo, no parece impresionada por su comentario y pone los ojos en blanco mientras se guarda el móvil en el bolsillo trasero. Luego entrelaza los dedos.

—Vale —empiezo—. Antes de nada, no vamos a pintar personas. Y, en segundo lugar, ya veo que vas a ser un problema —anuncio, estudiando a Mike con una ceja arqueada—. Voy a dejarlo pasar porque me gustan los problemas..., siempre y cuando no intenten ligar conmigo.

Estoy de espaldas a la puerta, así que no sé qué más niños entran después de que empiece a hablar, pero continúo con mi discurso porque sé muy bien lo que tengo que decir y, probablemente, me toque repetirlo varias veces.

—En realidad, esa es una de mis reglas. Sí, tengo reglas —repito al oír gemir a Mike—. Regla número uno: no intentes ligar con la profesora. Regla número dos: las manos quietas. —Paseo la vista entre Mike y Mae y me alegro de haberlo dicho al notar el sonrojo de la chica—. Regla número tres: debemos respetar la creatividad de todos. Cada cual dibuja de una manera, y, seamos sinceros, no todos lo hacemos bien, yo incluida. Por favor, no golpeéis los cuadros, las esculturas ni ninguna otra de las cosas que hagamos aquí. Y, por último, la sala es como Las Vegas. Aquí podemos hablar de cualquier cosa que se os ocurra. Podemos gritar y lanzar pintura a nuestro lienzo sin que nadie nos juzgue. ¿Lo habéis entendido?

Todos asienten con la cabeza lentamente.

—Tengo una pregunta —dice Mae, que está sentada en el taburete que hay delante del caballete. Mueve el gotero al que está conectada para que no le moleste y luego me mira a la cara—. Has dicho que no dibujas bien, pero eres artista, ¿me he perdido algo?

Sonrío al oírla.

—Hay una gran diferencia. A mí se me da bien hacer cosas con las manos. Por lo general, utilizo trozos de vidrio roto para hacer pequeñas figuras.

—¿Trozos de vidrio roto? —pregunta Mike con los ojos muy abiertos.

—Sí.

—¿Y qué haces con ellos? —se interesa Danny.

—Corazones.

—¿Haces corazones con vidrios rotos? —pregunta Mae con la voz ahogada.

Asiento y me doy la vuelta, me llevo las manos al pecho cuando veo a Oliver apoyado en la pared, junto a la puerta, con los brazos cruzados. Sus ojos verdes se iluminan de diversión y esboza una sonrisa de oreja a oreja al ver la expresión de mi rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto, todavía con la mano sobre mi acelerado corazón.

—Todos mis pacientes están aquí ahora. —Deja caer los brazos y se encoge de hombros mientras se mete las manos en los bolsillos de la bata blanca.

—Ah —respondo. Parpadeo y aparto la mirada para observar a los niños—. De todas formas, quería mostraros de qué estoy hablando. —Me acerco a la caja que traje el otro día, y que ahora está sobre una mesa, al lado de Oliver. Cuando me estiro para alcanzarla, rozo su torso con el brazo, y noto que contiene la respiración, lo que me obliga a hacer lo mismo. Necesito controlar estas reacciones. Cojo la cajita y me voy al otro lado de la sala, así estaré delante del grupo y podré ver quién entra o sale. En ese momento Gemma atraviesa el umbral y se acerca a Oliver para decirle algo en voz baja. Lo observo asentir moviendo la cabeza antes de que ella se vaya.

—Descanso para ir al baño —vocaliza cuando lo miro. Muevo la cabeza y abro la caja, sacando con cuidado el corazón de vidrio y el soporte que lo sujeta antes de dejarlo sobre la mesa.

—¡Oh, Dios mío! —exclama Mae, abriendo mucho los ojos al verlo—. ¿Tú has hecho eso?

—Sí. —Sonrío orgullosa. Miro parpadeando a Oliver, que también tiene los labios curvados en una sonrisa que me acelera el corazón, porque no es ese gesto provocativo que usa para impresionar a las mujeres. No, es su sonrisa cálida y reconfortante. La que tiene cuando está de acuerdo con algo que has dicho, o cuando está orgulloso de lo que has hecho. Vuelvo a concentrarme de nuevo en el corazón y lo cojo con cuidado entre las manos. Es lo que llamo un corazón 3D, ya que no es plano, sino que tiene volumen.

—Es una pasada —dice Mike.

—Es muy chulo —añade Danny.

—Gracias. Es mi especialidad. La mayoría de los artistas son conocidos por algo. Warhol usó tinta plana para crear la sopa Campbell y las imágenes de Marilyn. Romero Britto usa colores brillantes y excéntricos, así que cuando miras una de sus esculturas o de sus pinturas, todo el mundo sabe que es suya. Incluso si hicieran algo diferente, tendrías esas pistas de estilo para

reconocerlo. Mi característica principal son los corazones. Los pinto... Los esculpo... Pero este que estáis viendo es un corazón caleidoscópico. Es mi sello personal.

—Ohhh... —suelta Mae como si ahora mismo se hubiera dado cuenta de que lo que es. Se acerca, pero lo piensa mejor y retira las manos.

—Cógelo —la animo.

—No, no quiero romperlo. Es demasiado bonito.

—Cógelo. Lo vas a tener que sujetar mucho, así que es mejor que te acostumbres a tocarlo.

Mae abre mucho los ojos.

—¿En serio?

—Por supuesto.

—Pero ¿y si se rompe? —pregunta, levantando vacilantemente el corazón del soporte. Lo gira una y otra vez, creando pequeños arco iris de colores que rebotan por toda la habitación cuando la luz incide en el cristal.

—Bien... —digo, clavando los ojos en Oliver, que me está mirando con atención—. Es un corazón. Y los corazones siempre se rompen en algún momento. De todas formas, tarde o temprano, vendrá alguien y lo destrozará. Podrías ser tú. —Hago una pausa, con el mío palpitando aceleradamente en el pecho cuando la mirada de Oliver se vuelve seria. Me podría quedar hipnotizada, mirándolo, pero intento liberarme de aquella intensidad. Así que continúo—: Además —observo otra vez a Mae—, conozco a la chica que lo hizo. Si se rompe, puede realizar uno nuevo. —Le guiño un ojo y doy palmas con las manos—. ¡Ahora, hablemos de pintura!

Los ojos de Oliver me queman la piel durante la hora siguiente, pero me niego a volver a mirarlo. Los niños pintan cosas diferentes: Mae, un corazón; Mike, el logo de los Lakers; Dany, un pez. Todos se sienten cómodos delante del lienzo con el pincel en la mano. Recorro la habitación, ayudándolos a perfeccionar las pinceladas y a controlar los movimientos de las manos. Cuando llega el momento en el que deben regresar a sus habitaciones, me dan las gracias y me confiesan que están deseando que llegue la próxima clase. Me siento aliviada, y una cálida emoción me recorre por dentro. Dura unos tres minutos antes de que Oliver se aleje de la pared para acercarse hasta donde yo estoy limpiando el material.

—Corazones rotos —comenta, haciendo rechinar los dientes—. Muy apropiado.

—No son corazones rotos, sino caleidoscópicos —lo corrijo.

—¿Donde está la diferencia? Los haces con cristales rotos.

Avanzó hacia él hasta que estoy tan cerca que siento su cálido aliento en la cara, y cuando alzo la cabeza para mirarlo, he cerrado los puños con fuerza.

—La diferencia es que están formados por piezas rotas, pero utilizo esos cristales para reconstruirlos. La diferencia está en que el corazón tiene una segunda oportunidad, y quizá se romperá de nuevo, pero ya está destrozado, así que quizá la segunda vez la caída no sea tan mala.

Me recorre el rostro con los ojos como si estuviera buscando otra respuesta en mí. Nos miramos durante un buen rato, el tiempo suficiente para que se me acelere la respiración y me empiece a arder el corazón. El suficiente para que él ahueque sus ágiles dedos en mi nuca y me acerque la cara a la suya bruscamente para cubrirme los labios con los suyos. Cualquier resolución que me hubiera hecho antes me abandona con rapidez, y enredo los dedos en sus cabellos. Le tiro del pelo, rogándole sin palabras que se acerque más. Nuestras lenguas bailan un tango apasionado. Gime de forma ahogada contra mi boca, y siento que el sonido recorre todo mi cuerpo hasta llegar a mi pelvis, donde me hace hervir a fuego lento. No recuerdo la última vez que me besaron así. Es como si flotara y me ahogara a la vez, como si cogiera aliento un segundo y me sumergiera al siguiente.

Cuando nos alejamos, los dos estamos respirando de forma entrecortada, y tengo la cara caliente. Lo estudio durante un rato más: el despeinado cabello color arena y la sombra de la barba incipiente que no parece importarle a nadie. Dejo vagar mis ojos por sus labios llenos y la nariz algo torcida, por el hoyuelo en la barbilla y los intensos ojos verdes que me han mantenido hechizada durante tanto tiempo. Cuando asimilo que acabamos de besarnos, es como si recibiera un puñetazo en el estómago, y me alejo de él.

—Esto no debería haber ocurrido —digo mientras paso con rapidez por su lado antes de que él pueda reaccionar. No me persigue, y me parece bien, porque incluso aunque una parte de mí desearía que lo hiciera, no lo esperaba. Oliver nunca ha ido detrás de mí.

# 10

PASADO

*Oliver*

Hay mucho que decir sobre la evolución y la forma inverosímil en la que a veces florecen los patitos feos. Eso fue lo que pensé al ver a Estelle en las vacaciones de verano ese año. Acababa de dejar a los idiotas de Jenson y Junior, borrachos como cubas, y había aparcado delante de casa de Vic. Él no estaba mucho mejor que ellos. Yo había dejado de beber después de enterarme de lo que el alcohol le puede hacer al hígado. Los chicos se habían metido conmigo durante toda la noche, apostando sobre cuánto tiempo aguantaría sin tomar una copa mientras yo seguía bebiendo la misma cerveza todo el rato. Mientras ellos estaban ocupados intentando ligarse a unas cuantas chicas en las que no se hubieran fijado estando sobrios, y que seguramente harían que se estremecieran por la mañana, cuando lo recordaran, yo había estado planeando mentalmente lo que haría luego con Trish, mientras ella movía la cabeza entre mis piernas. Y no se trataba de un ligue cualquiera. Trish era modelo.

Suspiré y empujé a Vic para que entrara. Sabía de sobra que no llegaría a su habitación sin mi ayuda. Me resultaba molesto tener que ocuparme de tres tíos que por lo general sabían dosificar el alcohol. Sin embargo, hoy habían actuado como las chicas de primer curso de las que siempre nos burlábamos. Abrí la puerta y Vic soltó un ronco «gracias» que hizo que lo mirara mientras avanzaba hacia su habitación.

Sacudí la cabeza antes de darme la vuelta para cerrar la puerta con llave. Luego la dejé escondida en una de las macetas que su madre tenía fuera. Bajé los escalones sonriendo al pensar en Trish, en sus enormes tetas y en su culo firme, en la forma, todavía fresca en la mente, en la que me había chupado la



polla. Cuando llegué a la esquina de la casa de Victor, me detuve, dándome cuenta de que tendría que ir andando a la mía. No me importaba, ya que estaba a solo unas manzanas de allí, pero todavía no había decidido si iría a pasar allí la noche. Los agudos sonidos de alguien llorando llamaron mi atención. Por un momento no supe lo que era, podría haber sido cualquier cosa. Estaba oscuro, y a esas horas todos los seres humanos normales estaban acostados. Pero luego mientras me peinaba el pelo hacia atrás después de que el viento me lo hubiera empujado delante de los ojos, volví a escucharlo y me detuve.

Miré a mi alrededor hasta que deduje que procedía de casa de Vic. Me quedé paralizado un instante, rezando para que no fuera la señora Reuben. La última vez que había tratado de consolar a la madre de un amigo porque estaba llorando, ella se fijó en mí y tuve que largarme por patas. Levanté la vista a regañadientes y vi una pequeña figura sentada en el tejado de la casa. La imagen casi me hizo caerme, en parte porque estaba estirando la cabeza con tanta fuerza que estuve a punto de perder el equilibrio, pero, sobre todo, porque hubiera jurado que se trataba de Estelle; aunque eso era imposible. La chica que había allí arriba no era una niña. Aunque luego intenté recordar cuándo había sido la última vez que la vi. Entrecerré los ojos para intentar verla con más claridad, pero no pude. Fui hasta la parte trasera de la casa y subí por el mismo roble que había escalado un millón de veces con anterioridad por diversos motivos. La vi en cuanto puse un pie en la terraza. Estaba sentada con la cabeza gacha, y el largo pelo ondulado le caía alrededor, impidiendo que le viera la cara.

Cuando me senté a su lado, se sobresaltó y me miró con un grito de sorpresa. Su rostro, que de otra forma estaría afligido, tenía una expresión de miedo. Conocía a Estelle desde que yo tenía trece años, y nunca, jamás, la había visto así. Ni siquiera cuando no consiguió el papel principal en una función de ballet del *Cascanueces* que había ensayado durante meses antes de las pruebas. Al instante, supuse que la razón de sus lágrimas era una ruptura, y me empezó a hervir la sangre ante la idea de que estuviera así por algún imbécil.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté mientras se secaba las lágrimas y movía la cabeza. Ya no tenía la piel mojada, salvo la humedad que quedaba encima del labio superior. Nunca me había dado cuenta de lo gruesos que los tenía. Tampoco había percibido lo sonrojados y definidos que eran sus pómulos, o

la delicada forma en la que fruncía las cejas cuando me miraba. No había prestado atención antes a lo ridículamente seductores que resultaban sus ojos. Estaban formados por chispas de diferentes tonos que me hacían pensar en las canicas que coleccionaba cuando era niño. Bajé la mirada por su cuello, notando que tragaba saliva, hasta llegar a sus senos, que ahora eran prominentes, no como la última vez que la había visto en bañador, cuando todavía tenía el pecho plano.

«¡Dios mío, qué buena está!».

Al oírla carraspear volví a mirarla a los ojos, poniendo fin a aquel repaso *voyeur* por su cuerpo ya adulto.

—Has crecido un montón —solté antes de reprimirme. Me estremecí al oír la voz con la que lo había dicho, llena de necesidad, intensidad y jodida desesperación. Esperaba que no pusiera los ojos en blanco, como acostumbraba a hacer cuando le decía algo, pero ella, esa maldita chica, me miró y esbozó la sonrisa más sexy que hubiera visto nunca. Y acababa de salir de una fiesta llena de sonrientes tías buenas. Pero los labios de Elle se habían curvado de forma lenta y sensual sin que ella tuviera esa intención. Se trataba solo de su sonrisa, la que conocía desde hacía más tiempo del que podía recordar. Dibujar esa sonrisa en aquella versión tan adulta de ella debería considerarse ilegal.

—¿Estás ligando conmigo? —preguntó, utilizando una voz sensual que me sorprendió mucho.

—Eso depende —repuse mientras me acercaba más a ella olvidándome por completo de que estaba en casa de mi mejor amigo y que ella era su hermana pequeña. La idea de que Vic nos encontrara inundó mi mente, pero la deseché por completo. En este momento, bajo un cielo lleno de estrellas acompañado de una apesadumbrada Estelle, solo podía pensar en lo mucho que quería hacerla sonreír.

—¿De qué depende? —susurró.

—De si está funcionando o no —musité por lo bajo al tiempo que levantaba la mano y la deslizaba por su espalda en un gesto que no debería haber hecho, porque ahora sabía que Elle no estaba usando sujetador debajo de la sudadera gigante que llevaba puesta, puesto que esa certeza despertó mi región inferior.

Negó con la cabeza suavemente antes de parpadear mirándome a los ojos y los labios como si estuviera imaginándolos sobre los de ella. Ese pensamiento

no debería haberme gustado tanto como lo hizo.

—No funciona —dijo finalmente.

—¿Por qué estabas llorando? —insistí, recogéndole el pelo y poniéndoselo detrás de la oreja para poder verla mejor. Al ver que balanceaba una pierna, bajé la vista y vi que llevaba una rodillera.

—¿Qué te ha pasado ahí?

—El otro día, en clase de ballet, me caí y me lesioné la rodilla por cuarta vez. Hoy, al ir al médico, pensaba que me diría que me quitaría la rodillera dentro de un par de semanas, como la última vez, pero me ha dicho que tengo desgarrado el ligamento cruzado anterior y que ya no puedo seguir bailando —terminó con un ronco susurro. Cuando apartó la vista, vi que tenía los ojos llenos de lágrimas—. No puedo volver a hacerlo nunca. Todos mis sueños de ir a Julliard se han esfumado, así, de repente. No es que pensara que tenía muchas posibilidades, pero ahora ya no tengo ninguna.

No se me ocurrió nada. Estelle vivía para bailar y pintar, pero el ballet era su pasión. Su luz. Se notaba la forma en la que la hacía sentir, y lo mucho que disfrutaba con cada movimiento.

—Todavía te queda un año en el instituto, Elle. No lo descartes. Como acabas de decir, te ha ocurrido antes —intenté consolarla, acariciándole la cara y secándole una lágrima con la yema del pulgar. Me miró de nuevo y negó con la cabeza, pero no se alejó.

—No es así, Bean —susurró antes de lamerse las lágrimas que habían llegado a sus labios—. Esta vez se acabó para mí. Lo sé.

Acerqué su cabeza a mi pecho y la sostuve allí, dejando que llorara sobre mi camisa, porque no podía hacer nada más.

—Lo siento mucho, gallina —susurré mientras le besaba la coronilla. Podría haberse considerado un gesto fraternal si no fuera porque había cerrado los ojos y le había oído el pelo mientras me lo imaginaba extendido sobre mi almohada.

Se apartó de mí y se secó las lágrimas para mirarme. Sus pestañas estaban pegadas mientras parpadeaba.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó de repente—. ¿No ibais a ir a una de esas fiestas salvajes de las que siempre presumís?

—Y fuimos. He venido a traer a Vic y te oí llorar.

Asintió moviendo la cabeza una vez, pero evitó mis ojos durante un instante antes de volver a mirarme.

—Así que he crecido mucho... —repitió mis palabras mientras sonreía con un brillo en los ojos que hizo que se me encogiera el pecho y que me apretaran los vaqueros.

—Sí.

Acercó más su rostro, de tal manera que sentíamos nuestras respiraciones. Si alguno se inclinaba un centímetro más, nuestros labios se tocarían, y ¡Dios!, cómo deseaba que ocurriera.

—¿En qué estás pensando? —preguntó con un susurro.

—En algo que no debería estar pensando —musité, volviendo a mirarle la boca mientras me preguntaba cómo sería sentirla contra la mía.

—¿En qué? —insistió, lo que hizo que notara su aliento en los labios.

Cerré los ojos y me eché un poco hacia atrás.

—Algo que un chico de diecinueve años no debería pensar en hacer con una chica de dieciséis.

—Haces que parezca que eres mucho más viejo que yo. —Los dos seguíamos hablando entre susurros, tratando de que esta locura, fuera lo que fuera, continuara siendo un secreto. Estaba seguro de que el crujido del aire que crepitaba entre nosotros alertaría a todos los vecinos de los alrededores de que estaba ocurriendo algo.

—Tengo edad suficiente para saberlo —repuse, volviendo a bajar la cara hacia la de ella y permitiendo que mis labios rozaran los de ella con suavidad. Luego los deslicé hasta que llegué a la comisura de su boca, que también besé.

—Siempre me he preguntado cómo me sentiría... —comentó con un largo suspiro mientras mis labios rozaban los de ella.

—¿Nunca has besado a un chico? —pregunté, sorprendido. ¿Qué cojones les pasaba a los chicos que iban ahora al instituto? Ni siquiera la habían besado, al menos no de verdad.

Se rio por lo bajo, y me miró como si me hubieran crecido dos cabezas.

—Me refería a lo que sentiría si me besaras tú. —Sonrió con timidez y miró el espacio que quedaba entre nosotros, donde nuestras manos se tocaban.

—¿Has pensado en eso? —pregunté con una sonrisa, aunque deseaba que su confesión no me hiciera tan feliz.

—A menudo —añadió, mientras trataba de reprimir una sonrisa.

Suspiré hondo al tiempo que me pasaba la mano por el pelo, y volví a mirar su ventana abierta. Teníamos que cambiar de tema. No podía pensar en que

había soñado con que la besara o en la forma en la que, de repente, quería hacer mucho más que eso con ella.

—No puedo creer que hayas salido por ahí. Deja que te ayude a volver a entrar.

Le ofrecí las manos y la ayudé a levantarse, mirando a lo lejos y fijándome en el sonido del mar, a nuestra espalda. Lo que fuera para no contemplarla a ella. Nuestras manos seguían en contacto y podía sentir sus ojos, clavados en los míos. Sabía que si bajaba la vista, la besaría, la besaría con toda mi alma, y hundiría la lengua en su boca mientras le chupaba el labio inferior. Lo sabía. Y lo deseaba con todas mis jodidas fuerzas. Pero no podía. No sería justo para ella ni para Vic.

—¿Preparada? —pregunté con un hondo suspiro al tiempo que tiraba de sus manos para ir hacia la ventana. La miré mientras ella se subía sin volverse hacia mí. Cuando le di las buenas noches y empecé a alejarme, me llamó por mi nombre. Retrocedí y bajé la cabeza, agarrándome en el borde de la ventana.

—¿Vas a volver mañana? —preguntó con los ojos abiertos y llenos de esperanza.

Alcé la vista al cielo, esperando alguna señal que me dijera que era una mala idea, pero luego solté un suspiro y volví a mirarla.

—No se me ocurre nada que quiera hacer más. —Y lo malo era que era cierto. Durante ese mes, volví allí todas las noches después de salir con los chicos, y luego le contaba a Elle nuestras aventuras. La mayoría de mis historias estaban llenas de advertencias sobre lo que no deberían hacer las chicas en las fiestas, por lo que a pesar de la atracción que sentía por ella, le estaba ofreciendo mis conocimientos de hermano mayor. Estelle hacía que me resultara difícil mantenerme alejado de ella, así que seguí yendo. Me encantaba la facilidad con la que hablábamos de cualquier cosa. Me gustaba que pensara que no sabía contar chistes y cómo se iluminaban sus ojos cuando por fin alguno era bueno. Pero algunas noches, se inclinaba hacia mí y me preguntaba si la besaría cuando tuviera dieciocho años y qué haría yo si ella fuera una de mis compañeras de la universidad. Esas cosas impedían que pensara con claridad. Trataba de esquivarlas sonriendo, entre risas. Nunca le dije que si fuera una de las chicas de mi clase, caería sobre ella como una bandada de pájaros sobre unas migas. Nunca reconocí que si tuviera dieciocho años, rompería mis reglas y me enfrentaría a las consecuencias. Sin

embargo, le comenté que solía salir con mujeres mayores porque eran menos complicadas y no esperaban tanto. Estaba demasiado ocupado en la universidad y lo que suponía esa experiencia como para atarme. Ella siempre fruncía el ceño cuando soltaba esas perlas, como si quisiera desafiarme y cambiar esa aversión que yo sentía por las relaciones. Ojalá hubiera aceptado ese reto.

# 11

PRESENTE

*Estelle*

—¿Que has hecho qué? —me pregunta Mia en un tono tan desconcertado que entierro la cara entre las manos.

—Lo sé —digo con un murmullo ahogado.

—¡Mírame! Quiero ver lo que sientes de verdad al respecto, porque debes saber que me tienes muy sorprendida.

Dejo caer las manos y la miro. Cuando se pone a estudiar mis rasgos, intento no empezar a reírme ante la expresión de su rostro.

—¡Oh, Dios mío! ¡Te ha gustado! Pensaba que te había besado a la fuerza y que estabas enfadada. ¿Es que te has vuelto loca, Elle?

Frunzo el ceño.

—Lo cierto es que no... —continúa—. Estoy a favor de que sigas adelante con tu vida, pero ¿Bean? Hay millones de hombres ahí fuera.

—Lo sé. Lo sé. —Suelto un gruñido de frustración. No me puedo creer que le haya devuelto el beso—. Al menos esta vez me marché yo.

—Imagino que sí... —susurra.

—¿Imaginas? —pregunto.

—Es que... También te marchaste la última vez y mira a dónde te llevó eso.

—¿A un nuevo novio que después se convirtió en mi prometido?

—Lo de Wyatt fue solo por despecho, pero no estoy aquí para hablar mal de gente que no puede defenderse.

Solté un suspiro mientras me encogía de hombros, porque no quería abrir esa caja de los truenos. Cuando conocí a Wyatt, era un tipo mayor —mucho mayor que yo—, y abandoné a mis amigos y a mi familia para pasar más tiempo con él. Me convertí en la chica que había dicho que nunca sería, la

que iba detrás de un chico, pero él no era un chico, sino mucho más. Era mi mentor, mi amigo, mi amante, y aunque estaba envuelto en un aura de control y me tocaba lidiar con sus alocados cambios de humor, me amaba. Y era bueno conmigo.

—No quiero hablar de Wyatt —suelto.

—Como siempre —replica Mia, arqueando una ceja. Sé que está tratando de picarme, de que pierda la calma, pero no lo haré, aunque sus palabras resuenan dentro de mí y no puedo discutir.

—Meep, no quiero bronca, ¿vale?

—Porque sabes que es una pelea que vas a perder.

—No puedo con esto ahora mismo —reconozco finalmente, cogiendo el vaso de Moscato y bebiendo lo que queda de un trago antes de ponerlo de nuevo sobre la mesa. Saco un billete y lo tiro sobre la mesa.

—¿En serio? ¿Te vas a largar por esto? —pregunta mientras niega con la cabeza.

—Tengo que hacer algunos recados. Esta noche voy a cenar a casa de Felicia y tengo que prepararme. Así que no estoy de humor para discutir contigo ahora.

—¿Cómo vas a seguir adelante por completo si sigues cenando con sus padres todas las malditas semanas?

La miro boquiabierta. No me puedo creer que diga eso en este momento, incluso después de saber lo mucho que me está doliendo. Intento recuperar el control, pero la sangre hierve a fuego lento en mi interior, y cuando más tiempo permanezca allí, más imposible será.

—La próxima vez que quiera un consejo tuyo, te lo pediré. De todas formas, no deberías darlos tan gratuitamente. Tu novio te plantó para irse con su ex, y vas tú y lo intentas superar liándote con su tío. ¡¿Te parece normal?! —suelto a gritos.

—¡No sabía que era su tío! —Planta las palmas de las manos sobre la mesa y se pone de pie, así que parece que estamos en un *ring* de boxeo, en el que la mesa es el árbitro.

—Es que... Es que... —Me llevo las manos a la cabeza y me la aprieto para sacar el inminente dolor de cabeza—. Tengo que irme. No puedo... No puedo con esto en este momento. —Tal y como están las cosas, ya me arrepiento de haber dicho eso. Ella no se lo merecía y yo lo sé, pero, ¡maldita sea!, sabe que odio que mencione a Wyatt. Incluso cuando él estaba vivo me



negué a hablarle de él después de un tiempo, porque siempre terminábamos discutiendo.

Cuando llego a casa de Victor, ya he decidido que odio a todo el mundo, y solo puedo rezar para que nadie más se interponga en mi camino, porque siento tanta rabia reprimida en mi interior como para que un toro de lidia parezca un ser dócil. La puerta se cierra a mi espalda con un golpe ruidoso y me dirijo a las escaleras, ignorando las voces que me llegan desde la cocina.

—¿Elle? —grita Vic.

—Sí. Solo he venido a recoger algo —le grito, llegando a la puerta de mi habitación y cerrándola a mi espalda. Me río al ver lo que hago, sintiéndome como una adolescente que quiere evitar a sus padres, y me concentro en ordenar mis pensamientos antes de que los inevitables pasos suban las escaleras. Poco después, se oye el golpe en la puerta y suspiro, armándome de paciencia para abrirla. Lo lamento de inmediato al ver a Oliver al otro lado, vestido solo con un bañador y una sonrisa. Me niego a ceder a la necesidad de mirar su torso desnudo, pero los ojos me arden por las ganas de hacerlo. Mis manos lo seguirían, y cedería ante el mismísimo Satanás para poder echarle para atrás el desgreñado mechón de pelo que le cae sobre la frente.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto, sin ocultar mi irritación.

Lo veo dejar de sonreír y fruncir el ceño al tiempo que cruza los brazos sobre el pecho. Me niego a mirar sus músculos definidos. Son una absoluta mierda.

—¿Qué cojones te ha pasado? —pregunta, y empiezo a cerrarle la puerta, aunque él la detiene con la mano. Suelto el aire.

—Oliver, ahora no tengo tiempo para esto. Si quieres incordiarme, vuelve a las nueve —murmuro, mirando sus pies desnudos. Seguramente sea la parte menos atractiva de su cuerpo, aunque todos los pies suelen ser feos.

—Vale —dice, abriendo más la puerta para entrar.

—¿Qué haces?

—Incordiarte.

—He dicho después de las nueve. Y son las siete menos veinte. Tengo que marcharme. —Cojo la bolsa que hay en el suelo, llena de fotos de Wyatt.

—¿A dónde vas a ir? ¿Tienes otra cita? —pregunta mientras atraviesa la

habitación, mirando para todas partes, incluido un sujetador rosa que se me ha quedado sobre la silla. De hecho, clava en él la vista, como si no pudiera apartarla.

—Supongo que se puede llamar así. —Me vuelvo hacia el armario y estudio la ropa, buscando algo más clásico que vestir. La blusa negra que llevo puesta me deja al aire toda la espalda, y no es algo que llevaría a casa de los padres de Wyatt sin que él esté allí.

—Me gusta como vas —me susurra Oliver con voz ronca al oído, haciendo que dé un respingo. Me giro con rapidez, con las manos levantadas, preparada para apartarlo, pero me detengo cuando mi nariz tropieza con su esternón, y no puedo hacer otra cosa que inhalar su olor. Huele a sal, a su olor natural, dulce pero masculino. Solo dudo medio segundo, pero es suficiente para que me cubra las manos con las suyas y las apriete contra su cálido pecho. Se me acelera la respiración.

—Mírame, Elle —me pide, bajando la voz de una forma deliciosamente ronca y exigente que hace que se me encojan los dedos de los pies y que retroceda muchos años en el tiempo. No tengo más remedio que inclinar la cabeza hacia atrás para prestarle toda mi atención—. Olvídate de todos esos tíos con los que estás saliendo. Queda conmigo.

Si es posible, el corazón me late más rápido, haciendo oídos sordos a todas las advertencias sobre el inminente caos que llegará después. Intento concentrarme en el póster que cuelga en la pared, pero la imagen de una pareja besándose hace que vuelva a mirar los intensos ojos verdes que están clavados en los míos. Noto mariposas en el estómago como siempre que me mira de esa manera. Intento apartar las manos, porque me asusta sentir esto en este momento, pero él las retiene con fuerza para acercarlas a su boca y besar la punta de mi dedo anular. ¿Por qué ha besado precisamente ese? Tiro con más fuerza y por fin me suelta la mano.

—No puedo —le digo con la voz ronca.

Una miríada de emociones estallan en sus ojos antes de que asienta con determinación, y me veo obligada a dar un paso atrás para alejarme de su olor, de su calor.

—¿Por qué?

Suspiro y, finalmente, miro hacia otro lado, volviendo a clavar los ojos en sus pies desnudos.

—Sencillamente no puedo. —Él sabe por qué. No debería hacerme esa

pregunta—. ¿Donde se ha metido Vic?

Oliver se mueve tan rápido hacia mí que no me da tiempo a reaccionar. Me agarra por los brazos con sus grandes manos y se inclina, acercando la nariz a la mía. Lo miro con los ojos muy abiertos, esperando que sus labios cierren la distancia que nos separa, pero no es así. Solo me mira... Respira sobre mí... Me deja respirar sobre él, y luego suelta un gemido. Y ese puto gemido es el que hace desaparecer la distancia entre nosotros, el que se mete en mi interior y afecta a cada fibra de mi ser.

—¿Qué quieres, Oliver? —susurro contra sus labios—. ¿Qué quieres de mí? ¿Quieres besarme? ¿Follarme? ¿Quieres entrar en mi vida y arrasarlo todo lo que he reconstruido, como el huracán que eres, antes de desaparecer de nuevo?

Sus labios tocan ligeramente los míos, un solo roce pausado; sin embargo, me está afectando como si estuviera a punto de devorarme. Él no lo hará. Nunca lo hace. Solo me lanza el señuelo, me pesca y luego corta el hilo. Como es de esperar, deja caer las manos y se aleja de mí tan rápido como se ha acercado. Siento una punzada en mi interior que deseo desesperadamente que no estuviera allí.

—Lo siento —musita en voz baja, sacudiendo la cabeza con un movimiento que hace que su pelo ondule hacia delante y luego hacia atrás. Sus ojos muestran ahora una mirada tierna y casi puedo oír sus pensamientos: «No debería haberla besado. No debería...».

Sin embargo, frunzo el ceño, sorprendida por la disculpa. Hay tantas cosas que podría decirle..., pero es su mirada derrotada e inesperada la que me cierra la boca. Por fin, suspiro y me empujo desde la pared para detenerme ante él, aunque mantengo la distancia suficiente entre nosotros para que no podamos tocarnos.

—Está bien..., pero no lo hagas de nuevo. El beso del otro día ha sido un error... —Me callo y paso junto a él para guardar el sujetador, aprovechando para revisar el cajón de la ropa interior como si estuviera a punto de desenterrar un tesoro escondido o algo así. Esta vez, cuando percibo su presencia a mi espalda, inclino la cabeza y suspiro. De verdad, tiene que dejar de acercarse a mí de esa forma tan sigilosa.

—Oli... —comienzo a decir, pero jadeo cuando noto sus labios en la nuca, suaves y cálidos. Me retumba el corazón mientras me quedo paralizada, con las manos temblorosas todavía dentro del cajón. Cierro los ojos para

concentrarme en respirar mientras él deja caer otro beso justo al lado del anterior. Nunca había sospechado que mi nuca fuera tan sensible. La caricia envía una oleada de sensaciones por mis brazos y el resto de mi cuerpo.

—No ha sido un error —asegura con un ronco susurro que me pone la piel de gallina—. Tú nunca has sido un error. ¿Quieres que le diga a tu hermano que voy a salir contigo? ¿Es eso lo que quieres?

Saco las manos del cajón y me sujeto en el borde del tocador mientras se me escapa un gemido.

—Ese sonido... —gruñe mientras aprieta su cuerpo contra mi espalda. Percibo la dureza de su pecho... De él... Contra mí—. Ese maldito sonido me vuelve loco, Elle —dice, chupándome un lateral del cuello. Estoy empezando a jadear y me da igual. Ya no sé lo que quiero. No sé lo que necesito, no sé lo que me importa (si es que me importa algo), cuando Oliver me está haciendo sentir así. Ni siquiera tengo tiempo para dejar que la culpa se asiente, porque incluso eso es un sentimiento extraño en este momento. En mi interior se levanta una tormenta de lujuria, y el corazón se me sigue tropezando mientras sus labios se caen sobre mí una y otra vez.

—No puedo volver a caer en esto de nuevo... —susurro temblorosamente—. No puedo... ¡Oh, Dios, para! —Gimo mientras desliza las manos por mis costados y las puntas de los dedos por los pezones.

Se aprieta contra mí otra vez, empujándome hacia el tocador.

—¿Fui un error para ti?

—Oliver... —suplico con un gemido. Cierro los ojos cuando comienza a pasarme las manos de arriba abajo de forma sensual, apretando, amasando... Sin prisas... Como si tuviera todo el tiempo del mundo para seducirme. Como si no supiéramos los dos que tan pronto como salga de la habitación todo lo que estamos haciendo habrá terminado... Como siempre.

—¿Qué quieres, Elle? ¿Que te bese? ¿Que te folle? ¿Quieres fingir que soy el huracán que atraviesa tu vida? —Su voz es gutural mientras se aprieta contra mi trasero, haciendo que se me escape otro gemido.

De repente, sus palabras penetran en mi mente y se me abren los ojos de golpe. Ese es el momento en el que me alejo de su agarre y me vuelvo para mirarlo. Me estudia con los ojos entornados, con el cabello revuelto de la misma forma sensual de siempre. Demonios, es sexo puro. Oliver Hart es lo que yo utilizaría para definir la palabra sexy, pero estoy demasiado enfadada para distraerme en este momento.

—¿Acaso el huracán soy yo? —digo, señalándome a mí misma—. ¿Yo? —Miro el reloj que hay en la cómoda y me doy cuenta de que ya voy a llegar tarde, por culpa de esto... Sea lo que sea lo que estemos haciendo.

—¿Crees que no lo eres? —responde Oliver, mirando con los ojos entrecerrados.

—Estás loco. —Voy hasta el armario y, de espaldas a él, me quito la blusa por la cabeza. Oigo su aguda inspiración, y, como siempre, no me gusta percibir su reacción. En este momento, ha vuelto a encabezar oficialmente la lista de cosas que odio.

—No. Eres tú quien está loca, Estelle —me corrige, dando un paso hacia delante, por lo que vuelve a estar a mi espalda, hablándome al oído. No me toca en esta ocasión—. Estás jodidamente loca, pero ahora mismo me muerdo por tocarte, por follarte hasta el delirio.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo mientras me pongo otra blusa por la cabeza.

—No va a ocurrir.

—No va a ocurrir ahora, pero sucederá. No vayas a esa cita —me pide. La súplica que noto en su voz me hace perder un poco de rigidez, y me doy la vuelta para mirarlo.

—¿Por qué? ¿Por qué no debería ir a esa cita?

—Porque... —respira hondo, pasándose una mano por el pelo. Sus ojos recorren la habitación con rapidez, como si buscara la respuesta en mis malditas paredes. Justo cuando mi ira burbujea de nuevo porque me parece que estoy viviendo un maldito *déjà vu*, sus ojos vuelven a mirar los míos, y su expresión es tan intensa que me deja congelada—. Porque no quiero que vayas. Porque es mi turno. Porque te he dejado marchar un millón de veces y no quiero perder esta oportunidad. Quiero salir contigo. Deja que te demuestre lo bueno que puedo ser, y no estoy hablando de follar, me refiero a mí. Solo una cita, Elle.

Cuando el corazón me vuelve a latir de nuevo, dejo salir el aire con rapidez.

—Una cita...

Oliver sonrío. Es esa amplia sonrisa suya que muestra sus hoyuelos, la que me hace desmayar.

—Sí, una cita.

—La definición de «cita» es diferente para los dos —comento mientras miro a mi alrededor. Poso la vista en todas partes, en cualquier sitio para no

tener que clavar los ojos en él. Pero luego se acerca, y clavo los ojos en los suyos para que deje de moverse.

—Vale, llegaremos a un acuerdo para estar en la misma onda.

Suelto una risita.

—De acuerdo, lo pensaré. Pero si al final me decido, tengo algunas reglas.

Se ríe.

—Envíame un mensaje con las reglas.

—Lo haré.

Cuando bajo las escaleras, lo escucho con Vic en la cocina y asomo la cabeza para despedirme. Oliver me recorre lentamente con los ojos, como si fuera una porción de pizza y él estuviera a punto de comérsela. Al final, aparto la vista para no perderme en su mirada.

—Vas a casa de Felicia, ¿verdad? —pregunta Vic.

—Sí. Volveré temprano. Chao.

—¿Felicia? —pregunta Oliver, cuando ya estoy a medio camino de la puerta.

—Sí, la madre de Wyatt —responde Vic.

—¿Qué? —pregunta Oliver, desconcertado.

Me río hasta llegar al coche, y cuando llego allí, veo que me ha llegado un mensaje suyo.

*«Me la has jugado».*

Me río, pero no respondo.

*«¿Cuáles son tus normas?».*

*«1. Nada de caricias. 2. Nada de besos... Si se me ocurre algo más, te lo diré».*

*«¿Te va bien el viernes?».*

*«Todavía no he aceptado».*

*«Pero lo harás».*

No respondo. Me pregunto si realmente será capaz de preguntarle a Vic si puede salir conmigo. Por alguna razón, esa idea hace que me aleteen un montón de mariposas en el estómago. Luego gimo, recordando a dónde estoy y por qué. Quizá Mia tenga razón; Oliver es la última persona con la que debería arriesgarme. Es quien inventó este maldito juego. Yo solo soy una novata esperando ganar alguna vez.

# 12

PASADO

*Oliver*

Cuando éramos críos, el amigo con el que más me identificaba era Jenson porque ambos procedíamos de hogares rotos. Nuestras familias no eran ricas, como las de Victor o Junior, y tuvimos que ponernos a trabajar a los quince años. A pesar de que teníamos antecedentes similares, también tenía mis diferencias con Jenson. Él siempre necesitaba salir con una chica, mientras que yo lo último que quería era estar atado. Seguramente, el divorcio de mis padres tuvo mucho que ver con ello. Eso, y el hecho de que cuando mi hermana mayor y yo nos quedábamos en casa de mi padre cada dos fines de semana, él nos hablaba claramente sobre los problemas que había tenido con mi madre. El principal, según mi hermana, era que se habían casado demasiado jóvenes y no habían podido experimentar la vida a solas antes de atarse. Cuando me dijo eso, ella tenía dieciséis años, yo nueve. Pero por alguna razón, sus palabras se me quedaron grabadas.

Por mucho que quisiera y respetara a mi padre, siempre me juré que no sería como él. No dejaría a mi familia solo porque quería vivir aventuras. Cuando me convertí en un adolescente, tuve muchos ligues, pero ninguno de ellos me llamó la atención lo suficiente como para mantener una relación a largo plazo. No es que quisiera huir o acostarme con otras. Era algo tan simple como que nuestros intereses eran diferentes, o el hecho de que no podía permanecer al teléfono el tiempo suficiente con ninguna de esas chicas para mantener una conversación sin quedarme dormido. Dejando eso a un lado, me gustaban mucho las mujeres. Me gustaba cómo olían, cómo sabían... Y me encantaba descifrarlas. Mi hermana, Sophie, solía picarme diciéndome que estaba convirtiéndome en alguien como nuestro padre, lo que

no me gustaba, y me veía obligado a recordarle que yo no me había atado a nadie.

—Ese es el problema, Bean, no eres George Clooney. No puedes quedarte soltero para siempre.

—Clooney es un capullo, pero no me importaría ser él.

—Sí, ya, pero yo quiero que mis hijos lleguen a jugar con los tuyos en algún momento —añadía.

—Bueno, todavía no he encontrado a la chica adecuada.

Y era cierto. No lo había hecho. No era que estuviera buscándola, pero me gustaba pensar que si estuviera tirándomela, sabría que era ella. Tampoco iba acostándome con todas las que conocía sin hablar previamente un poco. Cualquier mujer hacía que la sangre fuera directa a mi polla, pero eso era todo. La última vez que me enamoré tenía doce años y, según Sophie, eso no contaba. Necesitaba seguir divirtiéndome mientras estaba en la universidad; lo demás ya encajaría en su lugar.

En esa tesitura estaba cuando Vic me llamó para invitarme a la fiesta que iban a ofrecer los chicos de su fraternidad. Él asistía a UCLA, mientras que yo iba a Cal Tech —que están muy cerca una de otra—, así que podíamos pasar un rato juntos todos los fines de semana. Ya tenía pensado asistir a la fiesta, pero cuando mencionó que Elle lo visitaría durante ese fin de semana y que iría con él a la fiesta, me decidí por completo. Me duché y pasé de responder las llamadas de Pam, la chica con la que estaba enrollado; quería ir a la fiesta y relajarme con mis amigos, y llevar a Pam significaba que tendría que vigilarla, porque era de esa clase de tías que se emborrachan con una copa y luego se bebían diez más.

Me acerqué a la fiesta y saludé a un par de conocidos antes de ir a la parte de atrás, donde Vic estaba siempre jugando a los dardos. Cuando lo vi, tuve que reírme, porque protegía el barril de cerveza como si fuera un santuario.

—¿Qué tal, idiota? —dije, dándole unas palmaditas en la espalda al llegar a su altura. Retrocedió y se giró hacia mí con una sonrisa perezosa que me hizo sonreír.

—¡Bean! Coge un vaso. En realidad, coge dos. Llevo una hora aquí, agarrado a esta mierda, mientras esperaba a que llegaras.

—Podrías haberme dicho que trajera más cerveza —me reí, al tiempo que cogía dos vasos de plástico rojo.

—Bah..., hay de sobra. —Me sirvió una cerveza y, finalmente, se alejó del



barril.

—¿Va a venir alguien más? ¿Jenson? ¿Junior?

—Jenson... No sé en qué anda metido, pero ha ido a casa, y Junior ha ido a visitar a la familia de Rose.

Solté un silbido por lo bajo.

—Parece que va en serio con ella.

Vic asintió moviendo la cabeza. En su rostro apareció la misma expresión de terror que sentía yo en ese momento al hablar de ir en serio con alguien.

—Da igual. Mientras no sea yo, no pasa nada... —comentó Vic, encogiéndose de hombros.

Me reí.

—Tú y yo. Los dos.

—No te di las gracias el otro día... Por venir conmigo —dijo, ahora más serio. Hice chocar mi vaso con el suyo y me encogí de hombros. Le había acompañado para que le hicieran un análisis porque una chica con la que había estado follando le había llamado para decirle que se había enterado de que tenía una enfermedad de transmisión sexual. No era que le hubiera acompañado al interior de la consulta ni nada de eso, pero sí le había prestado apoyo moral. Vic no quería contárselo a nadie más. No sé siquiera si me lo habría dicho a mí si no hubiera recibido la llamada mientras estábamos navegando.

—Para eso están los hermanos. ¿Te han dado los... ? —«¿Resultados?». Pero me parecía una pregunta demasiado trascendental como para hablar de ello en una fiesta de la fraternidad, y no sabía si él estaba preparado para responder.

—Dieron negativo —confirmó, bebiéndose lo que le quedaba de cerveza—. Todo ha sido negativo.

Solté un largo suspiro de alivio. No sabía qué habría sentido si la respuesta hubiera sido otra. No nos llamábamos hermanos en broma. De hecho, no podía recordar ni un momento en el que Vic no formara parte de mi vida, lo que significaba mucho en estos tiempos, en los que se cambiaba de amigos como de chaqueta. Victor estuvo a mi lado cuando mis padres se separaron, cuando mi padre se puso enfermo y todo lo demás. Los suyos me habían acogido durante semanas en verano, en los momentos en los que mi madre se veía obligada a viajar por trabajo y Sophie estaba en la universidad. No era que una enfermedad de transmisión sexual supusiera la muerte de nadie, pero

era algo lo suficientemente grave como para darme cuenta de la suerte que habíamos tenido al habernos librado de ese tipo de cosas hasta el momento.

—Tienes que usar siempre condones, hermano —aconsejé con un suspiro antes de tomar un sorbo de cerveza.

—Lo sé. Lo sé.

Me puse a su lado, asintiendo con un movimiento de cabeza mientras miraba al patio. Estaba lleno de chicos con camisetas moradas y chicas bebiendo y riéndose. Había una zona, a la izquierda, donde había una pista de baile improvisada, con DJ y todo, aunque solo estaban usándola un par de personas. Llamó mi atención una pareja en particular. El chico estaba medio parado, dando solo dos pasos de baile de vez en cuando, mientras que la chica había levantado las manos por encima de la cabeza para pasarse los dedos por la larga melena castaña. Llevaba un vestido corto, ceñido y negro, que mostraba cada curva de su cuerpo, y, en los pies, unas Converse negras. Me quedé completamente hipnotizado con ella y la forma en la que se movía. Era como si estuviera haciendo un *striptease*, pero sin necesidad de desnudarse. De alguna forma, el vestido le cubría el bien formado trasero, a pesar de lo corto que era. Abrí la boca para decirle a Victor algo sobre ella, pero en ese momento, la chica se dio la vuelta, sonriente.

—¿Qué coño...? —prácticamente gruñí.

—¿Qué pasa? —se interesó Victor, moviendo la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Cómo has dejado que Elle se ponga eso para venir a la fiesta? —Sabía que parecía un novio celoso y que no tenía ningún derecho sobre ella, pero allí estaba la chica de la que siempre nos decía que nos mantuviéramos alejados, y que habíamos cuidado hasta entonces como si fuera nuestra hermana, y luego... Lo que sea... Allí estaba ella, y allí estaba Vic—. ¿Qué coño...? —repetí, mirándolo fijamente.

Me estudió como si me hubiera vuelto loco y se rio, probablemente, de la expresión furiosa de mi rostro.

—Elle tiene dieciocho años. No puedo decirle qué ropa debe usar, y total... ¿alguna vez la has visto vestirse de otra forma? Además, he estado aquí todo el rato, vigilándola como un halcón, para que ese gilipollas no cometa ninguna estupidez.

Me recogí el pelo, que se me había escapado del moño en el que me lo había retirado de la cara, mientras meditaba sobre todo lo que había dicho. En

realidad no había sido consciente de nada de eso... Habíamos pasado aquel verano juntos, hablando casi todas las noches en el tejado, y ella siempre había aparecido suficientemente cubierta de ropa. O en realidad no, ahora que lo pensaba. Siempre llevaba camisetas flojas y pantalones cortos, o pantalones de pijama y *tops* ceñidos. Nunca la había visto en una fiesta, salvo en alguna celebración en casa, ya fuera suya o de Victor. En esas ocasiones, no usaba maquillaje ni vestidos ajustados que harían que cualquier hombre con sangre en las venas quisiera tumbarla sobre la hierba y follársela.

—Pues no, no me he dado cuenta... —reconocí, finalmente.

Se rio.

—Eso es porque es como si fuera tu hermana.

Me quedé helado. Había sido como una hermana pequeña durante algún tiempo, cuando éramos críos, antes de que ella creciera. Antes del verano. Supuse que no podría verla bailar otra vez, sabiendo que era ella y yo no era el tío que la miraba.

—¿Quién es ese?

—Er... Es Adam. Creo que Elle me ha dicho que se llama Adam.

—¿Es ella la que lo ha traído? —¿Por qué saber eso me molestaba?

—Sí. Me ha soltado algo de que Mia no podía venir, y que no quería venir sola para pasar el rato con un grupo de tíos salidos y chicas idiotas que no conocía.

Me reí. «Chicas idiotas». Sí, era algo que diría ella, pero ¿cómo podía yo saberlo? No conocía a esta Elle.

—Entonces, ¿están saliendo? —pregunté señalándolos. Por fin se separaron y se alejaron de la pista. Mientras se acercaban a nosotros, Elle se recogió el pelo en una coleta y lo dejó fluir entre sus dedos antes de bajar los brazos. Estaba riéndose de algo que le había dicho Adam, que le pisaba los talones, y me pregunté si le habría gastado una broma sobre su trasero, porque era donde tenía clavados los ojos.

—Bah, no. No lo creo. Elle no tiene ninguna relación seria.

Miré a Victor boquiabierto, y él se encogió de hombros.

—¿Y eso te parece bien?

Se volvió a encoger de hombros antes de dar un sorbo a la cerveza.

—¿Y qué quieres que le diga? «Cásate, Elle. Tienes que casarte». ¡Si solo tiene dieciocho años!

La idea de que Elle se casara no me gustaba nada, así que permanecí

callado y volví a mirar en su dirección. Noté que ella arqueaba las cejas mientras se acercaba y que su sonrisa desaparecía cuando me vio. Sentí una punzada de angustia en el pecho. ¿Qué le había hecho yo? ¿Por qué no seguía sonriendo?

—Hola, Bean —me saludó cuando llegó hasta mí. En ese momento, por primera vez, mientras miraba sus labios voluptuosos moviéndose cuando hablaba, odié que usara mi apodo. Era el que me había puesto mi madre, nada menos. «Bean crece», solía decirme. Y no sé cómo, se me había quedado hasta el punto de que lo usaban todos mis amigos. Nunca me había molestado que lo dijera Elle cuando era pequeña, pero ¿ahora que era mayor? Ahora quería que me llamara Oliver. De hecho, quería que lo gritara.

Me aclaré la garganta.

—Hola, gallina —dije. Mi sonrisa se hizo más grande al ver que me miraba con ira cuando usé su apodo.

—¿Gallina? —intervino Adam con una sonrisa.

Elle gimió.

—Es una larga historia.

—Tampoco es tan larga —dijo Vic—. Cuando era niña, le daba miedo todo. Por eso la llamamos gallina.

Ella puso los ojos en blanco y cogió el vaso de cerveza que le acababa de dar Victor para vaciarlo de golpe. Me quedé mirándola, boquiabierto, completamente fascinado por la forma en la que se secó la boca con los dedos, y por la amplia sonrisa que esbozó en respuesta a lo que Adam le estuviera diciendo. No podía concentrarme en sus palabras; solo oía su risa gutural, y veía su rostro..., su cuerpo... y... No, tenía que parar. Lo sabía. Adam le dijo algo sobre que iba al cuarto de baño, señalando a Vic, y me cabré al ver que ella lo miraba alejarse.

—¿Cómo está la albahaca? —le preguntó ella a Vic, que se encogió de hombros.

—La planta es tuya, no mía.

—¿Estás de coña? Victor, ¿cómo esperas que siga con vida si no te preocupas por ella? —dijo Elle—. Iré a verla.

—¿Qué albahaca? —me interesé, fascinado por el balanceo de su culo mientras se alejaba.

—Plantó un poco de albahaca en el jardín de mi casa porque en el apartamento donde vive no hay la luz adecuada, o algo así, y espera que yo

me ocupe de ella. No sé. —Volvió a encogerse de hombros.

—Mmm... Iré a mirar.

—Perfecto, así podrás vigilarla —sugirió.

Arqueé una ceja.

—¿No acabas de decir que «tiene dieciocho años»?

—Bueno, sí, es posible que tenga dieciocho con Adam y esos imbéciles, pero no para mi compañeros de la fraternidad. Eso es diferente.

Lo miré fijamente, esperando que me lo explicara. Soltó un suspiro de impaciencia y negó con la cabeza.

—Eso es sagrado. Es como si yo quisiera ligarme a Sophie o algo así. Sencillamente está prohibido.

No me molesté en señalarle que Sophie era mayor que nosotros y que estaba casada, porque lo había entendido perfectamente. Se trataba de Elle, su hermana pequeña, y nosotros éramos los amigos capullos de Vic, a los que les gustaba follar y se llevaban sustos con enfermedades de transmisión sexual. No éramos el tipo de tíos que querías que trataran con tus hermanas. Aunque me dolió, comprendí cómo se sentía y lo que esperaba que hiciera, así que luché contra el impulso de mirar a Elle, que me hacía anhelar algo que sabía que no podía tener.

Los fuertes sonidos de la fiesta se hicieron menos intensos con cada paso que me alejaba rumbo al lateral de la casa, la referencia que Vic me había indicado. Me detuve cuando la encontré. Estaba inclinada, mirando la planta que crecía en la tierra, y me tomé un par de segundos para admirar su aspecto en esa posición.

—¿Desde cuándo te dedicas a la jardinería? —pregunté, acercándome.

Levantó la cabeza y se enderezó con un movimiento de hombros y una sonrisa.

—Es algo nuevo. Estoy tratando de comer sano. Quiero plantar mis propias hierbas aromáticas, pero en mi dormitorio es imposible.

Me detuve a su lado y miré la planta.

—Tiene buen aspecto.

—Sí, y también huele bien —confirmó. Noté en su voz que estaba sonriendo, y eso me hizo sonreír a mí.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido el primer semestre?

—Ha sido..., en realidad me ha ido bien. Divertido.

Me giré para mirarla, metiendo los pulgares en los bolsillos delanteros de

los vaqueros.

—Me da la impresión de que estás *divirtiéndote* demasiado.

Inclinó la cabeza a un lado para mirarme, con el ceño fruncido como cuando intentaba descifrar algo.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Adam... Tu baile... Vic diciendo que no tienes ninguna relación seria... —Me encogí de hombros.

Ella se rio, con los ojos brillantes.

—Menudo morro que, precisamente tú, digas eso.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca has mantenido una relación, pero no te importa *divertirte* todo lo que puedas.

—Eso es diferente.

—¿Por qué es diferente? ¿Porque soy una chica? —preguntó al tiempo que se cruzaba de brazos.

—No —respondí con rapidez—. No es eso. —Y no lo era. Las mujeres con las que me acostaba estaban solteras y no querían mantener una relación, era todo lo que teníamos en común. Pero ella era Elle. Era... ¡Elle!

—Entonces, ¿qué es? —me desafió.

Lancé un gruñido, me pasé la mano por el pelo y la dejé allí.

—No lo sé. En serio..., no lo sé. Tienes razón. Deberías hacer lo que quieras.

—Llevas el pelo más largo —dijo con los ojos clavados en los míos. Luego me miró los bíceps y volvió a subir la vista.

Sonreí.

—Ahora puedes trenzártelo mejor —confirmé.

Sonrió.

—Date la vuelta.

Lo hice. Me puse rígido cuando sentí sus manos en los hombros.

—No llego —se quejó—. Tendrás que ponerte de rodillas —susurró contra mi cuello. Cerré los ojos para tratar de contener el fuego que crecía en mi interior. Me volví y me acerqué a un banco que había junto a la fachada lateral de la casa. Estaba en un estado deplorable, y Vic llevaba años tratando de deshacerse de él, pero en ese momento, me sentí muy feliz de que todavía lo conservara.

Elle se sentó a mi lado, y le di la espalda para que pudiera soltarme el pelo.

Me encogí cuando me quitó la goma.

—Ya te dije que dejaras de usar esto —dijo, suspirando profundamente mientras me pasaba los dedos por el cabello. Me masajeó el cuero cabelludo como si me lo estuviera lavando. Contuve el impulso de gemir por lo mucho que me gustaba lo que estaba haciéndome. A las mujeres les encantaba tirarme del pelo, y nunca me quejaba por ello, pero había algo en la forma en la que Elle me lo tocaba que provocaba que me recorriera un hormigueo de pies a cabeza. Cuando terminó de peinarme, dejó caer las manos. La pausa fue lo suficientemente larga para que me girara y la mirara.

—¿No me lo vas a trenzar? —pregunté, frunciendo el ceño mientras notaba la expresión distante que había aparecido en su rostro.

Ella negó con la cabeza y clavó los ojos en mi pecho. Me acerqué hasta que nuestras caras quedaron a unos centímetros de distancia, pero ni con esas me miró.

—¿Elle? —pregunté en un susurro.

Clavó los ojos en los míos y, por un segundo, me perdí en la forma en la que se arremolinaban en sus iris los diferentes colores. Siempre me recordaban a una canica. Mi canica favorita: azul, verde y marrón. Me miró de una manera que se me aceleró el corazón. Mirar esos ojos era como vivir en un mundo maravilloso. Deseé poder verme como ella me veía. Quizá si pudiera hacer eso, sería una persona diferente. Quizá sería un hombre de una sola mujer, un tipo que querría visitar a los padres de su novia durante el fin de semana y se tomaría en serio las relaciones. Mirar a Elle, allí, en ese momento, hizo que quisiera ser ese hombre.

—Lo iba a hacer, pero me ha traído recuerdos —susurró—. Me refiero a trenzarte el pelo.

Asentí y tragué saliva, apretando las manos contra los muslos para no tocarla.

—¿Te acuerdas de cuando te pregunté si me besarías cuando tuviera dieciocho años? —susurró. Alargó la mano y me puso la yema de los dedos en los nudillos como si fueran las teclas de un piano, lo que hizo que el corazón se me acelerara.

—Sí —confesé con otro susurro, aunque el mío sonó más ronco.

—¿Lo puedes hacer? —Subió los ojos hasta los míos mientras sus manos se quedaban inmóviles—. ¿Puedes besarme, Oliver?

El corazón me latía tan rápido que no podía pensar. Separé los labios un

poco y moví la cabeza, para asentir. Siempre había sido el cazador, el que se camelaba a las chicas con piropos y frases atrevidas, pero esta chica en concreto siempre conseguía dejarme sin palabras. Me hacía perder el equilibrio. Nos inclinamos el uno hacia el otro hasta que se tocaron las puntas de nuestras narices. Nos sostuvimos la mirada y, con apenas una ínfima fracción de segundo de diferencia, cerramos los ojos. Nuestras bocas se unieron... Deslicé los labios sobre los de ella... Metió la lengua en mi boca..., y en cuanto la sentí, el fuego que había percibido antes, me inundó, convertido en un incendio.

Besar a Estelle era algo que solo podía imaginar como besar a una nube... Ligero, dulce... y que lo consumía todo. Nuestros labios se movieron en sintonía, como si hubiéramos estado besándonos desde que nacimos. Nos acariciamos las caras, con miedo a alejarnos porque si lo hiciéramos, el momento habría terminado. Nunca quise derretirme y hundirme en la boca de una chica como en ese momento. Cuando finalmente puse fin al beso, porque mis manos comenzaban a tener vida propia y no quería hacer algo de lo que me arrepintiera al día siguiente, abrió de golpe los ojos. Me miró como si acabara de verme por primera vez, o tal vez pensé eso porque quería que ella me mirara así. La besé de nuevo, esta vez con más urgencia, y gruñí contra su boca cuando me tiró del pelo. Nos separamos una vez más con la respiración agitada, al oír que alguien gritaba su nombre.

—Es Adam. Seguramente quiera marcharse —comentó, jadeante.

—¿Vas a *divertirte* con él? —pregunté, bajando la cabeza y capturándole el labio inferior con los dientes. Gimió y me tiró del pelo, moviéndose para poder montar a horcajadas sobre mis caderas. Moví las manos hacia sus muslos sin pensar. La deseaba tanto... La deseaba por completo. Y para mucho más que una sesión de besos.

—Ya me estoy divirtiendo contigo —susurró contra mis labios, mordiéndome.

—¡Joder, sí! —gemí cuando lo hizo de nuevo.

Nuestras lenguas se encontraron y, mientras ella se movía, situé su pelvis para que recibiera mis embestidas. Era una locura. Los dos nos habíamos vuelto locos. Cualquier asistente a la fiesta podía doblar la esquina y encontrarnos allí, manteniendo relaciones en ese sucio banco, pero no nos importaba. En realidad no estábamos follando, aunque yo quisiera hacerlo. No había nada que deseara más que liberarme la polla y hundirme en ella,



pero era Estelle, y no se merecía un polvo rápido en una fiesta de fraternidad. Oímos su nombre con más claridad y no alejamos el uno del otro con rapidez. Se sentó a mi lado mientras recuperábamos el aliento, y, al final, apareció una figura por la esquina.

—Elle, te he buscado por todas partes. ¿Todavía estás mirando esa puta planta? —soltó Vic, acercándose a nosotros.

—Sí, bueno, estábamos hablando. —Se puso en pie y se alisó el vestido.

—Adam está vomitando por los rincones. Quizá deberías llevarlo a casa —dijo.

Ella suspiró.

—¿En serio? No he venido con una amiga porque no quería tener que atenderla, ¿y no va el chico que traigo y se comporta como una chica de hermandad que no sabe beber?

Me reí.

—¿Quieres que te ayude?

Se encogió de hombros.

—Supongo. Si no te importa...

Me levanté y la seguí hasta donde estaba su amigo. Esperamos a que dejara de vomitar y la ayudé a llevarlo al coche, un brillante BMW negro, que al parecer era propiedad de Adam. Y estaba aparcado allí, justo junto a mi destartado Maxima y, por alguna razón, que ese pequeño capullo borracho tuviera ese coche e intentara ligarse a Elle me cabreó. Estelle jamás había sido materialista. Sabía que no necesitaba mucho, pero ese detalle hizo que sintiera que no era adecuado para ella y me recordó por qué estaba esperando a calmarme. Quería que mi vida fuera más o menos segura cuando me estableciera. Quería haber conseguido ya un buen coche, una gran casa o cualquier otra cosa que mi mente pudiera evocar como una necesidad antes de que eso ocurriera, y sabía que tardaría algún tiempo en conseguirlo.

Cuando Elle se sentó detrás del volante y encendió el motor, me acerqué a la ventanilla. Nos miramos durante un buen rato, y luego esbozó una tímida sonrisa.

—Siempre me he preguntado cómo sería besarte —susurró. Sonreí y miré a mi alrededor, el camino de acceso. Todos estaban en la fiesta, así que introduje la cabeza en el BMW y volví a besarla, sin importarme que Adam estuviera allí sentado. De todas formas, estaba inconsciente.

—¿Y? —pregunté después de retirarme.

—Ha sido... lo máximo. —Su rostro se iluminó cuando lo dijo—. Pero no te preocupes, ya sé que ha sido algo único.

Mi sonrisa se esfumó. Quería decirle que podía ser más. Íbamos a universidades cercanas. Podía ser mucho más. Entonces, recordé quién era y que su hermano jamás aprobaría que saliera con ella. Con mi historial, yo tampoco lo haría. Y ella solo tenía dieciocho años. Era su primer semestre en la universidad, y yo estaba a punto de graduarme y luego iría a la facultad de medicina.

—Eres tú la que quiere *divertirse sin compromisos* ahora que es una universitaria —solté en tono de broma, esperando que dijera lo contrario. En cambio, solo hizo más grande su sonrisa.

—Eso hago. Hasta la próxima, Bean.

Adam gimió a su lado y los dos nos quedamos paralizados antes de mirar en su dirección. Pero él se mantuvo quieto.

—Sí, hasta la próxima —me despedí mientras se alejaba. Suspiré. Noté un peso en el corazón cuando sus luces traseras desaparecieron al doblar la curva. Me pregunté si me tambalearía de la misma forma si alguna vez llegaban a dispararme.

# 13

PRESENTE

*Estelle*

Odio las peleas.

Odio estar equivocada, pero incluso odio más las peleas que equivocarme. Sencillamente no se me da bien guardar rencor. Me enfado, grito y me olvido. Mia, por su parte, se cabrea, aúlla como una loca y se aferra a su ira como una sanguijuela. No hace falta que diga que llevamos dos días sin hablarnos. Por otra parte, he logrado evitar a Oliver en el hospital durante los últimos días, mientras pintaba discos de vinilo y tablas de surf con los niños. Sin embargo, lo he visto un par de veces al lado del puesto de enfermeras y, en otra ocasión, saliendo del despacho de Jen. Tuve un claro vislumbre de cómo debe de ser su vida: coqueteos, multitud de parejas sexuales, alguna cita nocturna en el hospital durante el turno de noche... No es eso en lo que quiero pensar, pero son por esos caminos por los que se interna mi mente automáticamente cuando se trata de Oliver.

Dos de mis amigos, Micah y Dallas, están en medio del pasillo de la planta de pediatría, mirando las paredes con la misma expresión de disgusto que puse yo en su día. Me doy cuenta de que Micah está deseoso de empezar el proyecto por la forma en la que se pasa las manos por el largo pelo rubio. Dallas, por su parte, se ha quedado boquiabierto, como si las pareces estuvieran retándolo.

—¿En qué puto lío nos has metido? —me lanza Micah, que se da la vuelta el primero.

No me queda más remedio que reírme.

—A ver, en serio... —insiste cuando llego junto a ellos. Le rodeo la cintura con los brazos y lo estrecho con fuerza.

—Gracias, gracias, gracias —me limito a responder, y luego hago lo mismo con Dallas.

—Cielo, será mejor que venga acompañado de una mamada —interviene Dallas cuando me alejo, riéndome a carcajadas hasta que escucho que alguien carraspea a mi espalda. Me doy la vuelta y veo a Oliver, que nos mira con una extraña expresión en la cara. Eso hace que me ría más fuerte, porque es evidente que ha oído el comentario de Dallas.

—Hola —lo saludo—. Te presento a Micah y a Dallas. Chicos, este es Oliver, el colega de mi hermano. El tío que me ha metido a mí en este lío.

Mientras se saludan con un gesto de cabeza, Dallas, que es un poco más alto que yo, examina a Oliver con rapidez, mientras Micah lanza un improperio que le hace parecer un rockero recién llegado de Woodstock. Oliver les devuelve el saludo con cortesía ante de volver a mirarme a los ojos.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —pregunta. La intensidad que leo en sus ojos hace que se me revuelva el estómago.

—Claro. Chicos, las pinturas están ahí, pero creo que debemos comenzar por el final del pasillo de la izquierda. Vuelvo enseguida —sugiero, señalando la habitación en cuestión antes de seguir a Oliver con el ceño fruncido—. ¿A dónde vamos?

Abre una puerta y me indica que entre, pero me quedo quieta en el lugar en el que estoy. Aunque esta parte del hospital está desierta por culpa del proyecto de pintura, no quiero que nos vea alguien y se haga una idea equivocada.

—Venga, pasa —dice.

—Podemos hablar aquí.

Oliver cierra los ojos y respira hondo, como si estuviera tratando de calmarse. Cuando los vuelve a abrir, parece incluso más cansado que antes, si eso fuera posible.

—Por favor, Elle. No me cabrees, ¿vale?

Niego con la cabeza, pero hago lo que me pide; no quiero dejar solos a los chicos demasiado tiempo. Me ha invitado a entrar en una especie de trastero, donde hay un montón de archivadores alineados a lo largo de las paredes.

—¿Y bien? —pregunto mientras me doy la vuelta hacia él. Está apoyado en la puerta con las manos en los bolsillos de la bata blanca, mirándome—. ¿Qué?

—No he sabido nada de ti. No te he visto últimamente, y luego, cuando por

fin lo hago, alguien está pidiéndote que le hagas una mamada. —No parece molesto, sino confuso, quizá un poco dolido, lo que me resulta ridículo e imposible. Porque este hombre es Oliver, ¿verdad?

—¿Y?

—Y te echo de menos.

Se me estremece el corazón ante aquella confesión, sobre todo por la forma en que lo dice, bajito y con ternura. Pero luego recuerdo a Wyatt y aquel «Te echo de menos» que no solía decir con frecuencia, solo cuando se ausentaba en uno de sus múltiples viajes, y solo después de que pasaran un par de días sin que nos habláramos. Jamás le había preguntado lo que estaba haciendo; ni siquiera si se encontraba con otra mujer. No lo había hecho a pesar de las veces que Mia plantó esa semilla en mi cabeza, pero no había sacado el tema porque, por alguna razón, no me importaba. De hecho, siempre me había preguntado si me pasaba algo raro y por eso me daba igual.

—No me echas de menos, Oliver. Además, ¿no estás saliendo con alguien? —le recuerdo con una mirada penetrante.

Él pone los ojos en blanco.

—Solo alguna que otra cita, no diría que salgo con nadie.

—Solo alguna cita... —repito, y mi voz suena más amarga de lo que pretendía—. No es que me importe —agrego con rapidez. Oliver sonrío, y noto que se me calienta la cara—. Tengo cosas que hacer —me disculpo, recobrando por fin el sentido y dando un paso adelante. Aunque él no se separa de la puerta.

—¿Estás *divirtiéndote* con ese? —pregunta, señalando el exterior con la cabeza. «*Divirtiéndote* con ese». Es gracioso que yo pueda preguntarle directamente si está follando con alguien, pero que, cuando él me lo pregunte a mí, use el término «divertirse». Me recuerda cuando éramos adolescentes y la madre de Mia llamaba «amiguitos» a sus novios—. ¿Te gusta más quizá el pelo largo? Sé que eso es algo que te va.

Doy un paso atrás. Es verdad que me siento atraída por los hombres con el pelo largo, seguramente por su culpa. Pero también debería odiarlos, y también sería por él. Debería, aunque, por supuesto, no lo hago. Oliver ya no lleva el cabello tan largo como antes, pero sí lo suficiente para hundir en él las manos y tirar con fuerza si pone la cabeza entre mis piernas. Los mechones, color arena apenas sobrepasan la mandíbula, y luce una barba incipiente de un par de días. Estoy segura de que sería delicioso sentirla

contra el interior de los muslos.

—¿Por qué me miras así? —pregunta. Su voz ronca me arranca de mis fantasías.

—¿Qué?

Da un paso adelante hasta quedarse justo frente a mí, por lo que mis ojos quedan a la misma altura que la identificación con su nombre, «Doctor Hart», sobre el bolsillo izquierdo de la bata.

—Elle, mírame —me dice. Un lento y espeso deseo se enrosca en mi vientre. Tengo dos opciones: pasar junto a él y marcharme o mirarle a los ojos y reconocer la existencia del deseo que caldea el aire entre nosotros como un soplete. Elijo lo último porque soy imbécil y, como es evidente, me gusta que me rompan el corazón una y otra vez.

—Me deseas. Después de tanto tiempo..., todavía me deseas.

—Ahora mismo no tengo tiempo para esto. Me están esperando —susurro, tratando de liberarme de la corriente que transmite su mirada.

—Una cita, Elle. Una sola cita. Mantendré mi palabra y no te tocaré, te lo prometo.

—Ya estás follando con otras. ¿De verdad necesitas a alguien más?

Entrecierra los ojos un poco.

—Para tu información, no. ¿De verdad crees que solo se trata de que quiero follar contigo?

«No lo sé», quiero decirle. La historia tiende a repetirse, pero me lo callo.

—No sé qué es lo que quieres —respondo, arrancando la mirada de la suya. Me siento sofocada al estar con él en un espacio tan pequeño. Intento salir, pero él me agarra por el brazo.

—Una cita.

Cierro los ojos y niego con la cabeza, arrepintiéndome al sentir que comienzan a llenárseme de lágrimas.

—No estoy preparada.

Deja caer la mano. Parece herido, pero vivirá; siempre encuentra algo en lo que llenar su tiempo. Cuando abro la puerta, lo miro por encima del hombro.

—Por cierto, Dallas, el tío que ha dicho lo de la mamada, es gay. Micah, el del pelo largo, era uno de los mejores amigos de Wyatt, y, ya solo por eso, no es mi tipo.

—Es mono —dice Dallas más tarde, mientras estamos preparando las paredes, y sé que se refiere a Oliver, por lo que lanzo un gruñido. Un sonido irritado que le hace sonreír. Miro a Micah, que no añade ningún comentario.

—Me refiero a que lo haría con él —agrega Dallas.

—Probablemente él lo haría contigo también si fuera de tu bando. Eres más mayor, te quedan bien esas gafas de friki y la pajarita... Sí, creo que sí. — Mis palabras le arrancan una sonrisa y pone los ojos en blanco.

—¿De qué quería hablar contigo? —pregunta Micah, haciendo que el corazón me resuene en los oídos. Siempre habla en tono indiferente, así que no puedo leer nada en él, y eso me irrita.

—De algunas cosas.

—¿Estás saliendo con él?—pregunta.

Cojo aliento. En cierto sentido, es como si Micah fuera la cuerda que me une a Wyatt, y en cuanto creo que estoy cortándola, él aprieta el nudo para que no lo haga.

—¡No, no estoy saliendo con él! Todavía no estoy saliendo con nadie.

Micah suspira y baja el rodillo antes de girarse para mirarme.

—Él no va a volver, ¿sabes? No se ha ido a uno de sus viajes, no estará aquí la semana que viene. Tienes derecho a seguir adelante.

—No estoy preparada —confieso. Mi voz se rompe y me doy la vuelta para seguir pintando. Oigo el sonido que hace el mango del rodillo cuando lo deja en el suelo, seguido de unos pasos que se acercan. Sé que está detrás de mí, pero me niego a darme la vuelta. Sé que si lo hago, me pondré a llorar. Sé que si sigue hablando, no podré contener el llanto. Y no quiero. No quiero derramar lágrimas aquí. Quiero que este proyecto esté lleno de esperanza y vida, no de dolor y pérdida.

—Esta pared —dice Micah, parándose a mi lado mientras señala la superficie vertical—. Esta pared es tu vida, Elle. El azul no es feo, ni tampoco triste, pero estamos pintando sobre él porque su tiempo pasó. Las enfermeras que trabajan aquí no se olvidarán de cómo era. Los niños que ven estas paredes durante todo el día recordarán como era, quizá a veces lo echarán de menos, pero tenemos que darles algo que, cuando lo miren, los haga felices. La vida es corta, brutal y dolorosa, y nos arrebató a nuestros seres queridos con la misma rapidez que los trae a nuestras vidas, pero también es algo hermoso. Wyatt querría que siguieras adelante y fueras feliz. Que salgas, que te cases, que tengas hijos, que viajes... Que hagas todo lo que te haga sentir

viva. Cuanto más lloras, menos vives, y ya sabes lo breve que puede ser nuestro tiempo aquí.

Unos dedos imaginarios se curvan sobre mi cuello y me lo aprietan con tanta fuerza que no puedo responder. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando hasta que Micah me lleva hacia su pecho y se me escapa un fuerte y húmedo sollozo. Escucho caer algo al otro lado de la habitación y siento los brazos de Dallas alrededor de nosotros. Nos quedamos allí de pie los tres, llorando por los brazos que nos faltan, los que nos habrían acogido a todos. Me voy después de eso porque no puedo mirar la pared sin llorar. Cuando salgo, veo a Oliver con los codos apoyados en el mostrador, con la cara enterrada en las manos. Me pregunto si estará cansado o si le han dado malas noticias sobre alguno de sus pacientes.

Todavía sigo pensando en la maldita pared azul y, aunque tengo razones para no hacerlo, quiero consolarlo. Dejo los recuerdos negativos del pasado y me concentro en los buenos, aferrándome a ellos. Sin más vacilación, me acerco a él y le rodeo la cintura con los brazos al tiempo que apoyo la mejilla en su espalda. Se pone rígido.

—Vamos a salir como amigos. No será una cita —susurro contra la bata, y noto cómo suelta un largo suspiro. Dejo caer las manos cuando se endereza y se da la vuelta para mirarme, estudiando mi cara con el ceño fruncido—. ¿Vale? —susurro. No me responde. En cambio, levanta una mano para ahuecarla sobre mi mejilla. Me estremezco cuando me pasa la yema del pulgar lentamente sobre la piel.

—Vale. Una cita de amigos —conviene. Sostiene mi mirada mientras baja la cabeza. Empiezo a perder la compostura. Oliver es consciente de que mis reglas para una cita incluyen que no me bese, y esto ni siquiera es una cita, ya sea de amigos o de otra cosa. Pero cuando noto su aliento en los labios, se me cierran los ojos. Aunque no me besa. Sus labios aterrizan sobre la comisura de mi boca, como hicieron hace muchos años en el tejado de casa de mis padres. Cualquiera habría pensado que, con el recuerdo de otro hombre en mi corazón, habría hecho algo más arriesgado. Abro los ojos lentamente mientras se aleja de mí, examinándose con cuidado, como si fuera un artefacto explosivo.

—Sigue siendo un sí, ¿verdad? No he roto ninguna regla.

Muevo la cabeza lentamente, asintiendo. Estoy cautivada por él, a pesar de que mis pensamientos gritan «¡No!». Si esto es un beso amistoso, no creo que



pueda sobrevivir a que me dé uno de verdad, incluso aunque sé cómo son.

—¿Me puedes enviar el resto de las reglas incluso aunque salgamos solo como amigos? —pregunta, con un brillo en los ojos que me pone nerviosa.

Vuelvo a asentir.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

—Me has pillado desprevenida —susurro.

Intenta reprimir una sonrisa, pero veo que los hoyuelos se hacen más profundos en sus mejillas, y lo sé.

—Acabas de hacer bueno un día realmente malo —responde, encerrando mi cara entre las manos y pasándome el pulgar por el labio inferior.

—¿Quieres que hablemos de eso? —pregunto, disfrutando de su contacto.

Niega con la cabeza antes de esbozar una sonrisa triste.

—Esto es suficiente.

No puedo evitarlo; le devuelvo la sonrisa. Nos quedamos así un rato, mirándonos a los ojos, con su dedo sobre mis labios y mi corazón en sus manos, hasta que lo llaman por un altavoz del hospital.

—Tienes trabajo, y, a diferencia de otras personas, yo necesito dormir.

Oliver asiente, deja caer las manos de mi cara y se acerca a las habitaciones de los pacientes.

—Buenas noches, hermosa Elle.

—Buenas noches, atractivo Oliver —respondo con una sonrisa.

Él se ríe cuando me doy la vuelta para marcharme.

—¡Envíame un mensaje de texto cuando llegues a casa! —grita. Salgo del hospital sintiéndome mucho más ligera que cuando entré. Al llegar al coche, me llevo los dedos a los labios, justo donde él me ha tocado, y creo sentir un hormigueo. Cierro los ojos intentando recordar si con Wyatt fue alguna vez de esa manera. Lo amaba. Lo amaba de verdad, pero cada vez que estoy con Oliver, me lo cuestiono. Me hace sentir horriblemente mal compararlos a los dos. Quizá solo los amaba de manera diferente. Quizá Oliver sea un tipo de amor más familiar, el que es consecuencia de las hormonas de la adolescencia, y el de Wyatt fuera el tipo de amor adulto y estable. No puedo decidir cuál es mejor ni si es que alguno de ellos lo es. No es algo que tenga que hacer. Wyatt se ha marchado y nunca va a volver. Entonces, ¿por qué una cita como amigos con Oliver consigue que sea como si estuviera traicionando su recuerdo?

# 14

Estoy recorriendo la galería cuando una mujer empuja la puerta, haciéndome parar en seco. Sonríe al tiempo que se sube las gafas de sol hasta el nacimiento del pelo. Es mayor, seguramente sea de la misma edad que mi madre, y se mueve con la gracia de una bailarina de ballet.

—¿Eres la dueña? —pregunta, observando todo lo que hay a su alrededor una vez más antes de volver a mirarme.

—Sí —respondo, y me acerco a ella—. Estelle Reuben. ¿Ha venido antes por aquí? —pregunto. Me resulta familiar, pero no soy capaz de ubicarla. Hace tiempo, Wyatt y yo hacíamos presentaciones de pinturas en la galería, y estoy segura de que esta mujer asistió a una de ellas.

—En realidad, no. Creo que nos hemos visto alguna vez en Nueva York —comenta al tiempo que inclina la cabeza hacia un lado para examinarme más atentamente—. Ibas con Wyatt, eras su...

—Su prometida. —Completé la frase. Su prometida, su exprometida, su prometida antes de que muriera, nunca sé qué decirle a alguien que me conoce de antes.

—Lamento su pérdida —dice con una triste sonrisa. Me doy cuenta de que los músculos de su cara no se mueven mucho cuando sonríe, lo que la hace parecer más sombría que compasiva. Sin embargo, curvo también los labios.

—Gracias. ¿Es usted coleccionista? —pregunto, imaginando que debe de serlo si me ha visto en Nueva York.

—Sí. Hace tiempo que me he fijado en ese cuadro. —Levanta una mano con delicadeza y señala la obra cumbre de la galería, el ojo que la vigila.

—Oh... —digo con un susurro.

—¿Cuánto quieres por él? —pregunta—. He intentado adquirirlo en el pasado sin resultado.

Abro mucho los ojos cuando la comprensión me ilumina.

—¿Priscilla? —musito, girándome para mirarla. Priscilla Woods me ha

estado llamando con frecuencia, y también he recibido una llamada de la secretaria de su marido, hace casi un año. Sigo rechazando sus ofertas, a pesar de que son grandes sumas de dinero, porque ella quiere dos de mis pinturas favoritas, y no estoy dispuesta a renunciar a ninguna.

—Me recuerdas... —se sorprende sonriendo—. Estaré por aquí un par de días, así que se me ha ocurrido pasarme para averiguar si ya estás preparada para venderme esas obras.

—Ese cuadro no está en venta —digo, tras aclararme la garganta para asegurarme de que está escuchándome.

—¿Y el otro? ¿El corazón roto con alas?

Aparto la mirada de ella para clavarla en la pintura que cuelga en la pared opuesta.

—Su título es *Caleidoscopios alados* —replico, sintiendo de repente un nudo en la garganta. Wyatt lo pintó poco después de nuestro compromiso. Pintó tres, vendió dos y guardó uno para la galería. Nunca llegué a saber si lo iba a vender también, aunque el significado que ocultaba siempre me hacía llorar y sonreír a la vez. Al final, era su pintura lo que le gustaba.

—Es precioso —afirma, acercándose hasta detenerse frente a él—. Me recuerda una especie de renacer.

Asiento con la cabeza y trago saliva, con la esperanza de que eso me ayude a mantenerme lo suficientemente entera para seguir hablando con ella.

—Es un renacimiento, sí. —Es el renacer de mi corazón, de mis esperanzas en el amor, de mi vida sentimental y del nacimiento de nuestra relación.

—No tiene una etiqueta con el precio —observa.

—Algunas cosas no tienen precio.

Gira la cabeza hacia mí y la inclina a un lado.

—No existe nada tangible que no tenga precio.

—Es posible, pero los recuerdos que hay detrás, sí.

Mi respuesta hace que asienta de forma comprensiva. Sus ojos se alejan de los míos para clavarse en la pintura.

—¿Eso significa que no estás dispuesta a dejar ir a los recuerdos que guarda?

Miro la pintura en silencio. Sé que no habrá dinero suficiente en el mundo para pagar esos recuerdos, pero siempre estarán incrustados en mi mente, así que quizá debería dejar de pensar en sus pinturas en esos términos. A lo largo de las últimas semanas, he logrado pasar una nueva página. Siento que voy en

la dirección correcta, pero cuando me enfrento a algo así —la realidad de soltar, de liberarme de los tres últimos años de mi vida—, mi ritmo se ralentiza como un coche al cambiar de marcha. Respiro hondo, inhalando el omnipresente olor a la madera y la pintura, y cuando suelto el aire, me he decidido ya.

—Estoy preparada para dejarlos marchar —confirmo, con voz firme y decidida.

Priscilla se da la vuelta y bate palmas al tiempo que emite un chillido de felicidad. Una actitud exactamente contraria a su aspecto, con finas perlas y melena *bob* perfecta. El contraste me hace sonreír, y me siento menos triste por vender la pintura.

—Puedo entregártela en tu casa —comento, reconociendo que está vendido, porque cuando alguien con dinero se encapricha de algo, no se va sin ello.

—Vivo en Nueva York —responde—. No espero que vayas hasta allí para llevármela.

—Es algo que solemos hacer. No me sentiría cómoda enviándolo sin más. No con este cuadro.

Esboza una leve sonrisa.

—Me lo llevaré puesto. Tenemos un *jet*, así que no tiene por qué ir en una caja. Lo cuidaremos bien.

La forma en la que habla al respecto, como si fuera una niña, me hace sentir un poco mejor por haber decidido venderlo.

—Prepararé la documentación.

—¿Me da tiempo a cruzar la calle? He quedado enfrente con una amiga para comer —explica, mirando el reloj.

—Por supuesto. Solo necesito que me facilites la información básica. Lo tendré preparado y empaquetado cuando termines.

—Perfecto. Me muero por ver colgado mi cuadro encima de la chimenea y enseñárselo a todo el mundo —asegura.

«Mi cuadro». Trato de dejar que esas palabras no me hagan daño, pero lo hacen de todos modos. Después de que se vaya, cuando termino con el papeleo, descuelgo la pintura y, agarrándola por los bordes, la dejo en el suelo. Me siento en el suelo de rodillas y me permito rozar con la punta de los dedos cada corazón roto, colorido y hermoso, y las alas que los hacen flotar. Las lágrimas caen por mis mejillas mientras toco cada uno de ellos, despidiéndome. Empiezo a cubrirlo, capa tras capa, deteniéndome para

secarme la cara con cada vuelta. Pienso en la mirada seria en el rostro de Wyatt mientras mezclaba los colores... La mirada de júbilo cuando llegó a las alas de marfil y las vio en el lienzo.

«¿Te gusta?», me había preguntado. Su rostro se había iluminado cuando fue evidente que me encantaba. «No quiero que lo vendas», le había dicho mientras él se reía y me rodeaba con los brazos, apretándome contra su cuerpo. «Pero algún día lo haremos. Cuando nos cansemos de mirarlo».

Espero que no piense que me he cansado de verlo, porque no es cierto. No creo que me aburra nunca de mirar sus pinturas, pero no se trata de eso. Esta es mi despedida, me digo a mí misma mientras me levanto y, con el corazón en un puño, entrego una parte de mi pasado a otra persona. Ella nunca sabrá la historia que hay detrás, pero la apreciará igual.

# 15

Cuatro días después de la discusión con Mia, la llamo y, después de mantener una larga conversación para poner los puntos sobre las íes, voy a su estudio. Cuando llego, abro la puerta y me tomo un momento para admirar las fotos que tiene colgadas en la pared. Las ha cambiado desde la última vez que la visité. A la derecha, hay una en blanco y negro de una mujer tendida en la cama. Está de espaldas a la cámara, y las sábanas blancas le cubren la parte inferior del cuerpo, por lo que lo único que se ve es la curva de su espalda desnuda y la exuberante melena negra que cae sobre su hombro. La iluminación y la pose crean una imagen impresionante. La pared que da a la puerta muestra una familia: el padre usa pantalones de pana marrón, una camisa azul marino y le cubre la cara una máscara de Chewbacca. El niño que está a su lado va vestido de forma similar, pero usa una careta de soldado de asalto. La madre está colocada al otro lado del hijo, y luce unos pantalones marrones, una camisa blanca y se ha recogido el pelo castaño como la princesa Leia. Cuando estoy riéndome por culpa de la adorable imagen, Mia dobla la esquina, sobresaltándome.

Bajo la mirada hacia ella y me fijo en que está descalza. Se ha puesto un vestido rojo, lo que me hace gracia, porque es exactamente igual que el negro que llevo yo. Damos una vuelta con rapidez y nos reímos.

—Hola —digo con timidez.

—Lo siento, soy gilipollas y lamento no haber estado contigo cuando vendiste la pintura de Wyatt —responde, repitiendo lo que me ha dicho en la conversación telefónica.

—Vale, vale. Y yo lamento también lo que te dije, estuvo fuera de lugar.

Las dos soltamos un suspiro y nos adelantamos con los brazos abiertos para envolver a la otra en un fuerte abrazo.

—A veces eres muy cabrona —me dice contra el cuello.

—Por eso somos amigas. —Cuando nos soltamos, miro hacia la pared

donde está la mujer de espaldas—. En serio, me encanta esa fotografía.

Sonríe.

—¿A que es una pasada? Va a ser su tarjeta de Halloween este año.

—Sí, es impresionante —convengo al tiempo que asiento moviendo la cabeza en dirección a la joven tendida.

—Sí, un reportaje especial para su futuro marido. Es una chica encantadora.

—Clava en mí sus ojos azules—. ¿Cuándo vas a dejar que te haga un reportaje así? Serías la modelo perfecta.

Chasqueo la lengua.

—No quedaría bien. No sabría cómo resultar sexy ni intentándolo.

Ella se ríe.

—¡Eso es lo que te hace parecer sexy! Cuando se intenta demasiado, se termina pareciendo idiota. Aunque yo te ayudaría, ya sabes que sé cómo hacer magia.

—Sí, claro —respondo, haciendo un gesto hacia el estudio.

—Oye, ¿quieres participar en una sesión este fin de semana?

—¿En una sesión? He venido para invitarte a comer y arrastrarme delante de ti para que me perdones, ¡no para que me convenzas para hacerme fotos sexis!

—Lo sé, pero he contratado a un modelo, y la chica que iba a trabajar con él acaba de cancelar su participación porque está enferma. Y, para colmo, es una sesión importante para una revista local, se supone que tengo que tener todo listo la próxima semana. Es una pasada, Elle. Podría ser mi espaldarazo.

—¡Joder! —suelto con un suspiro.

—Sí, joder... Todas las modelos con las que me he puesto en contacto me han respondido «tal vez», y ahora mismo no puedo arriesgarme a quedarme colgada.

Parece a punto de llorar, y yo odio verla tan agobiada por el trabajo.

—Vale, lo haré —me rindo. Es decir, ya he hecho esto por ella. No puede ser tan malo.

—¡Ah! ¡Gracias! —dice antes de dar un saltito y abrazarme de nuevo.

—Esto va a ser... En fin, ¿recuerdas aquella vez en la que me querías hacer fotos con un chico en la playa? ¿Será algo así? —No había sido tan malo hasta que apareció Wyatt. El modelo y yo estábamos retozando en el agua, haciendo todo lo posible para no mirar a la cámara mientras fingíamos que existía química entre nosotros. Algo difícil con un chico al que no conoces,

da igual lo guapo que sea.

Cuando por fin empezamos a estar cómodos el uno con el otro, lo suficientemente relajados para besarnos, apareció Wyatt. Me puse tan nerviosa que no logré mostrarme natural con el modelo. No es necesario decir que fue un desastre absoluto y que Mia no pudo arreglarlo.

La risita de Mia me arranca de mis pensamientos.

—No. Haré las fotografías en interiores, con lo que será mucho más íntimo... Es bueno que todavía no hayas encontrado novio.

—Sí, gracias a Dios —replico sin entusiasmo, antes de dejarla retomar el trabajo y marcharme para la galería. Tomo nota mental de comer algo de camino.

Más tarde, cuando estoy preparando el material para los niños, recibo un mensaje de texto de Oliver.

*«Regla 1. Nada de vestidos cortos.»*

Frunzo el ceño. Estudio las palabras durante un buen rato, luego me miro a mí misma y luego al exterior, para ver si está vigilándome.

*«¿Estás acosándome?»*

*«¿¿??»*

*«¿Me estás mirando en este momento?»*

El teléfono comienza a vibrar y su nombre aparece en la pantalla.

—¿Eso significa que ahora mismo llevas un vestido corto? —pregunta bajito.

—Sí, y por el volumen de tu voz, supongo que estás en el hospital.

—¿Cómo es de corto? —insiste, ignorando mis palabras.

—Oliver, somos amigos —le recuerdo.

—Solo dime cómo es de corto, por el amor de Dios. Necesito imaginármelo.

—Justo por encima de las rodillas.

—¿De qué color?

—Negro.

Oigo que se abre una puerta a mi espalda y que vuelve a cerrarse antes de que su voz vuelva a acariciarme el oído. Me estremezco como si estuviera detrás de mí.

—¿Es ceñido?

Me río.



—¿Quieres tener sexo por teléfono conmigo a las tres de la tarde?  
¿Mientras estás en el trabajo?

Suspiro.

—Te acabo de enviar un mensaje de texto para decirte que no te pongas un vestido corto para nuestra cita como amigos, y me sueltas que ahora mismo llevas uno, a plena vista, para que lo vea todo el mundo.

—¿Y? Estás actuando como si fuera en ropa interior...

—No, pero todos los hombres de Santa Bárbara van a disfrutar de esas kilométricas piernas tuyas y, ya que estamos, lo que me gustaría es tenerlas rodeándome la cintura mientras me recreo en la parte superior de tus tetas. Luego te bajaría el vestido para mirarlas mejor...

—¡Oliver! —lo interrumpo, muy nerviosa. Empiezo a tener sofocos y respiro hondo, ya que ni siquiera está cerca para hacerme sentir así—. ¡Amigos! —grito—. ¡Somos amigos! Como sigas diciéndome esas cosas, no voy a salir contigo.

Tarda tanto tiempo en hablar que miro la pantalla del móvil para asegurarme de que no me ha colgado.

—¿Qué te hace desear que te diga estas cosas, Estelle? —Su voz vibra con la pregunta, haciendo que me estremezca sin querer.

—Nada —susurro.

—¿Nada? —Cierro los ojos ante el desafío de su voz, sabiendo que debería haber ignorado la cuestión por completo—. ¿No hace que desees que estemos solos en algún sitio?

—¿Por qué voy a desear eso? —replico, esperando que mi pregunta suene más estable de lo que parece.

—Porque si estuviéramos a solas, deslizaría la mano debajo de tu vestido... —Hace una pausa y baja el volumen de su voz todavía más—. Dentro de tus bragas...

—¿Por qué piensas que llevo bragas? —bromeo con un suspiro.

—No me digas que no llevas bragas, provocativa Elle —La sonrisa que noto en su tono hace que me ruborice.

—Quizá...

—Si deslizara la mano debajo del vestido y descubriera que no te las has puesto, no podría resistirme. Tendría que quitarte el vestido y comprobar si estás completamente desnuda debajo.

—¿Y si lo estuviera? —insisto en voz baja. «¿Por qué juego con fuego?»

¿Por qué? ¿Por qué me entretengo con esto? ¿Por qué lo disfruto?».

—Entonces tendrías muchos problemas —confiesa con un áspero gruñido que hace saltar mi corazón

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de problemas? —bromeo.

—Para empezar, querría saborearte —comienza.

—En las citas con amigos no hay besos —me río de él.

—No sería un beso en la boca —aclara con un tono que hace que me estremezca antes de continuar—. Y me tomaría mi tiempo, besando todo tu cuerpo hasta llegar a los tobillos. Luego retrocedería lentamente, trazando con la lengua el interior de tus muslos..., probando cada centímetro de ti...

—Su voz se ha convertido en un ronroneo, y jadeo ante la vívida imagen que está describiendo como si pudiera sentir su lengua caliente en mi sensible piel —. Te saborearé hasta que me supliques que te bese en los labios, y entonces te follaría con la boca y...

—¡Oliver! —le riño, sin poder reprimir un gemido. Se lo pediría. Sé que lo haría, pero escucharlo me hace sentir demasiado excitada, y también demasiado irritada... Muy cabreada. Cojo aire—. ¡¿No tienes que salvar alguna vida?! —grito.

—Estoy en un descanso —responde con indiferencia, como si no me hubiera dicho todas esas cosas—. Además, estoy almorzando, ¿sabes?

—¿Estás usando el móvil para tener sexo telefónico mientras estás comiendo? —Abro los ojos y parpadeo con rapidez para adaptarme a la luz del estudio.

Se ríe.

—Soy multitarea.

—Bueno... Voy a dejarte para que puedas disfrutar del resto de tu comida.

—No es necesario. Ahora mismo tengo tal ataque de... mmm... que voy a tener que esconderme en un armario oscuro hasta que descubra qué hacer al respecto y seguir con el día.

Suspirando, me hundo en una silla. Imágenes en las que él coquetea con todas las enfermeras del hospital desfilan por mi mente antes de que pueda detenerlas.

—Estoy segura de que encontrarás muchas enfermeras dispuestas a echarte una mano... O incluso administrativas del hospital.

Un nuevo silencio, seguido de una áspera exhalación.

—Me gustaría que no pensaras tan mal de mí.

—Para empezar, desearía que tus pensamientos no hubieran seguido ese camino, Bean, pero la vida es así.

—Odio que me llames Bean —musita. Su voz es, repentinamente, más intensa, más triste.

—¿Por qué? —susurro, aunque estoy sola.

—Tengo mis razones —suelta, antes de aclararse la garganta—. De todas formas, el problema ha desaparecido, así que no tengo necesidad de pedir ayuda. Aunque tampoco lo hubiera hecho.

—Vale... Que tengas un buen día —le deseo, sin saber qué más decir.

—Igualmente.

Guardo el teléfono, y cuando estoy a punto de coger un trozo de vidrio para empezar mi siguiente figura, vuelve a vibrar.

*«Otra regla: No me llames Bean en nuestra cita de amigos».*

*«Vale».*

*«Tampoco te llamaré gallina. Solo seremos Estelle y Oliver».*

Noto un montón de mariposas en el estómago.

*«E & O»*

*«Gracias. Ha sido una semana difícil. Necesitaba una sonrisa».*

Cuando dice cosas así, hace que quiera llorar. Sé que su trabajo es duro, y que quiera continuar en pediatría después de terminar la residencia es algo que no puedo entender. Fue toda una sorpresa verlo tan derrotado el otro día. Y ahora ese mensaje... Me rompe el corazón.

*«De nada. Estaré aquí todo el día».*

*«¿Con el vestido?».*

*«Con el vestido ☺».*

Ninguno escribe nada más después de eso, y mientras continúo trabajando en otro corazón compuesto de trozos de vidrio rotos, sonrío. Él es la razón de que comenzara a hacerlos, a pesar de que fue Wyatt quien me enseñó a perfeccionarlos para que el corazón no se me desintegrara. No puedo evitar preguntarme si eso fue una especie de señal, pero no dejo que la idea madure demasiado. No tiene sentido creer en el destino si eres demasiado terco para ceder a él.

# 16

La cita como amigos con Oliver termina siendo el sábado. Solo nos hemos visto de pasada desde la última conversación que mantuvimos por mensaje de texto/teléfono, y me he centrado, principalmente en pintar las habitaciones con Micah y Dallas.

Oliver ha puesto tres reglas para la cita: nada de vestidos cortos, llevar zapatos cómodos y que no use lápiz de labios. Solté una gran carcajada con la última regla, que, por supuesto, no cumplí. Elegí unos pantalones vaqueros, que combiné con unas botas negras sin tacón y una camiseta sin mangas, con volantes, que cubrí con una cazadora verde oscuro por si luego hacía más frío. Me dejé el pelo suelto y me lo ricé antes de pintarme los labios de un tono rojo oscuro. Sonreí a mi reflejo al mirarme al espejo. Antes de conocer a Wyatt, nunca usaba pintalabios. Fue él quien me lo sugirió, así como que usara ropa menos juvenil. Me gustó ese cambio. Wyatt era mayor que yo y sabía más de la vida. Había tenido una existencia más intensa, así que cada vez que me hacía una sugerencia, me la tomaba muy en serio.

Antes de salir con Wyatt, me vestía como me apetecía: vestidos cortos, faldas ceñidas, *stiletos*, todo eso y más. Poco a poco, me alejé de ese tipo de moda y fui cambiando esas prendas por lo que él llamaba «ropa de adulto». Mia pensaba que yo era idiota. Me había dicho que solo teníamos veintiún años y podíamos —y debíamos— mostrar nuestros atractivos.

—Tú especialmente, con ese cuerpo de bailarina... —me había dicho.

Seguí usando Chucks y Doc Martens, y me había hecho un pequeño *piercing* en la nariz, pero ya no enseñaba las piernas ni el escote, y eso no era nada malo. Me sentía muy agradecida a Wyatt por todo lo que me enseñó, pero había decidido hacía mucho tiempo que no pensaba volver a cambiar por nadie más, en especial por un hombre.

Bajo las escaleras a toda velocidad y cojo una botella de agua, que bebo mientras revuelvo en busca de un sándwich.

—Estás muy guapa —me dice Vic cuando abro la nevera.  
Me doy la vuelta y sonrío.

—Gracias.

—¿No es un poco pronto para una cita?

Miro la hora. Son las diez, y Oliver debe de estar a punto de llegar en cualquier momento. De repente, empiezo a sentirme nerviosa. La realidad comienza a agobiarme lentamente: Oliver va a venir a buscarme a casa de mi hermano para tener una cita como amigos, vendrá a buscarme a la casa de su colega. Está claro que no hemos pensado en ello tanto como deberíamos. Tengo veinticinco años, ya no soy una niña, pero para Victor esto es un límite claro. Lo sé porque se lo he oído decir una y otra vez. Lo sé porque, a pesar de lo mucho que quiere a Oliver, e incluso aunque llega a llamarlo hermano cada vez que están juntos, no le gustaría nada la idea de que saliera conmigo.

—No es una cita de verdad —explico—. Voy a salir con Bean.

Victor frunce el ceño mientras estudia la expresión de mi cara, pero asiente, moviendo la cabeza lentamente.

—¿Estáis estrechando lazos por lo del hospital? —Lo plantea como una pregunta. Una pregunta llena de curiosidad. Demasiada curiosidad para provenir de mi hermano abogado. Le brindo una sonrisa y asiento con la cabeza. Suena el timbre antes de que tenga oportunidad de decir nada más, y prácticamente corro hacia la salida.

—Hasta luego —me despido por encima del hombro mientras cojo el bolso y abro la puerta. Salgo sin ni siquiera mirar a Oliver, que está tan cerca que el olor de su colonia me envuelve como un manto. Sin embargo, tengo que cerrar antes de decirle nada. Tenemos que alejarnos de aquí antes de que salga Victor y suelte algo que haga que nos olvidemos para siempre de esta cita como amigos.

—¿Tienes prisa? —pregunta Oliver con una risita mientras reviso si llevo las llaves. Mis ojos caen sobre sus vaqueros oscuros, que se ciñen a sus piernas, y viajan lentamente hacia su estrecha cintura y al polo granate que resalta su figura fibrosa. Luego le miro la cara, recorriendo sus hoyuelos y su cuello, y me fijo en la forma en que los largos mechones de pelo le rozan los pómulos prominentes. Y esos increíbles ojos verdes, brillantes de diversión. Es demasiado guapo para tener con él una cita solo como amigos. Sus ojos permanecen clavados en mis labios cuando los separo para responder, y él también abre la boca para decir algo al mismo tiempo, pero antes de que

ninguno de los dos hable, se abre la puerta y se asoma Víctor.

—Mmm... Pensaba que estabas de coña —dice, mirando a Oliver.

—¿Sobre qué? —pregunto.

—¿Qué tal, tío? —suelta Oliver a la vez, golpeando su puño con el de Vic.

—Me ha dicho que iba a salir contigo, pero luego se ha puesto a actuar como si estuviera ocultándome algo, así que he supuesto que estaba mintiendo.

Noto como si el corazón fuera a salirseme del pecho, así que miro hacia otro lado, concentrándome en las montañas que hay a lo lejos.

—Víctor, ya no soy una niña —intervengo, en lo que espero que sea una respuesta que sirva a la vez para Oliver.

—¿Por qué iba a estar ocultándote algo? —suelta Oliver en tono confuso—. ¿Tienes un secreto, Elle?

Alzó la cabeza para mirarlo.

—¿Vamos a ir a algún lado o vais a poneros a interrogarme? Qué ridículos sois... —Clavo los ojos en Vic, que se ríe, niega con la cabeza y da un paso atrás para entrar en casa.

—Diviértete con la señorita Rottenmeyer —le desea por encima del hombro.

Le enseño el dedo corazón, lo que lo hace reír con más fuerza, y bajo los escalones para dirigirme al Cadillac negro de Oliver. Tiro de la manilla mientras oigo que se aproxima, pero la puerta permanece cerrada. Se detiene a mi lado y veo que tiene el mando a distancia en la mano, con el pulgar en el botón para desbloquearlo.

—En realidad no me gustan que las citas, ya sean como amigos o no, empiecen con mal pie —explica, haciéndome una seña para que mire sus hermosos y serios rasgos.

—No tengo pensado empezar ninguna cita sintiéndome asediada por mi hermano, el ligón.

Curva los labios.

—¿El ligón?

—Ya sabes lo que quiero decir —murmuro.

Oliver sonrío, lo que resulta un acontecimiento completamente devastador.

—No, no lo sé. Preferiría que me lo aclarases, así no haré chistes malos.

—Oliver...

—Estelle...

—Ya conoces las reglas: nada de besos, ni de caricias ni de chistes malos.

—Y tú conoces las mías. Nada de vestidos cortos ni de usar lápiz labial... Sin embargo, te has pintado los labios de rojo. ¡De rojo, nada menos! Un color de cita total, por cierto.

Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme, pero no lo consigo.

—¿El rojo es un color de citas?

—En los labios, sí.

Me sostiene la mirada durante un rato, un momento que resulta realmente electrizante, en el que se desliza por mis venas una corriente ardiente como la lava antes de que él desbloquee el coche y me abra la puerta. Me siento en el interior y espero a que ocupe el lugar detrás del volante.

—Menudo cacharro... —digo, cuando lo enciende y acelera.

—Gracias. Me lo regaló mi padre cuando me gradué en la facultad de medicina.

Asiento con la cabeza.

—¿Cómo está?

Solo he visto a su padre una vez, de paso, pero he oído las suficientes cosas sobre ese hombre como para saber que Oliver todavía se siente unido a él.

—Está... bien. Se volvió a casar. Parece feliz, y su mujer es muy amable. Le cuida mucho, así que no hay queja.

—¿Qué tal les va a tu madre y a Sophie?

Esboza una sonrisa rápida antes de volver a concentrarse en la carretera.

—Están bien. Sophie vuelve a estar embarazada, y Sander no para de crecer. Mi madre también está bien, y como loca con ellos... Tanto que ha pedido que le reduzcan el horario en el trabajo para quedarse en casa y echarle una mano a Sophie.

—Guau, me dejas alucinada. Sí que cambia la gente, ¿eh?

—No sabes cuánto —añade con un ronco ronroneo que me hace estremecer de forma deliciosa.

—Entonces —digo, apretando los muslos—, ¿a dónde vamos?

—Primero vamos a desayunar, y luego a visitar un viñedo.

Me giro para mirarlo.

—¿Vas a intentar emborracharme en una cita como amigos?

Noto que realmente está intentando no sonreír ni reírse.

—Tú llevas pintalabios rojo en una cita como amigos.

Me río, suspiro y gimo en menos de tres segundos.

—Eres imposible.

—Si soy así es por tu culpa.

—Bueno, cambiemos de tema —propongo, mirando por la ventanilla—.  
¿El coche tiene *bluetooth*?

Oliver se ríe.

—Sí, princesa Estelle, ¿está mi humilde carroza a su altura?

Dejo de mover la mano por el salpicadero y la vuelvo poner en mi regazo, ruborizada.

—Me gustaba más tu coche viejo —confieso.

Oliver arquea las cejas y se gira para mirarme, boquiabierto.

—¿Te gustaba más mi desvencijado Maxima que este?

Me encojo de hombros.

—Era más acogedor. Este me recuerda al Batmóvil. No es que el Batmóvil tenga nada de malo, pero me gustan los coches cómodos.

Niega con la cabeza al tiempo que dice algo por lo bajo, pero empieza a toquetear el menú del navegador para conectar mi móvil al *bluetooth*. Oliver sabe que prefiero oír mi propia música, ni siquiera tengo que explicarle por qué. Siempre llevaba mi propio CD cuando iba con él en coche. A él le gusta el *heavy metal* y el *rap*, y aunque no me disgusta ninguno de ellos, prefiero algo mucho más clásico. The Steve Miller Band todavía no ha llegado al estribillo cuando interrumpe la melodía una llamada entrante de Mia.

Oliver me hace una pregunta con la mirada.

—Si no te importa... —digo. Aprieta el botón y antes de que pueda saludarla, oímos la frenética voz de Mia.

—¿Qué ropa interior llevas puesta? —pregunta.

Me ruborizo por segunda vez esta mañana. Por el rabillo del ojo, veo que Oliver se muerde el labio.

—¿Qué? —la interrumpo—. ¡Mia, te están oyendo por los altavoces del coche!

—No me importa. Se trata de una emergencia. ¿Es que no notas el tono estridente de mi voz? ¿Qué llevas puesto debajo de la ropa?

Cierro los ojos con fuerza y, cuando los abro, los clavo en el parabrisas. Por fin, me levanto un poco la camiseta y miro qué llevo, porque me he olvidado por completo de qué he elegido.

—¿Puedes desconectar el teléfono? —le pido a Oliver, que se niega moviendo la cabeza—. Por favor. Esto es muy... embarazoso.



—Respóndele, venga —susurra.

—¿Con quién estás? —se interesa Mia.

—Con Oliver. Estamos en su coche y él te está escuchando por los altavoces porque yo tengo el móvil conectado al *bluetooth*.

Se ríe.

—¡Oh, Dios mío! ¡Lo siento mucho, Bean!

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué?! —grito—. ¡No es a él a quien estás acosando!

—Oh, pero ya lo haré. Venga, dime, ¿cómo es tu ropa interior?

—Sujetador de encaje blanco y *culotte* a juego —respondo, casi entre dientes, consciente de la forma aprobatoria en la que me mira Oliver. Quiero darle un bofetón por eso, pero sé que no serviría de nada, así que me limito a cruzarme de brazos como una cría enfurruñada.

—Bueno, ya sabes el favor es que me debes... —empieza—. El modelo solo puede realizar la sesión hoy al mediodía. ¿Puedes venir en ese momento?

Miro a Oliver, que niega con la cabeza.

—¿No puede ser más tarde? ¿A eso de las... seis? —sugiero, preguntándole más a él que a ella.

—¡Elle! Esto es algo importante. No hago más que llamar a chicas, ¡y no puede nadie porque están en Los Ángeles para un desfile de moda!

Suelto un suspiro y cierro los ojos, apoyando la cabeza en el respaldo.

—Te llamo dentro de un momento.

—Por favor, ven a esa hora. Por favor.

—Ya veremos...

Oliver desconecta la llamada después de aparcar frente a un restaurante que hay delante del mar.

—¿De qué iba eso? —pregunta, apagando el motor y girándose para mirarme.

—Tiene pendiente una sesión de fotos que no hace más que gafarse, así que me pidió que posara para ella. Pero al parecer tampoco encuentra a un modelo que esté disponible más tiempo.

—¿Quieres ir? Es decir, podemos comer algo e ir al estudio de Mia.

Suspiro y miro por la ventanilla.

—Sé que no es esto lo que habías planeado hacer en nuestra cita como amigos.

—Pero no quieres fallarle a tu amiga. Lo entiendo, Elle. No me importa ir

allí.

Me vuelvo hacia él con una sonrisa.

—Gracias.

Se encoge de hombros como si no fuera nada.

—¿Tienes hambre?

—Estoy muerta de hambre.

Entramos y nos sentamos en la terraza, que está apenas unos metros sobre el agua. Vemos a un grupo de chicos preparando las tablas, mientras que otros están ya en el mar, esperando las mejores olas.

—¿Te parece bien? —pregunta Oliver, señalándolos con la cabeza.

Sonrío.

—Es perfecto.

—Bueno, no estaba seguro. —Me doy cuenta de que vuelve a clavar los ojos en la playa, llena de surfistas.

—No me importa hablar de eso, ¿sabes? Estoy bien. De verdad.

Sonríe con ternura.

—No quiero que te sientas incómoda.

—Estoy bien.

Mueve la cabeza, asintiendo.

—¿Has vuelto a la playa después de lo que ocurrió?

—¿A la playa? —pregunto, frunciendo el ceño—. Por supuesto. Incluso estuve hace poco... Un par de días después del aniversario.

Sus ojos verdes brillan de sorpresa.

—Quería hablar contigo después de lo que ocurrió. Lamento no haberlo hecho. Estaba en contacto con Vic, pero debería haberme acercado a ti. Cada vez que se me ocurría que podía ir a la galería, o buscarte, siempre... —Suspira y gira la cabeza de nuevo hacia el agua—. Reconozco que me daba pánico.

Cuando llega la camarera y pedimos las bebidas y algo de comer, sé que puedo conseguir cambiar de tema. Tengo la oportunidad de que los dos volvamos a pisar terreno más cómodo, pero sus palabras siguen dando vueltas en mi cabeza.

—¿Pánico? ¿Por qué? —pregunto en voz baja como él antes de romper un trozo de pan que cubro con un poco de mermelada de fresa antes de mojarlo en la espuma del café. Noto sus ojos clavados en mí y levanto la vista para ver cómo se encoge de hombros.

—Por la última vez que nos vimos.

—En casa de mis padres —recuerdo al tiempo que comprendo.

Cuando la camarera regresa para preguntarnos qué más queremos tomar, dejamos pasar el tema, porque es demasiado intenso para una cita como amigos

—Bien, doctor Hart, ¿cómo va tu residencia por el momento? ¿Te hacen exámenes? ¿Cómo funciona eso? —le interrogo, sonriendo. Oliver se ríe, con los ojos brillantes y los hoyuelos muy marcados.

—Me siento orgulloso de decir que todos los exámenes han quedado atrás, pero los tengo tan grabados en la mente como para saber si me equivoco... o no —agrega con un guiño.

Sonrío.

—Por supuesto, don Perfecto.

—Doctor Perfecto —me corrige, arqueando una ceja. Compartimos una sonrisa cuando dice eso, pero desaparece con rapidez cuando vuelve a ponerse serio—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —respondo justo en el momento en el que la camarera nos trae el desayuno. Él ha pedido huevos revueltos y beicon, y yo huevos a la Benedict con aguacate. Empujamos los platos al centro de la mesa para poder compartirlos, como solíamos hacer antes. Todo resulta muy... natural.

Sonrío al verlo tomar otro bocado de aguacate con huevo. Gime, poniendo una expresión de pura dicha, y luego se ríe, cortando un poco para ofrecérmelo. Pongo las manos en el borde de la mesa y me meto el tenedor en la boca mientras lo miro a los ojos. En cuanto la explosión de sabores me inunda la lengua, suelto yo también un gemido y cierro los ojos.

—Mmm... qué bueno... —digo cuando termino de masticar. Sonrío de nuevo al notar que Oliver tiene los ojos clavados en mi boca—. Tenías una pregunta para mí —le recuerdo.

Él traga y asiente.

—¿De verdad él te controlaba tanto? —me dice. Imagino que mi expresión demuestra lo desconcertada que estoy por la pregunta—. Si no te importa que te lo pregunte —añade con rapidez.

—No diría que me controlaba... Al menos, no como algo negativo. Estoy segura de que Vic te ha transmitido una imagen terrible de nuestra relación: «Un hombre que se va constantemente de la ciudad y la deja sola, sin llamarla, durante días y días, y que luego vuelve como si nada. Que le dice

que no puede vestirse como siempre, que la ha hecho dejar las clases de baile...» —digo, imitando la voz enfadada de mi hermano—. Pero Wyatt no me obligó a hacer ninguna de esas cosas. Las hice porque quise.

Oliver hace una mueca que nunca le he visto antes. Me parece pesar o algo así, no lo sé, pero al verla, me da un vuelco el corazón.

—¿Qué estás pensando? —susurro un momento después.

Él mira hacia otro lado, al mar, y cuando sus ojos verdes se encuentran con los míos, su expresión no ha desaparecido.

—Estaba pensando que... —Se interrumpe como si estuviera debatiendo consigo mismo si debe decírmelo o no. Asiento, alentándolo a seguir—. Estaba pensando que no creo que yo pudiera pasar días y días sin escuchar tu voz.

Su respuesta no es la que esperaba. La forma en la que me hace sentir no es la que esperaba tampoco. Y el hecho de que me gusten ambas cosas me hace sentirme confusa.

—¿Qué estás pensando tú? —pregunta un poco después.

—Que esta no se parece nada a la última cita que tuve.

Oliver se ríe.

—¿Con el tal Derek?

—¿Por qué tienes tan buena memoria? —le presiono con una sonrisa mientras sacudo la cabeza.

—¿Has vuelto a salir con él?

—No. Definitivamente no es mi tipo.

—¿Cómo es tu tipo? —pregunta, posando los ojos en mis labios. Me los lamo, porque de repente los noto muy secos.

—En realidad no tengo uno concreto. Solo sé que él no lo es —replico, encogiéndome de hombros.

—Yo creo que sí tienes uno.

—¿De verdad? —me burlo—. Ilumíname con tu sabiduría, por favor. ¿Cuál es mi tipo?

Oliver sonrío, con esa sonrisa perezosa suya, y se apoya en el respaldo al tiempo que coge el vaso de agua.

—Te gustan los chicos con el pelo largo.

—Solo lo dices porque Wyatt tenía el pelo largo —deduzco. Él me lanza una mirada penetrante—. Y tú también lo has llevado largo.

—Todavía lo llevo —me corrige.

—Ahora lo tienes más corto.

—¿Quieres que me lo vuelva a dejar crecer?

Me encojo de hombros, ignorando las mariposas que aletean en mi estómago.

—Me da igual. ¿Jen qué prefiere?

Oliver se ríe con más fuerza y se rasca la barba incipiente que le cubre la barbilla.

—Nunca le he pedido opinión al respecto.

El hecho de que no niegue que tiene un rollo con ella hace que desees lanzarle los cubiertos. Su carcajada me arranca de aquellos pensamientos asesinos.

—¿Qué pasa? —pregunto, sonando más agresiva de lo que pretendo.

—Te pones muy guapa cuando estás celosa.

Lo miro boquiabierta.

—No estoy celosa. Nunca me pongo celosa, nunca. No me importa lo que hagas en tu tiempo libre.

Él sigue sonriéndome, ahora con las cejas arqueadas. Cierro los ojos al notar que me arde la cara, porque no puedo soportar ver sus ojos risueños.

—Elle —me llama. Me estremezco y abro los ojos al sentir sus enormes manos cubriendo las mías sobre la mesa—. Ya te he dicho que no estoy acostándome con nadie. Ahora dime, ¿qué te gusta?

—No importa lo que me gusta a mí. Pregúntaselo a alguna de las enfermeras —escupo, lamentándolo al instante, porque me doy cuenta de que sí parezco celosa.

Él se ríe de nuevo.

—Sus opiniones tampoco me importan.

—Sin embargo, sí te importan las mías... —Arqueo una ceja.

—Sí —admite. Su ardiente mirada comienza a afectarme de una forma que no puedo manejar.

—¿Qué más me gusta en un hombre? —retomo la conversación después de sacar las manos de debajo de las suyas y ponerlas en el regazo.

—Te gustan los hombres mayores.

—Una vez más, lo dices porque Wyatt era mayor que yo.

—Era demasiado viejo para ti —confirma.

—De eso nada.

Aprieta los dientes y va directo a la yugular.

—¿Te haces una idea de lo sorprendido que me quedé cuando descubrí que te habías comprometido con él?

Me da un vuelco el corazón. Conozco la respuesta a eso. No podría olvidarla, pero me las arreglo de alguna forma para negar con la cabeza lentamente, deseando, de repente, que el viento me lleve muy lejos de aquí y no tenga que enfrentarme a la mirada que está lanzándome.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—¿Por qué?

Oliver cierra los ojos y suelta el aire con fuerza. Justo cuando los abre de nuevo, regresa la camarera con la cuenta. Le paga y le damos las gracias antes de salir por la puerta lateral. La más próxima a la playa.

—Siempre he considerado que eras mía —susurra. Lo dice tan bajo que sus palabras casi se pierden en una ráfaga de viento que azota nuestras caras, pero las oigo como si las hubiera gritado. ¿Qué puedo decir a eso? ¿Cómo puedo responder algo después de tanto tiempo?

Agradezco que la llamada telefónica de Mia nos interrumpa. Cierro los ojos.

—Me he olvidado de devolverle la llamada —le digo a él... A la playa... A nadie en particular, antes de responderla.

—Elle, solo tengo esa hora. No puedo recurrir a nadie más en este momento.

Miro a Oliver, que me observa, y bajo el móvil.

—¿Estás seguro de que no te importa? ¿Vienes conmigo?

—¿A verte posar con otro tipo? —dice con una sonrisa, al tiempo que se encoge de hombros—. Joder..., ¿por qué no?

Le hago un gesto obsceno antes de volver a pegar el teléfono a la oreja.

—Estaré ahí a las doce, pero Oliver viene conmigo.

Mia suelta una carcajada.

# 17

Diversión es despertarse la mañana de Navidad, dar una vuelta en un coche nuevo o tomar unas copas con los amigos..., incluso esa primera taza de café por la mañana que te hace tener la impresión, a veces falsa, de que quizá ese resulte ser un día increíble. Sí, hay un montón de cosas divertidas, pero desnudarte cuando has aceptado salir con un amigo —o lo que sea— para que te saquen fotos en ropa interior en la cama, con otro hombre, que también está en ropa interior, no. Eso es todo lo contrario a divertirse.

—¡Elle, puedes salir ya! —me dice Mia, golpeando la puerta por segunda vez. La abro un poco, solo lo suficiente para asomar la cabeza y mirar fuera. La cama está cubierta por suaves sábanas blancas, la ventana que hay detrás está abierta para dejar pasar la luz natural, y en medio de la estancia, Oliver está hablando con un modelo medio desnudo. Lo veo asentir, moviendo la cabeza, a lo que sea que esté diciendo el apuesto joven.

—¿Ese chico es gay? —le pregunto a Mia en voz baja.

—¿Marlon? —replica con una sonrisa—. No, en absoluto. O al menos eso dicen las mujeres con las que ha trabajado antes.

Abro mucho los ojos al imaginar su indeseada erección apretándose contra mi culo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Relájate... Es un auténtico profesional. Me refiero a que sí, se ha acostado con algunas de ellas después de la sesión. Pero no en mi cama..., en la suya.

—Ah... —Me pongo la bata y la sigo hasta el dormitorio. Tanto Marlon como Oliver vuelven la cabeza para mirarme. Oliver está muy serio, mientras que Marlon me dirige una enorme sonrisa de oreja a oreja en esa cara tan atractiva al tiempo que se acerca a mí.

—Hola, yo soy Marlon —se presenta, tendiéndome la mano.

—Yo, Estelle —respondo mientras se la estrecho.

—Ya me han dicho que no sueles posar, pero no te preocupes por nada. Tú relájate, que yo me ocuparé de todo —comenta al tiempo que me lleva hacia la cama. Le lanzo a Oliver una mirada, pero él arquea las cejas y niega con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo nos llevará? —le pregunto a Mia.

—Alrededor de una hora, así que ponte cómodo, Bean.

—No sé si estar cómodo es una posibilidad para mí en este momento.

Mia lo mira con una sonrisa.

—¿Te sentirías más cómodo ocupando el lugar de Marlon?

Mientras Oliver parece considerarlo, Mia me indica que me quite la bata, así que la dejo caer hasta que forma un charco alrededor de mis pies desnudos. Marlon ya está sentado en medio de la cama, colocándose los *boxers*.

—¿De verdad que puedo sustituirlo? —interviene Oliver de repente. Lo miro por encima del hombro, con los ojos muy abiertos.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Mia, que lo mira boquiabierta.

—Si Elle está de acuerdo, sí. No quiero que sea una encerrona, ni quiero organizarte la sesión.

—Antes de nada, quítate la camisa —le ordena Mia sin pensárselo dos veces—. Necesito estar segura de que sigues en forma antes de despedir a Marlon.

Estoy a punto de protestar cuando Oliver se quita el polo por la cabeza, y todo lo que iba a decir, lo mismo que mi mirada, queda apresado en algún lugar entre su esternón y los oblicuos que se pierden por la cinturilla del pantalón.

—Sí, todavía estás muy bueno —comprueba Mia—. Marlon, largo. Hoy no te necesito.

—¿Cómo? —dice el modelo lleno de incredulidad—. ¿Qué quieres decir con que hoy no me necesitas?

—Lo siento. Elle y tú no tenéis química, y necesito que haya mucha entre mis modelos para esta sesión.

—Pero si nos acabamos de conocer... —argumenta mientras se levanta de la cama.

—Y ya veo que no hay química —repite Mia—. Te llamaré la próxima semana, cuando Miranda esté de vuelta. Entonces tendré programado algo para vosotros dos.



—Vale —suelta, encogiéndose de hombros—. Que te diviertas —me dice al despedirse de mí.

Cuando se va a vestir, Mia se vuelve hacia mí.

—Seamos francas, no lo echaría de una cama en circunstancias normales, ya me entiendes.

Me río.

—Ni yo.

Oliver carraspea a mis espaldas, y lo miro con una sonrisa, encogiéndome de hombros.

—De acuerdo, pequeño Oliver, quítate la ropa y súbete a la cama. Elle, tranquila. Quiero que estés cómoda. ¿Te apetece oír música? Voy a ponerla de todas formas, así que asiente.

—Eres muy idiota —me río mientras ella manipula su iPod y empieza a sonar *Just Breathe*, de Pearl Jam por los altavoces. Se me corta la risa y la miro—. ¿Vas a poner esta clase de música?

Se encoge de hombros.

—Mi sesión, mis reglas.

Oliver se acerca a mí por la cama, cubierto tan solo por unos calzoncillos negros. Tengo que recurrir a todo mi control para no devorarlo con los ojos. No es tan musculoso como Marlon, pero para mí es perfecto. Tiene cuerpo fibroso, de deportista. De surfista californiano, aficionado al fútbol americano y al béisbol. Cuando se sube a la cama, prácticamente se arrastra hacia mí como un maldito león, haciendo que empiece a sentirme como una gata en celo. Así que miro hacia otro lado.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz tan baja que solo yo puedo oírlo.

Asiento, pero sigo sin mirarlo.

—No lamentas que me haya entrometido en la sesión, ¿verdad? Ni te sientes como si estuviera controlándote, ¿no? —pregunta.

Busco su mirada con el ceño fruncido y me doy cuenta de que en realidad no me siento así a pesar de que es lo que ha hecho, de que ha sido un poco controlador, pero es como si así todo fuera más... ¿correcto? Quiero decir, es médico, por Dios, no modelo. ¡Este ni siquiera es su mundo!

—No estoy enfadada, si es eso lo que me estás preguntando.

—No es eso lo que quiero saber.

Se acomoda delante de mí, de forma que me rodea con sus piernas, sin tocarme, solo envolviéndome, mientras aprieto mis rodillas dobladas contra

el pecho y apoyo en ellas la barbilla.

—Contigo es diferente, ¿sabes? —susurro.

Curva los labios en una sonrisa.

—¿Eso significa que te parece bien que haya conseguido que Mia despida a ese modelo que parece haber convertido en el objetivo de su vida tirarse a las mujeres con las que posa?

—Yo no he dicho eso —respondo, ocultando la sonrisa detrás de las piernas.

—Pero te parece bien. Te conozco —insiste, pasándome la mano por la pierna con mucha suavidad hasta que llega a la mano que tengo encima de la rodilla. Me coge la punta del dedo anular, lo que me recuerda la última vez que me lo tocó.

—Estás obsesionado con ese dedo. ¿Eres consciente de ello?

Me suelta la mano como si quemara.

—¿Yo?

Muevo la cabeza, asintiendo, sin romper el contacto visual.

—Siempre me lo andas tocando.

No dice nada, pero leo algo en sus ojos que hace que mi interior se revuelva, y las palabras que ha dicho antes, las que él piensa que no oí, resuenan en mi cabeza: «Siempre he pensado que eras mía».

Me gustaría tener el valor suficiente para preguntarle sobre ellas, pero no lo hago, y, de todas formas, el clic de la cámara de Mia nos interrumpe en ese momento.

—Vale, la sesión empieza ahora y yo os iré guiando de alguna forma durante el tiempo que dure, pero quiero que os comportéis de la forma más natural posible. Primero haremos un par de fotografías en las que solo os estéis mirando, y ya veremos qué tal va la cosa.

—Lo que más me preocupa es ese «ya veremos qué tal va la cosa» tuyo —murmuro por lo bajo, ganándome una carcajada de Oliver.

—Muy bien, queridos, dejad que toda esa tensión sexual reprimida salga a la luz y desempeñe su papel —nos aconseja, alejándose un poco.

Oliver y yo nos miramos fijamente el uno al otro, con los ojos muy abiertos, preguntándonos en qué nos hemos metido. O al menos eso pensaba que estábamos sintiendo los dos, hasta que noto que se disuelve su confusión y que su expresión se oscurece. Me invade una sensación de algo muy parecido al horror mientras Mia sube las persianas. De repente, soy consciente de que

estoy en ropa interior con Oliver, que también está en ropa interior, y que nos envuelve una música sensual. Respiro hondo.

—¿Estás bien? —me pregunta bajito con un tono demasiado ronco, mientras me recorre las pantorrillas con los dedos.

Me estremezco, cierro los ojos y asiento.

Noto que la cama se mueve y siento que se acerca. Cuando vuelvo a abrir los ojos, su nariz casi roza la mía.

—¡Perfecto! —exclama Mia—. ¡Mantened esa pose!

La mirada de Oliver me mantiene inmóvil. De todas formas, no puedo pensar siquiera en parpadear.

—Elle, ¿te importaría quitarte el sujetador? —pregunta Mia, perdida detrás de la lente. Oliver coge aire bruscamente al escucharla, abriendo mucho los ojos ante la petición—. Te prometo que no se te verán las tetas en las imágenes.

—Mmm... Vale. —No tengo escrúpulos sobre la desnudez, aunque tengo que admitir que todo esto está poniéndome un poco nerviosa.

—¿Te ayudo a quitártelo? —interviene Oliver.

—No.

—En realidad, sería una foto magnífica —rebate Mia, y me vuelvo para mirarla. Se encoge de hombros—. ¿Qué más da? Bean, tú ya has visto muchas tetas antes, ¿verdad? ¿Te importaría?

—Creo que este es, sin duda, el castigo más extraño que he recibido. La próxima vez prefiero que sea una zurra —le digo a Mia, haciendo que tanto ella como Oliver se rían.

Agacho la cabeza mientras me rodea con los brazos, buscando el broche del sujetador.

—Míralo —ordena Mia. Respiro hondo y, cuando me encuentro con su mirada, necesito toda mi fuerza de voluntad para no bajar la vista o cerrar los ojos.

Me suelta el broche y acerca las manos a mis hombros en cuanto se afloja la prenda. Muy lentamente, me desliza los tirantes por los brazos, sin romper el contacto visual conmigo. Me da un vuelco el corazón, noto que se me sube a la garganta y siento que podría llegar a vomitar por lo nerviosa que estoy en este momento. Rezo con todas mis fuerzas para que no ocurra.

—¿Estás bien? —susurra, haciéndome sentir su aliento en los labios.

—Perfectamente —musito.

Nuestras narices se rozan.

—Elle, cúbrete los senos con la mano derecha como si te los estuvieras protegiendo. Bean, sigue mirándola así y colócale el pelo en el lado que queda delante de mí —ordena Mia.

Me tapo los pechos justo cuando Oliver se enrosca mi pelo en un dedo, apoyando los otros en el lateral de mi cara. Me pierdo en sus ojos. Me siento hipnotizada por la forma en la que me está tratando, contemplando. Me da la impresión de que no puedo hacer nada más que respirar y devolverle la mirada.

—Eres preciosa —dice. Su voz gutural unida a la lujuria que leo en sus ojos hace que sienta mariposas en el estómago y que separe los labios. Oliver lo toma como una señal para acercar su rostro y rozarme la boca con la suya.

—Perfecto —dice Mia, recordándome que tenemos testigos—. Joder... Vuelvo enseguida. Necesito la batería de repuesto, y la he dejado en el puto coche.

Retrocedo sin apartar los ojos de los de Oliver y me retiro la mano del pecho. Noto que le está costando un mundo no mirar hacia abajo. Sonrío, preguntándome cuánto tardará en bajar los ojos, pero no lo hace. Continúa mirándome a los ojos, estudiando mi rostro, tocándome el pelo y las mejillas... Se inclina hacia delante y me separa las piernas para colocarlas al lado de las suyas, de forma que nuestros pechos desnudos casi se tocan.

—¿Cuánto tiempo más crees que tendremos que hacer esto? —susurro, cambiando la vista entre sus labios y sus ojos.

—No lo sé. Pero espero que todo el día.

—Sin duda, esta es una interesante cita como amigos —comento con una sonrisa.

Me muestra su encantadora sonrisa de medio lado.

—¿Sigues pensando que esta es una cita como amigos?

La puerta se abre y se vuelve a cerrar, y ambos giramos la cabeza hacia Mia. Se detiene en seco cuando nos ve.

—¡Joder! Quedaos así, en esa pose. Si consigo un par de fotos buenas, ¡habremos terminado!

Oliver y yo nos miramos de nuevo mientras ella instala la batería en la cámara.

—¿Por qué lo has hecho? Me refiero a ocupar el lugar de Marlon. Es decir, además de ese sobreprotector papel de hermano mayor.

Me mira con confusión, y la forma en la que aprieta los labios me resulta casi cómica.

—¿De verdad piensas que me siento como un hermano mayor?

Me encojo de hombros.

—Dímelo tú.

—Elle, estoy en una cama prácticamente desnudo contigo, haciendo todo lo que puedo para no excitarme porque tenemos público, y, como puedes ver, sin mucho éxito. —Bajo la vista, por supuesto, y me quedo boquiabierta ante lo que noto debajo de los *boxers*—. Sí, es obvio que no te veo como a una hermana. No puedo creer que lo pienses incluso... —Se calla con un bufido.

—Bueno, miraos de nuevo —dice Mia—. Mantened la postura, estad quietos...

Vuelve a tocarme el pelo con la mano y yo a cubrirme los senos, mientras nos miramos a los ojos.

—Quiero besarte ahora mismo —susurra contra mis labios.

—No —replico con un suspiro—. Es una de las reglas.

—No me gustan las reglas.

—Oliver, por favor, no.

—Me encanta cuando me llamas Oliver —asegura antes de dejar que su labio inferior se pose entre los míos. No se mueve, solo juega allí hasta que tengo que cerrar la boca sobre sus labios. Entonces gime y los mueve sobre los míos. Antes de que sepa lo que está pasando, estoy tendida de espaldas y él está sobre mí, profundizando ese beso que no debía darme. Pero cuando su lengua entra en contacto con la mía y hunde los dedos en mi pelo, no puedo evitar responder. Terminamos en un lío desordenado de sábanas, lenguas y manos —las tuyas pasan ásperas por mis costados mientras yo deslizo las mías por su tonificada espalda—. No nos separamos hasta que oímos que alguien tose con fuerza.

—Bueno... Esto ha sido... —dice Mia, abanicándose la cara con la mano—. Sinceramente, os aseguro que he visto muchas cosas en las sesiones, pero esto ha sido, con diferencia, lo más caliente. De acuerdo, queridos, ya hemos terminado. Vestíos. Elle, tenemos que hablar.

Oliver retira los labios y me abraza. Los dos seguimos recuperando el aliento después del beso, pero ahora que las luces están encendidas de nuevo, el momento ha desaparecido. Siento el peso de lo que acaba de pasar y no me puedo obligar a mirarlo. Así que paseo la vista alrededor, tratando de

encontrar la bata. Me envuelvo en ella en cuanto me levanto. Me dirijo al cuarto de baño, sin intención de darme la vuelta para mirarlo. De todas formas, es lo que pasa siempre. Tenemos estos momentos y luego nada. Y se supone que esto ni siquiera es un momento, así que no tengo a nadie a quien echar la culpa salvo a mí misma por la forma en que siento que se me va a romper el corazón.

Ya en el cuarto de baño, me miro en el espejo y me cubro los labios con la mano. ¿Por qué Oliver me hace sentir así todo el tiempo? Cierro los ojos, pienso en Wyatt y en sus labios..., en sus caricias..., y me siento culpable por haber disfrutado de esta escena con un hombre que él nunca aprobaría. No era que Wyatt hubiera conocido a Oliver profundamente, pero sabía de su existencia. Yo le había hablado mucho sobre él al principio de nuestra relación y, después, nunca le cayó bien. Se puso furioso cuando se enteró de que lo había invitado a la inauguración de la galería, porque, para él, Oliver no merecía respirar el mismo aire que yo. Decía que era demasiado buena para alguien como él. En ese momento, lo creí. Lo acepté porque cuando queremos creernos algo, eso es lo que hacemos. Wyatt me amaba a pesar de mi pasado. Y yo también lo amaba. Pero ahora vuelvo a estar sola en la casilla de salida.

# 18

Salgo del cuarto de baño y me encuentro a Mia y a Oliver absortos en una conversación en voz baja. Por la expresión del rostro de Mia, sé que le está diciendo que se mantenga alejado de mí, como yo si fuera una damisela en apuros que no puede valerse por sí misma. Cuando me oyen acercarme, dejan de hablar y vuelven a mirar a la cámara que ella sostiene en la mano.

—Son unas imágenes increíbles —suelta con entusiasmo, girando la pequeña pantalla para que pueda verla.

—Guau... No puedo creerme que seamos nosotros. ¿De verdad somos así? —Vuelvo los ojos hacia Oliver, que me mira con una intensidad en la que quiero perderme para siempre. Aparto la vista con rapidez y me concentro en el resto de las imágenes.

—¿No te perjudicará? —pregunto, volviendo a mirarlo—. Quiero decir, en el trabajo. Por la residencia y en futuros empleos.

Se encoge de hombros mientras mira las imágenes.

—Quiero copias.

—¿Por qué? —pregunto, un tanto a la defensiva.

—No se os verá la cara —asegura Mia, interrumpiéndonos—. Creedme, cuando termine de editarlas, querréis enmarcarlas.

—¿Para qué revista has dicho que son? —digo.

—¡V!

—Joder... —Respiro hondo, mirando a Oliver, que también parece impresionado.

—Lo sé. ¡Estoy muy emocionada!

—Sí... Es tan emocionante que estoy a punto de vomitar —digo en voz baja.

—¿Por qué? Son unas imágenes preciosas.

—Sí, pero ¡estoy posando medio desnuda con el mejor amigo de Victor!

—¿Y qué? —suelta ella.

La miro como si se hubiera vuelto loca y luego concentro mi atención en Oliver, que ahora mira hacia otro lado. Por supuesto, él no había pensado en eso.

—¿Cuándo saldrán? —insisto.

—Más o menos dentro de un mes. Justo antes de Acción de Gracias.

Asiento moviendo la cabeza. Imagino que si se lo cuento a mis padres y a Victor antes de que las vean, no será para tanto. Vic va a necesitar su tiempo para procesarlo.

—Bueno, ¿necesitas algo más?

Mia mira a Oliver.

—Quiero hablar con Elle. Así que, si te parece, ya la llevo yo a casa.

Él me mira mientras se rasca la nuca. Me encojo de hombros y él me imita.

—Claro —dice, antes de besarnos en la mejilla y marcharse.

Es entonces cuando comienzo a sentirme tan furiosa que podría matarlo. ¿Cómo es capaz de irse sin más?

—¿Te lo puedes creer? —le suelto a Mia cuando él ya no puede oírnos—. Acabamos de estar ahí —señalo la cama—, y aun así se va en medio de lo que estaba siendo una cita, justo después de que mencionar a mi hermano y que esas imágenes van a ser vistas por el público. De verdad, no sé por qué me molesto siquiera.

Mia pone los ojos en blanco.

—Sabes perfectamente por qué te molestas. Él es tu droga. No importa lo lejos que llegues o las medidas que te propongas para mantenerte alejada de él, siempre acabas en donde empezaste.

—Esta vez no —aseguro con determinación—. Esta vez no ha ocurrido nada.

Mia se ríe.

—Elle, lo que acabo de ver, es decir, lo que acabo de capturar con la cámara dice lo contrario —dice, moviendo la réflex—. O no habrías hecho esto.

—No importa.

—Me has dicho que tenías seguir adelante.

—Sí, pero no con él. Tú misma me lo has dicho, es una mala idea.

—Quizá estuviera equivocada. Tal vez no sea tan mala idea.

—¡Oh! ¿En serio? —Pongo los ojos en blanco—. ¿Y eso lo has deducido después de hacer unas cuantas fotos?



—No. Lo he deducido después de hablar con él. Creo que ha madurado. Muevo el brazo frenéticamente en dirección a la puerta.

—¡Si se acaba de marchar! ¡Otra vez!

Mia se encoge de hombros.

—Sí, porque yo se lo he pedido. ¿Te sientes culpable por pensar en estar con alguien?

—No es eso. Creo que lo que me da miedo es estar con él.

Mia se inclina hacia delante y me da un abrazo.

—Es que se supone que el amor es aterrador.

—No, se supone que el amor es agradable —respondo.

—¿De verdad crees eso?

—Con Wyatt era agradable.

—Con Wyatt no te pillabas berrinches ni te ponías a romper tus maravillosos platos de Isaac Mizrahi porque no te llamaba ni estuviste recluida durante semanas al enterarte de que iba a vivir a cuatro horas de distancia.

Dejo caer los brazos y la miro, sintiéndome como si acabara de decirme algo muy significativo.

—¿Crees que es posible sentir diferentes clases de amor?

—¿Te refieres a estar perdidamente enamorada o simplemente enamorada? —pregunta.

Me encojo de hombros mientras la sigo hasta la puerta.

—Sí, como si comparamos enamorarte de tu alma gemela con enamorarte de cualquiera.

—¿Enamorarte de tu alma gemela? —pregunta, riéndose—. En lo que a mí respecta, mi única alma gemela eres tú. Y tal vez Robert, que es mi gemelo, y ya sabes lo que dicen de nosotros.

—Creo que no... Es decir, no quiero pensar que no amaba a Wyatt con cada parte de mi ser. Eso me haría sentirme muy mal, ¿sabes? Murió muy joven, y pensar que yo no era el amor de su vida me pone triste.

—Oh, cielo... —me consuela Mia, enlazándose por la cintura y apretándose contra su costado mientras nos acercamos a su coche—. Sin embargo, lo amabas. Dejaste de lado muchas cosas por él, Elle. El ballet, a tus amigos, el tiempo que acostumbrabas a dedicar a tu familia...

—Sí, pero él también me ofreció mucho. El estudio... Me enseñó a perfeccionar mi técnica... y me dejó su casa.

—No estoy diciéndote que no fuera bueno para ti, pero ¿crees que lo vuestro era para siempre? Sabes que no puedo aceptarlo.

Viajamos en silencio, tarareando juntas cuando suena una canción de Taylor Swift que nos gusta a las dos. Cuando llegamos a casa de mi hermano, me entristece no ver allí el coche de Oliver. Ha huido de verdad. Otra vez. ¡Increíble!

No es hasta después de ducharme y de meterme en la cama que decido que no puedo dejarlo pasar. Esta vez no. Le envío un mensaje de texto y me pongo a mirar mi móvil hasta que él responde.

*«No me puedo creer que te marcharas».*

*«Mia me dijo que quería hablar contigo. Me habría quedado si hubiera sabido que querías que lo hiciera».*

*«Quería que te quedaras».*

*«¿Por qué?».*

Miro el móvil como si ese cacharro pudiera explicarme por qué los hombres son tan estúpidos, y al ver que no consigo nada, decido que tampoco tengo por qué darle una respuesta. Lanzo el teléfono encima de la mesilla y me cubro la cabeza con las sábanas. El sol todavía no se ha puesto, así que sé que todavía no es muy tarde, pero me siento agotada. Duermo hasta que algo me despierta... Un susurro en la cara... La caricia de una mano en la cabeza. Abro los ojos y me obligo a sentarme con rapidez.

—Soy yo.

Jadeo al ver a Oliver a mi lado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurro mientras deslizo la vista desde él hasta la puerta entreabierta—. ¿Dónde está Vic?

Se encoge de hombros y me pone un dedo en los labios para que permanezca en silencio.

—Está frito. ¿Puedo quedarme aquí?

Frunzo el ceño.

—¿Que le pasa a tu cama?

—Que tú no estás en ella.

Intento no fijarme en la forma en la que me retumba el corazón dentro del pecho.

—Jamás he visto tu cama.

—¿Te gustaría? —pregunta en voz baja.

—Deja de mirarme de esa forma.

—¿A qué forma te refieres, preciosa Elle? —pregunta, tratando de sofocar la sonrisa.

—Como si quisieras devorarme.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que quizá sea así? —Se acerca a mí, y yo contengo la respiración—. Pero no pienso hacer nada divertido esta noche. Te lo prometo. Palabra de *scout*.

—No has sido *boy scout*.

Sonríe.

—Vale, pero te prometo que no intentaré nada. Solo quiero estar contigo esta noche.

—La última vez que me dijiste eso...

—Era idiota.

Cierro los ojos.

—¿Y qué pasa con mi hermano?

—¿Qué pasa con él?

—¿Y si viene aquí y te pilla conmigo?

Oliver me pone la mano en la cintura y me atrae hacia él hasta que estamos nariz contra nariz.

—¿Qué quieres que haga si ocurre eso?

—No lo sé —susurro. Jadeo al ver reflejado mi anhelo en su mirada oscura.

—¿Quieres que le diga que solo puedo pensar en ti? —me pregunta, bajando la voz al mismo volumen que la mía.

Niego con la cabeza, lo que provoca que nuestras narices se froten. No estoy preparada para que Victor sepa esto, sea lo que sea.

—Dime por qué querías que me quedara.

—Porque no había terminado todavía nuestra cita como amigos.

Se ríe.

—Esa cita como amigos que me ha hecho irme a casa para darme la ducha más larga de mi vida.

—Yo también he tenido que darme una —musito, con las mejillas ardiendo, mientras lo miro con los ojos entrecerrados. Se pone totalmente serio y lanza un gemido.

—¡Dios, Elle! ¿Por qué tienes que decirme eso?

Me río.

—¿El qué? ¿Que me he tocado pensando en ti?

Entorna los ojos un poco.

—Si quieres que cumpla mi palabra, debes dejar de hablar de eso.

—Vale... —Sonrío y me giro para que mi espalda quede contra su pecho. Él se acurruca lo más cerca posible, creando un rincón para mi cuerpo—. Cuéntame una historia —le pido con un bostezo.

—¿Sobre qué? —murmura antes de depositar un beso en mi cabeza.

—Sobre lo que quieras. Como las que me contabas cuando éramos más jóvenes.

—Vale. —Hace una pausa y me abraza con más fuerza—. Había una vez una niña llamada Cassia. Solía pasearse mientras hablaba consigo misma...

Le doy un codazo.

—Hablaba con las plantas, no consigo misma.

Se ríe.

—Oh, es cierto. Solía hablar con las plantas. Un día, un niño jamado Jeter le preguntó si...

—¿Jeter? —pregunto, mirándolo por encima del hombro—. ¿Te gusta ese jugador de béisbol?

Suelta una risita y niega con la cabeza, mientras se acurruca más cerca de mí.

—Me había olvidado de cuántas interrupciones tienen estas historias —dice contra mi cuello.

—Bueno, siempre dices lo rara que soy, pero ¿te has fijado en las historias que cuentas?

Su suspiro hace que me recorra un escalofrío.

—Vale, ha llegado la hora de los chistes.

Gimo en voz alta.

—Odio tus chistes.

—¿Se supone que no debes decirme eso! —se burla mientras me recorre con las manos—. ¿Qué llevas puesto?

Abro los ojos de golpe y me alegro de que estemos envueltos en la oscuridad.

—Es una camiseta de Wyatt —susurro.

Oliver deja las manos quietas sobre mi estómago.

—¿Conservas muchas cosas tuyas?

Me giro entre sus brazos y apoyo el codo en la almohada. Él me imita.

—Solo las camisetas. Les devolví a sus padres las fotos y un par de cosas más que no quería. Pero no soy capaz de deshacerme de las camisetas.

—¿Es porque lo echas de menos? —pregunta.

—¿Es malo que me preguntara lo mismo el otro día? ¿Que de repente me surjan todas esas preguntas en la cabeza?

Me acaricia la cara con el dorso de la mano.

—¿Cuáles?

—¿De verdad quieres saberlas?

—Por supuesto. Quiero saber todo lo que desees contarme.

Me quedo en silencio un rato, preguntándome una vez más por qué quiso ocupar el lugar de Marlon en la sesión de fotos. Quizá solo quería protegerme y no fue una forma de marcar el territorio. Después de todo, se trata de Oliver. Nunca marca territorio: lo arrasa como una apisonadora y se larga antes de anotar los daños.

—Bueno. Cuando murió, al principio, sentía que no podía respirar, en especial por la noche, cuando estaba sola, pero según pasó el tiempo, la cosa mejoró...

—¿Y ahora?

—Ahora, a veces, no lo echo de menos en absoluto —susurro. Me siento una ingrata..., desleal. Como si fuera una mala persona por pensarlo y mucho más por decirlo en voz alta, en especial a Oliver. Me doy la vuelta y vuelvo a acomodarme otra vez contra la calidez de su cuerpo.

—Es bueno que encuentres de nuevo la felicidad. Lo sabes, ¿verdad? —dice, haciéndome sentir de nuevo su voz contra el cuello.

Trago saliva.

—Supongo que sí. A veces me siento culpable por eso. Vivíamos juntos. Estábamos comprometidos. Fue un buen compromiso.

Oliver se queda callado durante un buen rato antes de hablar.

—Durante mucho tiempo, no pude imaginarme casado. No es un secreto que siempre he sentido una cierta aversión al compromiso —confiesa en voz baja—. A menos que cuentes el colegio o el trabajo, cosas con las que sí puedo comprometerme, pero cuando se trata de mujeres... Después, cuando maduré, jamás he encontrado a ninguna con la que quisiera mantener nada estable. —Lo último lo dice en un susurro, y el corazón se me sube a la garganta antes de que continúe—. Salvo una chica. Ella siempre me miraba como si yo fuera alguien, aunque no lo era. Y, por supuesto, tuve la mala suerte de que la única persona con la que sentía que podía comprometerme era la única chica que no podía tener. Intenté con todas mis fuerzas alejarme

de ella. —Me besa en el hombro—. No hacía más que acordarme de lo que pasaría si mi mejor amigo descubría mis sentimientos. Así que los guardé en mi interior durante mucho tiempo, incluso después de que ella me pidiera que la besara. Y más adelante le pedí a esa chica que me dejara besarla. Y después, dejó que la tocara en el cuarto de baño de un centro comercial. Y por fin, nos amamos en una habitación, en una cama.

—¿Por qué nunca le has dicho lo que sentías? —susurro. Hunde el rostro en mi cuello, y cierro los ojos cuando siento su aliento en la piel.

—Porque era idiota.

—Oye, Oliver...

—¿Qué?

—¿Crees que puedo dormir esta noche con tu camiseta? —susurro.

Si es posible, me abraza con más fuerza y hunde la cabeza más profundamente en mi cuello. Estoy a punto de retirar las palabras y decir que estaba bromeando o algo así, cuando él aparta los brazos y se sienta. Sigo sus movimientos y miro en la oscuridad cómo se quita la camiseta por la cabeza. Hago lo mismo, subiéndome la mía lentamente antes de arrojarla al rincón más alejado de la habitación, al lado del armario.

—Oye, Oliver... —susurro de nuevo.

—¿Sí, Elle? —musita él. Puedo distinguir la forma de su pecho, que sube y baja con un ritmo constante, pero no mucho más, así que me acerco más.

—Quiero que me toques. —Cierro los ojos. No porque sea tímida o algo parecido, sino porque hace mucho tiempo que no he tenido esto. Mucho, mucho tiempo. Y me da miedo su reacción. Peor aún, me da más terror cuál será la mía si accede.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta el aire. Justo cuando creo que va a decirme que no puede, o que mi hermano puede despertarse en cualquier momento, o que tiene que marcharse, alarga las manos y me acaricia los brazos.

—Solo si quieres... —agrego cuando deja de mover las manos.

Su profunda risa hace vibrar la cama.

—Solo si quiero... —repite mientras se inclina más cerca de mí. Noto cómo abre las manos a cada lado de mi caja torácica—. Dios, Estelle..., ¿es que no sabes lo mucho que lo deseo?

Impulsándome hacia delante, me apoyo en sus hombros. Me roza con los pulgares la parte inferior de los pechos, así que me inclino un poco más,

esperando que entienda la indirecta. Su risa me hace saber que sí que la capta, pero la ignora de forma deliberada.

—Bean, por favor —susurro entre jadeos mientras lo agarro con más fuerza.

—Bean no está aquí en este momento —dice con la voz ronca, bajando la cabeza y besándome con ternura desde el cuello hasta la clavícula por encima del hombro antes de volver de nuevo.

—Oliver, por favor —insisto, echando la cabeza hacia atrás cuando alcanza con los labios el hueco de mi garganta.

—Dime qué quieres, nena. Dime dónde quieres que te toque —musita contra mi piel con una voz que me hace arder.

—En todos lados. En... en cualquier sitio.

Por fin, mueve las manos hacia arriba para rozarme los pezones lentamente con los pulgares, haciendo que me atravesase un escalofrío de placer.

—Más —le pido, tirando de él hacia abajo, hacia la cama, para poder montarme a horcajadas sobre sus piernas. Me balanceo contra él mientras acerco los labios a los suyos. Gime contra mi boca, hundiendo la lengua en ella y explorando con suavidad mi cuerpo, como si estuviera hecho de cristal. Sube y baja los dedos por mis costados, por mis pechos, a lo largo de mi cuello, por mi estómago, hasta detenerse justo encima del elástico de mis bragas.

—Por favor, sigue —suplico con una voz que no parece mía. Me tiemblan las piernas y ni siquiera se ha acercado a donde realmente necesito que me toque. Oliver mueve la cabeza hacia atrás y acerca mi rostro a la luz de la luna que entra por la ventana. Busca mi cara, y asiento frenéticamente mientras él sonrío.

—Si lo hago, ¿seguirá siendo una cita como amigos? —pregunta. El hecho de que pueda bromear cuando yo me siento a punto de desmoronarme es un tanto exasperante, así que, en lugar de responder, le cojo las manos y se las empujo hacia abajo para que capte la idea. Él niega con la cabeza—. ¿Seguirá siendo una cita como amigos o no?

—No lo sé —susurro con bastante fuerza. La falta de paciencia empieza a apoderarse de mí—. No me importa. ¡Solo quiero que me toques!

Sonríe de nuevo y mueve una mano para deslizarla por dentro de mis bragas. Su gemido coincide con el mío cuando descubre lo mojada que estoy.

—Eres peligrosa para mi salud, ¿lo sabías?

—Entonces es una suerte que seas médico —gimo al tiempo que hunde un dedo en mi interior. Lo curva un poco, y el placer hace que cierre los ojos.

—¿Te gusta? —pregunta contra mi cuello. Aumenta el ritmo cuando asiento contra su pecho.

Bajo las manos desde sus hombros pasando por su torso hasta deslizarlas dentro de los *boxers*. Antes de que pueda decirme nada, cierro los dedos alrededor de su longitud y la aprieto.

—¡Santo Dios, Estelle! —gime, cambiando de posición para que tenga mejor acceso.

—Estás muy duro —susurro antes de inclinarme para besarlo de nuevo.

—Y tú muy mojada —responde contra mis labios.

—Es muy grande... —digo. Había olvidado cómo era, cómo se sentía en mi mano. Se ríe sin aliento mientras continúo moviendo la mano para que coincida con el ritmo que sigue la suya.

—Y tú muy estrecha —gime, frotando el pulgar sobre mi clítoris al tiempo que sigue moviendo los dedos dentro de mí.

—Voy a... Voy a... —suelto justo antes de que mi visión se llene de luces brillantes. Sigo moviendo la mano sobre su erección hasta que lanza un gruñido, y siento el líquido caliente en la piel.

Nos quedamos sentados un momento, sin decir nada. Solo se oyen en la habitación los sonidos de nuestras respiraciones entrecortadas. Por fin, me besa en la frente y se levanta para limpiarse. No sé si espera que lo siga, pero cuando miro sus anchos hombros mientras sale de la habitación, no puedo evitar preguntarme si no habrá sido un error. Trae una toalla mojada para que me limpie las manos, y cuando vuelve, ocupa de nuevo el mismo lugar que antes.

Ninguno de los dos dice una palabra mientras nos sosegamos, y me abraza con fuerza mientras permanezco quieta en ese pequeño capullo, que bien podría haber sido esculpido para que mi cuerpo encajara en él.

—Me gusta tenerte entre mis brazos —confiesa finalmente, haciéndome sentir su aliento en la oreja.

Se me cierran los ojos.

—A mí también me gusta. —Me gusta mucho. Demasiado.

—Hoy hemos roto muchas de tus reglas.

—Sí. Demasiadas —digo mientras sonrío en la oscuridad.

—¿Cuándo será nuestra próxima cita como amigos?



—Esta noche estás durmiendo en mi cama —le recuerdo.

—Te pintaste los labios de rojo.

Me río.

—Tú y ese estúpido lápiz de labios...

—Está demostrado que cuando una mujer usa ese color para una cita es que quiere acabar en la cama.

Niego con la cabeza, riéndome, y él me imita al tiempo que me estrecha con más fuerza. Permanecemos en silencio durante un rato, y empiezo a pensar que quizá se ha quedado dormido. Me relajo y el sueño comienza a arrastrarme de nuevo.

Cuando me despierto al día siguiente, con el sol golpeándome la cara, me doy cuenta de que estoy sola en la cama. Me inunda una sensación de tristeza, pero me obligo a dejarla a un lado. Solo yo tengo la culpa de esto. Se lo pedí. Lo presioné para que lo hiciera. Sin embargo, esa certeza no alivia el dolor que siento. Cierro los ojos otra vez y suelto el aire. Cuando los vuelvo a abrir de nuevo, veo la camiseta de Wyatt tirada en un rincón, como un recuerdo vacío, y eso me pone todavía más triste. Puede que no fuera el hombre perfecto, y es posible que hayamos tenido muchas diferencias, pero Wyatt siempre me hizo sentir que era especial para él. Nunca se marchaba después de follar sin haberme dado un beso o de decirme lo mucho que me quería.

Mientras me tambaleo hacia el armario para recoger la camiseta, se me llenan los ojos de lágrimas. Me abrazo a la prenda, pidiéndole perdón, porque ha sido algo totalmente consciente por mi parte. Luego me pongo a llorar porque estoy hablando con una camiseta mientras llevo puesta la de otro hombre. Uno al que permití que me tocara, uno que una vez más se ha marchado sin despedirse. De repente, se abre la puerta, y levanto la vista justo a tiempo de ver entrar a Oliver. La sonrisa de su rostro se desvanece al instante cuando me ve con la cara llena de lágrimas, aferrándome a la camiseta de mi novio muerto como si me fuera la vida en ello...

—Pensaba que te habías marchado —le digo con un ronco susurro.

Él no se mueve, no dice nada... Solo me mira durante un momento más. Por fin, se acerca a mí y me rodea con sus brazos, estrechándome contra su duro pecho.

—No pensaba marcharme sin despedirme —asegura contra mi pelo. Pienso en todas las veces que lo hizo... En todas las veces que lo hicimos... Y me

pregunto si esta vez será diferente—. Ha sido una noche genial.

—Para mí también lo ha sido —susurro contra él.

Me besa en la cabeza.

—Elle, no quiero estropear esto. Así que voy a darte un poco de espacio, ¿de acuerdo? Pero no será porque no te desee... ni porque no piense que la noche pasada fue increíble..., sino porque no quiero presionarte. —Me inclina la cabeza para que lo mire, y noto cómo se me sube el corazón a la garganta mientras espero que sus ojos verdes me atraviesen—. Quiero que esto siga adelante.

—Vale. —Es lo único que puedo susurrar antes de que deje caer la mano y salga por la puerta. No sé qué hacer con lo que ha pasado. No sé a qué se refiere con «esto». Lo único que sé es que me da miedo desearlo tanto como lo hago. Me aterra quemarme de nuevo.

Un par de días después, me levanto y me pongo la bata azul que me regaló la enfermera Gemma el día que más nos manchamos al pintar. Cuando aparezco por el hospital, la veo en el puesto de enfermeras, riéndose.

—¿Estás de vuelta? —pregunta.

—No, a menos que quieras que te empiecen a llegar demandas por negligencia médica.

—Tomo nota, nunca dejar una aguja en manos de Estelle.

Me río, sacudiendo la cabeza.

—Hoy vengo solo a echar un vistazo. Quiero asegurarme de que queda perfecto.

—Es el último día... —dice con una sonrisa—. No voy a disimular, voy a echar de menos tener a Micah por aquí.

—Bueno, siempre puedes ir a verlo a la zona de maternidad.

—¡Nooooo! ¡Que no vaya allí! Antes tengo que reclamarlo para mí.

Después de intercambiar unas palabras más, voy a la habitación en la que estuve trabajando y abro las persianas para comprobar si se ha secado la pintura. Sonríe ante la belleza que hemos creado y elijo un pincel pequeño para retocar las nubes, cuyo color ha quedado demasiado claro.

—Me han dicho que estabas aquí —me dice Oliver a mi espalda, pegándome tal susto que casi me salgo de las líneas.

—¿Cómo se te ocurre acercarte sigilosamente a una persona que tiene un

pincel en la mano?

Se ríe.

—Perdona. ¿Necesitas ayuda?

Dejo de mover los dedos y lo miro por encima del hombro con el ceño fruncido. Él se encoge de hombros.

—Sé rellenar, ¿sabes? —responde.

—Coge un pincel. Hay que dar otra capa a las nubes.

Hace lo que le pido y se acerca a mí. Miro la nube que está pintando y avanzo hacia la siguiente, que queda a un par de pasos.

—Te queda genial la bata.

Intento no sonreír sin conseguirlo.

—Gracias.

—Serías una enfermera magnífica —añade.

Dejo de pintar y me giro hacia él con la ceja arqueada.

—¿Una buena enfermera pero no una buena médica?

—Responder a esa pregunta implicaría que creo que los médicos son más importantes que las enfermeras, y no es así. En cualquier caso, sería al revés... Sea como sea, no pienso responder. Sin embargo, te diré que se te daría bien cualquier cosa en la que estés en contacto con la gente.

—Lo tendré en cuenta si no consigo ganarme la vida con la pintura —replico con una sonrisa.

—¿Eso significa que no lo harás nunca? —responde, también con una sonrisa, yendo a la siguiente nube, en la pared opuesta—. ¿Qué crees que harías si el arte no existiera?

—Me moriría.

Baja el pincel y me mira.

—No digas eso nunca.

De alguna forma, con solo una mirada, me hace sentir la intensidad de sus palabras.

—Vale, vale... Seguramente profesora u orientadora escolar.

Asiente y se vuelve a poner a pintar.

—Para que conste, creo que lo que haces es perfecto. Este proyecto me parece realmente increíble.

—Solo hago lo que puedo. —Me encojo de hombros.

—¿Por qué se te ocurrió? —pregunta, acercándose a mí—. Sé lo mucho que te gusta trabajar con niños, así que tenía claro que venir a enseñarles a pintar

te gustaría..., pero ¿esto? Es demasiado, Elle.

Bajo la mirada y clavo los ojos en la nube que tengo delante antes de responder.

—Es un asco tener un día malo y verse obligado a levantarse por la mañana para ir a un trabajo que no te gusta. Imagínate estar enfermo y no tener más remedio que estar ingresado, mirando cuatro paredes feas todos los días. Oír hablar a estos niños sobre las enfermedades a las que están enfrentándose hace que todos mis días malos parezcan una estupidez, y ni siquiera se quejan —explico con un suspiro mientras bajo la mano y me doy la vuelta hacia él. Se me acelera el corazón al ver lo que encuentro en sus ojos. Me acerco a él y me pongo de puntillas para pasarle los dedos por debajo del ojo izquierdo—. Pareces cansado.

—Esto es lo que tiene trabajar veinte horas seguidas, pero, como has dicho, ellos no se quejan, y yo tampoco tengo motivos para hacerlo —responde.

Dejo caer la mano y apoyo los talones en el suelo, sin dejar de mirarlo.

—Oliver Hart, eres un buen hombre.

Curva los labios con una sonrisa al tiempo que sube el brazo. Me preparo para sentir su contacto, pero lo baja antes de que llegue a mi cara.

—Estelle Reuben, tú sí que eres una gran mujer.

—El arte es muy egoísta. Creo cosas para mí y espero que les guste a otros, pero no es como si estuviera pensando en hacer el bien al realizarlo. Tú, por otro lado, haces algo completamente desinteresado.

Veo brillar sus ojos verdes.

—En eso es en lo que te equivocas. Mi trabajo puede parecer desinteresado, pero ayudar a los niños me hace sentir que estoy dejando mi huella. Los ayudo a alcanzar un estado más saludable que cuando llegaron, y eso es... —Suspira, mirando a otro lado un momento. Cuando nuestros ojos se vuelven a encontrar, parece feliz—. Eso es todo. Me hace sentir que lo que hago es importante.

—Es importante — confirmo con una sonrisa.

—Lo que tú haces también. Crees que el arte es egoísta, pero yo creo que, por el contrario, es muy generoso. Yo no podría hacer esto. —Abarca la habitación moviendo las manos—. Paso muchas noches sin dormir y un sinfín de días asegurándome de que estos niños mejoran, pero salvo el día que les digo que pueden irse a casa, no les haré sonreír como cuando ven esto.

Sus palabras me hacen sentir un aleteo en el corazón. Me vuelvo hacia la pared para terminar la nube en la que estoy trabajando antes de acercarme a donde está el material y dejar allí el pincel. Oliver posee la virtud de hacerte creer que hasta las cosas más pequeñas que haces pueden cambiar el mundo. Imagino que forma parte de su encanto.

Nos despedimos, sintiendo que andamos de puntillas por un territorio inexplorado. Oliver nunca se ha entregado conmigo al cien por cien. Por lo que yo sé, eso solo lo consigue su trabajo. En el pasado, hemos sido amigos... Y luego más que amigos..., pero esto de ahora parece algo más. Tengo miedo de dejarme llevar y obtener más de lo que esperaba. Pero también me da miedo no hacerlo.

# 19

PASADO

*Oliver*

No podía recordar la última vez que lloré, si es que alguna vez lo hice, pero cuando fui a visitar a mi padre en el hospital y lo vi hundido en aquella cama, fue justo lo que me apeteció hacer. Puede que no fuera el padre perfecto para nosotros, pero siempre lo consideré invencible. Me sentí agobiado al verlo allí, derrumbado, pero además tenía que tratar de superar los exámenes finales y prestar apoyo como tutor a los estudiantes de primero, un trabajo que me mantenía ocupado a todas horas, ya que abarcaba desde las tutorías a prestarles ayuda para elegir las asignaturas más adecuadas.

Esa mañana en particular, me instalé en la mesa de la esquina de una cafetería cercana a casa de mi madre, y estaba trabajando en física cuántica mientras trataba de no pensar en el estado de mi padre cuando Estelle se sentó delante de mí. Levanté la cabeza a tiempo de verla cruzar las piernas y sonreír mientras llevaba a sus labios la pajita que había en la taza que sostenía.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

Solté un profundo suspiro y dejé el bolígrafo sobre la mesa. Hacía un par de semanas que no la veía. La última vez que salimos, habíamos ido a un restaurante mexicano muy de moda. Había ido con Victor y había llevado conmigo a una chica, porque no sabía que iba a encontrarme allí con Estelle. De todas formas, ella había actuado como si no le importara. Había estado hablando con Mia y Jenson durante la mayor parte del tiempo, pero me había resultado incómodo tenerla delante después de habernos besado tantas veces en aquella fiesta... Después de haber querido más cada una de esas veces... Y había ido al mexicano con otra persona. Así que me sentía aliviado al verla

ahora y que me hablara como si no hubiera pasado nada, algo que me temía que no ocurriera después de esa noche.

—Te has cortado el pelo —le dije un rato después.

—Solo por delante, y ya lo lamento. —Sopló hacia arriba para retirarse el largo flequillo de la cara.

—Te queda bien.

—¿Has quedado con alguien? —me preguntó mientras miraba a su alrededor. De repente pareció insegura. Sonreí, preguntándome si estaría pensando en la chica con la que había ido al mexicano.

—¿Te molestaría si fuera así?

Abrió mucho los ojos antes de que frunciera el ceño de forma pensativa.

—Creo que no...

—¿Has quedado tú con alguien? —pregunté yo, esperando que no fuera así. ¿Por qué? No lo sabía. Elle era libre de salir con quien quisiera, pero eso no significaba que quisiera presenciarlo. Curvó los labios lentamente, como si pudiera leerme los pensamientos. Empezaba a pensar que sí que podía.

—No. Acabo de tener una cita terrible.

—¿Por qué ha sido terrible? —me interesé, inclinándome más cerca de ella con los dos codos sobre la mesa, como ella.

—Se ha pasado todo el rato hablando de sí mismo. Uno de esos deportistas tan creídos. Que si todas las chicas quieren salir con él..., que si todos los chicos quieren ser cómo él... —dijo, imitando una voz masculina mientras ponía los ojos en blanco. Me reí.

—Sí, suena bastante terrible. ¿Por qué has querido salir con un deportista? —pregunté, arqueando una ceja.

—Se me ocurre uno que me gusta..., pero es tan friki... —bromeó. En sus ojos brillaba tanta diversión que tuve que reírme.

—Dime algo más sobre ese deportista friki.

—Bueno... —empezó, bajando la mirada. Mientras hablaba, se puso a dibujar círculos en la capa de condensación que había sobre su vaso de café helado—. Es muy guapo, si te gustan los chicos tipo surfista, bronceados, con el pelo largo... y hoyuelos ridículos... —Me miró y sonrió con timidez de una forma que me detuvo el corazón—. Es un chico estupendo, pero corre el rumor de que no le gustan mucho las relaciones serias.

—No parece un buen chico para ti. No se puede basar una relación en abdominales marcados y hoyuelos.

Sonrió.

—Yo no he mencionado sus abdominales.

Me encogí de hombros.

—Solo he sumado dos y dos. ¿Qué más cosas te gustan de ese deportista friki?

—Me gusta su inteligencia. Y cómo me hace sentir cuando habla conmigo... Cuando me mira... —Noté que se extendía un rubor por sus mejillas—. Cuando me besa...

Traté de ignorar el martilleo de mi corazón en el pecho.

—Tienes en muy alta estima a un tío al que no le van las relaciones serias.

—Todos tenemos nuestros defectos, y ese es el suyo —añadió, encogiéndose de hombros mientras miraba hacia otro lado.

—¿Y si le gustaran las relaciones serias? —Ni siquiera supe por qué lo pregunté. No importaba. No era solo que no me gustaran las relaciones serias: estaba totalmente contra ellas.

Sus ojos buscaron de nuevo los míos.

—Sé de buena tinta que no es así.

Asentí moviendo la cabeza bruscamente y suspiré, bajando la vista.

—¿Te he molestado? —preguntó. Sus palabras hicieron que volviera a mirarla.

—No. ¿Por qué?

—Pareces... No sé... Actúas de una forma muy rara.

—Es que... —Me pasé las manos por la cara. No tenía intención de contarle, ni a ella ni a nadie, pero la forma en la que estaba mirándome, con aquel cariño en sus preciosos ojos, hizo que quisiera confesárselo todo—. Mi padre está en el hospital.

Jadeó y me cogió las manos entre las suyas. Eran pequeñas y estaban frías, pero su contacto me calentó.

—¿Otra vez? ¿Se va a poner bien?

Solté una breve risa.

—Ha tenido otro ataque. Debería ponerse bien si se cuida. Aunque es muy terco. Sé que no dejará de fumar. Que no hará dieta ni ejercicio. Me vuelve loco. —Estelle me apretó las manos y me brindó una sonrisita.

—Sé pondrá bien. Tengo fe, seguro que cambiará.

Sus palabras hicieron que sonriera. Elle solo había visto a mi padre una vez. No tenía ni idea de cómo era.



—¿Crees que la gente puede cambiar? —pregunté.

Me miró al tiempo que parpadeaba. Se estiró hasta que la mitad de su cuerpo quedó sobre la mesa, más cerca de mí. Quise soltarle las manos y encerrar la cara entre mis dedos. Acercar su cara a la mía para besarla, y perderme en esa sensación como siempre que unía mis labios a los suyos. Se detuvo cuando su rostro estaba a unos centímetros del mío.

—Sé que puede. Solo es cuestión de querer —susurró a un aliento de mí.

—Tienes mucha fe en las personas.

Retrocedió hasta apoyar de nuevo la espalda en el respaldo. Sonrió de una forma alegre y confiada antes de coger el vaso entre los dedos y rodear la pajita con los labios.

—Claro que sí.

«Haces que quiera cambiar. —Lo pensé, aunque no lo dije—. Me haces creer que puedo cambiar».

Al día siguiente, a la misma hora, nos encontramos allí otra vez. También al día siguiente. Y al otro. Nos sentamos allí y hablamos, nos reímos juntos y nos fuimos separados. Me hizo sonreír en esos días en los que la risa me parecía una quimera imposible. Me hizo ver esperanza en cosas que no sabía que existían. Fue entonces cuando se convirtió en mi Estelle. Aunque ella no lo sabía. Y, demonios, yo tampoco.

## 20

PRESENTE

*Estelle*

Una semana más tarde, el equipo de pintura ha terminado con las habitaciones y el pasillo. Hemos convertido el océano en un campo lleno de flores y niños jugando. Todos hemos estado trabajando día y noche para asegurarnos de cumplir con la fecha límite, por lo que no hace falta decir que, cuando por fin acabamos, nos sentimos realizados. Salimos de allí con los brazos enlazados, luchando contra las ganas de cerrar los ojos por el cansancio.

—Estoy a punto de quedarme dormido —dice Micah, apoyando la cabeza en la mía.

—Yo también —respondo con un bostezo.

Casi me doy la vuelta cuando, al doblar la esquina, veo a Oliver hablando con una enfermera que no he visto antes. Él está apoyado en la pared, mientras que ella se inclina hacia él como si fuera su próxima comida. Cuando me ve, se endereza un poco, pero miro hacia otro lado y me apoyo en Micah, saliendo del hospital antes de que pueda acercarse a mí, aunque no es que lo espere. Me siento mal porque, en realidad, no soy la típica chica que se pone celosa por cualquier cosa; sin embargo, cuando se trata de Oliver, me siento posesiva.

Me voy a casa y me quedo dormida en cuanto me meto en la cama. No oigo las llamadas telefónicas ni los mensajes de texto, ni siquiera los gritos de mi hermano desde el piso de abajo diciéndome que necesito comer. No me importa ninguna de esas cosas, hasta que me doy cuenta de que tengo una llamada perdida de mi agente inmobiliario, y la llamo al instante, esperando recibir buenas noticias.

—¿Hola?

—No quiero que te hagas esperanzas, pero tenemos un posible comprador.

—¡Oh, gracias a Dios! ¡Por fin!

Continúa hablando para comunicarme cuánto le han ofrecido, y me hace saber que se pondrá en contacto conmigo cuando haya cualquier novedad. Me estiro y bajo las escaleras medio rezando para no encontrarme allí a mi hermano, pero por desgracia no solo me encuentro cara a cara con él, sino también con su amigo del trabajo, Bobby. Cierro los ojos, consciente de que tengo un aspecto de mierda.

—¡Hola, Elle! Me alegro de verte de nuevo —suelta Bobby, sonriendo mientras me recorre el cuerpo con los ojos.

—Hola. Lamento no estar presentable, pero llevo muchas horas durmiendo.

—Exactamente, dieciocho —interviene Vic.

—No..., joder...

—Sí..., joder...

—Vaya, creo que estaba cansada de verdad.

—Sí, supongo. Ha llamado Bean, preguntando por ti.

Frunzo el ceño y saco la cabeza de la nevera.

—¿Y?

—Y he pensado que era raro... —comenta mi hermano, encogiéndose de hombros—. Habéis estado saliendo mucho últimamente, ¿no?

—En realidad no. —Vuelvo a meter la cabeza en la nevera, aunque no estoy buscando nada en particular.

—Me ha dicho que ha intentado ponerse en contacto contigo y no ha podido.

—Lo llamaré después. De todas formas, esta noche creo que trabaja.

—Sí. ¿No es la noche de Grace? —pregunta Bobby, con una risa, después de tragar un bocado de *muffin*.

Vic no responde, se limita a mirarme, en busca de una reacción que no tengo. En mi interior, estoy gritando: «¿Quién coño es Grace?». Pero no puedo permitir que lo note. En cualquier caso, esto solo confirma las razones por las cuales mi hermano no debería saber nada sobre una hipotética relación entre Oliver y yo. Sencillamente me molesta que parezca que conocen cada uno de sus movimientos. Eso me hace darme cuenta de que yo no lo hago.

—También ha llamado mamá.

—Vale, Vic. ¿Qué eres, mi maldito secretario? Ya los llamaré a todos

cuando me dé la gana. —Me doy la vuelta y regreso a mi habitación.

—Joder. Quizá necesite dormir un poco más.

—Qué va... —se burla Vic—. Nació así de cabrona.

## 21

Cuando todo lo demás falla, corre a casa con tu madre. Al menos eso se me ha ocurrido pensar cuando me he levantado esta mañana. No he tenido en cuenta que, cuando llegara a su casa, me abordaría y me haría un tercer grado de preguntas en cuyas respuestas no quería pensar.

«¿Estás comiendo bien? ¿Qué tal estás en casa de tu hermano? ¿Vic está comiendo bien? ¿Cómo te ha ido con Derek? Estoy organizándote otra cita, y este chico te gustará, te lo prometo. ¿Qué tal te va en el estudio? Me han dicho que has hecho un buen trabajo en el hospital. —Y, finalmente—: ¡Venga, que te voy a alimentar bien!».

Lo que, por supuesto, permití. Me senté ante la mesa del comedor con la vista de las montañas de Santa Bárbara frente a mí —puede que Vic y yo fuéramos chicos de playa, pero mis padres preferían la montaña—. Tenían una casa en Malibú, a la que acostumbraban a ir los fines de semana. A veces los acompañábamos, pero sobre todo estábamos con nuestros amigos.

—Vic me ha dicho que últimamente estás saliendo mucho con Oliver —comenta mi madre, usando un tono indiferente, como si la curiosidad no tiñera cada matiz de su voz.

Gimo.

—Vic es un coñazo. Oliver y yo nos hemos visto mucho en el hospital. Y hemos salido un par de veces..., ¡no es para tanto! —Su risa hace que la mire con rapidez—. ¿Qué pasa?

Se encoge de hombros.

—Tu hermano no ha visto nada extraño hasta que le he mencionado que era raro que salieras con él. Antes lo odiabas, ¿verdad?

—No, nunca lo he odiado. —Frunzo el ceño. ¿De dónde habrá sacado esa idea?

—Pensaba que sí. Siempre has dicho que era un ligón.

—Porque lo era —confirmo, mirándola con expresión neutra.

—¿Y ahora?

La estudio durante un instante, mientras juego con la servilleta encima de la mesa. La gente dice que mi madre y yo somos una copia exacta, que, si me hubieran clonado, no habríamos podido ser más parecidas. La idea me hace sonreír, porque mi madre es una de esas personas hermosas, tanto por dentro como por fuera. Incluso con su exigente carrera como profesora, siempre ha logrado poner en primer lugar a su familia. Hoy mismo, al ver que aparcaba delante de su casa, llamó al trabajo y dijo que estaba enferma. Estoy acostumbrada a contarle todo, pero, por alguna razón, no le puedo hablar de Oliver. Sencillamente, no puedo. Es como un tercer hijo en esta casa. No es como con Wyatt, que podía venir y quejarme, o decir cosas buenas sobre él, y no importaba nada porque era un extraño para todos. Pero Oliver prácticamente ha crecido aquí.

—No lo sé, mamá —suelto finalmente—. De verdad, no lo sé. Estoy segura de que Vic lo sabe mejor que yo.

—Pero tú lo ves en el trabajo.

—Sí. ¿Y?

—¿Tiene novia? ¿Amigas? —pregunta, clavando en mí sus ojos color avellana.

Me encojo de hombros.

—Ya lo conoces. Coquetea con todo lo que lleve faldas, así que supongo que sí.

—¿Crees que se acuesta con todas?

Abro mucho los ojos.

—Vale, esta conversación empieza a ponerse incómoda y, una vez más, no lo sé.

—A veces, los tipos como él tienen un algo indefinible, ¿no crees? Es decir, siempre lo he considerado un buen chico.

Hago un movimiento evasivo con las manos.

—Me da igual... ¿Por qué estamos hablando de él?

Luego esboza una sonrisa. Una curvatura realmente grande, de oreja a oreja, mientras yo me hundo en el asiento. Temo que me diga que me está organizando una cita.

—Porque este chico, Zach, tiene una reputación similar con las chicas, pero me han dicho que no es un ligón... —empieza.

—¡Mamá...!

—Estelle..., es tan guapo...

—¡Mamá!

—Es el dueño de una galería en Malibú.

—¿Zach Edwin? —adivino casi a gritos.

Mi madre sonrío, asiente con la cabeza y arquea las cejas como si acabara de probar todos los bombones de la caja y ninguno la convenciera.

—¿De qué diablos lo conoces? —pregunto con demasiado entusiasmo para mi bien.

—Bueno, es una historia muy divertida... Estaba con Bettina, de compras, hace un par de semanas, y entramos en una tienda de casualidad. Y, por cierto, tienen cosas preciosas, pero la pieza que nos llamó la atención fue un corazón. Uno de tus corazones. Entramos allí, fingiendo no saber nada al respecto y le preguntamos cuánto costaba. —Hace una pausa para hacer un efecto más dramático—. Cuatro mil dólares.

La miro boquiabierta.

—Nos dijo que había vendido el último por tres mil, y que este es el único que le quedaba. Como la persona que los llevó a la tienda no dejó ninguna tarjeta ni nada, no pueden ponerse en contacto con quien los hizo. Elle, ¿te encuentras bien?

Niego con la cabeza, pero sigo teniendo la boca abierta.

Mi madre se ríe y me toca la mano.

—¿Te lo puedes creer? Supongo que se los compró a Wyatt.

Trago saliva mientras hago memoria.

—Sí, Wyatt me mencionó que había vendido algunos hace unos años, pero..., ¡guau! ¿Cuatro mil dólares?

—Entonces, ¿no has recibido nada de eso? —pregunta mi madre con el ceño fruncido.

—No los dejó en depósito. Los vendió para deshacerse de ellos porque había hecho demasiados para un espectáculo al que asistimos, y se le ocurrió que vendérselos a Zach sería bueno para mí más adelante. Obviamente no fue así, y lo más seguro es que Wyatt se olvidara de las tarjetas, como de costumbre. ¡Oh, Dios mío!

—¡Lo sé! —chilla mi madre.

—Vale, entonces, ¿cómo ha surgido la idea de una cita?

—Bueno, le dije que los había hecho mi hija y se quedó muy impresionado.

—¿Eh?

—Entonces, encendí el móvil y le enseñé la página web del estudio. Cuando vio tu foto, se le iluminaron los ojos.

—Oh, Dios mío, mamá —dije, hundiendo la cara en las manos.

—Así que le conté la versión abreviada sobre Wyatt y que ya estás empezando a salir de nuevo. Le pregunté si estaba interesado, y aprovechó la oportunidad.

—¡Oh, Dios mío, mamá! —repito, entre los dedos.

—¿Sabes cómo es, Elle? —me pregunta. La miro desde detrás de las manos y asiento—. Es muy guapo.

—¡Estás loca! ¡No puedo salir con él! Esto no es la Edad Media, ¿sabes? ¡No puedes ir por ahí ofreciéndome a los hombres!

—¿Por qué no? —pregunta con el ceño fruncido—. ¿No has visto esos programas de televisión donde la gente deja que los conviertan en otros? ¿Millonario anónimo o algo así?

La miro con expresión neutra.

—No, no he tenido el placer. Pero es que... No sé... Es decir, me encantaría venderle parte de mi trabajo, pero ¡no salir con él!

—¿Porque es un ligón?

—¿Qué? ¡No!

Zach tiene fama de ligón por buenas razones. No suele salir con gente del mundo del arte, pero con la única que salió, se casó, la engañó y se divorció al cabo de un año. Después, es conocido por acostarse con modelos, actrices y cualquiera que entrara en su galería con dos piernas bien torneadas y una minifalda.

—¿Estás segura?

—Segurísima. No estoy buscando una relación seria, ¿por qué me va a importar su reputación?

—No creo que su reputación sea real. Te lo digo en serio, es encantador... No me creo que tenga tantos líos como nos quieren hacer creer.

—¿Hemos terminado? En serio, ahora nada me gustaría más que comerme las tortitas en paz —murmuro.

—Claro, cariño. ¿Más café?

—Por supuesto. ¿Dónde está papá?

—Se fue al amanecer. Hoy tenía un día largo. Con tres clientes famosos.

—¡Qué divertido!

—Sí, estoy segura de nos lo contará todo cuando regrese. ¿Te quedas a



dormir?

Suspiro mientras vierto un chorro de sirope en las tortitas.

—Sí, creo que sí.

—¿Estás segura de que no quieres conocer a Zach? Vive a solo un par de manzanas.

La corto con una mirada de advertencia.

—Estás de coña, ¿verdad?

—¿Y si lo invito a cenar? De esta forma no será una cita, pero podrás hablar sobre tus obras.

—¿Desde cuándo estás interesada en ese tema? Odiabas que Wyatt viniera aquí y hablara de arte.

Jadea al tiempo que se lleva una mano al corazón

—¡Jamás he odiado que viniera aquí! Sencillamente, a veces, no me gustaba cómo te hablaba.

—¿En serio? ¿A qué te refieres? —pregunto, clavando el tenedor en un trozo de tortita. No quiero que responda, pero lo hace.

—Como si fueras una niña.

Mastico más despacio... Para él era una niña, tenía once años más que yo y la experiencia de un octogenario.

—No me trataba como a una niña —digo.

—Eras su musa... Su luz, supongo. Eso lo veo ahora, pero, en ese momento, resultaba desconcertante la forma en que quería estar a tu lado siempre que se encontraban cerca los amigos de tu padre. Como si pensara que podían alejarte de él. ¿Nunca lo notaste?

La miro de soslayo.

—Claro que sí. Los hombres son así.

Inclina la cabeza a un lado, como si estuviera sopesando mis palabras.

—Supongo que sí. De todas formas, es evidente que te amaba a su manera y que te ayudó mucho. Pero ahora recuerda..., ¡Zach Edwin!

El resto del día me lo paso de compras con mi madre y Bettina —la madre de Mia—, que no hacen otra cosa que hablar sobre Zach y de lo buena idea que es que venga a cenar. Mia amenaza con matarme si no la llamo en cuanto él se vaya. En un momento dado, entre probarme unos zapatos en Neiman Marcus y tomar una copa en Chili's, mi hermano se entera de todo y me

llama para advertirme de que me matará si salgo con Zach, porque ha oído por ahí que se acuesta con todo el mundo..., incluida la ex de un cliente. Después de eso, apago el móvil. Tengo suficiente con oír el incesante parloteo de mi madre y de Bettina, que ahora se dedican a enumerar todos los chicos con los que Mia y yo podríamos habernos casado. No sé si se olvidan de que yo estaba comprometida, o sencillamente eligen ignorar tal cosa porque mi prometido no era de su agrado.

Por la noche, uso uno de los vestidos que me he comprado por la tarde, un modelo corto, aunque no demasiado, que se ciñe a mi cintura y a mi torso. Mi madre insiste en que me ponga unos *stilettos* rojos con él porque eso hará que mis piernas parezcan kilométricas (son sus palabras). Cuando la puerta se abre a las siete, prácticamente me abalanzo sobre mi padre antes de que tenga siquiera la oportunidad de soltar su maletín. Se ríe, una risa ronca que parece salir del centro de su pecho, como si fuera Santa Claus, y me abraza con fuerza.

—Alguien me ha echado de menos —dice sonriendo cuando me suelta. Su pelo, antaño castaño claro, ahora está lleno de canas, y las líneas de su rostro quedan marcadas cada vez que se ríe, y hoy sobre todo. Sus ojos castaños se iluminan cuando me mira, haciendo que me vuelva a sentir como una niña.

—Eres la única persona normal de esta casa —susurro a voces dramáticamente mientras él sigue riéndose y moviendo la cabeza.

—Nadie te ha obligado a quedarte a solas con tu madre —musita de forma conspiradora.

—¡Y con Bettina!

Abre mucho los ojos

—¡Oh, Dios! Necesitas un trago.

—Mejor veinte...

Él se ríe de nuevo y me pone la mano en el hombro.

—¡Thomas! ¡Ya estás en casa! —dice mi madre con una sonrisa de oreja a oreja mientras se acerca a nosotros con un vestido negro por la rodilla.

—¿Estás tratando de que me dé un infarto, Hannah? ¿Qué llevas puesto? —pregunta, bajando el brazo de mis hombros para abrazar a mi madre.

Verlos juntos es como ver *Lo que el viento se llevó*. Ya me entendéis, la última parte, cuando Rhett Butler sostiene la cara de Scarlett O'Hara entre sus manos. Eso resume la vida de mis padres cada día.

—¡Oh, basta, Tom! Ya sabes que Elle odia las demostraciones de afecto en

público. —Mi madre se pone de puntillas mientras le rodea el cuello con los brazos.

Me río al tiempo que sacudo la cabeza.

—No, pero si me necesitáis, estaré fuera.

—¿Por qué insistes en organizarle esas estúpidas citas? —escucho que susurra mi padre mientras me alejo.

— ¡Porque tiene que seguir adelante!

—Lo hará cuando esté preparada, cariño. Que tú metas las narices no está ayudando. Y me acaba de llamar Victor para decirme que vendrá también a cenar, por si acaso —anuncia. Me quedo paralizada con la mano en el pomo de la puerta. Tengo un momento de lucidez en el que pienso en llamarlo e ir a dormir a casa, pero luego recuerdo dónde vivo ahora y me decido por salir al patio de mis padres y sentarme en el porche.

Mientras crecía, tenía dos tipos de amigos: los que sufrían los efectos de unos padres autoritarios y los que tenían unos padres a los que no les importaba nada lo que estaban haciendo. Siempre quise tener el segundo tipo de padres; los míos no eran estrictos, a menos que sacara malas notas, y solo se entrometían cuando... Bueno, siempre se entrometían. Cuando Wyatt murió, me sentí agradecida por ello, porque seguramente me habría pasado semanas sin comer si no hubiera sido porque ellos casi me metieron el tenedor en la boca. Huelga decir que no me sorprende que Vic haya decidido venir aquí después de enterarse de lo de Zach, en especial después de hacer ese comentario sobre su cliente. Esto es más que su normal sobreprotección de hermano mayor; se trata de trabajo.

Mi padre se reúne conmigo fuera después de ducharse y me entrega una copa de vino blanco.

—He pensado que lo necesitarás —dice, haciendo un brindis con la suya.

—Gracias —respondo, tomando un sorbo antes de recostarme en los cojines.

—Me he enterado de que has hecho un gran trabajo en el hospital.

Lo miro y sonrío.

—Creo que es cierto.

—Me siento orgulloso de ti, Elle. Sé que siempre te he dicho que el arte era una pérdida de tiempo y que deberías haberte dedicado a otra cosa, pero luego, cuando haces cosas así, no puedo evitar sentirme orgulloso de ti.

—Gracias. —Me inclino para darle un beso en la mejilla.

—Tu madre no va a rendirse hasta que encuentres otro novio, ¿sabes? Creo que deberías fingir que estás enamorada para que ella pase página.

—Mamá no va a parar hasta que tenga hijos.

—Pensaba que no querías tener niños —dice, tras tomar un sorbo de vino. No me mira cuando lo dice. Sus ojos están clavados en la distancia. No ve la expresión destrozada de mi cara. Wyatt no quería tener niños. Me muevo e imito la postura de mi padre, mirando a las montañas, en la dirección en la que sé que está el mar, aunque está demasiado oscuro para verlo en este momento.

—Es algo que todavía no he decidido —respondo finalmente.

—A veces, perdemos mucha parte de nosotros mismos por las personas que amamos —comenta mi padre—. Es difícil saber cuándo debemos dejar de hacerlo, porque sientes que si amas a alguien, deberías renunciar a ciertas cosas por ellos. —Asiento y bebo el vino—. Cuando me casé con Erika —recuerda a su esposa fallecida, una mujer a la que perdió años antes de conocer a mi madre— renuncié a todo lo que amaba. Dejé la universidad y busqué un trabajo porque sentía que debía ocuparme de ella. Eso es lo que hacen los hombres, ya sabes, trabajar para cuidar a su mujer, a su familia. Luego la perdí por culpa de un conductor ebrio y pensé: «¿Qué va a ser ahora de mi vida? No tengo nada». Y la cuestión es que no me sentía así por haberla perdido, sino por las cosas a las que había renunciado por ella.

Toma un sorbo de vino. Yo sabía exactamente cómo se había sentido.

—¿Y con mamá? ¿Y con nosotros?

—Bueno, cuando conocí a tu madre, volví a la vida. Ella era más joven, así que esperé a que se graduara, no quería que cometiera el mismo error que yo había cometido con Erika. Nunca quise ser la razón de que cuando mirara hacia atrás, se hubiera arrepentido de las cosas que no había hecho.

—¿Crees que todos los hombres son así? ¿Que esperan el momento adecuado para hacer las cosas? —pregunto, pensando en Oliver.

—No, todos no. Creo que tu hermano sí. Creo que está esperando a que su carrera despegue antes de comprometerse con alguien, y si ya hubiera conocido a ese alguien, le diría que es un idiota por hacerlo, pero no ha encontrado todavía a nadie que le haga reconsiderar su postura, así que supongo que ha tomado una buena decisión.

—Sí, supongo...

—La cuestión es, Elle, que has renunciado a más de lo que crees al estar

con Wyatt, y eso no es algo malo. Es algo que decidiste. Pero no quiero que entres en una nueva relación con esa mentalidad. No importa lo mucho que diga tu madre que un hombre es el ideal para ti. —Me brinda una sonrisa que le devuelvo al instante.

—Bueno, los dos sabemos que el gusto de mamá es, a veces, un poco complicado —suelto, haciéndole reír.

—Eso no es verdad.

## 22

PASADO

*Oliver*

Siempre me he considerado afortunado por que Victor sea mi amigo. Se había mostrado desinteresado, despiadado, pero, sobre todo, leal. Cuando no tuve un lugar al que ir después de graduarme y se me había terminado el contrato de alquiler, Vic no lo dudó ni un momento.

—Vente conmigo —había dicho.

—Vale, dime cuánto tengo que darte, necesito un lugar donde estar durante un par de semanas —respondí. Y él me miró como si estuviera loco.

—Eres mi hermano. ¡No te pienso cobrar!

Y así fue como terminé viviendo provisionalmente en la pequeña cabaña que había junto a la casa que había alquilado en el verano. Vacaciones de verano, «Mi última juerga», las había llamado. La última juerga antes de que yo fuera a la facultad de medicina y él a la facultad de derecho de UCLA. La vida fue muy buena durante esas semanas: nos levantábamos, cogíamos algunas olas, comíamos, bebíamos, nos divertíamos y ligábamos con las chicas que nos encontrábamos por ahí. Estábamos despidiéndonos del grado como otros de su soltería, lo que era muy gracioso, porque nos habíamos proclamado medio videntes.

—¿Quién necesita una mujer cuando podemos tener diez? —Esas habían sido las palabras de Victor.

—Hermanos antes que putas —había añadido Jenson.

Junior había sido el único que no pudo participar en nuestro loco verano, ya que estaba atado a la misma chica desde el primer semestre en la universidad. Por mucho que nos hubiéramos burlado de él, todos estábamos un poco celosos por que hubiera encontrado una chica con la que quería estar todos

los días.

Esa noche me vestí, como todas las anteriores, pero estaba exhausto después de haberme pasado todo el día bajo el sol, y necesitaba levantarme temprano a la mañana siguiente para empezar a trasladar mis cosas al norte. Una copa... Quizá dos... Luego me iría a dormir, me había prometido a mí mismo mientras me dirigía a la casa principal, donde había comenzado la fiesta.

«Una copa, tal vez dos, y luego a dormir», me repetí. El mantra se convirtió en la segunda letra de la canción que salía por los altavoces. Estaba a punto de decírmelo otra vez a mí mismo cuando vi a Estelle entrar en la casa. Una lenta sonrisa se dibujó en mi rostro mientras la veía peinarse el pelo, revuelto por el salvaje viento que hacía fuera. Tenía los labios apretados en un mohín muy sexy mientras deslizaba la vista por la habitación. Se quitó la chaqueta que llevaba puesta, dejando a la vista un top negro de escote bajo, que se ceñía a sus tetas, y una falda corta de lentejuelas que dejaba a la vista cada curva de sus piernas.

Supuse que sintió que la estaba mirando fijamente, porque sus ojos se encontraron con los míos poco después, y esbozó esa gran sonrisa suya. Me dije a mí mismo que esta noche no iba a pasar nada bueno, y me pregunté si sería una buena idea acercarme a ella. Volví a decirme lo de «una copa, tal vez dos y a dormir», esta vez machaconamente, con la esperanza de que el lóbulo frontal de mi cerebro tuviera algo de sentido común antes de llegar a Estelle. Sin embargo, mis traicioneros pies se acercaron a ella, como siempre, y se quedó parada, esperándome, como era su costumbre.

—Hace mucho tiempo que no coincidimos —dije, estudiando sus pechos mientras ella me recorría lentamente de los pies a la cabeza—. ¿Cuál es el veredicto? —pregunté cuando sus ojos se detuvieron por fin en los míos. Se sonrojó un poco y miró hacia otro lado, riéndose.

—Tienes buen aspecto —dijo, volviendo a mirarme.

—Tú estás genial —aseguré, y ella sonrió—. ¿Qué tal te va todo?

Habían pasado dos meses más o menos desde la última vez que nos vimos. Dos meses desde que nuestras lenguas entablaron ese duelo del que solían disfrutar cada vez que estábamos en una de estas fiestas... O en el cine... O en cualquier lugar que nos permitiera acercarnos de forma furtiva. Nunca habíamos llegado demasiado lejos, por lo general nos besábamos y nos tocábamos por encima de la ropa antes de que nos interrumpieran de una

forma u otra. Esa separación no había sido una coincidencia. Había ido a las fiestas de Cal en lugar de a las de Vic porque la culpa de todo lo que sentía cada vez que estaba cerca de Estelle comenzaba a pesar sobre mí. Como esa vez que me la encontré en un centro comercial hacía un par de meses y la acorralé en un largo pasillo que llevaba al cuarto de baño. Solo quería hablar con ella sobre la necesidad de detener esta locura que había entre nosotros, pero me cogió la cabeza entre sus manos y acercó mi cara a la suya y me besó con tanta intensidad que, en ese momento, me olvidé hasta de mi nombre. Era peligrosa para mí. Lo que sentía cuando estaba cerca de ella no era correcto. Tenía mi vida planeada, y me hacía desear cosas que no encajaban en ella. Todavía no.

—No ha estado mal —dijo. Empezamos a andar hacia la cocina y cogimos unos vasos de plástico rojos con cerveza en cuanto llegamos a la mesa—. ¿Y qué hay de ti? He oído que te irás pronto a Berkeley. Sabía que entrarías.

Sonreí. La última vez que la vi, todavía estaba esperando la respuesta a mi solicitud.

—Parece casi surrealista.

Movió la cabeza a un lado y me miró durante un buen rato antes de esbozar una cálida sonrisa.

—Estoy muy orgullosa de ti, Oliver.

Se me aceleró el corazón. Sonreí y bebí un poco de cerveza.

—¿Todavía quieres *divertirte*? —pregunté. Eso no quería decir que quisiera necesariamente oírla hablar sobre su vida amorosa, pero quería saber qué había estado haciendo. Todo lo que había echado de menos.

Elle se rio mientras llegábamos a un banco de fuera y nos sentábamos.

—Supongo que sí.

—¿Todavía no has conocido al elegido? —pregunté, esperando que mi tono fuera ligero, tan diferente de todo lo que sentía en mi interior.

—Tal vez sí, tal vez no. ¿Cómo podría saber que es el indicado? —dijo con una sonrisa mientras se encogía de hombros.

Aparté la vista y miré hacia la distancia, al lugar donde sabía que estaba la playa, a solo unos pasos de distancia.

—Me gusta pensar que cuando conocemos a esa persona especial, nos damos cuenta.

—¿La has conocido tú? ¿A tu elegida? —se interesó ella.

Tragué saliva, cerré los ojos, bebí más cerveza y solté un suspiro.



—Decidí, hace ya mucho tiempo, evitar conocerla hasta que llegara el momento —repuse en voz baja, como si estuviera confesando un crimen a un sacerdote.

Estelle se acercó más a mí, hasta que nuestros brazos se tocaron, luego apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Alguna vez llega el momento adecuado para eso?

—No lo sé —susurré, volviendo la cara para oler su cabello.

—He conocido a un hombre —soltó de repente, en voz baja, y se me cayó el alma a los pies.

—¿Sí? —le dije, bebiendo el resto de la cerveza.

—Es... diferente. Es agradable. Mayor.

—¿Cuánto mayor?

Levantó la cabeza para mirarme, y el movimiento hizo que nos quedáramos nariz contra nariz. Me recorrió un escalofrío y me acerqué más. Porque soy un cabrón. Un egoísta... Porque quería que esos labios fueran míos, y que sus ojos también fueran míos, que su voz solo la escuchara yo, incluso aunque solo fuera una noche.

—Mayor que yo —susurró, rozando mi nariz—. Mayor que tú. —Me eché atrás, tomándome un momento para mirar con rapidez a mi alrededor mientras la adrenalina corría por mis venas, ante la posibilidad de que nos atraparan. Me reprendí durante un instante, un momento rápido y fugaz, pero la culpa se disolvió tan pronto como volví a mirarla a los ojos.

—¿Te gustan los chicos mayores? —susurré antes de posar los labios sobre los de ella.

Le brillaron las pupilas.

—Me gustan algunos chicos mayores.

—¿Sí? —le pregunté, mordisqueándole el labio inferior.

—Sí —musitó sin aliento.

—¿Crees que él es el elegido? —pregunté en voz baja, dándole un beso en la comisura de los labios.

—No —respondió, repitiendo el movimiento y besándome la de los míos.

—¿Alguna vez te has enamorado, Estelle? —pregunté bajito al tiempo que retrocedía un poco para buscar sus grandes ojos.

—¿Y tú? —susurró ella, mirándome mientras esperaba mi respuesta.

—Yo... —No sabía qué decir, pero antes de que pudiera soltar una palabra, oí unas voces bulliciosas detrás de nosotros y nos alejamos el uno del otro

con rapidez. Nos dimos la vuelta y vimos a algunos tipos que animaban a otro mientras bebía una cerveza. La multitud lo vitoreó entre gritos, pero todos se calmaron al poco rato y volvimos a mirarnos.

—De verdad, quiero que me beses —me pidió, con la vista clavada en los míos.

Si eso fuera posible, el corazón se me aceleró todavía más. Bajé la cabeza de nuevo hasta que estuvimos nariz contra nariz.

—De verdad, quiero volver a besarte.

—Esta vez quiero que hagas mucho más que besarme.

Contuve la respiración.

—Estelle...

—Por favor.

Cerré los ojos ante su ruego. Aproveché ese momento para desconectar de la ruidosa fiesta y centrarme en por qué esto no podía ocurrir.

«Victor es tu mejor amigo, y le prometiste que la cuidarías, que no le harías daño. Él te matará. Es como tu hermano. ¿Cómo te sentirías si le hiciera esto a Sophie?».

Pero luego, Estelle se acercó todavía más a mí, sentí su cálido aliento en la oreja, y, cuando deslizó la mano entre nosotros para ponerla sobre mi polla, ya no pude respirar ni, mucho menos, pensar.

—Te deseo, Oliver —susurró. Abrí los ojos de golpe y, cuando la miré, supe que no podría negarle nada aunque quisiera. A pesar de que era lo que debería hacer.

Se levantó, me cogió de la mano y comenzó a tirar de mí hacia la cabaña. Miré por encima del hombro para asegurarme de que no nos veía nadie. Escudriñé la fiesta con los ojos, buscando específicamente a Vic, pero no lo vi. Entonces me sentí un cabrón por hacer eso. Estaba a punto de desaparecer en un dormitorio con su hermana pequeña, y me estaba asegurando de que nadie se diera cuenta. Se suponía que era yo quien debía protegerla del lobo feroz, pero allí estaba, comportándome como el propio lobo. Pero no podía evitarlo. Cuando se trataba de Elle no veía luces rojas, solo verdes, y sentía cosas que me hacían querer ser un hombre mejor para ella, aunque supiera que no podía.

Abrimos la puerta y nos colamos dentro antes de volver a cerrarla. Tan pronto como nos quedamos a solas, uno frente a otro, ella saltó sobre mí, rodeándome la cintura con las piernas y envolviéndome el cuello con los

brazos mientras buscaba mis labios. La abracé, cogiéndola por el culo al tiempo que hundía la lengua dentro de su boca. No pude evitar gemir cuando me la mordió ligeramente, succionándola al interior. La dejé en el suelo para que me pudiera quitar la camisa. Me miró con los ojos brillantes, desde mi cara hasta mi torso. Rozó con los dedos cada uno de mis músculos, dejando un rastro de fuego en cada punto que tocaba.

—Tienes la piel tan suave. Eres tan delicado... —dijo, mirándome con admiración.

No lo era, no de verdad, pero cuando me tocaba así, se me tensaban los músculos, y por esa razón me encogí de hombros y dejé que pensara que sí. No quería apresurarla, así que permití que me desnudara por completo. Ella tomó la iniciativa, decidiendo qué era lo siguiente.

—Eres increíble —jadeó mientras permanecía desnudo delante de ella. Alargó la mano y me cogió la polla, haciendo que palpitara. Lancé un gruñido al tiempo que me mordía el labio e, inclinando la cabeza hacia atrás, pedí a todos los dioses que por favor me otorgaran suficiente tiempo para no correrme en sus manos mientras me acariciaba. Por fin, mi control desapareció, y di un paso adelante para coger el borde del top. Esperé, observándola, hasta que asintió moviendo la cabeza para que se lo quitara. Cuando lo hice, me quedé mirando sus pechos desnudos. Me había imaginado cómo serían un millón de veces, pero mi imaginación no había hecho justicia a la realidad. Ella era simplemente... perfecta. Le abrí la cremallera de la falda y dejé que esta cayera al suelo, formando un charco de tela alrededor de las sandalias de tacón que llevaba. Luego bajé la cabeza y la besé.

Fue un beso lento y pausado que profundicé mientras deslizaba las manos por su cuerpo. Mis labios abandonaron los de ella para dirigirse a su cuello, a su clavícula, al valle entre sus pechos... Y luego capturé cada pezón con la boca. Estelle me agarró el pelo con un profundo gemido que la dejó sin aliento, así que seguí depositando besos por su cuerpo, hasta llegar a sus bragas, que le quité con los dientes. Se las bajé por sus pantorrillas hasta los pies, donde desabroché las tiras de las sandalias para ayudarla a descalzarse.

Todavía estaba de rodillas, recorriendo el mismo camino en sentido contrario, cuando una oleada de deseo me atravesó como una ola de tres metros. Me detuve y la miré a los ojos al llegar al interior de sus muslos. Mientras se los separaba, me miró absorta, como si yo fuera una especie de

rompecabezas que tenía que resolver.

—¿A la cama? —pregunté mientras le acariciaba suavemente los muslos con las manos. Ella asintió con la cabeza, con los labios entreabiertos y con una neblina vidriosa cubriendo aquellos ojos multicolores. Ninguno de los dos habló mientras subía por su cuerpo otra vez, besándola por todas partes, jugando con ella, comunicándole cuánto la deseaba. Se retorció sobre la cama... Contra mis labios mojados... Hasta que me tiró del pelo al tiempo que decía mi nombre. Una y otra vez.

—¡Oliver...! ¡Oh, Oliver...!

Nunca había escuchado una melodía más hermosa.

Reemplacé los dedos con la boca cuando volví a sus pechos para pellizcarle los pezones, apretándolos con suavidad.

—Síiiii... —gimió ella, y yo sonreí. Quería hacerla sentir bien. Me coloqué entre sus piernas e hice una pausa, aunque nunca la hacía. Siempre cogía un condón y seguía. Pero me pregunté si podría continuar sin usar protección. No quería que hubiera ninguna barrera entre nosotros porque era Elle. Mi Elle.

Movió las manos hacia mi pecho y hacia mi polla, volviendo a apretarla.

—Estoy tomando la píldora —dijo en voz baja.

—¿Lo haces a menudo? ¿Sin condón? —pregunté en el mismo tono que ella. Mi corazón se aceleraba por la anticipación. ¿Por qué había hecho esa pregunta? ¿Acaso importaba? ¿Desde cuándo me interesaba lo que mis amantes hicieran con otros tíos?

Ella negó con la cabeza.

—Nunca.

Solté un suspiro de alivio. «Nunca». Me sentía drogado. Iba a hacerle sentir algo que no había tenido nunca. No había sido yo quien tomó su virginidad, ni quien había tenido el placer de darle el primer beso, pero sí podía darle esto. Incliné las caderas y hundí el glande entre sus pliegues.

—Por favor, Oliver —suplicó al tiempo que se movía debajo de mí—. Por favor.

Bajé la cabeza para besarla de nuevo, dejando que probara su sabor en mis labios, gimiendo cuando ella me tiró del pelo para que me acercara más.

—Vamos a hacerlo despacio —susurré contra su boca.

—No. No quiero que vayas despacio —me dijo con los ojos muy abiertos. Arqueó las caderas hacia arriba.

Sonreí.

—Yo quiero hacerlo lentamente —aseguré, internándome dentro de ella con un profundo impulso. Se impulsó hacia arriba con un grito. Me aparté y ella suspiró, volví a entrar y volvió a gritar—. ¿Todavía quieres que vaya rápido? —pregunté. Gemí cuando noté que se apretaba a mi alrededor.

—Todavía quiero que vayas más rápido —jadeó, saliendo al encuentro de mis embestidas. Me retiré por completo y luego volví a hundirme lentamente, y sonreí al oírla gruñir. Mis envites eran largos y profundos. Disfrutaba de la forma en la que me ceñía con sus músculos internos. Quería absorber su calor, su humedad, todo lo que pudiera, así que me tomé mi tiempo. Me recreé hasta que ella arrastró la mano por su vientre plano hasta el lugar donde se unían nuestros cuerpos y comenzó a frotarse. Luego perdí el control. Le levanté la pierna y comencé a moverme. A moverme de verdad. Gritó mi nombre, gemí el de ella. Me arañó, impulsándome a ir más rápido todavía. Entonces, se puso a decir «Oliver, Oliver..., no puedo, no puedo», con lloriqueos mientras balanceaba la cabeza de un lado a otro y se le ponían los ojos en blanco. Salí de su interior, y jadeó. Me dio la impresión de que iba a matarme, así que me eché hacia atrás y me senté antes de levantarla para colocarla sobre mis caderas. No dejamos de mirarnos en ningún momento, y cuando me acogió dentro de ella y empezó a moverse, estuve perdido.

La forma en la que sus ojos me buscaban me decía: «¿Sientes esto? ¿Puedes percibirlo también? ¿Es imaginación mía?». Nunca dijimos las palabras en voz alta, pero las sentimos en nuestras lenguas. «¿Sigues buscando? ¿Todavía crees que hay alguien mejor para ti?». Le encerré la cara entre las manos y luego nos abrazamos mientras ella llegaba al borde del orgasmo. La seguí con un grito. Al principio fue lento, pero luego nos consumió de una forma poderosa. Nos miramos mientras respirábamos, seguíamos buscando... Indagando... Haciéndonos unas preguntas que no nos atrevíamos a responder.

## 23

PRESENTE

*Estelle*

—¿Eso es un vestido nuevo? —me pregunta Vic mientras me siento enfrente de él en la mesa del comedor.

—Lo compré ayer, cuando fui con mamá y Bettina.

Vic lanza un gemido.

—¡Dios, qué dos! Y se las arreglaron para que te ducharas, para que tuvieras una cita y para que fueras de compras.

Me río porque no está equivocado. Conocer a Zach anoche fortaleció mi creencia de que el grupo de solteros disponibles en este momento deja mucho que desear. Él en concreto es guapo, encantador y habla sobre sí mismo durante el noventa por ciento de las veces. El otro diez por ciento del tiempo lo ha usado para explicarme cómo podía sacar provecho de mis corazones caleidoscópicos. Cuando Victor llegó a casa de mis padres, quise irme a dormir, pero me quedé porque mi hermano estaba muy nervioso. En el camino, se le había pinchado una rueda y Oliver había ido a recogerlo, porque Vic no llevaba rueda de repuesto. Eso hizo que Oliver permaneciera con expresión confusa en el comedor, mirándonos a Zach y a mí con una expresión extraña en la cara. No supe si estaba celoso o si solo se sentía desconcertado por lo mucho que hablaba Zach. En cualquier caso, se disculpó pocos minutos después y se marchó.

—Solo habló de sí mismo —comento, negando con la cabeza.

—Como un verdadero artista —confirma Victor, y sonrío cuando le doy una palmada en el hombro—. Parece que tienes suerte con las citas, ¿eh?

—Has estado más tiempo tú con él que yo. Me fui a dormir, ¿recuerdas? —le digo, arqueando una ceja.

—Lo que digas. No vas a salir con él. Es un mujeriego y un ligón, y estoy muy seguro de que está metido en algo raro.

—Eso lo dices de todos los hombres con los que salgo. «Estoy muy seguro de que está metido en algo raro» —lo imito, poniendo los ojos en blanco.

Él se encoge de hombros.

—Por lo general tengo razón.

—Eres peor que papá. Nunca aprobarás a ninguno de los chicos que salgan conmigo.

—Eso no es cierto... —responde con el ceño fruncido. Mira hacia la puerta que tengo a la espalda al oír que se cierra, pero antes de que me dé la vuelta, vuelve a mirarme a los ojos—. Lo aprobaré siempre que sea un buen tipo, no le dé por ligar y no esté metido en nada raro.

—¿Qué aprobarás? —pregunta Oliver, haciéndome estremecer al oír su voz. Me levanto y voy a la cocina mirándolo por encima del hombro al tiempo que lo saludo con una sonrisa.

—Vic pretende decirme con quién puedo o no puedo salir. No te preocupes, por ahora no estás en la lista.

—Ese puede ser un gran día —murmura por lo bajo Vic antes de soltar una carcajada mientras Oliver me mira como si no pudiera creerse lo que acabo de decirle. Tengo que contenerme para no hacerle un gesto obsceno con el dedo corazón. En cambio me centro en la despensa y en buscar los cereales. No sé por qué estoy tan enfadada, pero parece que cada vez que mi corazón se involucra con Oliver, acabo volviéndome loca. Mis neuronas, ya locas de por sí, se alborotan. Mi poco y cuestionable juicio desaparece. Y, por último, sale a flote un ramalazo posesivo que no sabía que poseía, porque lo único que recuerdo es aquel comentario de Bobby: «La noche de Grace». Eso es suficiente para que quiera arrojarle algo contundente a un hombre sobre el que no tengo ningún derecho.

—Mamá solo tiene cereales saludables —digo—. ¡Qué coño...! —exploto cuando la despensa se cierra de golpe delante de mí y veo a Oliver, mirándome furioso. Frunzo el ceño—. ¿Qué pasa?

—¿Quién está en esa lista? —pregunta, y tardo un par de segundos en darme cuenta de a qué lista se refiere. Suelto una risa.

—¿Qué importa?

—Importa —insiste.

Arqueo una ceja.

—¿Qué tal estuvo «la noche de Grace»?

Él abre mucho los ojos como si estuviera en estado de shock.

—¿Qué?

Quiero abrir de nuevo la despensa, así que lo empujo fuera de mi camino.

—No es la noche de Grace —susurra por lo bajo. Siento que sus ojos ardientes me quemaran un lateral de la cara cuando me acerco a la puerta. — Solo es la noche de Mae, la noche de Danny, la noche de Patrick, la noche de Justin..., ¿quieres que continúe? Porque me paso la mayor parte de las noches haciendo guardia en el hospital, a menos que tenga mucha suerte y sea la noche de Estelle. —Sus palabras me aceleran el corazón, pero me niego a mirarlo—. Ahora dime, ¿quién está en esa puta lista? ¿Quiénes son mis adversarios?

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunto por lo bajo, apoyándome en la puerta de la despensa.

Cruza los brazos sobre el pecho. Hoy no lleva la ropa de médico, sino una camiseta azul marino que se ciñe a su torso y unos vaqueros que marcan sus caderas como si estuvieran hechos a medida. Su pelo está mojado y se lo ha peinado hacia atrás, y la barba se ve impecable. Parece un maldito modelo, y lo odio. Es un capullo. Un capullo estúpido y sexy.

—Por eso estoy preguntándolo.

—Pues vete a preguntárselo a mi hermano —le recomiendo, haciendo una seña con la cabeza en dirección al comedor.

—Te lo estoy diciendo a ti.

Cruzo los brazos y me detengo delante de él.

—Y yo te digo que vayas a hablar con él, porque no sé quién está en esa maldita lista. ¿Hay alguna razón para que no me dejes abrir la puerta de la despensa o solo estás aquí para molestarme, Bean?

Abre la boca, la cierra y luego la abre de nuevo.

—Quiero tu lista. No me importa la de Victor, ya sé que nunca estaré en la suya. Quiero estar en la tuya.

No sé qué responder a eso, así que me alegro mucho cuando mi padre entra aclarándose la garganta y me obliga a apartar los ojos de la intensa mirada de Oliver. Los iris castaños de mi padre van de uno a otro, hasta que arquea las cejas de forma interrogativa.

—¿Interrumpo algo?

—No —decimos Oliver y yo a la vez.



—Me ha dicho Victor que es la última semana que pasas en el hospital — comenta mi padre, usando un tono entusiasta tras atravesar el umbral, abriendo los brazos para estrechar a Oliver—. Felicidades, hijo. Sabía que lo conseguirías, a pesar de todas esas noches sin dormir.

Gimo y me muerdo la lengua. ¿Es que la gente de esta casa no puede dejar en paz el pasado de este tipo? ¡Dios!

—Gracias —suelta Oliver con una sonrisa—. Ahora llega el momento de la vida real.

—¿Ya sabes dónde vas a trabajar? —pregunta mi padre mientras abre la nevera.

—He recibido algunas propuestas —responde Oliver, girando su cuerpo para mirarme—. Pero estoy esperando la correcta.

Me burlo de él como si fuera una colegiada malcriada y me doy la vuelta.

—Papá, ¿dónde están los Lucy Charms?

—Tu madre ya no compra esos cereales.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto abriendo el congelador—. ¡No tenéis nada que comer!

La risa de mi madre resuena en toda la casa.

—No tenemos nada que te guste, pero tenemos mucho que comer. Siéntate, te haré unos huevos revueltos.

—Odio los huevos —murmuro por lo bajo. Mientras permanezco de pie con la espalda contra la encimera, Oliver roza sus dedos con los míos, haciéndome sentir un escalofrío. No puedo evitar buscar sus ojos.

—Sí que te gustan los huevos —dice.

Niego con la cabeza.

—En realidad no.

—¿Y con queso de cabra? —pregunta, entrelazando los dedos con los míos.

—Si tienen queso de cabra, me gustan un poco más —susurro mientras trato de liberar mi mano, aunque él lo convierte en una hazaña imposible—. ¿Qué haces?

—Quiero estar en esa lista —dice en un tono tan bajo que solo puedo oírlo yo, pero mis ojos rastrean automáticamente la habitación, asegurándome de que nadie le está prestando atención.

—Entonces métete.

—¿En tu lista o en la suya? —pregunta, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Victor.

—En la que sea más importante para ti.

Levanto la mano para retirarle el pelo de la cara y aprovecho para pasarle los dedos entre los mechones y que se queden atrás. Cierra los ojos al ver mi gesto, y me estremezco al ser consciente de la intimidad de la escena. Mi padre se aclara de nuevo la garganta y me alejo de Oliver, dándonos suficiente distancia para que parezca que no está ocurriendo nada. Porque, en realidad, no está pasando nada. Nada en absoluto.

—Oliver, ¿quieres un café? —pregunta mi padre.

—Sí, por favor.

Cuando paso ante él, mi padre curva los labios en una sonrisa.

—Tu hermano va a matarlo, lo sabes, ¿verdad?

Me agarro al borde de la encimera.

—No tiene ninguna razón para hacerlo.

Se ríe.

—¿Estás segura de eso?

Al oírlo, corro hacia la mesa y me siento enfrente de mi hermano, como de costumbre. Oliver ocupa una silla a mi lado, como siempre que come en mi casa, y mis padres ocupan sus respectivos sitios tras dejar el desayuno en el medio de la mesa: huevos revueltos, huevos fritos, huevos escalfados, tostadas, mermelada y mantequilla. Cojo una tostada. Oliver me sirve huevos revueltos porque mi madre les ha agregado queso de cabra y beicon. Se lo agradezco con una sonrisa mientras me llevo el tenedor a la boca con una mano y juego con la otra con la servilleta que tengo en el regazo. Mi padre nos vigila como si estuviéramos a punto de anunciar un embarazo. El desayuno se ha convertido en un momento muy incómodo.

—Me gusta tu vestido —susurra Oliver, haciendo que me ruborice.

—Oliver, Tom me ha dicho que estás a punto de terminar la residencia. ¿Vas a dedicarte a la pediatría? —pregunta mi madre.

—Sí. Me encanta trabajar con niños, así que estoy buscando una clínica pequeña donde pueda encajar.

—Debiste de ver muchas desgracias en el hospital —comenta mi madre en tono triste.

—No es fácil de aceptar —conviene Oliver, buscando mi mano por debajo de la mesa—. Realmente hace que des cuenta de lo que tienes y de la suerte que supone estar sano.

—Ya lo supongo. Estoy seguro de que te hace ver la vida de otra manera —

comenta mi padre.

—Sí —responde Oliver, apretándome la mano. Noto como si lo que me estrujara fuera el corazón—. Me ha hecho ver muchas cosas con claridad.

—Creo que este último año nos ha abierto los ojos a todos en muchos aspectos —interviene mi madre, pero Victor la interrumpe.

—¿Me he perdido algo? ¿Cuándo se convirtió el desayuno en un maldito día de Acción de Gracias?

Me muerdo el labio, tratando de no reírme, y miro a Oliver, que, por lo que imagino, está haciendo lo mismo. Nos apretamos más las manos.

—No es necesario que sea Acción de Gracias para agradecer lo que tienes —le reprende mi madre.

—Vic está de mal humor porque no sabe nada de la chica a la que estaba viendo desde hace un par de días —informo, sacándole la lengua cuando hace una mueca.

—Sea por lo que sea, mamá no tiene que hacer de casamentera conmigo.

—¡Tampoco tiene que hacerlo conmigo! —protesto, lanzándole a mi madre una mirada fulminante.

—Demuéstramelo —me reta Victor—. Venga, demuéstremelo. Sal esta noche y consigue una cita a la vieja usanza.

Me río.

—Al decir que salga, supongo que te refieres a que vaya de copas a un pub, y te aseguro que es el último lugar donde quiero conocer a alguien con quien tener una cita. Además, ¿desde cuándo quieres que salga con chicos?

—Desde que te ha dado por entrometerte en mi vida amorosa porque tú no tienes una propia.

Pongo los ojos en blanco.

—Me siento feliz soltera, gracias.

—Solo lo digo porque yo no tengo problemas para encontrar mujeres que quieran salir conmigo.

—Tampoco tengo problemas yo para encontrar hombres que quieran salir conmigo.

Él arquea una ceja, pero no hace más comentarios.

—Lo digo en serio, Victor.

Él levanta las manos.

—Solo lo dejo caer, Elle. ¿Sigues en pie lo de esta noche para celebrar el cierre del caso?

—Supongo que sí, ¿no? —respondo, encogiéndome de hombros.  
—Quizá entonces consigas una cita.  
—Estás muy pesado.  
—Nunca se sabe. Quizá encuentres amor en un lugar sin esperanza —  
insiste, riéndose.  
—Mamá, ¿es que no vas a decirle nada al idiota de tu hijo?  
—¡Estelle!  
—Estelle ¿qué? ¡Está portándose como un auténtico idiota!  
—Creo que tu hermano únicamente quiere que sigas adelante con tu vida —  
interviene mi padre—. Solo que tiene una forma muy extraña de demostrar  
sus sentimientos. Además, ¿quién puede decir que no se está fraguando algo  
con alguien justo ante nuestras narices?

Victor se ríe.

—Para empezar, nos hubiéramos dado cuenta. Dos, no conocemos a nadie  
que quiera salir con ella.

—Esto no puede estar pasando —digo, ahogando la voz entre las manos  
mientras Oliver se ríe a mi lado.

Victor llama a Jenson, que parece venir a la ciudad todos los fines de  
semana, para que se una a nosotros. Terminamos siendo Mia, Jenson, Victor,  
Oliver, Bobby y yo... Ah, y las chicas que Oliver y Jenson decidan llevar,  
porque Dios sabe que no salen solos a menos que esperen ligar durante la  
noche.

—¿Por qué demonios quieres ir a un pub? —me pregunta Mia mientras  
examinamos su armario.

—Porque, evidentemente, Victor no tiene vida fuera del trabajo, el cual  
consiste, por si no lo recuerdas, en que los que se quieran divorciar se  
intenten arruinar mutuamente.

—Agg... ¿Por qué está aquí Jenson otra vez? Empieza a ser un coñazo. Me  
gustaba más cuando se quedaba en la Costa Este —dice, y, de repente, deja  
de mirar la ropa para sentarse en la cama. La miro y veo que tiene una  
expresión triste, como cada vez que menciona a Jenson.

—No tienes que venir si no quieres —le digo—. Quédate.

Mia clava los ojos en mí.

—¿Seguro que estarás bien?

—Sí. Tendré tres guardaespaldas a mi servicio, y no puedo culparte de no querer ver a Jenson.

Suspira.

—Sencillamente no estoy preparada todavía.

Me siento a su lado y le cojo las manos.

—Claro. —No comento nada de la forma en la que parece cabrearse Jenson cada vez que se menciona el nombre de Mia, porque no tiene sentido—. Odio que te pongas triste.

Mia sonrío.

—Yo también, pero así es la vida.

Cuando comienzo a prepararme, la conversación deriva hacia la ropa que llevaré puesta y en cómo voy a peinarme, y por un rato, las dos dejamos a un lado los fantasmas de nuestro pasado.

## 24

Cuando llego al pub, me llevan hasta la zona VIP, donde Victor, Bobby, Jenson y Oliver están hablando con las mujeres de la mesa de al lado. Los observo durante un par de segundos, pero la fuerte música y la tenue luz me impiden comprender lo que dicen. Sin embargo, el hecho de que ninguno note mi presencia ni levante la vista resulta muy revelador: están completamente inmersos en la conversación. Oliver echa la cabeza hacia atrás para reírse, y casi puedo sentir cómo retumba su pecho. O quizá sea por el altavoz en el que estoy apoyada. De cualquier forma, es suficiente para mí, así que arrastro los pies en dirección contraria y me dirijo a la barra. Regresaré donde están ellos cuando haya proporcionado a mi cuerpo el coraje en forma líquida necesario para permanecer sentada a su lado... Al lado de él.

En cuanto toco el taburete con el trasero, pido un chupito y me pongo a mirar a nuestro alrededor, observando cómo se mueven los cuerpos y cómo las mujeres se pavonean en la pista de baile en busca de su próxima víctima. Dos copas después, me levanto y regreso a la zona VIP, donde saludo a la chica que me ha acompañado antes. Sonríe mientras me guía al lugar donde está Vic, y me paro delante de ellos para que me oigan por encima de la música.

—Hola.

Victor aparta la mirada de la mujer que está prácticamente sentada en su regazo, pero lo cierto es que me da la impresión de que todas las mujeres están sentadas sobre ellos en estos momentos. Intento reprimirme para que mis ojos no caigan sobre Oliver.

—¡Por fin! ¡Lo has logrado! —exclama mi hermano, que parece realmente feliz cuando se levanta para abrazarme—. Esta es mi hermana Estelle. Ella puede responder por nosotros y decirnos que todos estamos solteros y sin compromiso.

Debo de hacer una mueca, porque la que se aferra a él se ríe a carcajadas.

—Hola, Estelle. Yo soy Marie. —Entonces, se presentan las cuatro mujeres.

—Así que están solteros... —dice una morena. Parece un poco borracha, luce una sonrisa de oreja a oreja y ha hundido sus sucias manos en el regazo de Oliver. Aun así, sonrío, aunque noto que me tira la cara.

—Por supuesto. Algunos tienen más equipaje que otros. Elige. —Le lanzo a Jenson una mirada penetrante y él sacude la cabeza con una mueca de incredulidad. Supongo que he sido un poco cabrona al decirlo, así que gimo para mis adentros—. Solo era una broma. Os veo después.

Hago un pequeño saludo y esbozo una última sonrisa antes de regresar al mismo puesto en la barra que tenía antes. Noto que se sienta alguien a mi lado, pero no me doy por enterada. Sigo bebiendo y tocando el mostrador con las uñas mientras decido si debería quedarme un poco más o si será preferible que me marche y llame a Mia para ir a otro sitio.

—¿Qué hace aquí sola una mujer tan hermosa? —pregunta una voz masculina. Casi se me salen los ojos de las órbitas, porque tiene el acento británico más sexy que haya oído nunca. Tampoco es que lo haya escuchado mucho, salvo en las películas. Me giro en el asiento y me encuentro con un hombre muy guapo y mayor. Parece un ejecutivo, aunque es más por el traje que por otra cosa.

—No estoy sola. Solo necesitaba alejarme un poco de la gente con la que se supone que debería estar aquí.

Veo cómo frunce los labios.

—¿Tan malo ha sido?

Recorro sus rasgos con los ojos, fijándome en los labios delgados, en los ojos oscuros, los rizos cortos que cubren su cabeza y su cara afeitada. Me pregunto si será tan suave como parece. Su sonrisa se hace más grande, igual que la mía.

—Estoy aquí con mi hermano y sus amigos. Están celebrando un éxito laboral, y eso es bastante malo.

—En ese caso, ¿quieres tomar otra copa? —pregunta, mirando mi *gin-tonic*, casi vacío.

—Claro —le digo sonriendo—. ¿Has venido solo?

—Con un par de compañeros de trabajo. —Señala una mesa cercana a la que ocupan Vic y los chicos.

—¿Estás en la zona VIP y has venido hasta aquí para pedir otra copa?

Se inclina hacia adelante hasta que su boca está al lado de la mía.

—Te he visto pasar, y he pensado que debería presentarme antes de que se me adelantara alguien.

Sonríó mientras me concentro en la bebida que me pone delante el barman.

—Miles —se presenta, ofreciéndome la mano.

—Estelle.

—Hermoso nombre. ¿Cómo te gusta divertirse, Estelle? Además de evitar las aburridas celebraciones de tu hermano.

Mis ojos se encuentra con los suyos y le lanzo una sonrisa.

—Me gusta bailar.

Arquea una ceja.

—Oh... ¿Te gustaría demostrármelo?

Me levanto, me acabo la copa de una forma muy poco femenina y le cojo de la mano para llevarlo conmigo a la pista de baile. Echo un vistazo por encima del hombro hacia la mesa donde están los muchachos, y veo que siguen hablando con excepción de Victor, que ahora baila con una de las chicas. El único que se fija en mí es Oliver, y la mirada que está echándome es suficiente para prenderme fuego por dentro. Miles me agarra por las caderas y comenzamos a balancearnos con la música. Por fin, cierro los ojos e ignoro a Oliver y a todo lo demás. Dejo que la música me invada y que sea mi cuerpo quien se encargue de seguir el ritmo hasta el punto de olvidarme de dónde estoy y con quién.

—Se te da muy bien —me dice Miles al oído—. ¿En qué más eres así de buena?

No puedo evitar sonreír, pero sigo danzando mientras evito su pregunta. Nos quedamos en la pista de baile y, según las canciones se vuelven más atrevidas, también lo hacen mis movimientos y las manos de Miles sobre mi cuerpo. Aunque empezaron en mi cintura, ahora han bajado a mis nalgas. Me giro entre sus brazos y le levanto las manos para ponerlas en la posición inicial y, mientras lo hago, veo a una figura alta que se acerca a nosotros. Eso no debería ser raro, ya que estamos en un pub lleno de gente, pero a él lo conocería en cualquier lugar. Mi corazón se acelera un poco cuando mi mirada se encuentra con la de Oliver. Miro más allá y veo que Vic y Bobby están concentrados en las chicas con las que hablan. Si son conscientes de que Oliver se ha levantado, no lo demuestran. Y él no se detiene hasta que llega junto a mí.



—Tengo que hablar contigo —dice, metiendo la cara entre mi pareja de baile y yo.

—¿Es que no ves que estamos bailando? —interviene Miles con el ceño fruncido, aunque deja de moverse para que los tres nos miremos.

—Ahora ya no —constata Oliver en un tono que hace que se me pongan los pelos de punta.

Miles se lo toma como un desafío y me mira arqueando una ceja, como si estuviera diciéndome «¿Puedes creerte la desfachatez de este tipo?». Y sinceramente, no, no puedo creer en él.

—Oliver, ¿qué coño quieres? —pregunto. Él ni siquiera me mira, sigue estudiando a Miles.

—Me gustaría no tener que volver a mis días de peleas en el instituto, así que si me haces el favor, le vas a quitar las manos del culo y a dejarla tranquila —le advierte a Miles—. Así todo irá bien —añade en tono amenazador.

La ira comienza a hervir a fuego lento en mi estómago mientras observo su intercambio. Lo único en lo que puedo pensar es en «La noche de Grace». Las palabras se repiten dentro de mi cabeza, «La noche de Grace», seguidas de la risa divertida de Bobby, y, de repente, me quedo lívida, así de sencillo.

Doy un paso atrás y le lanzo una mirada asesina.

—¿Qué coño te pasa?

—Supongo que os conocéis —interviene Miles, negando con la cabeza mientras me mira una última vez—. Cuando hayas terminado de jugar con él a lo que sea que estés jugando, te invitamos a que te unas a nosotros. —Luego se da la vuelta y desaparece entre la multitud. Yo miro boquiabierta al lugar donde estaba.

—Elle... —me llama Oliver, pero levanto la mano para interrumpirlo antes de darme media vuelta y alejarme en dirección a la parte trasera del pub.

La cola que hay en el cuarto de baño de mujeres es una locura, como de costumbre, así que miro a ambos lados mientras tramo mi próximo plan. Cuando veo acercarse a una alta figura, corro hacia la salida más cercana. Me estremezco ante el golpe de aire frío que me envuelve.

—¡Estelle! —grita cuando la puerta se cierra detrás de él, haciendo que el ruido del pub se desvanezca.

—¿Qué es lo que quieres? —repito. ¿Qué puede querer? Me abrazo a mí misma mientras el alcohol recorre mi cuerpo, calentándome a pesar del aire

exterior. De repente, estoy cabreada con todo, con todos. Se supone que esta era una noche de fiesta. Quizá incluso el momento de demostrarle a Vic que puedo ligarme a un chico sola, sin la ayuda de mi madre, sin estar en la universidad ni en la galería, solo yo. Y es una estupidez. Lo es porque estoy en un pub, bailando y tratando de probar cosas que no sabía que necesitaba. ¿Qué iba a hacer de todas formas? ¿Pasar la noche con un tío cualquiera? ¿Buscar una posibilidad real de comenzar de nuevo en un lugar donde ni siquiera es necesario conversar y la norma es mantener relaciones sexuales con desconocidos? Se me escapa una risa ante aquellos pensamientos estúpidos e idiotas. Y suelto otra cuando recuerdo quién me ha seguido, el único hombre al que deseo, pero al que no debería desear. El único al que no debería querer. El hombre al que me aterroriza amar.

Al ver que Oliver no me responde, me doy la vuelta y lo miro. Tiene los ojos cerrados mientras se pasa una mano por el pelo, peinándose con los dedos como si estuviera rodando un anuncio para Pantene. Parece el agotado hombre que ha tenido una semana laboral de ochenta horas y aun así ha salido esta noche para celebrar con su amigo una victoria. Pero cuando abre los ojos y me mira, es como si me hubiera azotado otro vendaval.

—Sé que lo he jodido todo, Elle. O al menos lo hice en el pasado —suelta con una sonrisa. Se me acerca y me quedo quieta. No quiero interrumpir nada de lo que me va a decir en ese tono, mientras me mira de esta forma—. No existe ninguna razón para que te abras a mí. Sé que no puedo tenerte, Elle. Que no debería tenerte. Todas las ofertas de trabajo que recibo son de San Francisco, lo que significa que es probable que me marche pronto... Otra vez. Tu hermano jamás aprobaría nada... entre nosotros..., que estemos juntos —reconoce, suspirando. Se pasa otra vez las manos por el pelo mientras se detiene ante mí. Estamos tan cerca que lo único que nos separa son mis brazos cruzados. Inclina la cabeza hasta apoyar la frente en mi pelo mientras suelta un largo suspiro que recibo en la cara—. Así que dime, ¿por qué deseo tanto tenerte?

—¿Cuántas veces más tenemos que pasar por esto? —susurro. ¿Cuántas veces tengo que dejar que me rompa el corazón?

—Solo quiero que me des una cita —suelta en el mismo tono, moviendo la cara para que se rocen nuestras narices.

—Solo una cita ¿y luego qué? ¿Te largarás al día siguiente? —pregunto, alejándome.

—Dame tiempo para resolver esa parte —me pide con una mirada suplicante. Niego con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué?

—¡Porque la última vez que hicimos esto me dejaste! —digo con más fuerza de lo que quiero. Se estremece—. ¡Tuvimos esa noche! ¿Recuerdas? Y luego te volviste loco y me dejaste. Al día siguiente, cuando me desperté, te habías largado. ¡Habían desaparecido todas tus cosas! Ni siquiera me dejaste una nota, solo un: «Bean se ha ido hoy a Berkeley, dice que ya te verá en la próxima fiesta» a través de Victor, que pensaba que ni siquiera nos habíamos visto. ¿Sabes lo que me dolió?

Él mira hacia otro lado.

—Pensaba que ya había dejado claro que lo había jodido todo.

—Sí, ya. ¡Pues deja de joderme de una vez!

Me mira a los ojos.

—¡Te comprometiste un año después!

—Ah..., ¿se suponía que debía esperarte? ¿No vi alguna nota en la que me dijeras que ibas a volver y que entonces tendríamos alguna oportunidad de algo? Lo siento mucho, todopoderoso Oliver. Debo de haberla olvidado, lo mismo que la disculpa que me ofreciste después de hacerme sentir tan mal...

Sus labios se estrellan contra los míos antes de que pueda terminar la frase, y lo empuja hacia la pared que tiene a su espalda. Gime cuando aprieto mi cuerpo contra el suyo y hundo la lengua en su boca. Se me nubla la cabeza con su olor, con su sabor y con el ardiente contacto de nuestras bocas cuando empezamos a mordernos los labios. Nos besamos como si estuviéramos famélicos..., muertos de hambre el uno por el otro. A través de la neblina que inunda mi mente, escucho nuestros nombres, pero no proceso de dónde proviene la voz que los dice cada vez más fuerte. Al mismo tiempo, comienzan a vibrar nuestros móviles (el suyo en el bolsillo de los vaqueros, y el mío en el bolso cruzado).

—¿Elle?

—¿Bean?

La voz de Jenson nos interrumpe, y Oliver jadea contra mi boca antes de alejarse... O no sé si me empuja. Me siento como si fuera lo mismo. La vibración de los teléfonos se vuelve frenética. Bajo la vista, lo saco y veo el nombre de Vic en la pantalla. Miro a Oliver, que me indica que es Jenson

quien lo está llamando. Nos hacemos un gesto con la cabeza y respondemos a la vez.

—Sí, está conmigo. Estamos fuera —dice Oliver.

—Estoy fuera —tranquilizo a Vic.

—Oh, ¿está Jenson contigo? Ha salido a fumar.

—No. No lo he visto.

—¿Vas a volver a la mesa donde estamos nosotros? No puedo largarme y dejarte plantada.

—No te preocupes por mí —suelto, y abro la boca para continuar, pero me interrumpe.

—Vale, vale..., nos vemos en casa. Dile a Bean que también vienen las chicas con las que estábamos hablando —dice Victor, consiguiendo que se me revuelva el estómago.

—Claro. Ya se lo digo —respondo al tiempo que miro a Oliver, que me estudia atentamente.

En cuanto cuelgo y guardo el móvil en el bolso, Oliver trata de abrazarme, pero levanto las manos para detenerlo.

—No te molestes. Victor me ha dicho que esta noche tenéis compañía. Quiere que sepas que las chicas irán a casa con él —suelto sin más, saliendo del callejón para ir hacia la puerta del pub. Veo a Jenson allí, que nos mira con la boca abierta. Ni siquiera me importa que nos haya pillado en este momento. Mañana seguramente pensaré de otra manera, pero ahora mismo tengo que salir de aquí.

—Voy a marcharme en taxi —le informo mientras llego a la parada y abro la puerta del primero de la cola. Cuando miro por encima del hombro, veo la expresión desgarrada de Oliver, pero eso no impide que me siente en la parte de atrás y cierre con fuerza. Luego me dirijo al único lugar al que he podido llamar hogar durante los últimos dos años. Por suerte, todavía tengo una llave.

# 25

PASADO

*Oliver*

Dejarte llevar por la ambición afecta a veces a tu vida, y solo te das cuenta después de que todo pase. Igual que las estaciones, la gente cambia, sus vidas avanzan, y de repente, estás atrapado entre el otoño y el invierno, sin saber si debes dar un paso adelante o hacia atrás. Durante los primeros dos años en Berkeley, no fui a casa en vacaciones porque mi madre y Sophie vinieron a verme. Luego, los chicos se acercaron unas vacaciones de Pascua, y las siguientes fuimos a Las Vegas. Así que cuando volví a casa, al principio me resultó extraño, como si todo siguiera igual salvo yo. Eso es lo que pensé hasta que me reuní con un estresado Victor en el Starbucks una mañana.

—Como no dejes de mover la pierna, te voy a clavar un cuchillo —le dije, levantando la vista del libro que tenía en la mano.

Se suponía que íbamos a estudiar. Él para las pruebas de acceso al colegio de abogados y yo para un final de genética.

—Bueno... Lo siento. Es que tengo mucha presión encima en este momento.

Dejé el libro y me recosté en el asiento.

—Cuéntame.

Lo miré mientras cerraba los ojos y respiraba por la nariz, una inspiración larga y pesada. No sabía qué esperar... Quizá había suspendido algo. Tal vez había dejado embarazada a una chica. Quizá hubiera adoptado un hámster. Tratándose de Vic, no había forma de saberlo.

—Se ha comprometido —soltó finalmente.

—¿Quién? —pregunté lentamente, esperando más colaboración de su parte.

—Estelle —dijo con el ceño fruncido—. Se ha comprometido.

Pasaron varias cosas a la vez. Lo miré boquiabierto, me quedé sin aire y la camarera dejó caer el café que estaba haciendo, causando un gran revuelo.

—¿Que se ha qué? —solté, estupefacto.

Asintió, arqueando las cejas como si estuviéramos en la misma frecuencia. Poco sabía él que mientras su longitud de onda surgía del territorio de la familia, la mía procedía de las montañas donde sonaban campanas de advertencia. Sentía como si unas enormes garras se cerraran alrededor de mi cuello. Estelle se había comprometido. Mi Estelle.

—¿Con quién? Ni siquiera sabía que estaba saliendo con alguien en serio —dije, tratando de mantener la voz firme y de no cabrearme, porque entonces se me podrían las orejas rojas y Vic sabría que me estaba pasando algo. ¿Dónde coño me había metido yo? ¿Dónde cojones...? ¿Por qué nadie me había dicho nada?

—Lleva un tiempo saliendo con ese pintor, Wyatt. Sí, quedan de vez en cuando desde hace meses...

—Parece que se trata de algo más serio de lo que pensabas, ¿no? —¿Me había vuelto loco? —Había oído que no era nada serio. O quizá sencillamente supuse que no lo era.

Vic se encogió de hombros.

—Bueno, sin duda ahora es jodidamente serio. Se va a vivir con él, están comprometidos... Pero es que es mi hermana pequeña, ¿sabes? Una cosa es que Junior vaya y se comprometa, pero que lo haga Elle es como... No sé. Siento que estoy en una crisis de la mediana edad.

Ni siquiera podía reírme o bromear sobre lo que había dicho. Estaba demasiado anonadado, porque acababa de enterarme de que Estelle estaba comprometida. Estelle se iba a vivir con alguien que no era yo. Alguien que, evidentemente, tenía la cabeza sobre los hombros y era lo suficientemente inteligente como para no permitir que alguien tan perfecto como ella pasara por su vida sin atraparla.

—¿No están siempre dejándolo? —insistí.

—Supongo que Wyatt no se quiere arriesgar más y prefiere que viva con él para que no vuelva a ocurrir —repuso Vic, mordiendo la punta del lápiz—. Es un capullo pomposo. Se cree mejor que todos nosotros.

—¿De verdad? ¿Y Estelle se va a ir a vivir con él? —Bajé la mirada a la mesa descolorida que había entre nosotros.

—Dice que lo ama.

Noté una opresión en el pecho, pero asentí moviendo la cabeza, e hice un sonido para demostrarle que le estaba escuchando.

—Dice que es muy feliz y que él le está enseñando mucho. Creo que está cómoda a su lado. Es decir, es mayor y tiene mucho éxito; además van a abrir esa galería juntos.

—¿Van a abrir una galería de arte juntos? —pregunté. Esto no podía ir peor.

—Tío, ¿es que no te he enseñado las fotos? —dijo Vic, sacando el móvil y deslizando las imágenes con el dedo. Cuando llegó a la que habían usado para anunciar el compromiso, me la mostró. Estelle tenía la mano sobre el pecho de su novio y los dos sonreían a la cámara. Él tenía el pelo largo y rubio, como el mío... Barba, como yo... Y una chica que debería haber sido mía. Estelle se había recogido la melena oscura y algunos rizos sueltos le caían por los lados. Sus ojos color avellana estaban tan alegres y sonrientes como su hermosa boca. Miré el pedrusco que llevaba en el dedo y desvié la vista con rapidez. Fue como un balazo en el pecho. No podía respirar. Solté el móvil y aparté los ojos hacia otro lado.

—Así que supongo que ella estará feliz —comenté, cogiendo de nuevo el libro. Noté que Vic me estudiaba desde enfrente. Casi esperaba que me dijera que estaba actuando de una forma muy rara. Preparé un pequeño discurso en el que le diría que estaba enamorado de su hermana y que sabía que él no lo aprobaba, pero que no me importaba. Me dije que lo haría. «Pregúntame», supliqué, pero no lo hizo. Solo suspiró y se recostó en el asiento.

—Me siento como un anciano. Mi hermana se va a casar...

—Solo se ha comprometido —le corregí—. Hay mucha gente que se compromete y que no llega a casarse nunca.

¿Era un idiota por desear eso? ¿Era un cabrón por esperar que ese compromiso fracasara? De todas formas, ¿por qué me molestaba tanto? Yo no me había quedado. Me había ido. Me había marchado. La culpa de esto era solo mía.

—¿Quieres venir esta noche a la fiesta de compromiso?

También podría haberme preguntado si quería usar unos leotardos rosas en un partido de fútbol americano.

—¿Qué? Así me harás compañía —insistió, riéndose de la expresión de mi rostro.

Como necesitaba verla a pesar de las circunstancias, acepté. Por supuesto

que acepté. Iría a la puta fiesta y le pediría que no se casara con ese estúpido artista. O, tal vez, solo necesitaba verla para asegurarme de que era feliz de verdad. Para verificar que ya no existía ninguna chispa entre nosotros. Quizá todo lo que había crepitado entre Elle y yo en el pasado había desaparecido ahora que ella había encontrado algo real. Quizá había esperado demasiado. Por supuesto que había esperado demasiado.

Cada segundo que tardé en prepararme para ir a casa de Vic se convirtió en la cuenta atrás hacia la perdición. Me cambié de ropa cinco veces. ¡Cinco! Parecía Sophie. Al pensar eso, llamé a mi hermana. Nunca le había hablado de Elle, porque sabía que no lo aprobaría, pero tenía que hablarlo con alguien, con quien fuera. Necesitaba soltarlo y que el universo me escuchara, y quizá confesárselo a Sophie lo hiciera más real. Quizá contarle detendría el compromiso..., la boda, no sé.

—Si no me llamas para decirme que vienes a dar de comer a Sander, tu llamada no es bien recibida en este momento —soltó a modo de saludo. Parecía totalmente exhausta.

—Soph, lo he jodido todo...

Ella permaneció en silencio durante un buen rato.

—Así que lo has jodido todo... Vale. No se me ocurre cómo, así que ilumíname, oh, hermano perfecto. ¿Qué has hecho?

—Te acuerdas de Estelle, ¿verdad?

—Mmm...

—Bueno, pues podía decirse que nos liamos hace tiempo. Algunas veces... Oh, en realidad han sido más que unas veces —admití por lo bajo.

—¡Oh, Dios mío! No me digas que la has dejado embarazada.

—¡No! Dios, no. —Mi voz salió algo derrotada. ¿Esa era la peor noticia para ella? ¿Pensar que la había dejado preñada? Normalmente yo también hubiera pensado lo mismo, pero, en ese momento, no estaba tan seguro.

—Bueno, entonces, ¿qué? ¿Victor os ha pillado y tienes un ojo morado? —elucubró de nuevo.

—¡No! —gemí—. ¡Es que se ha comprometido!

Silencio absoluto. Lo único que me indicaba que seguía en la línea era el canturreo con el que arrullaba a Sander.

—¿Te molesta porque ahora no vas a poder volver a liarte con ella? —



preguntó finalmente.

—Me molesta porque creo que estoy enamorado de ella —solté con una pasmosa tranquilidad teniendo en cuenta que ni siquiera lo había admitido ante mí mismo—. Es decir, no estoy seguro de ello, pero casi... —agregué.

Sophie se rio.

—Bueno, esto es... —suspiró—. Es demasiado...

—¡Sophie!

—Bean, me llamas en la mitad de la comida de tu sobrino para decirme que posiblemente estás, aunque no es seguro del todo, enamorado de la hermana pequeña del chico que es tu mejor amigo desde tercer grado, y que ella se ha comprometido con otro. Es decir... No tengo palabras. ¿Desde cuándo? ¿Cuándo empezó esto?

—Comenzó hace años, pero nunca ha sido nada real, ¿sabes?

—¿Solo lo suficientemente real como para que te acojones al oír que se ha comprometido?

Cerré los ojos.

—¿Cómo es posible que no estés seguro de que estás enamorado de ella? ¿No mantenéis el contacto?

—No. No. No hemos hablado desde entonces... más que un momento. Desde que vine a casa por última vez... E incluso en ese momento fue un hola y adiós bastante incómodo porque yo salía de un restaurante con una cita y ella llegaba allí para reunirse con la suya.

—¿Y ahora?

—Ahora... Se ha comprometido con un capullo.

Sophie se rio de nuevo.

—Claro..., porque tú eres el príncipe azul...

—No sé qué hacer. Voy a asistir a la fiesta de compromiso y no sé qué hacer.

—¿Vas a ir a la fiesta de compromiso?! —gritó ella—. ¿Te has vuelto loco? ¿Qué crees que va a decir?

—No lo sé. Espero que se quite el puto anillo y se lo lance a ese tipo a la cabeza.

—Ollie...

Gruñí. Mi hermana solo me llamaba así cuando estaba a punto de decir algo que no me iba a gustar escuchar.

—Quizá deberías dejarla ir. Quizá no es la elegida.

—¡Lo es! ¡Lo es! —aseguré, andando de un lado para otro de mi habitación.

—Si eso es lo que sientes, ¿por qué no le has dicho nada antes? —preguntó con un suspiro.

—¿Recuerdas cómo era papá cuando se fue?

—Papá no se fue. Se divorciaron... Es muy diferente.

—Lo que digas. ¿Recuerdas cómo era todo? ¿Lo que él decía? ¿Cómo se sentía? ¿Como si no hubiera cumplido su parte porque no podía ofrecerle nada a mamá?

—¡Oh, Dios mío! ¿De verdad escuchabas toda esa mierda que soltaba papá cuando seguramente estaba borracho?

—¡Claro que lo hacía! ¡Yo era un crío! ¡Él era mi padre! Y todos mis amigos eran así... No sé. Simplemente tenía esa imagen de lo que quería ser cuando fuera mayor. Quería tener éxito para que mi esposa no tuviera que trabajar, salvo que quisiera.

—¿Así que planificaste una completa realidad muy a los años 50 para ti y tu futura esposa sin tener en cuenta que la vida real sigue adelante, contigo o sin ti? —dijo tras una larga pausa.

Solté el aire que contenía.

—Mierda. Joder. Mierda. Joder —escupí, dando una patada a la pared al lado del armario.

—Bueno, esa es la señal —dijo cuando Sander se puso a llorar—. Buena suerte esta noche. Y... Bean...

—¿Sí?

—A veces dejamos que se nos escapen los primeros, pero eso nos enseña a valorar mucho más a los segundos.

Murmuré un «sí, gracias» y le prometí que la visitaría por la mañana. No podía aceptar la idea de que iba a permitir que Elle se me escapara. ¿Era tan malo querer que fuera mía? Por fin, opté por dejarme lo que llevaba puesto y salí de casa. En lugar de coger el coche, decidí ir andando hasta la de Vic. Necesitaba pensar en lo que iba a hacer cuando llegara allí. Pensar no me ayudó. En cualquier caso, el susurro del viento en mi oreja me confundió mucho más. Cuando por fin llegué, no supe qué hacer. Normalmente entraba por la puerta de atrás, pero hoy no estaba aquí como amigo de Victor, sino como amigo de Estelle —o lo que fuera—, así que llamé a la puerta principal.

Thomas, el padre de Vic, me abrió la puerta con una expresión de sorpresa

en la cara.

—No recuerdo que hayas usado nunca esta puerta—me dijo con el ceño fruncido.

—Se me ha ocurrido que sería lo mejor, ya hace tiempo que no vengo por aquí.

—Sigues siendo nuestro chico, no importa la edad que tengas ni la cantidad de vidas que hayas salvado, doctor. —Se rio de la misma forma que Victor, moviendo los hombros y mostrando sus dientes perfectos y rectos.

—Entonces, buenos días —dije.

—Buenos días... —convino, mirando a su alrededor. Allí solo había un puñado de personas, pero pensé que era solo el principio—. Vic está en la sala de juegos con el hermano de Mia, y Estelle está en la cocina. Su prometido anda... por ahí.

No era mi intención conocerlo, pero tan pronto como salieron esas palabras de su boca, el tipo que estaba con Elle en la foto apareció ante nosotros. Lo catalogué con rapidez. Definitivamente era mayor que yo, más delgado y un poco más bajo... Pero su sonrisa captó mi atención. Conocía esa sonrisa, porque la veía en mi cara cuando me miraba en el espejo. Evidentemente, Elle tenía un tipo de hombre. Y si él no le hubiera puesto el anillo en el dedo, yo también habría sonreído así, con una sonrisa muy parecida a esa.

—¡Wyatt! Te presento a Oliver, uno de los mejores y más antiguos amigos de Victor —dijo Thomas, girándose mientras me señalaba.

Wyatt me miró con una expresión muy seria en sus ojos castaños. Al principio, frunció el ceño, luego, como si hubiera recordado algo, sonrió.

—¡Por supuesto, Oliver! Me han hablado mucho de ti. Es bueno poner finalmente cara a tu nombre —comentó, tendiéndome la mano, que agarré y apreté con más fuerza de lo que hubiera hecho normalmente.

—Qué interesante... Yo he sabido hoy de ti, y supongo que debo añadir que eres un cabrón afortunado —contesté, ganándome una ceja arqueada. Probablemente debería haber atenuado el tono, en especial delante del padre de Elle, pero había desaparecido cualquier filtro de mi boca.

—Ya sabes lo que dicen sobre el que madruga —replicó, y se alejó después de guiñarme un ojo. Quise matarlo.

—¿Qué ve en ese tipo? —murmuré por lo bajo, lo suficientemente bajo para pensar que Thomas no me había oído, pero de repente se echó a reír. Me puso una mano en la espalda y me llevó hacia la sala de juegos.

Vi que Robert y Victor jugaban a un estúpido videojuego en el que se dedicaron a disparar contra todo lo que se movía durante lo que me pareció una eternidad. Era una auténtica mierda sin sentido.

—Me voy a tomar una cerveza. ¿Queréis algo? —pregunté al tiempo que me levantaba.

—¿Estás seguro de que no quieres jugar con nosotros? —preguntó Vic, aunque sabía que yo solo jugaría al *Madden*. Al ver que no le respondía, me gritó que le trajera una cerveza.

Fui hacia la cocina, saludando a mi paso a las personas que conocía. Mia, que discutía con alguien por teléfono, logró poner los ojos en blanco y lanzarme una seña que entendí perfectamente: «¿Te lo puedes creer?». Vi a su madre y a la de Elle, y las abracé con rapidez. Les hablé un poco de Berkeley mientras veía a Wyatt a través de la ventana. Estaba fuera hablando por el móvil mientras fumaba un cigarrillo. Me quedé paralizado. ¿Elle se iba a casar con un fumador?

Cada insinuación que captaba de él más me parecía lo contrario a lo que había imaginado. Me había hecho una imagen de cómo serían las pinturas de Elle, y sus hermosas esculturas, la vi comiendo esas cosas integrales que le gustaban, bebiendo *lattes*. No la podía imaginar con... ese hombre. Quizá no había nada malo en él y solo estaba buscando una excusa para odiarlo, pero no me había gustado la forma en la que me había saludado, como si me conociera. Como si hubiera sido informado de cada estúpido error que yo hubiera cometido con respecto a Elle y se hubiera dedicado a corregirlo y superarlo.

Cuando doblé la esquina hacia la cocina, la vi finalmente y me detuve en la puerta. Definitivamente era de esas mujeres que mejoraban con la edad, como un buen whisky escocés. Llevaba un vestido color marfil que le llegaba por las rodillas y que le sentaba como un guante. Sus zapatos eran dorados con unos altísimos tacones de aguja. El cabello le caía por la espalda en forma de rizos naturales, pero lo llevaba más corto por delante, y cada vez que se inclinaba, le caía sobre los ojos. Esperé a que se detuviera antes de irrumpir, porque cuando se trataba de nosotros, eso era lo que hacíamos. No nos llamábamos ni pedíamos permiso. Simplemente avasallábamos.

—Hola —le dije. Jadeó y se puso rígida. Se tomó un momento antes de girarse para mirarme.

Durante lo que me pareció una eternidad, se limitó a estudiarme, con los

ojos muy abiertos, como si estuviera claramente preguntándose qué coño estaba haciendo yo allí.

—Hola —respondió finalmente; su voz sonó como un graznido antes de que se la aclarara.

—He oído que te has... —Ni siquiera podía pronunciar esa palabra en voz alta. Mis ojos se posaron en su dedo. El anillo me miraba..., me gritaba.

—Sí —dijo ella.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo. No sabía qué decir. No podía felicitarla por algo que no me hacía nada feliz.

—¿Estás contenta? —pregunté por fin, acercándome a ella un poco más. Dio un paso atrás, tropezando con la encimera que tenía a su espalda al tiempo que soltaba un grito ahogado.

—No —dijo, subiendo las manos a la defensiva—. Bueno..., sí. Lo estoy.

—Entonces, ¿él es el elegido? —pregunté con voz firme, el corazón encogido y los ojos suplicantes.

Apartó la vista.

—Me hace feliz, si es eso lo que me estás preguntando.

Me acerqué.

—¿Es eso lo que se necesita para ser el elegido?

Sus ojos volvieron a buscar los míos, y, lo juro, en ese momento, perdí todas las dudas que me quedaban. Justo allí, contemplando sus ojos y el mar turbulento que se creaba entre nosotros con solo una mirada.

—Lo que se necesita es estar. Lo que se necesita es no alejarse cada vez que ocurre algo que, posiblemente, resulte significativo. Lo que se necesita es... ¡Dios, Oliver, ni siquiera sé lo que quieres que te diga! —me susurró, aunque sonó como un grito.

—Dime que él es el elegido. Dime que te sientes con él como cuando estás conmigo —insté, acercándome a ella.

Soltó una breve carcajada.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? ¿Más de un año? Y te acercas a mí mirándome así y hablando de cómo me siento cuando estoy contigo. ¿Cómo se supone que debo tomármelo, Oliver?

La cogí por los codos y la sostuve, dejando que nuestros alientos se mezclaran. El olor a masa para galletas y vino inundó mis fosas nasales, y solo pude cerrar los ojos e imaginar cómo sería saborearlo en sus labios.

—Suéltame —dijo por lo bajo—. No vas a besarme. No puedes hacerlo.

Hoy no.

—Es posible que esta sea la última oportunidad que tenga de besarte —afirmé bajito, antes de que mis labios cayeran sobre su mejilla—. Es posible que sea la última vez que te abrace.

—Oliver, por favor... —Su voz era algo entre un susurro y una súplica.

—¿Te acelera el corazón como a mí? —musité contra su boca—. ¿Te hace sentir a veces como si no pudieras respirar?

—Me gusta respirar, muchas gracias —dijo, pero se tensó bajo mi contacto.

—¿Con qué frecuencia piensas en mí, Elle?

—No pienso responder a eso —replicó, cerrando los ojos mientras le rozaba los labios con los míos.

—No estás impidiendo que te bese —advertí.

—Debería. Como venga Wyatt por aquí, se va a cabrear.

—Para empezar, no debería haberse alejado de ti.

Se apretó contra mí, empujándome un poco hacia atrás. El sonido de unos tacones repiqueteando contra el suelo me sobresaltó, y le solté los codos, retrocediendo.

—¿Cariño, están listas las galletas? No tengo nada que darle a la gente —dijo su madre antes de aparecer junto a nosotros.

—Sí, aquí. Estoy poniendo más en el horno y luego ya estará todo listo —respondió.

Hannah se detuvo a mi lado con una bandeja y me sostuvo la barbilla.

—¿No crees que cada vez que vuelve a casa está más guapo? —preguntó, pellizcándome la mejilla mientras se alejaba.

Estelle miró la espalda de su madre con una leve sonrisa.

—Él parece saber mucho sobre mí —le dije cuando volvimos a estar solos.

Su expresión se nubló.

—Wyatt sabe lo suficiente.

—¿Suficiente para saber que debería preocuparse por mí y de que estuviéramos a solas?

—Suficiente para saber que eres un problema. Un problema mortal y peligroso para mi salud.

Suspiré, pasándome la mano por el pelo. Esto no iba según lo planeado.

—Entonces, ¿lo vas a hacer? ¿Te vas a casar con él? —pregunté finalmente al darme cuenta de que esta era una batalla perdida.

—Oliver, estamos comprometidos. Estamos viviendo juntos. Vamos a abrir

una galería juntos. Esto es casi como tener un hijo —enumeró. Sus palabras hicieron que me estremeciera. Un niño con él.

—Esto está resultándome muy difícil —susurré, acercándome de nuevo a ella.

—Lo que teníamos... ya pasó —aseguró mientras mantenía los ojos clavados en el suelo.

—¿Lo crees de verdad? —insistí, cogiéndole el mentón para que me mirara.

—Tienes que dejarlo ya —musitó con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas. Odiaba ser la causa de ellas. Me pregunté de cuántas habría sido responsable a lo largo de los años. Fue entonces cuando realmente me di cuenta: lo había jodido todo.

«Déjame venir a arreglar la barra de entrenamiento que te rompí sin querer. Déjame comprarte otro lienzo para sustituir el que destrocé con la pelota de fútbol americano».

Así es la vida. Esto es lo que sucede cuando dejas de vivir el momento. La gente crece. Cambia, sigue adelante, y te encuentras deseando haber levantado la vista a tiempo para avanzar con ella.

—Tienes razón —dije, dando un paso atrás al tiempo que dejaba caer la mano—. Tienes razón. Lo siento. Si tú eres feliz, yo también soy feliz, hermosa Elle.

Me incliné hacia ella, le di un beso en la mejilla, me tomé un último momento para olerla y me alejé.

# 26

PRESENTE

*Estelle*

El móvil se quedó sin batería un par de minutos después de que atravesara la puerta la noche pasada, y, en realidad, agradezco la paz que eso supuso. He dormido en el sofá; el agente inmobiliario insistió en que me quedara en el salón, la única habitación de la casa que todavía contiene algún mueble. Cuando me desperté por la mañana, me levanté y permanecí sentada en medio de lo que había sido mi dormitorio, ya sin muebles, pensando en la última vez que lo había visto así. Fue cuando Wyatt insistió en comprar una cama nueva, el momento en el que me mudé a vivir con él. Wyatt había comprado la casa con una exnovia, mucho antes de que nos conociéramos. Eso no me había molestado hasta que me di cuenta de que dormiría en la misma cama en la que había follado con ella. Fue entonces cuando él llevó el viejo colchón al basurero y me dijo que fuera a West Elm a comprar una cama nueva, cosa que había hecho sin demora.

Ahora la habitación es aburrida, está vacía sin la cama en el medio. La cama se la regalé a su madre. No podía soportar volver a dormir en ella. Había dormido allí durante el año que siguió a su muerte y ya no quería seguir haciéndolo. Seguir adelante significa renunciar incluso a la más mínima sensación de confort que hubiera compartido con él.

Sin embargo, aquí estoy, justo donde comencé. No es que considere que no tengo una identidad sin Wyatt o nuestra vida juntos, pero me gustaba el mero hecho de volver a casa y saber lo que me encontraría aquí. Por alguna razón, aceptar que este lugar ya no va a ser mío me ha hecho sentir un poco perdida. ¿A dónde voy a ir ahora? Lo normal sería comprar otra casa. Un espacio que decorar a mi gusto, pero ¿cómo voy a sentirme en un hogar mío? Me levanto



y vuelvo a bajar las escaleras, echando un vistazo a cada habitación mientras hago el recorrido. Y, cuando abro la puerta de entrada para marcharme, se me cae todo de las manos porque Oliver está sentado fuera, en los escalones, dándome la espalda.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Suspira, pero no se vuelve para mirarme. Se pasa la mano por el pelo; está dejándoselo largo de nuevo. De hecho, me sorprende que no se lo haya recogido ya en un pequeño moño en lo alto de la cabeza.

—Tenía un discurso planeado, pero ahora que por fin has salido, ni siquiera puedo pensar —dice.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunto, sentándome junto a él en el escalón.

Se encoge de hombros, todavía sin mirarme.

—Da igual.

—¿Qué discurso has pensado?

Hunde la cabeza hasta las rodillas, apoyándola en las manos.

—Ese es el problema, Elle. Todo lo que había pensado decir me hace parecer un completo idiota cuando lo repito mentalmente. Durante toda mi vida me he preparado para cada cosa, he planificado cada pequeño detalle, pero cuando se trata de ti... Cuando se trata de ti estoy completamente perdido —confiesa, girando la cara para mirarme.

—No soy tan complicada. De hecho, soy muy simple —respondo en voz baja, poniéndome las manos detrás de las rodillas para reprimir el impulso de tocarle el pelo... El contorno de su cara... Los labios carnosos.

—Tu simplicidad me resulta enloquecedora. Toda tú me vuelves loco. La forma en la que sonríes, cómo me miras, cómo hablas con los niños en el hospital, como si fueran adultos, como si te importaran... No lo hace mucha gente, ¿sabes? Incluso yo mismo, algunas veces, cuando llevo tantas horas trabajando y paso por sus habitaciones, solo me dirijo a los padres. Te he observado mientras les enseñas a pintar, mostrándoles qué pueden hacer con las manos, con su tiempo, y la forma en la que los miras es... —Hace una pausa, suspira y me mira con esos ojos siempre verdes que brillan como si yo fuera su mundo—. ¿Sabes qué me ha hecho pensar? Que quiero tener hijos con esa chica, porque cada niño del mundo merece que lo miren de esa manera. Todos necesitan sentirse tan importantes.

Me da un vuelco el corazón ante su declaración. Abro la boca para hablar,

pero me fallan las palabras, así que me acerco y apoyo la cabeza en su hombro. Me besa la coronilla y me rodea con un brazo.

—¿Crees que estoy loco? —pregunta después de un rato.

—Por supuesto —replico sonriendo mientras me aparto para mirarlo—. Tus complicaciones son enloquecedoras. Todo tú me vuelve loca.

Se ríe, negando con la cabeza.

—Sonaba mejor en mi cabeza.

Me apoyo en él y le rozo la mejilla fría y barbuda con la nariz.

—A mí me ha sonado bastante bien.

—¿Te cabrea que haya venido aquí? —pregunta, pasándome la mano por el costado.

—¿Cómo me has encontrado?

—He llamado a Mia. Es decir..., después de un tiempo, me dio la sensación de que no ibas a regresar a casa de Vic, así que la llamé. Cuando me dijo que no estabas allí, le pedí esta dirección.

—Menuda amiga...

—Le debo una semana de cafés.

Me río.

—¿Podrás pagar su adicción con tu sueldo de residente?

Sonríe.

—Quizá no se dé cuenta si los preparo yo mismo.

—Lo dudo... —digo. Los dos nos reímos y nos miramos de nuevo. Contengo el aliento al ver la emoción que brilla en sus ojos cuando me pasa la mano por la mejilla con suavidad.

—Una cita, hermosa Elle —me pide con un susurro que hace que mi corazón se estremezca. Respiro hondo y me deshago de mis reservas al soltar el aire: quiero una cita. Creo en nosotros.

—Una cita —acepto, sonriendo al verlo curvar los labios de oreja a oreja.

Miro por encima del hombro a la casa que he compartido con un hombre que amaba, y suspiro. No me siento tan mal como pensaba que estaría al recordar este hecho. Quizá, por una vez, el cosmos esté a nuestro favor.

Decido no contarle nada a mi hermano sobre la cita con Oliver porque..., bueno..., porque no tengo valor para hacerlo. Sé que trataría de boicotearla antes de que llegáramos a vernos. No necesito que me recuerde que Oliver es un ligón y que no lo considera digno de mí. Además, se trata solo de una cita. Lo más probable es que sea mucho menos complicada que cuando salimos como amigos. En el fondo de mi mente me estoy advirtiendo a mí misma de que no me haga ilusiones todavía, pero el caso es que se trata de Bean. Siempre me haré ilusiones con él, pase lo que pase. Conduzco el coche hasta casa de Mia y aparco en la plaza de invitados, donde dejaré el coche hasta que regresemos de la cita. Luego subo a su casa a esperarlo.

—He oído que vas a salir con Oliver, y, por lo que parece, es así. ¡Estás sudando como una puta en la iglesia! —suelta Rob en cuanto me ve.

Le doy un puñetazo en el hombro.

—¡No es cierto! ¡Oh, Dios! ¿O sí? —Voy al cuarto de baño y me miro. Suspiro aliviada al ver que estaba exagerando. Pero, ¡maldición!, estoy nerviosa.

—No sé por qué estoy tan nerviosa por esto. ¿Dónde está Meep?

—Se está duchando, y estás nerviosa porque es vuestra primera cita. Me refiero a una cita de verdad. Los rollos que habéis tenido no cuentan. —Arquea una de sus cejas rubias y se ríe cuando lo miro.

—Necesito una copa —anuncio, yendo hacia la cocina.

—No, no la necesitas. Solo tienes que sentarte, relajarte y quedarte quieta. ¡O te va a dar un ataque!

—No seas coñazo, anda —murmuro, dejándome caer en el sofá.

—Vale, vale, pero no te comportes así en la cita. No hay nada más asqueroso que ver a una tía espatarrada con un vestido.

Abro los ojos de golpe y cruzo las piernas al tiempo que me siento más derecha.

—¡Maldito seas! Quizá debería haberme puesto unos vaqueros...

Robert se ríe, echando la cabeza hacia atrás. Cuando hace eso, se parece mucho más a Mia.

—¡Estaba de broma! ¡Dios! Sí que estás nerviosa...

—¿Quién está nervioso? —pregunta Mia, acercándose a nosotros.

—Aquí tu amiga. Está actuando como una adolescente que va al baile de graduación dispuesta a que la desvirguen —explica Rob, consiguiendo que Mia lo mire sonriente.

—Bonita forma de explicarlo... —comento.

—Relájate —me aconseja Mia mientras se aproxima a mí—. Solo es Bean.

—Exacto. Solo es Ben... ¿Estoy bien?

Mia me mira de arriba abajo y asiente moviendo la cabeza.

—Estás muy guapa, como cada dos días, cuando te maquillas, te peinas y te vistes bien.

—¿Qué quieres decir con «cada dos días»?

—Bueno, gallina... Que reservas tu belleza para las ocasiones especiales.

—Cabrona... —digo, riéndome hasta que un golpe en la puerta me borra la sonrisa de un plumazo.

—Ohhh... Ya está aquí —canturrea Rob con la melodía de *Man Eater*, haciendo que quiera que se me abra el suelo debajo de los pies. Mia abre la puerta y lanza un silbido.

—Parece que alguien quiere tener sexo esta noche... —anuncia.

Y esta vez, de verdad, quiero que se abra la tierra. Noto que me arde la cara mientras voy hacia la puerta, diciéndoles a Mia y a Robert que se callen con un gesto de advertencia. Oliver lleva unos vaqueros oscuros, zapatos negros, americana gris y un sombrero de fieltro en la cabeza. Una ropa que no destaca por nada en especial, pero que le queda de muerte, y que combina a la perfección con el vestido gris que he elegido yo, así que tengo que reírme.

—¡Es como si estuvieran destinados! —afirma Rob en voz alta—. ¡Han coincidido! Esto ya es demasiado... Hay que filmarlo. ¡Ve a por una cámara!

—Te odio —le digo, mirándolo fijamente—. Te odio —repito al tiempo que me vuelvo hacia Mia, que está roja de la risa—. A ti todavía no te odio —le suelto a Oliver, que me brinda una sonrisa de medio lado llena de suficiencia que hace que me derrita un poco.

—Por favor, llévala a casa antes de medianoche, y asegúrate de que no prueba el vodka —suelta Mia, que comienza a temblar de la risa y solo se

detiene al ver mi cara sonrojada. Aunque, al final, estalla de nuevo en carcajadas—. Ay... Lo siento, Elle. Es todo tan bonito... No habías estado tan nerviosa desde que perdiste la virginidad con Hunter Grayson. —Deja de reírse y se vuelve hacia Oliver con una expresión muy seria—. Dejando a un lado las bromas, como vuelvas a hacerle daño, te mataré. Y no estoy hablando de una muerte tranquila y reposada, sino de un asesinato en el que te corto la polla y te destripo después. Así que, por favor, tenlo en cuenta.

—Vale, ha llegado la hora de marcharnos —intervengo, agarrando a Oliver del brazo y arrastrándolo hacia la puerta—. Algunas personas han perdido, oficialmente, la cabeza.

Oliver está doblado de risa mientras bajamos los escalones, por lo que tiene que pararse cada cierto tiempo para recuperar el aliento. Ni siquiera soy capaz de volverme para mirarlo porque me siento muy avergonzada. ¡Y no debería sentirme así! Todos hemos crecido juntos... Esto es absolutamente ridículo. Cuando llegamos al coche, se limpia una lágrima de los ojos mientras me abre la puerta. Ni siquiera lo miro cuando se sienta detrás del volante, sino que mantengo la vista clavada en el frente. Pero luego, cuando se calla, me coge la mano del regazo y me la aprieta con suavidad para llamar mi atención.

—Hola... —dice bajito, con los ojos sonrientes

—Me alegro de que hayas disfrutado del espectáculo. Vamos a quedarnos aquí toda la noche —murmuro, haciéndolo reír. Se lleva mi mano a los labios y me la roza con ternura. Me estremezco ante la sensación áspera de su barba contra la piel.

—Tienen buenas intenciones —dice, besándome los dedos—. Estás preciosa. Me hace muy feliz que por fin hayas aceptado salir conmigo.

Eso me hace reír a mí.

—¿En serio? ¿No te has sentido implacablemente perseguido?

—Como si no lo supieras —replica, arqueando las cejas—. Ha sido agotador tener que frenar tus avances.

Suspiro finalmente y me acomodo en el asiento. Oliver es capaz de hacerme sentir a gusto en un momento. Me roza la rodilla con los dedos y pego un salto. Y, al instante, me enervo.

—Bueno, ¿a dónde me llevas? —pregunto, volviéndome hacia él para mirarlo. Sonríe sin apartar la mirada del frente.

—Si te lo digo, estropearía la sorpresa.

—No vamos a ir a cenar ni a ver una película, ¿o sí? —pregunto mientras contengo una carcajada.

—¿Parezco tan aburrido?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. ¿A dónde sueles llevar normalmente a tus citas?

Su mirada busca de nuevo la mía.

—A comer.

—¿En serio? —pregunto un poco impresionada.

—Bueno, no es solo eso, pero no creo que quieras hablar al respecto más de lo que yo quiero hablar de Hunter Grayson.

Miro hacia otro lado, sonriendo.

—Me parece bien.

—A menos que, por supuesto, quieras hablar sobre Hunter Grayson — sugiere, mientras aparca el coche en el puerto deportivo.

—No, prefiero no hacerlo —digo con las mejillas sonrojadas. Hunter sigue siendo un buen amigo mío, y los dos nos las hemos arreglado muy bien para enterrar los recuerdos de la noche que pasamos juntos.

Oliver se vuelve para mirarme y me pasa el dorso de la mano por la mejilla, bajando hacia mi cuello, sin apartar los ojos de los míos ni un instante.

—En serio, estoy muy contento de que estemos aquí.

Sonrío con ternura, sintiéndome, de repente, muy tímida bajo su escrutinio.

—Yo también.

Deja caer la mano antes de salir del coche y, mientras recojo el bolso, rodea el vehículo para abrirme la puerta. Damos un par de pasos antes de que me coja la mano y entrelace nuestros dedos. Es un gesto muy pequeño, pero me pone a cien.

—¿Vamos a ir en un barco? —pregunto al ver que pasamos por delante del restaurante para dirigirnos hacia los embarcaderos.

—No exactamente —dice—. Quizá la próxima vez. —Inclina la cabeza para mirar hacia abajo y siento que el calor de su sonrisa me atraviesa.

Caminamos hasta el límite de uno de los muelles, donde hay una mesa preparada. El suelo que la rodea está lleno de velas y no se ve un alma, con excepción del camarero que permanece de pie junto a la mesa, con una botella de champán en las manos y una sonrisa en la cara.

—Mario, me alegro de verte de nuevo —lo saluda Oliver, soltándome la mano para tenderle la suya al camarero.

—El placer es todo mío, doctor Hart —responde con un poco de acento español, sonriendo mientras estrecha la mano que le ofrece Oliver.

—Te presento a Estelle —dice Oliver—. Elle, este es Mario.

—Encantada de conocerte —intervengo mientras le ofrezco también mi mano. Una vez que nos acomodamos en las sillas, Mario nos sirve el champán y nos ofrece una reverencia al tiempo que nos dice que volverá enseguida con la cena. Recorro todo lo que me rodea con los ojos: las velas, la mesa, los barcos, el sol que todavía está poniéndose a lo lejos, en el horizonte, y, por fin, levanto la vista hacia la hermosa cara de Oliver.

—Sabes que si me hubieras llevado a tomar una hamburguesa habría sido igual de feliz, ¿verdad?

Clava los ojos en los míos mientras esboza una sonrisa de medio lado.

—La noche todavía es joven.

Sonríó al tiempo que cojo la copa de champán.

—De todas formas, cuéntame, ¿cómo has organizado esto? —pregunto. Veo que Mario se aproxima a nosotros con una fuente entre las manos. La deja entre nosotros, hace una reverencia y se aleja—. ¿De dónde has sacado a ese hombre? —le presiono cuando ya no puede oírnos. Oliver se ríe; veo cómo le tiemblan los hombros. Me encantan los hoyuelos que, aunque están medio cubiertos por la línea de la barba, quedan a la vista.

—¿Vamos a jugar a las preguntas? —me dice un rato después, con los ojos brillantes de diversión por debajo del ala del sombrero.

—Si te parece bien, podemos hacerlo —replico, devolviéndole la sonrisa.

—Lo conocí cuando traje a su hijo a urgencias. Estaba a punto de marcharme cuando los vi, su esposa y él estaban desesperados porque David, su hijo, había sido víctima de una paliza y le habían golpeado en la cabeza. Así que los ayudé.

—¿Y te has mantenido en contacto con ellos? —Fruncí el ceño.

—Bueno, tuve que hacer algunas visitas a domicilio —confiesa, mirando hacia otro lado.

—¿Haces visitas a domicilio?

Suspira y me vuelve a mirar.

—Por lo general no. —Arqueo una ceja y le hago un gesto para que continúe. Por fin, suspira otra vez, se pasa la mano por el pelo y sigue hablando—: No tenían seguro médico, así que tuve que hacer lo que dicen los libros.

Me da un vuelco el corazón y sonrío al tiempo que alargo la mano para ponerla sobre la suya, encima de la mesa. Él le da la vuelta y me la agarra. No decimos nada. No le digo que es un hombre increíble por hacer eso, y él no me da más detalles. Por experiencia, sé que Oliver es el tipo de persona que se lanzaría delante de un autobús por ti y que luego negaría que te ha salvado la vida. Se escudaría detrás de un «cualquiera hubiera hecho lo mismo». No se da cuenta de que la gente no es tan amable. Que nadie dedica su tiempo al bien común. Me mira a los ojos con anhelo, con necesidad, mientras dibuja círculos con un dedo en la palma de mi mano. Por un momento, no puedo recordar de qué estábamos hablando, qué estamos haciendo, dónde nos encontramos o qué día es.

—¿Comemos? —dice mientras esboza una sonrisa que hace que mi corazón se detenga. Asiento moviendo la cabeza y retiro la mano para ponerla en el regazo, donde la protejo con la otra esperando que descubra el plato de ostras que hay entre nosotros.

—¿Ya ha sido tu último día en el hospital? —pregunto antes de meterme el tenedor en la boca.

—Ya he terminado la residencia, así que sí, pero he estado cubriendo turnos aquí y allá mientras decido qué voy a hacer a continuación.

—Tengo que volver el martes para una clase. Mae quiere que le enseñe a hacer figuras con vidrios rotos.

Oliver levanta la mirada del plato para observarme, pero no dice nada, así que continúo.

—Me gustaría que los de las altas esferas permitieran que los niños fueran al estudio. Jen está tanteando al señor Frederick para ver si les permite venir, hacer una especie de excursión. A ver si es posible. Estoy segura de que será difícil conseguirlo por los médicos y enfermeras que tienen que acompañarlos. Ya sabes, esas cosas... Ojalá vendiera ya esa casa —termino con un suspiro.

—¿Qué harás cuando la vendas?

—Al principio, estaba pensando en dar todo el dinero a los padres de Wyatt. Meterlo en una cuenta y deshacerme de él. Pero luego lo he pensado mejor, es decir... También es mi casa. Quizá debería quedarme un poco y entregarles el resto. No lo sé. Estoy confusa. No lo quieren, y yo no lo necesito, así que voy a seguir pensándolo.

Oliver asiente y toma un sorbo de champán.



—¿Echas de menos vivir allí?

Busco sus ojos con los míos. Sé lo que está preguntándome. No sé si quiero responder. Por fin, respiro hondo y miro hacia otro lado un instante.

—Podemos intentar algo —interviene él antes de que responda. Busca de nuevo mi mano—. Durante el resto de esta cita, haremos, y responderemos, todas las preguntas imaginables. No importa lo tontas o difíciles que nos parezcan. Quiero saberlo todo sobre ti. No habrá nada que no podamos decir, ¿vale?

—Me parece mucho para una sola cita —suspiro. Me aprieta la mano.

—A veces solo tenemos una sola cita. —Esa respuesta hace que tenga ganas de llorar, y creo que él lo nota, porque coge mi mano y me la besa—. Quiero muchas citas como esta, Elle. Muchas. Pero en el pasado hemos hecho cosas y no nos hemos comunicado bien y, bueno... No quiero que vuelva a ocurrir.

Respiro hondo de nuevo.

—No lo echo de menos. Es decir, extraño la comodidad de ir allí y saber que estaba en casa. A veces echo de menos a Wyatt —confieso con la voz ronca. Trago las lágrimas que me surgen—. Añoro su entusiasmo por el arte, por la vida y las historias que me contaba sobre sus viajes. ¿Es raro? —susurro, mirándolo mientras me limpio los ojos.

Parece que mi respuesta le hace sufrir como si estuvieran azotándolo, pero niega con la cabeza de todas formas.

—No pasa nada... Está bien. Quiero oírlo. No quiero que pienses que tienes que borrar tu pasado por mí, olvidarte de él o de vuestra vida juntos. Es solo que... Nunca he tenido que competir con nadie por el afecto de alguien que me importa, y ahora me siento como si estuviera enfrentándome a un fantasma. Y, a veces, los recuerdos son mejores que la realidad.

Lo miro durante un instante antes de levantarme y rodear la mesa. Oliver se apoya en el respaldo, sin decir palabra, haciéndome sitio en su regazo. Me siento allí y le rodeo el cuello con los brazos para apoyar la cabeza en su pecho. Me abraza de forma automática, sosteniéndome tan perfectamente que es como si mi cuerpo fuera una pieza de un rompecabezas y estuviera encajando por fin en su lugar. He soñado durante muchos años en hacer esto con él y, cuando por fin lo logramos, la sombra de mi pasado se cierne sobre nosotros. Así es la vida, lo sé, pero aun así le rompe a él el corazón... por nosotros.

—¿Te ayudaría que te dijera que el tiempo que estuve con Wyatt era él quien estaba luchando contra tu fantasma? —susurré contra su cuello mientras inhalaba su olor limpio y familiar.

Su risa me hace vibrar.

—Realmente no. Eso solo significa que debería haberlo intentado antes. Quizá si lo hubiera hecho, no habrías tenido que experimentar una pérdida tan terrible.

Me alejo de él para mirar su rostro.

—¿Cómo es que todavía no te ha pescado una mujer, siendo tantas con las que trabajas, con las que fuiste a la universidad, todas ellas inteligentes y hermosas? —Es cierto, ¿cómo es posible que Oliver no haya encontrado a alguien?

Él se ríe de nuevo y sus ojos brillan cuando sube la mano y me retira el pelo de la cara. Hago lo mismo por él, pero dejo los dedos en su nuca. Le veo cerrar los ojos y tragar saliva

—No soy perfecto, Elle. Ni siquiera me acerco.

—Lo eres para mí —susurro.

Sus ojos se oscurecen cuando me mira.

—Quizá esa es la respuesta que buscas.

## 28

—En una escala de «solo feliz» a «no puedo dejar de sonreír de la emoción», ¿dónde te encontrarías si te dijera que Mia te ha preparado una maleta? — pregunta Oliver, dejando el sombrero de fieltro sobre el salpicadero.

Después de la cena, hemos permanecido sentados, hablando sobre Wyatt y la casa casi todo el rato, y ahora que hemos vuelto al coche, me siento un poco nerviosa. En realidad no quiero que la cita termine. Llevamos bastante tiempo vagando por las calles, escuchando música, hablando de películas... Así que hasta que me hace esa pregunta no me doy cuenta de que de lo único de lo que no hemos hablado es de cuáles son los planes para mañana.

—Bueno... —empiezo a hablar, aunque hago una pausa para sonreír—, supongo que si solo me has dado opciones positivas..., ¿qué tal realmente feliz?

Él sonríe y me mira.

—¡Genial! Porque tengo tus cosas en el maletero y te pienso secuestrar esta noche. Quizá para el resto del fin de semana.

—¿Eres consciente de que esto puede hacer que rechace cualquier cita contigo en el futuro?

—Nunca retes a un buen jugador —me dice sonriente mientras se aparta el pelo de los ojos.

Me río y resisto el impulso de inclinarme para pasarle las manos por el cabello.

—Te está creciendo muy rápido el pelo —me limito a decir.

—Sí, siempre me pasa. Es una lástima, pero voy a tener que cortármelo pronto. Y también deberé afeitarme.

—¿Para las entrevistas de trabajo?

—Sí, debería haber esperado a que me contrataran para dejármelo crecer. Nadie quiere contratar a un tío con coleta.

—Todavía no lo tienes suficientemente largo para recogértelo, pero

conozco a una chica que piensa que los médicos con coleta están muy buenos.

—¿Estás segura? —pregunta, volviendo la cara hacia mí con una sonrisa.

—Estoy muy segura.

—¿Su nombre empieza por E?

—Es posible.

—¿Le da miedo la oscuridad?

—No... —refunfuño, y aparto la mirada, haciéndolo reír.

—¿Esa chica odia mis chistes?

Curvo los labios, pero sigo mirando por la ventanilla

—No puedo imaginarme que haya alguien a quien le gusten esas chorradas tuyas.

—Oh, te aseguro que sí...

—Oliver —suelto mientras me vuelvo hacia él con un enorme suspiro de falso sufrimiento—. Lamento decírtelo, pero solo están fingiendo.

Él se ríe, pero disimula lanzándome una mirada desconcertada.

—¿Fingiendo? Ah, ya lo entiendo... Eso lo dices porque no has escuchado el último.

Gimo y me río a la vez.

—Venga, ilústrame...

Espera hasta detener el coche en un semáforo en rojo para inclinarse hacia mí de forma que apoya el mentón sobre mi hombro. Por un instante, me olvido de respirar. Entonces comienza a hablar y baja tanto la voz que todo mi interior se apaga y no puedo evitar contener la respiración.

—Si yo fuera enzima del ADN —dice, haciéndome cosquillas con los labios en la oreja—, sería helicasa... —continúa mientras arrastra los labios por mi cuello. Se me cierran los ojos y me tiemblan las rodillas—, para poder separar las cadenas de tus genes.

Abro los ojos cuando se retira, y me da un vuelco el corazón al ver la mirada hambrienta que hay en sus ojos. Cuando baja la vista a mi boca, no puedo soportarlo más. Renuncio a todas mis intenciones, me acerco a él y uno mis labios a los suyos. Al principio es un beso frenético, luego se vuelve más lento, convirtiéndose en una caricia juguetona..., en la que nuestras lenguas apenas se tocan, solo se saborean. Cuando se aleja, lo miro sorprendida, antes de que el sonido de una bocina nos arranque del momento y él atraviese el cruce.

—No está mal, ¿eh? —pregunta un rato después. Yo sigo tratando de recuperar el aliento. Me lamo los labios y cierro los ojos al notar su sabor.

—Eso no ha sido un chiste. Eso es la forma de seducir de un friki — expongo con un suspiro. No puedo evitar sonreír cuando se empieza a reír.

—La forma de seducir de un friki... —repite, entre risas.

—Otra pregunta..., ¿sigues saliendo, quedando o haciendo lo que sea que hagas con Grace? ¿O con cualquier otra mujer..., ya sea en el hospital o fuera?

Observo su perfil mientras frunce el ceño. Cuando se detiene detrás de otro coche, me mira de reojo.

—Ya te he dicho que no, Elle. ¿Crees que insistiría tanto en salir contigo si estuviera haciéndolo con otra mujer?

—No lo sé... —Me encojo de hombros—. No sé muy bien cómo manejas esos temas.

Arquea una ceja.

—Sabes perfectamente cómo manejo esos temas.

—Entonces, ¿no estás saliendo con nadie más en este momento? — pregunto, haciendo caso omiso de su comentario.

—¿Estás insinuando que estamos saliendo? —dice.

—No. ¿Por qué piensas que...?

—Has dicho «con nadie más»; eso implica que sí estamos saliendo.

—Bueno, no quería que pareciera eso.

Dobla la calle hacia un precioso hotel frente al mar y se detiene justo delante de la entrada. Me roza los dedos con los suyos.

—Es que quiero que sea así.

Se me detiene el corazón en el pecho cuando el botones me abre la puerta. Me obligo a mover los pies y a salir del coche, apenas conteniendo el nerviosismo. Oliver se acerca con dos bolsas de mano, y yo lo sigo al interior. Miro a mi alrededor, aspirando los aromas que llegan desde el *spa*, y me doy cuenta de que estamos en la costa de Sonoma. No me puedo creer que el viaje me haya parecido tan corto... Aunque nunca me he detenido aquí, he pasado muchas veces. Este es el punto en el que Vic y yo empezábamos a discutir cuando viajábamos con nuestros padres porque llevábamos mucho tiempo en el coche. Me aparto a un lado mientras él se acerca al mostrador. Lo observo mientras habla con la recepcionista, haciéndola reír por algo de lo que le dice, y luego lo miro a los ojos mientras viene hacia mí. Oliver siempre ha sido así,

siempre ha demostrado esta facilidad para relacionarse. Encaja con cualquier grupo de personas.

Se comporta con tanta confianza en sí mismo que te hace pensar que es el dueño del mundo. Es el tipo de persona que lo mismo participa en una conversación con importantes ejecutivos que con médicos, y nunca le preguntan quién es. Nunca sospechan que es él quien llegó en el coche destartado del aparcamiento y que ha tenido que trabajar en dos empleos para conseguirlo. Tiene una sonrisa con la que se mete en el bolsillo a cualquiera si no tiene cuidado, y encima la combina con un corazón de oro. Cuando se me acerca con esa misma sonrisa en los labios, me derribo.

—¿Preparada? —pregunta. Enlazo mi brazo con el suyo y asiento mientras nos acercamos al ascensor. Soy consciente de que no le he preguntado por qué me ha traído a un hotel ni de cuáles son sus planes. Cuando estoy con Oliver me ocurre algo raro; es como si el mundo se desvaneciera a mi alrededor. Puede estar desmoronándose todo, pero si estoy entre sus brazos, me siento completa.

Cuando llegamos a la habitación, deja el equipaje junto a la puerta y espera a que explore el lugar. Es una estancia realmente grande, con una cama enorme, un asiento corrido junto a la ventana y una chimenea en la parte de la *suite* rodeada por unos sofás de aspecto muy mullido.

Me acerco a la ventana y me siento en el banco acolchado antes de apretar la mano contra el vidrio frío. Oliver no ha dicho una palabra desde que entramos en la habitación, y cuando me doy la vuelta, lo encuentro apoyado en la pared, al otro lado de la cama, con los tobillos cruzados y las manos dentro de los bolsillos de los vaqueros. El ala del sombrero está ligeramente inclinada y el pelo empieza a alborotarsele. Lo que leo en sus ojos verdes hace que sienta un incontrolable aleteo de mariposas en el estómago.

—¿Por qué te has puesto ahí? —pregunto con una risita nerviosa.

—Me preocupa lo que puede ocurrir si me acerco más —confiesa, haciendo que contenga el aliento.

—Quizá quiera que te acerques.

Él niega con la cabeza y traga saliva con una sonrisa.

—Debería haberlo dicho antes, pero no te he traído aquí para hacer algo más que..., bueno, dormir. —Abro la boca para decir algo, pero me detengo y espero a que continúe—. Esto sigue siendo parte de la cita. Mañana iremos a los viñedos. La última vez al final no fuimos...

Me levanto para acercarme a él, y me detengo cuando estamos frente a frente. Alzo la cabeza para mirarlo antes de levantar la mano para quitarle el sombrero y arrojarlo al suelo, junto a la chimenea.

—¿Y si yo quiero hacer algo más que dormir?

Se pone serio antes de que una lenta sonrisa le curve los labios mientras me abraza. Me acaricia la mejilla con suavidad.

—Esta vez quiero hacerlo bien, Elle. No quiero presionarte. No quiero que mañana te despiertes y lamentos lo que hayamos hecho por la noche.

—No lo haré —susurro, acercándome a su contacto.

—La última vez que dormimos juntos, te encontré llorando abrazada a una camiseta —me recuerda en un tono tierno y algo dolido.

—Eso es diferente.

—¿Por qué? —pregunta al tiempo que se empuja desde la pared para cogerme por la nuca—. Dime por qué fue diferente, porque si esta noche sucede algo, será mucho más intenso de lo que hicimos entonces. Lo sabes, ¿verdad? Y me refiero a algo más que físicamente. Incluso aunque solo nos toquemos o besemos, será más, y no quiero que te despiertes y sientas que estás traicionando la memoria de Wyatt.

Cierro los ojos; necesito no tener delante su mirada comprensiva, no ver el amor que leo en ella. Oliver tiene razón. Lo sé, y también sé que no se merece que me arrepienta después, pero lo cierto es que nunca me he arrepentido después de estar con él. Incluso cuando me hizo sufrir, incluso cuando se marchó... Incluso cuando regresó y me dejó rota, no me arrepentí nunca porque lo amaba. Puede que Wyatt no fuera el hombre más comprensivo del mundo, y tal vez su forma de hacer que pasara de las cosas no era perfecta, pero sí me hizo entender el amor como lo que era. Ese es el mensaje que quiero enviar con mis corazones rotos. Wyatt fue el que me abrió los ojos, pero Oliver es la razón que hay detrás de los corazones y de su significado. Fue a él a quien amé primero. Quien me rompió el corazón... Y aquí está nuevamente. Me pregunto por cuánto tiempo esta vez. ¿Importa acaso? Me sangra el corazón al pensar eso...

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Oliver me mira como si yo estuviera pensando en escapar. Le rodeo el cuello con los brazos y me pongo de puntillas para besarle la barba incipiente, la fuerte mandíbula, y luego llevo los labios a su oreja.

—Lo que tenemos no está relacionado con esa parte de mi vida. Vivimos en

una galaxia propia —susurro, besándole la oreja. Sonríó cuando noto que se le acelera la respiración—. Donde hay tormentas y la luz se desvanece, donde todo deja de existir, salvo nosotros.

Me aprieta la cintura con las manos y me empuja con suavidad hacia atrás.

—He planeado pasar la noche en un lugar donde podría mantener las manos quietas y dormir en el sofá si era necesario, pero luego dices ese tipo de cosas y haces que me explote el cerebro. Solo tú puedes conseguir eso. —Inclina la cabeza y me besa el cuello repetidamente... Unos besos húmedos y tiernos... Antes de echarse hacia atrás y clavar los ojos otra vez en los míos—. Haces que me pierda en ti, Elle. La forma en la que me miras, la forma en la que me tocas... —No termina la frase; en su lugar, baja los labios en busca de los míos para darme un beso largo y pausado. Mientras nuestros corazones retumban contra el pecho del otro, nuestras lenguas bailan un mambo lento y sensual que hace que todo lo demás se desvanezca.

Oliver desliza las manos por mi cuerpo hasta llegar al borde del vestido. Me lo quita sin interrumpir el beso mientras le desabrocho la camisa. Me ayuda a conseguirlo encogiéndome los hombros. A pesar de que no ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi sin ropa, me siento como si llevara siglos sin hacerlo. Bajo los ojos desde su cara a su pecho y me pongo a trazar con los dedos la forma de cada músculo, cada contorno y cada línea que define el hermoso torso del hombre que tengo delante. Llevo las manos hasta la cinturilla de los vaqueros y empiezo a desabrocharle el cinturón; luego vuelvo a mirarlo, y veo que está observándome. En su rostro hay una expresión de éxtasis cuando deslizo los dedos dentro de los calzoncillos y sopeso sus testículos. Aprieto la mano mientras él suelta lentamente el aliento entre los dientes.

—Elle —dice con un ronco susurro mientras me arrodillo delante de él.

Se quita los zapatos y lo ayudo a bajarse los vaqueros, los calzoncillos, los calcetines... antes de enfrentarme a su polla. Me inclino ante él, depositando unos besos húmedos en su abdomen. Sonríó al notar que los músculos se contraen. Sigo avanzando hacia abajo, y lamo cada uno de los oblicuos hasta que llego a lo que me está llamando. Cuando deslizo la lengua por su eje, él gime y hunde los dedos en mi pelo. Repito el movimiento a ambos lados mientras sostengo los testículos con la mano. Él vuelve a gemir, ahora más fuerte, cuando me meto en la boca todo lo que puedo de su erección.

—Elle... —repite ahora con una voz más gutural.



Levanto la vista y me encuentro con sus ojos entornados, y me recorre una intensa emoción cuando me aparta el pelo de la cara con la mano sin dejar de mirarme. Me coge por los hombros y me empuja hacia atrás, hasta salir completamente de mi boca con un sonido de vacío. Luego tira de mí para que me levante y quedemos cara a cara, con la nariz apoyada en mi frente.

—Lo que me haces sentir, Elle... —susurra contra mí mientras respiro junto a su pecho—, es inexplicable. —Me besa en la frente y me hace caminar hacia atrás hasta que me siento en la cama. Se toma su tiempo para soltarme el broche del sujetador y luego me lo baja por los hombros. Hace lo mismo con mis bragas, deslizándomelas por los muslos hasta que acaban en el suelo, con el resto de nuestra ropa. Da un paso atrás y me mira, me mira de verdad. Sus ojos dejan un rastro de calor sobre cada centímetro que recorren, luego suelta una risita—. Quizá por segunda vez en mi vida, no sé por dónde empezar —murmura al tiempo que se arrodilla delante de mí y me separa las piernas. Primero me besa la rodilla, sube por el interior del muslo hasta la pelvis, rozándome el vello púbico, luego me besa en el estómago. Cuando llega a mi pecho derecho, hace una pausa y me mira por encima del pezón erizado—. No puedo decirte cuántas veces he soñado con volver a hacer esto —confiesa, deslizando la lengua por él.

Jadeo antes de mover las manos para agarrarme a sus hombros. Vuelve a hacerlo y sopla con suavidad sobre el pequeño botón, y esa sensación de calor y frío a la vez me hace temblar. Cambia al otro pecho y me estremezco de nuevo, esta vez al sentir su barbilla raspando mi piel. Cierra la boca sobre mi pezón y empieza a succionarlo con fuerza. Cuando se aleja, sopla el enhiesto pico mientras pellizca el otro entre los dedos. Siento como si ardiera de pies a cabeza, al borde de la combustión, y ni siquiera ha acabado con mis pechos.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, Oliver me mira y me dirige una sonrisa petulante antes de explorar más abajo. Pone las manos en el interior de mis muslos y los separa hacia los lados para poder sumergir el rostro en mi centro. Asoma la lengua y me prueba con lentitud. Cuando gime, noto cómo vibra su boca contra mí. Con manos temblorosas busco su pelo y le tiro de él un poco al tiempo que arqueo las caderas hacia su rostro. Oliver me inmoviliza sujetándome las rodillas y levanta la vista para observarme. La intensidad que leo en sus ojos es tan cruda y pura que me estremezco sin control. En ellos veo nuestros encuentros del pasado y nuestro cuestionable

futuro. Hay tristeza por los años perdidos, un tortuoso anhelo por todos los «y si...» y la posibilidad de lo que puede llegar a ser. Intento mirar a otro lado... Trato de cerrar los ojos, negando el fervor con el que me atraviesan sus iris verdes, porque no quiero aceptar que estoy asustada. No quiero abrirme a él y admitir que todavía tiene la capacidad de destrozarme, de aniquilarme por completo.

Me azota con la lengua una vez más y dejo de pensar. Desaparecen los pensamientos, la razón... y me deshago debajo de su lengua. Por fin, cierro los ojos y gimo su nombre mientras me dejo caer de espaldas sobre la cama al tiempo que un orgasmo me recorre por completo. Oliver comienza a besarme mientras sube por mi abdomen entre susurros. Abro los ojos y lo veo sobre mí, con un brazo a cada lado, y durante un tiempo muy largo, solo me mira fijamente a los ojos. Muevo la mano entre nuestros cuerpos y noto cómo se estremece cuando cierro los dedos alrededor de su polla. Empiezo a deslizar la mano arriba y abajo una y otra vez hasta que empieza a respirar de forma entrecortada.

—Deberíamos conseguir un condón —me recuerda sin apartar la mirada. Niego con la cabeza, poniéndole la otra mano en la nuca para acercar su cara a la mía.

—Nada de condones —susurro contra sus labios. Se queda quieto y, por un segundo, me pregunto si no preferirá usarlo. Quizá se arrepienta de no haberlo hecho hace tantos años.

—Elle... —dice con un suspiro.

Estoy segura de que está a punto de levantarse para ir en busca de un preservativo, pero me rodea la espalda con un brazo y me acerca a él al tiempo que se hunde entre mis pliegues. Lenta y cuidadosamente empieza a empujar, dándome tiempo para ajustarme a su diámetro. Jadeo al notar que late en mi interior, mientras él se detiene para tomar aire, riéndose contra mi cuello.

—Mi preciosa Elle —susurra contra mi cuello. La risa que noto en su voz me hace sonreír—, es jodidamente increíble sentirte a mi alrededor... Ni te lo imaginas... —Arqueo la espalda, instándolo a continuar, porque sí me hago una idea. Una muy buena idea. Él se empieza a mover de nuevo y ahora no se detiene, sino que se hunde en mi interior con largos y profundos envites—. Solo tú... me destruyes... —gruñe, taladrándome más rápido, con golpes más duros, como si estuviera reclamándome—. ¿Alguna vez piensas en esto? —

pregunta bruscamente entre gruñido y gruñido mientras reajusta la postura para subirme una pierna y poder entrar todavía más adentro. Grito, asintiendo —. Cuéntamelo... —ordena.

Se echa un poco hacia atrás para mirar primero el lugar donde nos unimos y luego mi cara, donde, estoy segura, lee mi deseo por él.

—Me toco pensando en ti —confieso en un susurro, negándome a apartar los ojos de los suyos. Gime y se queda quieto mientras baja los párpados, como si estuviera concentrándose—. Imagino que me follas así, encima de mí —continúo, arqueándome hacia él—. Y a veces desde atrás.

Oliver abre mucho los ojos, y gimo por lo bajo cuando se desliza lentamente fuera de mí. Luego vuelve a embestir con rapidez. Se me encogen los dedos de los pies y empiezan a ponerme los ojos en blanco mientras le agarro las nalgas, animándolo a moverse todavía más rápido. Es todo lo que puedo hacer para no gritar con la misma intensidad con la que las emociones que me recorren.

—Por favor... —empiezo a suplicar—. Por favor, por favor... Más rápido.

Él sonríe lentamente y hace lo que pido... embistiendo cuatro veces.

Se me cierran los ojos...

—Por favor por favor por favor... Más... Más rápido... Más fuerte...

Pero Oliver tiene otros planes. Se inclina, me separa más las piernas y me besa la pantorrilla que tengo apoyada en su pecho. Frota la cara contra la suave piel mientras desliza los labios hacia arriba y hacia abajo, que hace coincidir con los movimientos suaves, lentos, largos y duros de sus caderas.

—Quiero que esto dure para siempre —dice, mordiéndome el interior de la pierna—. Quiero hacerme una casa dentro de tu coño —susurra, y si no fuera porque me pellizca el pezón con los dedos y su polla se hunde con más fuerza en mí, haría una broma. Pero el orgasmo empieza a formarse en mi interior y ya no puedo pensar en nada. Me suelta la pierna y sube de nuevo, colocando el pecho sobre el mío de forma que solo puedo ver su rostro. No sé lo que quiere ver en mis ojos, pero siento que llega a mi alma, como si hubiera hurgado hasta encontrarla. Justo cuando abro la boca para decir algo, el orgasmo me atraviesa y grito su nombre. Como si eso fuera un detonante, aúlla mi nombre y cierra los ojos. Suelta un largo suspiro, y cuando vuelve a abrirlos otra vez está esbozando la sonrisa de medio lado que siempre he adorado, y me hace sentir que acabo de encontrar lo que estaba buscando.

Nos quedamos acostados en la cama, desnudos, uno frente al otro. Tiene la

mano puesta perezosamente sobre mi cintura, y yo la mía en su pecho. Siempre he sido de esas chicas que se dejan llevar. Nunca me he preguntado a dónde me va a llevar una relación; nunca me he molestado en preocuparme por eso. Pero estar aquí, con Oliver, me hace pensar en el futuro. Me hace tener esperanza en el futuro. Y a pesar de que me dije a mí misma que esto era solo una cita, no puedo reprimir la burbuja de posibilidades que crece en mi mente.

—¿En qué estás pensando? —susurro. Me aprieta la cara contra su pecho antes de besarme en la parte superior de la cabeza.

—Estoy pensando en que esta es la mejor cita de mi vida.

Sonrío.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—Te das cuenta de que estás completamente equivocado, ¿no? Una cita es una cita, y tú has planeado dos.

Se ríe contra mí.

—Ya te he dicho que no se me dan bien las reglas.

—Gracias a Dios —aseguro antes de bostezar.

Me quedo dormida entre sus brazos y, aunque estoy deseando que llegue mañana para disfrutar el resto de lo que tiene planeado, a una parte de mí le aterroriza salir de esta habitación y enfrentarse a la realidad.

## 29

Me despierto con mucho calor, como si estuviera cubriéndome una manta eléctrica con la temperatura a tope. Cuando abro los ojos, me doy cuenta de que la manta es Oliver. Nuestros cuerpos se entrelazan de tal manera que estoy segura de que si nos hubieran hecho una foto en este momento, el espectador tendría problemas para distinguir los miembros de cada uno. Deslizo la mirada desde su pecho a su despeinado cabello, disfrutando de todo lo que hay en el medio, y suspiro feliz. Oliver abre los párpados de golpe, y, cuando sus somnolientos ojos verdes se encuentran con los míos, esboza una sonrisa impresionante que hace que note un montón de mariposas en el vientre.

—Hola —susurra con ese tono sexy que enciende mi deseo sin ni siquiera proponérselo.

Sonrío, sintiéndome de pronto un poco tímida.

—Hola.

Levanta la mano de mi cintura y me pasa los dedos por el pelo, apartando los largos mechones de mi cara. Luego se inclina lentamente y me roza los labios con suavidad. Sus tiernos mordisquitos me hacen parpadear. Ahogo un gemido cuando su lengua se enrosca con la mía, girando a su alrededor muy despacio, en una seductora danza que me acelera la respiración. Oliver interrumpe el beso con los mismos mordiscos tiernos con los que comenzó y arrastra la boca por mi cuello, mis pechos, mi abdomen...

Mis manos vuelan a su cabeza, y le aferro el cabello con los puños cuando llega a mi clítoris y comienza a chuparlo. Mientras pasa la lengua por allí, recuerdo todo lo que hicimos anoche. Le tiro del pelo y, cuando dejo caer la cabeza hacia atrás, jadeando, percibo a la vez la alarma del reloj y sus dedos en mi interior.

—Vamos a llegar tarde —susurro, con la voz entrecortada al notar que sube la otra mano para cubrirme un pecho y pellizcarme la erizada punta.

—Haré que valga la pena —murmura contra mi sexo al tiempo que aprieta el pezón con más fuerza.

Cierro los ojos.

—Oliver... —Su nombre es un gemido gutural.

—Estelle... —responde, soplando la humedad que ha dejado sobre mí mientras continúa moviendo los dedos dentro de mí.

—¡Oh, Dios!

—Mmm... —gime mientras acelera el movimiento de su lengua.

Arqueo la espalda ante la oleada de calor que me atraviesa. Oliver sube por mi cuerpo lamiéndome mientras coloca la punta de la polla en mi entrada. Abro los ojos, y me lo encuentro mirándome, con los ojos entornados por el deseo. Me lame lentamente el labio inferior antes de mordérmelo mientras comienza a penetrarme con rítmicos envites.

—Así deberían comenzar todas nuestras mañanas —gruñe cuando está totalmente hundido en mi interior. Cierro los ojos para concentrarme en la forma en la que me llena. Luego comienza a moverse, y siento que mi placer se incrementa con cada embestida, con cada penetrante mirada de sus ojos verdes, que están clavados en los míos, con cada una de sus expresiones, que me hacen sentir la mujer más bella del mundo. Sí, así es como deberían comenzar todas nuestras mañanas, pienso para mis adentros. Así es como podían haber empezado antes, pero entonces no hubiera podido sobrevivir cuando él se marchó.

—¿Cómo te lo propuso? —me pregunta Oliver más tarde, después de haber catado suficientes muestras de vino para llenar dos botellas. Llevamos todo el día haciéndonos preguntas el uno al otro. Comenzó como un juego, y cuando uno de los dos no quería responder a una en concreto, tenía que vaciar la copa. Pero luego seguíamos insistiendo hasta que obteníamos igual una respuesta, por lo que dejamos de jugar, aunque seguimos haciéndonos preguntas.

Tomo un gran sorbo de vino. Esta vez, Oliver no se ríe, porque esta pregunta en particular resulta tan incómoda para él como para mí.

—Fue el día que conseguimos alquilar el local para montar la galería. Estábamos en casa, celebrándolo con algunos amigos, entre ellos Dallas y Micah —recuerdo. Hago una pausa y no continúo hasta que él mueve la

cabeza, reconociendo los nombres—. Así que estábamos en casa, bebiendo... Los chicos estaban contando chistes, todos nos reíamos... Y, de repente, se puso de rodillas delante de mí y me lo propuso. —Me encojo de hombros, recordando la escena con una triste sonrisa. Recuerdo que me sentí muy emocionada. No había llorado de felicidad ni me había sentido abrumada, pero había sido muy, muy feliz.

Oliver me quita la copa vacía y la deja junto a la suya. Coge la pequeña bandeja con uvas y queso antes de que sigamos recorriendo el viñedo.

—¿Fue lo que esperabas que fuera? —insiste. Levanto la vista hacia su cara. No parece enfadado o celoso, solo intrigado.

—Nunca había pensando en ello antes de esa noche —confieso, encogiéndome de hombros—. Nuestra relación era más o menos así... No sé. En realidad no había pensado nunca que llegaríamos a comprometernos o casarnos. Estábamos viviendo juntos y todo eso, por lo que parecía claro que ese sería el siguiente paso, aunque en realidad nunca lo pensé... —No lo esperaba. Nunca lo deseé hasta el día que me lo pidió, y, de repente, quise tenerlo todo. Pero no se lo digo, porque no quiero sacar ese tema.

—¿Te sientes feliz de haberlo hecho? ¿De haberte comprometido y de haberte mudado con él?

Nos detenemos. Alzo la cabeza para poder estudiarlo incluso aunque él mantiene la mirada en la lejanía. Cada vez que lo miro, incluso en este momento, me da la impresión de que mi corazón se encoge de temor. Tengo que recordarme a mí misma que este hombre, al que siempre he amado, está realmente aquí conmigo.

—Sí —replico, porque es verdad. Amaba a Wyatt, y no me arrepiento de un solo momento que pasé con él.

Oliver asiente y se mete una uva en la boca. Al notar que no me mira, reclamo su atención, poniéndole la mano en el bíceps. Necesito tocarlo para asegurarme de que todavía estamos bien. Clava los ojos en los míos al tiempo que esboza media sonrisa un tanto arrepentida.

—Lo siento. No quería cargarme el momento, pero esto último ha sido más difícil de asimilar de lo que pensaba.

Me pongo de puntillas y le paso una mano por el espeso cabello. Él cierra los ojos al tiempo que se inclina hacia mi contacto, respirando profundamente.

—¿Por qué no llegaste a casarte? Fue un compromiso largo —comenta sin

abrir los ojos. Detengo la mano en su pelo, luego la bajo y retrocedo un paso. Abre los ojos al notar lo y nos miramos durante lo que me parece una eternidad antes de responder.

—Nunca llegamos a fijar una fecha —confieso con un susurro. Aparto la vista de su atenta mirada. Tengo que hacerlo... La única persona con la que he hablado sobre esto es Mia, y aunque me apretó la mano y me dio un beso, noté lo que pensaba y la simpatía que brillaba en sus ojos. Sé que ella pensaba lo mismo que yo, pero que las dos teníamos miedo a expresarlo. La cuestión es que Wyatt y yo éramos felices. Discutíamos como cualquier pareja, pero la mayor parte del tiempo todo iba sobre ruedas. Vivir con él era agradable, y nunca quise profundizar en cosas más importantes por miedo a que eso significara el final de nuestra relación. Pensaba que cuando realmente llegáramos a esos puntos de nuestra vida juntos, nos enfrentaríamos al problema que fuera.

—¿Nunca? —insiste Oliver en tono de extrañeza.

Niego con la cabeza.

—Cuéntame la verdad —me presiona. Y la forma en que me lo dice me impulsa a decírselo todo, porque su voz está llena de comprensión y de un pesar que solo podría tener si imaginara lo que estoy callándome.

—Wyatt no quería tener hijos —suelto finalmente en voz baja, como si fuera un gran secreto que he ocultado a todo el universo. Y, en realidad, creo que eso es lo que he estado haciendo—. O al menos no quería tenerlos conmigo. —Ni siquiera estoy segura de eso.

Oliver busca mi mano con la suya, y me vuelvo para encontrarme con su mirada. En cuanto lo hago, lo lamento, porque la expresión de su rostro me hace querer llorar.

—Pensar que no quería tener hijos contigo es una locura. Probablemente no quería ser padre y punto. Algunas personas no tienen esa necesidad. —Me aprieta la mano al ver que me quedo callada—. Algún día serás una madre increíble, Elle. —Se inclina y me besa los labios con suavidad. No es un beso apasionado y prolongado, pero basta para darme calidez.

—Da igual —suspiro mientras cojo un trozo de queso y me lo meto en la boca—. Te toca. ¿Cuánto tiempo sueles estar con una mujer antes de que sigáis caminos separados?

Aprieta los labios, y sé que trata de no reírse.

—Depende...



—¿De la mujer?

—Sí, y de la situación.

—¿Cuándo has durado más? No digo «¿Cuál fue la relación más larga que has mantenido?» porque sé que no las llamas así —comento. Bajo la vista al notar que me sonrojo. Estoy más incómoda que cuando él me ha preguntado por Wyatt.

Oliver se ríe.

—¿Cuándo he durado más...? —Cierro los ojos cuando lo oigo suspirar con fuerza—. Seguramente unos dos meses, más o menos.

—¿Solo?

Sonríe y me pasa el pulgar por las cejas para alisar mi ceño fruncido.

—Durante la mayor parte de mi vida he mantenido una aventura romántica con mis estudios. Ya sabes que siempre han sido mi prioridad.

Suspiro y le rodeo el torso con los brazos, enterrando la cara en su duro pecho.

—Gracias. Esta cita ha sido lo máximo. Te lo digo en serio. —Noto cómo se contrae su abdomen contra mí y lo oigo respirar hondo.

—Gracias a ti, por permitir que te secuestrara.

Sonríe al tiempo que echo la cabeza hacia atrás para apoyar la barbilla en su pecho mientras me mira.

—Puedes secuestrarme todas las veces que quieras.

Toda su cara se ilumina cuando sonrío. Veo que aparecen sus hoyuelos y que le brillan los ojos. Al verlo así, siento como si fuera mi cumpleaños y Navidad a la vez.

—Es posible que lo haga... —susurra con una promesa en su voz profunda.

## 30

Me seco las manos con un paño de cocina y cojo el móvil para leer el mensaje de texto que acabo de recibir de Oliver.

*«Sal».*

Frunzo el ceño y miro por encima del hombro hacia el patio trasero a través de la puerta abierta, donde está mi hermano. No sé lo que está haciendo, pero estoy segura de que está relacionado con la tabla de surf. Voy hacia la parte delantera de la casa y echo un vistazo por la mirilla. No puedo reprimir una sonrisa al ver a Oliver al otro lado de la puerta, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. Lleva una camisa gris a cuadros y una gorra tan calada que el pelo rubio casi le roza el cuello de la prenda. Abro la puerta y me apoyo contra ella, dejando la mano en la manilla mientras me recorre con los ojos. Como siempre, su mirada deja un rastro de fuego en mi cuerpo.

—Estás muy mono —le digo, y me río cuando arquea una ceja.

—¿Mono?

—«Mono» es un cumplido.

—Quizá sea apropiado para un crío de cuatro años —explica mientras da un paso adelante para compartir conmigo el espacio del porche.

Sonrío.

—No. Sirve para todas las edades. Puedes seguir siendo mono cuando cumplas ochenta años.

Curva lentamente los labios mientras se inclina hacia mí, estirando los brazos hacia arriba para agarrarse al marco superior de la puerta, haciendo que su pecho roce los míos. Aprecio un vislumbre de su estómago bronceado por debajo de la camisa, y muevo la mano para tocarlo. Él hunde la cara en mi cuello, y me besa ese punto sensible, aunque suelta un siseo cuando le aprieto con fuerza.

—Ya te daré yo a ti «mono» —susurra en un tono ronco. Sonrío al tiempo

que echo la cabeza hacia atrás—. ¿Dónde se ha metido tu hermano? — pregunta mientras mueve los labios desde mi cuello a mi hombro.

—En el patio trasero —musito antes de cerrar los ojos y ponerme de puntillas para estirarme hacia él.

—Vámonos a algún sitio...

Me muerdo el labio para ahogar un gemido mientras me recorre la clavícula con la lengua.

—¿A dónde?

—A cualquier sitio. A la playa, al embarcadero, a tomar *sushi*... A donde quieras... —Me besa también la mandíbula y la mejilla.

—Odias el *sushi* —le recuerdo, abriendo los ojos para buscar los suyos. Deja caer las manos desde el marco de la puerta y se endereza, acariciándome de paso la cara con el dorso de la mano.

—Puedo tomar tempura.

—Vale. Voy a decirle a Vic que me voy.

Oliver se aleja y me indica que lo acompañe.

—¿Qué está haciendo? —pregunta mientras nos acercamos a la puerta trasera.

—No estoy segura. Creo que está limpiando las tablas de surf.

—Encerándolas... —me corrige Victor, sorprendiéndome—. ¿Por qué estás tan nerviosa últimamente?

—No estoy nerviosa —aseguro, tragando saliva mientras intento contener el rápido latido de mi corazón.

—Lo estás... —Arquea una ceja y se pasa la mano por el pelo—. ¿Qué te cuentas tú, tío? —le pregunta a Oliver.

—No demasiado. Tengo el día libre.

—Me sorprende que no estés durmiendo —comenta Victor antes de volver a concentrarse en la tabla de surf.

—Bah... Quiero aprovechar el día. Estelle y yo nos vamos a tomar *sushi*. ¿Te apetece venir con nosotros?

Victor detiene las manos sobre la tabla y nos mira con los ojos entrecerrados; primero a Victor y luego a mí.

—No, gracias —replica mientras vuelve a mirar la tarea. Luego, como si se lo estuviera pensando mejor, nos observa otra vez. Estoy segura de que llega a escuchar el martilleo de mi corazón desde donde está. Me preparo para alguna pregunta inevitable cuando lo veo abrir la boca—. Nunca vas a volver

a tener citas si sigues saliendo con Oliver a todas horas. Te das cuenta de eso, ¿verdad?

—¿Cuántas veces vas a encerar esa parte? —pregunto. Le doy la espalda y me dirijo a la casa para ocultar mi irritación.

—¡Es un trozo diferente! —me grita.

—¡No, no lo es! ¡Nunca he visto a nadie encerar la misma tabla tantas veces como a ti! —replico.

Escucho que Oliver se despide antes de seguirme, y noto su presencia a mi espalda poco después.

—Algunas personas no saben encerar una tabla —murmura. Siento que su aliento me hace cosquillas en la nuca.

—¿Tú sí sabes? —pregunto, sonriéndole por encima del hombro.

—¿Qué tal si te demuestro cómo hay que frotarla? —me susurra al oído.

—¿Qué se te ha ocurrido? —insisto mientras salimos y nos acercamos al coche.

—Podemos ir a por un poco de *sushi* y hacer un pícnic en la playa.

—Me gusta el plan.

—A mí me encanta —asegura antes de darme un beso en la mejilla. Luego estira los brazos y me abre la puerta.

Antes de arrancar, encarga la comida por teléfono mientras me mira para obtener mi aprobación cada vez que nombra algo que piensa que me apetece. Una vez que cuelga el móvil, guardamos silencio durante un buen rato.

—Creo que deberíamos decírselo —comenta finalmente, entrelazando los dedos con los míos. Ante esa sugerencia, casi se me detiene el corazón.

—¿Y qué le diríamos exactamente? —pregunto por lo bajo, con la mirada clavada en el frente.

—Que estamos juntos.

—¿Estamos juntos? —Sonrío ante la idea.

Oliver se ríe y me suelta la mano para subir la suya a mi barbilla.

—¿No es así?

Mi sonrisa se hace más grande.

—No lo sé, doctor. ¿Estamos saliendo o no?

Lleva la mano a mi nuca y me acerca la cara hasta que nuestras narices se rozan.

—Te aseguro que sí.

—¿Cómo crees que reaccionaría si se lo dijéramos? —pregunto a un aliento

de sus labios.

—Se cabreará. —Hace una pausa para buscar mis ojos—. Conmigo, no contigo.

—¿No te preocupa que eso estropee vuestra amistad? —susurro.

Siento su aliento sobre mis labios cuando suelta un suspiro. Su aliento huele a menta, al mismo sabor que percibo constantemente en su boca.

—¿Por qué crees que he tardado tanto tiempo en decidirme, Elle? —replica en voz baja, besándome las comisuras de la boca, primero una y luego la otra.

Cierro los ojos, saboreando el contacto suave de sus labios.

—Creo que deberíamos esperar un poco más —decido finalmente.

Oliver retrocede y me mira, esperando una explicación. Un par de segundos después, abro la boca para responderle, pero la cierro cuando empieza a vibrar su móvil. Cuando responde, le dice al restaurante que va a pasar él a recoger la comida.

—No olvides lo que estabas pensando —me dice al tiempo que me toca la punta de la nariz antes de salir.

Me reclino sobre el asiento y suelto un suspiro. ¿Cómo puedo explicarle lo que siento? No estoy segura de saber expresarlo con palabras. Solo puedo recordar lo que dijeron todos cuando Wyatt y yo empezamos a salir. Sus susurros de desaprobación se convierten en un grito en mi cabeza mientras me quedo allí sentada, preguntándome si Oliver y yo tenemos un futuro juntos. Wyatt era un desconocido, pero Oliver es como de la familia. No dudo que Victor considerará que nuestra relación es casi incestuosa, a pesar de que no tenemos ningún vínculo de sangre. Observo a Oliver mientras vuelve al coche con una bolsa en una mano y el móvil en la otra. Tiene una expresión de preocupación que me pone nerviosa al instante.

—¿Va todo bien? —pregunto cuando entra y cierra la puerta.

—Sí, he tenido que llamar al hospital para que me informaran sobre un paciente —responde con el ceño fruncido.

—¿Alguien que conozca? —me intereso. Contengo la respiración al ver que no me responde de inmediato. No sé qué haría si le ocurriera algo a uno de los pequeños que he llegado a querer tanto.

—No. No es uno de tus niños.

—No sé cómo lo haces —musito.

—A veces, yo tampoco —reconoce en voz baja con un suspiro. Da una palmada que me hace pegar un brinco en el asiento y mirarlo. Se ríe al ver mi

expresión—. Últimamente saltas con todo.

Intento ocultar la sonrisa desviando la vista mientras pone el coche en marcha.

—No me has dicho todavía por qué prefieres esperar —me recuerda cuando estamos en la carretera.

Suspiro.

—Es que quiero mantenerlo en secreto más tiempo.

—Quieres que sea tu sucio secretito —presume con una sonrisa lobuna.

—No he dicho eso.

Se encoge de hombros.

—Eh..., que no me parece mal. Me gusta ser un sucio secretito.

Cada vez que dice «sucio secretito», algo en mi interior se estremece. Oliver se las arregla de alguna manera para que todo resulte sexy.

—No estoy diciendo que no quiera que lo sepa nadie porque me sienta avergonzada o algo así —explico, impulsada por la necesidad de dejarlo claro.

Busca sitio para el coche en el aparcamiento de 1000 Steps Beach y me dirige una sonrisa antes de salir para abrirme la puerta. Una vez fuera, coge un par de toallas del maletero.

—¿Sueles improvisar pícnicos a menudo? —le interrogo arqueando una ceja mientras le tiendo la mano para que me pase las toallas.

Él se ríe, sacude la cabeza y me abraza.

—Solo con chicas llamadas Estelle.

—Conozco a un par —respondo al tiempo que le doy un leve empujón para alejarlo de mí, fingiendo que estoy enfadada.

Inclina la cabeza a un lado sin dejar de sonreír.

—Y yo, pero solo se me ocurre una con la que pueda comer comida japonesa en la playa sin exigir ponerse un bikini.

Aprieto los labios mientras voy hacia las escaleras que bajan a la arena.

—¿Eso significa que no te gusta verme en bikini?

Nos apartamos para que puedan pasar algunas personas, y Oliver se inclina hacia mí.

—El bikini te queda de vicio, pero todavía me gustas más desnuda en mi cama, con las piernas bien abiertas para que me hunda entre ellas.

Me quedo quieta de repente, y me apoyo en la pared de roca que tengo al lado. Oliver me rodea la cintura para evitar que me caiga. Me giro entre sus

brazos y alzo la cabeza para mirarlo.

—Cuando estemos en público, prefiero que te guardes ese tipo de comentarios para ti mismo —advierto.

Se muerde el labio inferior intentando contener la sonrisa sin conseguirlo.

—¿Por qué? ¿Porque te pone cachonda y eso te molesta? —indaga, bajando la cara hacia la mía cuando asiento. Me pasa la punta de la nariz por la mandíbula hasta llegar a mi oreja en una lenta caricia, oliendo mi esencia mientras lo hace—. ¿Y si te dijera que me gusta ponerte así?

—¿Por qué querías excitarme cuando estamos a punto de comer en una playa pública? —pregunto con un susurro contra su cuello.

Se ríe.

—Quizá solo me gusta saber que puedo conseguirlo.

—Ya sabes que puedes excitarme —reconozco mientras me inclino para verle bien la cara.

Sus ojos verdes brillan con intensidad.

—Quizá quiera que me supliques que te lleve de vuelta a casa. —Baja la voz mientras pasa la mano por debajo de la blusa transparente que llevo puesta. Contengo el aliento y abro mucho los ojos mientras miro a la gente que pasa a nuestro lado, subiendo y bajando las escaleras.

—Oliver... —le advierto.

—Estelle... —imita mi tono mientras desplaza la mano hacia mi costado para detenerla allí, justo debajo de mi seno izquierdo.

—¿Quieres que vayamos a tu casa? —sugiero jadeante.

Separa los labios un poco mientras niega lentamente con la cabeza. Cuando me mira como en este momento, como si fuera la primera vez que me ve, como si fuera la mujer más fascinante que haya visto, me derrito entre sus brazos.

—Quiero hacer lo que te he prometido y llevarte de pícnic —dice bajito antes de acercarse más para posar los labios sobre los míos. Su boca se amolda a la mía, moviéndose lentamente mientras se toma su tiempo. Su lengua baila con la mía en una pausada seducción, todo lo contrario al ardiente fuego que bulle en mi interior. Cuando oímos el silbido de uno de los espectadores, nos separamos y nos miramos a los ojos con una sonrisa. Me pasa la punta de los dedos por el labio inferior y hace una mueca.

—Venga, vamos a comer antes de que el *sushi* se estropee y acabemos en urgencias. —Me gira para seguir avanzando.

Después de comer, nos quedamos sentados en la playa con las piernas estiradas y entrelazadas. Observamos a la gente, pues la arena está invadida por corredores, surfistas, bañistas y turistas.

—Creo que he estado aquí varias veces —recuerda Oliver después de un rato.

—¿Sí?

—Mis padres solían traernos cuando éramos niños. Cada vez que veníamos, Sophie me enterraba en la arena, hasta que un día casi me ahogó —me cuenta riéndose ante el recuerdo—. Mi padre se enfadó mucho con ella al principio, porque tuvo que desenterrarme a toda prisa, pero luego, al ver que estaba bien, nos reímos todos tanto que acabamos llorando. —Hace una pausa y me lanza una sonrisa triste—. Creo que fue la única vez que mis padres lloraron de felicidad. Eso me parece, al menos.

Me acerco más a él y apoyo la cabeza en su hombro. Pone la suya contra la mía y alarga el brazo para cogerme la mano.

—Es un recuerdo muy bonito —comento.

—Este es mejor —responde al tiempo que me aprieta los dedos.

Durante la semana siguiente, nos encontramos así. No en la playa, sino en breves intervalos que se convierten en largos períodos. Hablamos, nos reímos, nos besamos, hacemos el amor y bromeamos. No quiero decir que me siento completa cuando estoy con él, porque también lo estoy cuando no disfruto de su compañía, pero cuando estamos juntos, soy como una versión mejor de mí misma. Y creo que eso es lo que siempre me ha atraído de Oliver. Me hace sentir contenta en mi piel, no siento que deba cambiar o pretender ser de otra forma cuando estoy con él. Solo soy yo, y nunca me he sentido mejor siendo yo.



# 31

El siguiente domingo por la tarde, decido no ir a cenar en casa de los padres de Wyatt. Ni siquiera me molesto en ocultarle el motivo a Felicia.

—La semana pasada tuve una cita —digo. Noto que ella contiene el aliento. No menciono que la cita ha terminado transformándose en una semana de encuentros continuos. Incluso cuando no nos vemos, hablamos por teléfono e intercambiamos mensajes de texto.

—¿Y? ¿Qué tal resultó?

—Genial —reconozco, feliz—. En realidad..., fue maravillosa.

—Bien. Me alegro. Estamos felices por ti, Elle. ¿Lo sabes, verdad? Nos alegra ver que sigues adelante. Eres joven, guapa... Te lo mereces. Es lo que Wyatt querría.

No respondo que lo dudo mucho, porque no puedo imaginármelo animándome a seguir adelante, pero es algo que tiene que ocurrir de todas formas. Lo peor es que ni siquiera me siento culpable; solo a altas horas de la noche, cuando estoy sola y pienso en lo feliz que me hace Oliver, se filtra una leve culpa en mi conciencia. Es como si mi corazón ya hubiera decidido qué es lo que más le conviene, pero mi parte más racional sigue arrastrando esa carga cuando logra recordármela.

Cuando me despido de Felicia, bajo las escaleras para prepararme un sándwich porque estoy muerta de hambre. Parece que a menos que yo haga la comida antes de marcharme, aquí no cocina nadie.

—¡Elle, ¿puedes pedir una pizza?! —grita Vic desde la sala. A continuación, suelta un montón de palabrotas a la pantalla, lo que me hace suponer que los Forty-Niners están perdiendo.

—¡Sí! —respondo. Hago la llamada antes del sándwich, y luego me acerco con él en la mano a la sala—. ¿Cómo demonios te las arreglabas cuando yo no vivía aquí? —pregunto. Abro la boca para dar un bocado, pero me detengo cuando veo que no está solo. Oliver me saluda levantando la cerveza, igual

que Jenson, que nos mira a Oliver y a mí de manera rara. Sé que tiene algo que ver con lo que vio o creyó ver en la parte de atrás del pub hace un par de semanas. Victor no llega a apartar la vista del partido cuando me saluda con la mano.

—Es evidente que he sobrevivido —responde.

Cualquier otro día, Oliver daría una palmadita en el asiento, a su lado, invitándome a ocuparlo, pero hoy no lo hace. Me siento entre Vic y Jenson y apoyo los pies en la mesita del café mientras le doy al sándwich otro mordisco.

—¿De qué es? —pregunta Jenson, mirando el sándwich como si estuviera a punto de arrancármelo de la mano.

—Pavo y queso —respondo, ofreciéndole un poco, porque o hago eso o me lo quita él, lo que haría que lo mandara a la mierda y empezara una discusión en la que no quiero verme involucrada, especialmente porque sé que no tiene filtro.

—Gracias —me dice con una amplia sonrisa. Me guiña un ojo antes de soltar un sonido de satisfacción, mordiendo el pan. Pongo los ojos en blanco y me recuesto en el sofá. Mientras espero a que llegue la pizza, me quedo dormida apoyada en el musculoso brazo de Jenson. Solo me despierto sobresaltada cuando Vic vuelve a gritar, enfadado por una jugada. Entonces me doy cuenta de que estoy completamente envuelta por los brazos de Jenson. Me aprieta con fuerza cuando me sobresalto y trato de alejarme. Clavo los ojos en Oliver, que está relajado mirando el partido. Lo sigo observando hasta que nuestras pupilas se encuentran. Captó cierta incomodidad en sus ojos cuando desliza la vista a Jenson. Gruñe, suelta aire y mira hacia otro lado. No sé lo que espero que haga, pero que no tenga ninguna reacción evidente consigue que quiera gritar. No es como si deseara que estuviera celoso por esto, sería ridículo que se sintiera amenazado por Jenson, pero aun así... Me reprendo para mis adentros, ya que he sido yo quien ha insistido en mantener en secreto todo lo que está pasando entre nosotros. Le he pedido tiempo, pero a veces me gustaría que se lo contara todo a Vic a pesar de lo que le he dicho. Desearía que, por una vez, no hiciera lo que le pido. Suspiro y pellizco con fuerza el interior del brazo de Jenson. Él suelta un grito antes de liberarme.

—Tenías que venirte a vivir aquí —dice Victor con una sonrisa.

—¿Lamentas haberte mudado a la Gran Manzana? —le pregunto a Jenson

mientras doblo las rodillas y me siento sobre los pies.

—No. La mayor parte del tiempo me gusta estar allí, pero echo de menos mi hogar... Y tengo que ocuparme de algunas cosas por aquí.

Me hundo en el sofá mientras pienso en la escena cotidiana que se desarrolla ante mí, y me pregunto si también sería así si Oliver y yo estuviéramos saliendo de verdad. ¿Pasaríamos el rato con mi hermano y sus amigos? ¿Nos resultaría incómodo? ¿Nos sentaríamos en el otro lado de la habitación porque a él le daría demasiado miedo lo que pueda pensar y decir su mejor amigo sobre nuestra relación? Hundo los hombros ante la idea. Levanto la vista al sentir la mirada de Oliver clavada en mí, y sonrío cuando lo veo rozar el asiento del sofá, a su lado. Por fin, sin hacer caso a mi buen juicio, o quizá por eso, me levanto y me siento junto a él aprovechando el momento en el que los Forty-Niners hacen una gran jugada.

—Te he echado de menos hoy —me susurra al oído en cuanto pongo el trasero en el sofá. Intento ocultar la sonrisa con la manta con la que estoy tapándome—. ¿La compartimos? —me dice, haciendo que falle de forma estrepitosa—. Hace un frío...

—Claro. —Sonrío.

—No hace frío —asegura Jenson, mirándonos con el ceño fruncido.

—Estamos sentados justo debajo del aire acondicionado —explica Oliver al tiempo que señala el extractor con un gesto de cabeza. Coloco las rodillas de forma que queden pegadas al costado de su pierna, y él se acerca todavía más, tirando de mí para que mis pantorrillas queden sobre su regazo. Deja la mano allí, pasando la palma por mis muslos, lo que me hace estremecer de forma visible. Nuestros ojos se encuentran y me da un vuelco el corazón, porque conozco esa mirada. Sé perfectamente que va a bajar los ojos a mis labios y que luego me los lamerá lentamente mientras mi acelerado pulso me resuena en los oídos. En ese instante, hay otra jugada, y los gritos de Victor y Jenson por algo que ha hecho Frank Gore flota en el aire. No es que me importe si el equipo ha marcado, porque el único juego que me interesa es el de unos largos dedos que suben lentamente por el interior de mi muslo, y unos labios que se separan cuando me acerco a ellos.

Una fuerte tos nos trae de vuelta a la realidad, y prácticamente pegamos un salto antes de mirar a Jenson, que nos observa como preguntándose qué demonios estamos haciendo.

—¿Estás bien? —le pregunta Victor, apartando la vista de la pantalla para

mirarlo.

—Sí, claro. La cerveza se me ha ido por mal sitio.

Vic niega con la cabeza y abre otra lata.

—Oye, Bean, ¿te han dicho algo ya?

—Tengo una entrevista a finales de semana —responde.

—¿En San Francisco? —pregunta Jenson.

—Sí.

—Joder, ¿no? ¿No echarás de menos otra vez no estar en casa?

Trato de no mirarlo cuando responde. Intento no ver de reojo cómo se encoge de hombros, ni la forma en la que mueve las manos, indicando que le da lo mismo. Intento que eso no provoque un vacío en mi corazón, pero ocurre igual. Todo lo hace. Hemos hablado sobre su trabajo y sabemos que no hay muchas vacantes para él en este momento por esta zona. Eso no hace que me guste tener la certeza de que está buscando empleo en un sitio tan lejos cuando por fin nuestra relación empieza a arrancar. Es decir, basta que surja su carrera para que su ambición tome el control y lo aplaste todo. Como siempre.

—El hogar está donde te sientes a gusto —dice.

Cierro los ojos y me levanto, dejando caer la manta. Rodeo el sofá para salir de la sala.

—Voy a... —Mi voz se apaga mientras sigo alejándome, sin que se me ocurra una excusa válida. Me detengo en la cocina para coger una botella de agua.

—¿Estás enfadada? —me susurra cuando estoy cerrando la nevera.

Resoplo.

—¡Sí, estoy enfadada, genio!

Me mira como si la respuesta estuviera escrita en mi cara, y es entonces cuando me doy cuenta de que realmente no lo entiende. No comprende por qué la posibilidad de que trabaje en San Francisco puede afectarme.

—¿Por qué no me has hablado de las entrevistas? —susurro. Al ver que no responde, niego con la cabeza—. No puedo con esto ahora. Le he prometido a mi madre que le echaría una mano. Tengo que marcharme.

—No puedes marcharte en mitad de una discusión —dice, haciendo que me gire para mirarlo. Inclina la cabeza para buscar mis ojos—. Ni siquiera me han entrevistado todavía, Elle. No es como si me hubieran ofrecido ya un trabajo allí.

—Pero lo harán.

—O quizá no, cariño —dice. Su voz es un leve roce en mi oreja.

—Te lo ofrecerán —repito, sintiendo que se me llenan los ojos de lágrimas—. Conseguirás ese empleo porque eres inteligente, tu trabajo es impecable y te has graduado con unas notas casi perfectas. Cualquier clínica se sentiría agradecida de contar contigo. Me has dicho que no puedes competir contra un fantasma. Bueno, yo no quiero hacerlo con tu trabajo.

Me alejo de él.

—No tienes que hacerlo —responde Oliver justo en el mismo momento en que Vic entra en la cocina, chocando conmigo.

—¿Que pasa? —pregunta—. ¿Qué está ocurriendo?

—Nada —digo.

—Estamos hablando de la vida —interviene Oliver.

—Voy a salir. Esta noche dormiré fuera —le aviso al tiempo que voy hacia la puerta.

Victor silba por lo bajo.

—¡Joder! ¿Tres noches seguidas? Tienes que presentarme cuanto antes a ese cabrón. ¿Le has dicho que tu hermano es abogado, tiene una pistola y conoce a mucha gente en la policía?

—Idiota... Me voy a casa de mamá —le digo al tiempo que me muevo la cabeza. Miro por encima del hombro al percibir una sombra junto a la nevera y mis ojos quedan atrapados por los de Oliver.

—Tenemos que hablar —me advierte. Asiento con la cabeza y le indico que me llame.

Una hora y cien tarjetas de felicitación dobladas y metidas en sobres después, reviso los avisos del móvil. Al ver una llamada perdida de Oliver, se la devuelvo.

—¿Dónde estás? —pregunta en cuanto descuelga después del primer timbrado.

—En casa de mis padres.

—Estoy de camino.

—¿Qué? No —digo, mirando a mi alrededor, horrorizada de cómo he dejado mi vieja habitación en menos de diez minutos.

—No bloques la ventana.

—¡Oliver! Ya no somos adolescentes..., ¿cómo vas a subir por el árbol?

—¿Me estás llamando viejo? —pregunta en tono risueño.

—Quien se pica ajos come...

—No es así —protesta con un gruñido que me hace sonreír, a mi pesar.

—¿Estás diciéndome que no quieres que te rasque?

—¿Quieres que te recuerde las consecuencias si no lo haces?

De alguna forma, logro reírme del vuelco que me da el corazón.

—De acuerdo. No bloquearé la ventana.

Oliver atraviesa mi ventana lo que me parece horas después, y se sienta a mi lado en la cama. Tira de mí para que apoye la espalda en su pecho.

—Has tardado una eternidad —susurro.

—He tardado diez minutos.

—Se me han hecho eternos.

—Eso me pasa a mí siempre que no estoy contigo —murmura, abrazándome con fuerza—. Has dicho que no quieres competir contra mi trabajo —musita contra mi cuello—. Y estoy de acuerdo. ¿Es eso lo único que no quieres hacer?

Suspiro en voz alta.

—Eso y superar la parte en la que disfrutamos de un fin de semana increíble los dos juntos y luego me dejas. No estoy preparada para entregarme a ti por completo y luego perderte. Pero lo he hecho, Oliver. Me he entregado totalmente a pesar de mis reservas —replico, cerrando los ojos.

Me da la impresión de que ya hemos cantado y bailado este tema un millón de veces. Sin embargo, aquí estamos, y me doy cuenta de que prefiero dejar que la historia se repita porque la otra opción, esa en la que vivo la vida sin sentir cómo me hace sentir él, va contra todo lo que necesito. Si esto es amor —amor verdadero—, como siempre he pensado, no es más juego de azar que la ruleta rusa. El arma hace clic cuando llega a ti, y te estremeces de anticipación porque puede ser la última vez que cojas aire, pero luego continúas hasta la siguiente ronda... y la siguiente. Luego, llega la vez en la que el clic está cargado, y sencillamente no puedes apartarte.

—Y te lo agradezco, Estelle. De verdad. —Suelta el aire—. Me gustaría saber lo que va a pasar. Ojalá supiera lo que traerá el mañana, para que esto no sea tan difícil.

—No me importa el futuro, Oliver.

—Te importa, Elle. Puedes mentirte a ti misma y decir que no, y que solo

quieres divertirte y disfrutar lo que puedas mientras sea posible, pero te importa.

Una pausa.

—Ligas con todas las mujeres que conoces y nunca mantienes una relación seria. Mi hermano no hace más que decirme lo fácil que te resulta pasar de tus rollos y lo poco que te importa que te dejen, entonces, ¿por qué te importa cuando se trata de mí?

Me besa en el hombro y hunde la cara en mi cuello.

—Si me ofrecen el trabajo que quiero, te lo diré, y decidiremos juntos lo que vamos a hacer al respecto, ¿te parece bien? Yo no ando subiéndome a los árboles ni colándome por las ventanas, Elle. No persigo a nadie. No les explico mis decisiones a las mujeres con las que estoy. Si no les gusta cómo actúo, son libres de marcharse, como yo. Creo que el hecho de que esté aquí ahora es muy elocuente.

—Lo sé —susurro.

—¿Así que me crees cuando te digo que me importas? —murmura contra mi hombro.

—Te creo, y no quiero que te preocupes por mí cuando vayas a la entrevista la semana que viene. —Dudo que vaya a preocuparse: cuando se dedica al trabajo, se entrega a fondo, pero creo que he hecho bien al decir las palabras en voz alta. Siento que empiezo a retroceder, juntando todas las dispersas esperanzas que estoy poniendo en lo nuestro.

Deja escapar un profundo suspiro y me rodea las piernas con las suyas, con la cara en el hueco de mi cuello y los brazos alrededor de mi cintura... Y así es como pasamos la noche. Pero a pesar de que estoy en mi rincón favorito del mundo, duermo muy poco. Lo único en lo que puedo pensar es en que me he metido en esto hasta el fondo, como de costumbre, y sé que no saldré ilesa.

Unos días después, cuando entro en el hospital, veo a Oliver a lo lejos, hablando con uno de los médicos, un hombre al que he visto antes pero que no conozco. No me acerco a él antes de entrar en la clase de arte, y lo prefiero así. Me he dicho a mí misma una y otra vez que no iba a perder la cabeza por este hombre, aunque, para empezar, llegué a decirme que no iba a estar con él. Aun así, sabiendo que está haciendo esas entrevistas, tengo que ir

asimilando esto día a día. La última vez que estuvimos juntos, cuando salió de casa de mis padres al rayar el alba, le dije que teníamos que ir más despacio. He ignorado sus llamadas, aunque tampoco han sido tantas. He oído por el hospital (realmente me lo ha dicho Mae) que los últimos días ha estado trabajando sin parar, así que no he tenido demasiado tiempo libre.

Ya en la sala de arte, dejo el periódico sobre la larga mesa y ordeno las cajas transparentes de plástico que he traído. Coloco dentro de cada una diferentes figuras de vidrio, todas de bonitos colores, y luego pongo un mazo al lado de cada caja. Cuando llegan los niños acompañados de la enfermera de turno (la de hoy es Tara), le doy la bienvenida a cada uno y les indico que ocupen los asientos. Poco después entra Oliver, que me guiña un ojo con una persistente sonrisa. Luego se acerca a Danny y revisa la tabla que cuelga en la bombona de oxígeno.

—No me digas que vamos a romper esto —dice Mae.

—¡Joder! ¿Vamos a romper algo? —grita Mike, dando un puñetazo al aire.

Tara, Oliver y yo nos reímos al tiempo que negamos con la cabeza ante su entusiasmo.

—Es posible que quieras usar el mazo, Thor —me burlo de él, arqueando una ceja. Mike sonrío.

—Así que Thor, ¿no? —suelta, haciendo que ponga los ojos en blanco.

—Recuerda las reglas...

—Es que no me gustan las reglas —admite, y me río mirando a Oliver. Espero que él también esté riéndose, pero en cambio está mirando a Mike, lo que hace que todo sea todavía más gracioso.

—De todas formas, y para responder a tu pregunta, sí, hoy vamos a romper estas figuras.

—Pero... ¿un delfín? —dice Mae, sacando un delfín de cristal de su caja—. ¿Y una tabla de surf?

Sonríó antes de asentir moviendo la cabeza.

—Solo son cosas.

—Son cosas bonitas.

—Bueno, pero vamos a hacer algo todavía más bonito. Además, si te fijas bien, te darás cuenta de que están un poco rotas —indico mientras señalo el delfín, al que le falta la cola, y la tara que tiene la tabla de surf.

No me doy cuenta de que Oliver sale de la habitación, pero cuando oigo cerrarse la puerta, ya estamos metidos de lleno en el proyecto. Hacén



pequeñas versiones de corazón, aunque todas parecen más bien una pelota. Sin embargo, los niños están emocionados con ellos.

—Ahora tengo que llevármelos para meterlos en el horno —digo.

—¿Para meterlos en el horno? —pregunta Danny.

—Sí, hay que cocerlos a altas temperaturas, dejarlos secar y luego estarán terminados. ¿Queréis convertirlos en llaveros o dejarlos como están?

—¡Llaveros! —se apunta Mae.

Mike frunce el ceño mirándola.

—Ni siquiera tenemos carnet de conducir.

Ella sonrío petulante.

—Eso dilo por ti. Yo me lo sacaré muy pronto.

—Estupendo. Entonces que sea un llavero —murmura Mike.

Comienzan a salir y, mientras estoy limpiando, se abre la puerta de nuevo. Veo aparecer a Jen con un hombre vestido de traje.

—¡Hola! Me alegro de haberte pillado —me dice, sonriente—. Te presento a Chris, es mi jefe. Quien le dio luz verde a tu proyecto.

Doy un paso atrás un tanto sorprendida, porque Chris parece tener más o menos mi edad, así que me sorprende que ocupe un puesto superior a Jen.

—Encantada de conocerte. —Me limpio las manos con el delantal—. Lo siento, en este momento estoy un tanto... sucia. —Se me escapa una risita nerviosa.

Jen sonrío.

—Bueno, al menos nadie podrá decir que no estabas trabajando... —Mira a su alrededor y contiene la respiración al ver lo que hemos estado haciendo—. ¿Esto es lo que habéis hecho hoy? Qué preciosidad...

—Todavía no están terminados, tengo que llevarlos al estudio... —adviento, esperando que capte la preocupación en mi voz y no intente cogerlos. Por suerte, se limita a mirarlos con asombro, lo que me hace sonreír más.

—Me encanta lo que has hecho en este lugar, Estelle. En realidad en todas partes. En las habitaciones, en los pasillos... Ya no parece un hospital —interviene Chris, mirándome.

Jen mira el reloj.

—Lamento tener que dejaros, pero debo acudir a una cita con un visitante médico. —Mira a Chris, que sonrío y se despide de ella con la mano. Cuando ella desaparece y la puerta se cierra, empiezo a sentirme un poco incómoda al

quedarme a solas con este tipo de traje, y no sé qué más decir. Él está observando todo lo que nos rodea, así que durante un rato no me siento rara. Me lavo las manos y me quito el delantal antes de ir hacia la puerta. La abre y me deja pasar delante.

—¿Cuánto tiempo tienes pensado continuar con el curso?

—¿Sinceramente? No lo he pensado. He supuesto que Jen me diría que lo dejara cuando ya no me quisierais por aquí —suelto con una sonrisa.

—Bueno, por eso quería conocerte y hablar contigo. —Se detiene cuando llegamos al puesto de enfermeras, que es diferente desde que esta parte del hospital está de nuevo en uso.

—¿Quieres que deje de venir? —pregunto despacio. No me tomaría como algo personal que dijera que sí, porque sabía desde el principio que se trataba de algo temporal, pero sin duda quiero seguir adelante con este proyecto. Así que me preparo para defender mi postura mientras espero su respuesta.

Chris frunce el ceño y mira a las enfermeras que charlan a su espalda antes de volverse de nuevo hacia mí.

—¿Podemos ir a hablar a algún sitio?

—Claro. ¿A tu despacho?

—En realidad —se encoge de hombros como si sintiera algo de vergüenza—, ¿te importaría que bajáramos a la cafetería? Hoy tampoco he comido.

Me río.

—En absoluto.

Mientras bajamos por las escaleras, Chris me cuenta que aunque comenzó a trabajar en el hospital mientras estaba en la universidad, ascendió cuando se graduó y siguió subiendo al obtener el máster.

—¿A qué te dedicas cuando no estás aquí? —pregunta después de hacerse con una bandeja con comida y sentarse en una mesa a mi lado.

—Me dedico al arte. —Sonrío cuando asiente, como si hacer arte fuera una especie de *hobby*—. También tengo un seminario para después del colegio para niños que no tienen a dónde ir.

—Guauuu... Sí que te deben de gustar los niños —comenta, limpiándose la boca.

—Supongo.

—¿Tienes muchos hermanos?

—Solo uno. Mayor que yo, pero sus amigos siempre estaban en nuestra casa, así que supongo que podría decir que soy la pequeña de los cuatro. —

Suelto una risa. Miro hacia otro lado mientras come y veo a Oliver sentado en el extremo opuesto de la cafetería. Está con el mismo médico con el que estaba hablando antes. No sé cómo no lo he visto todavía, pero por la forma en la que me observa, parece que él sí se ha dado cuenta de mi presencia. Meto la mano en el bolso y saco el móvil. Veo que tengo una llamada perdida y dos mensajes de texto.

—Sé lo que es eso, más o menos. Tengo dos hermanos más pequeños —me cuenta Chris. Hago un sonido para que sepa que sigo escuchándolo mientras miro los mensajes.

*«¿Te has marchado?».*

*«No importa. Ya te he visto».*

Frunzo el ceño.

—¿Va todo bien? —pregunta Chris.

Lo miro.

—Sí, claro. Entonces, ¿qué querías decirme sobre el curso? —indago mientras escribo un mensaje.

*«Yo también te he visto».*

—Me preguntaba si podrías seguir viniendo. El curso era muy aburrido con la profesora anterior. Creo que los niños no tenían una relación fluida con ella dado que era mayor y muy estricta y, sinceramente, no hacía cosas tan bonitas —admite con una sonrisa.

—¿Era la responsable de los peces que había en las paredes? —pregunto.

—No te imaginas las ganas que tenía de cubrir esas paredes.

Me río de su expresión de horror.

—Y yo pensando que nadie del hospital tenía buen gusto.

—Tengo un gusto perfecto. Bueno, yendo al grano, ¿qué te parece venir una vez a la semana? ¿Te iría bien? Nos encantaría que vinieras dos veces a la semana, pero no estoy seguro de que la junta esté dispuesta a pagar tanto.

Me sorprende que mencione un pago.

—Lo cierto es que no me he apuntado para cobrar a cambio.

—Lo sé, pero a nadie le amarga un dulce. —Se encoge de hombros, mientras mira su propio teléfono.

—Yo no lo necesito. —Imito su encogimiento de hombros y bajo la vista.

*«Te echo de menos».*

Me da un vuelco el corazón. Levanto la vista y veo que sigue sentado en la

misma mesa, ahora ya solo, mirándome.

*«¿Por eso me miras como si estuvieras enfadado con el mundo?».*

—Con respecto a los corazones que han hecho los niños —menciona Chris de repente—. ¿Es lo que haces?

Asiento moviendo la cabeza.

—¿Los vendes?

—Sí —digo, asintiendo de nuevo.

—¿Cuánto cuestan?

—Bueno, supongo que depende del tamaño.

—¿Los haces por encargo o ya tienes algunos?

Frunzo el ceño mientras sonrío.

—Tengo algunos, pero también acepto trabajos personalizados y a medida.

Chris respira hondo y se frota la frente.

—Tengo que hacerle un regalo a mi prometida por nuestro aniversario, pero no sé qué comprarle. Cualquiera pensaría que después de estar juntos durante ocho años debería saberlo, ¿verdad? —Se ríe—. Aunque estoy seguro de que le encantaría que le regalara uno de esos corazones tuyos.

—Bueno, puedo enseñarte algo cuando vuelva el jueves para trabajar con los niños.

Sonríe.

—Me encantaría. ¿Sabes dónde está mi despacho? Enfrente del de Jen, en la misma ala que la sala de arte.

—Estoy segura de que lo encontraré.

Nos levantamos a la vez y nos miramos con timidez el uno al otro. Echamos un vistazo a los móviles antes de volver a observarnos. Por fin, me tiende la mano y se la estrecho.

—Hasta el jueves.

Me despido y me acerco a la mesa de Oliver, pero él se levanta antes de que llegue y me hace una seña para que vaya al pasillo. Lo sigo a una habitación al lado de la cafetería. Cierra la puerta cuando entramos y me sostiene contra la pared. Empieza a besarme antes de que pueda decir nada. Le tiro del pelo, él tira del mío y acariciamos la cara del otro cuando nuestras lenguas se encuentran. Me separo jadeante.

—Sí que me has echado de menos. —Jadeó—. ¿Sueles abordar así a las mujeres en las habitaciones del hospital?

Oliver apoya la frente en la mía y suspira con fuerza.

—Sin duda no. Por lo general, no estoy tan desesperado.

Gime cuando le paso las uñas por el pecho.

—Háblame más sobre esa desesperación tuya, doctor Hart —murmuro, poniéndome de puntillas para pasar la lengua por la unión de sus labios. Él me embiste con las caderas, haciéndome gemir por lo duro que está.

—Necesito otra cita —susurra contra mis labios, con las manos por debajo de mi camiseta.

—¿Tratas de aprovecharte de mí en medio de la jornada laboral? —pregunto, arqueando la espalda cuando desliza los dedos dentro del sujetador.

—He terminado el turno hace más de una hora —informa mientras me roza los pezones con los pulgares.

—¿Y te has quedado?

—A esperarte...

—¿De verdad? —insisto, jadeando cuando inclina la cabeza y me captura el pezón con la boca.

—Mmm... —responde contra mi piel.

—¿Y luego te has quedado allí sentado, mirándome desde el otro lado de la cafetería?

—Ese hombre no es tu tipo —asegura, antes de lamirme el otro pezón.

—¿Qué? —le agarro la cabeza para detener sus movimientos y hacer que me mire.

—El tipo con el que estabas. No es tu tipo.

No puedo evitar la sonrisa.

—¿Crees que estaba teniendo una cita con alguien en la cafetería del hospital en el que trabajas?

Suelta un largo suspiro sin dejar de ahuecar las manos sobre mis pechos.

—¿Y cómo lo llamarías?

Me río, negando con la cabeza. Le cojo la barbilla para que me vuelva a mirar.

—Decir que eso es una cita suena ridículo. ¿Te molestaría que fuera así?

Me tengo que reprimir con todas mis fuerzas para no reírme por la forma en la que se encoge de hombros, mirando a otro lado.

—¿Quieres decir que me has traído aquí porque estabas celoso?

Me mira con un parpadeo.

—No estoy celoso.

—Entonces, si te digo que ese hombre me ha propuesto una cita de verdad, fuera del hospital, no te molestaría, ¿verdad?

—¿Lo ha hecho? —gruñe.

—¿Te importaría?

—Sí.

—¿Por qué? —pregunto, hundiendo los dedos en su pelo. Él cierra los ojos al sentir mi movimiento.

—Porque... —Se inclina hacia mí—. Porque...

—¿Mmm...?

Abre los ojos.

—Porque no quiero que salgas con nadie que no sea yo. Quiero que solo estés conmigo. Quiero ser el único hombre con el que salgas.

—Pues sé ese hombre —respondo.

—Lo seré —asegura, inclinándose para besarme—. Lo seré.

—Vale. —Me meto entre sus brazos, deseando poder quedarme entre ellos para siempre.

La posibilidad de que esto sea algo que no pueda hacer todos los días me duele.

Como si sintiera mi inquietud, se aleja y me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos.

—Elle, solo es una entrevista —susurra mientras me mira.

Respiro hondo y cierro los ojos. Aunque no es solo una entrevista, es un cambio de existencia. Me recuerdo a mí misma que la vida es corta. «Mira lo que le pasó a Wyatt». No pienso hacer que Oliver se sienta culpable por hacer lo que le gusta. No puedo ser el tipo de chica que le exige a alguien que renuncie a sus sueños para obtener su propia felicidad. Cuando me siento otra vez tranquila, vuelvo a abrir los ojos.

—Lo sé. Ve a por todas en esa entrevista, Bean. Haz lo que sea necesario.

Levanto la mano y lo beso en la mejilla. Él vuelve a abrazarme, pero lo detengo.

—Llámame cuando vuelvas.

De alguna forma, logro dejar de mirar sus grandes ojos verdes, me alejo de sus cálidas y enormes manos, de la sensación de confort que me brindan. Salgo de la habitación y del hospital sin mirar atrás.

## 32

Sentada fuera, en una de las sillas del jardín de mis padres, cojo el trozo de vidrio más grande y me pincho. Comienzo a maldecir mientras alterno entre sacudir la muñeca y chuparme el pequeño corte que me he hecho en la punta del dedo. Hacía mucho tiempo que no me pasaba...

—Se supone que esto es una celebración —me dice mi madre, que llega por detrás de mí con dos vasos de limonada en las manos.

—Y lo es —reconozco mientras cojo el que me ofrece.

—¿No te alegras de haber vendido por fin la casa?

Suspiro. Dejo a un lado la caja que tengo en el regazo y apoyo las piernas en la silla.

—Me siento feliz, aliviada y un poco emocionada.

—¿Triste? —pregunta. La miro y veo que sonrío.

—No, no estoy triste —respondo, y me siento aliviada de que sea cierto. Quizá tenga que ver con el hecho de que ahora me parece que llevo una eternidad viviendo en la casa de Victor. Quizá lo he llegado a aceptar, aunque una parte de mí siempre lamentará haber perdido a Wyatt como lo hice; he sobrevivido y he encontrado la forma de seguir adelante.

—Y has vendido también la pintura de Wyatt que tanto te gusta. Estás dando pasos muy importantes. Me siento orgullosa de ti. —Me mira sonriente.

—Gracias. Yo también me siento orgullosa —reconozco devolviéndole la sonrisa.

—¿Vas a conservar la galería? —pregunta mi madre, aunque me parece más una afirmación que una pregunta.

Frunzo el ceño ante sus palabras.

—Claro.

—Sabes que si necesitas ayuda para abrir otra nueva y empezar de cero estamos a tu lado, ¿verdad?

Me quedo en silencio durante un momento. La galería posee tanto recuerdos como la casa, pero, de alguna forma, he logrado tratarlos de manera diferente. Cuando estábamos allí juntos, yo estaba en mi estudio y Wyatt en el suyo. No compartíamos aquel espacio igual que el dormitorio.

—Gracias, pero por ahora está bien. Lo volveré a considerar cuando termine el contrato de alquiler.

—¿Y cuándo es?

—A finales de mes. —Resoplo al ver que mi madre niega con la cabeza.

—Cómo te gusta dar largas... —responde con una sonrisa—. Ahí tienes mucho vidrio... ¿Cuántos corazones se han roto esta vez?

Mis padres siempre están de broma con mis corazones. Ni siquiera saben cómo llegué a hacerlos, pero los consideran bonitos y me apoyan. Las primeras personas que compraron mis corazones fueron un grupo de mujeres mayores, cabreadas por no tener pareja en San Valentín. Los convirtieron en el *leitmotiv* de su fiesta «¿Quién cojones necesita a un hombre?». Al año siguiente, las tres estaban casadas. Sin embargo, esto último suele ignorarse en cualquier conversación sobre corazones rotos, porque a todo el mundo le gusta contar la parte triste, que eran divorciadas hartas de tener citas desastrosas.

Sonrío.

—Me complace informarte de que estos corazones son para una fiesta nupcial.

—¿De verdad?

—De verdad. —El director del departamento que supervisa el curso de arte en el hospital compró uno para su prometida. Luego ella decidió que quería que cada una de sus damas de honor tuviera uno.

—Eso está bien. Debe de tener mucho dinero para ser tan generosa... —comenta. Las dos nos damos la vuelta al oír el grito de mi padre informándonos de que está empezando a llegar la gente para la barbacoa.

—Voy a guardar esto. —Me pongo en pie y me estiro.

—¡Ya estoy aquí! —grita Mia al entrar en el patio. Por primera vez en dos días, siento un poco de agobio.

—Por favor, ayúdame con esto —le pido mientras recojo una de las cajas. Ella se acerca y coge la otra.

—Son muy bonitos —comenta mientras vamos hacia la casa. Las dejamos en el salón, junto a la puerta principal. Nos quedamos allí cuando se



aproxima su madre, y la conversación deriva hacia los corazones, las fotografías de Mia y los niños. Cada vez que mis padres celebran una barbacoa es lo mismo. Las mismas charlas..., la misma gente... Sin embargo, nunca me canso de sus barbacoas. Me perdí un montón cuando estaba con Wyatt porque..., bueno, a él no le gustaba asistir. Decía que se sentía como un extraño, y me dolía que pensara eso, así que yo tampoco venía. No me arrepiento de haber actuado así, aunque en ese momento las echaba de menos. Mi familia también lo entendió; sabía que si estuvieran en mi lugar, habrían actuado igual.

Un poco después llega Victor, acompañado de una chica a la que no había visto nunca y una amiga de esta.

—Te presento a Madelyn y a su amiga Emma —dice cuando se detienen a mi lado—. Madelyn es la hermana de Bobby.

Mia y yo intercambiamos una mirada antes de clavar los ojos en Victor. Después saludamos a Madelyn y a Emma, que parecen mis hermanas pequeñas. Lo primero que se me pasa por la cabeza es... qué opinará Oliver sobre esto. No hemos hablado mucho desde que se marchó a la entrevista, la semana pasada. Intercambiamos un par de mensajes de texto y una llamada de teléfono, cuando me llamó porque quería escuchar mi voz, pero no hemos vuelto a hablar de lo nuestro. Por suerte, he estado lo suficientemente ocupada como para que solo me haga preguntas al respecto por la noche, o en momentos como este, cuando la realidad me golpea en la cara.

—Jenson está a punto de llegar —informa Vic después de que las chicas se alejen. Le gusta advertir a Mia sobre la presencia de su amigo. Al menos tiene el detalle de ponerla al tanto para que no la coja por sorpresa.

—Pensaba que había tenido que marcharse por un trabajo. —La voz de Mia es más seria que unos momentos antes.

—Ha habido un cambio de planes —explica Vic antes de darse la vuelta.

—Oye, Vic —intervengo—, ¿cómo es que has traído contigo a la hermana de Bobby? —pregunto mientras señalo con la cabeza a las dos chicas que ahora están intercambiando unas palabras con mi madre y con Bettina.

—Ha pasado la noche en casa.

Lo miro boquiabierto.

—¿Te has liado con la hermana de tu amigo? ¿Cuántos años tiene esa chica?

—Tranquilízate... —Se ríe de la expresión de mi cara—. Es mayor de edad

y los dos somos adultos responsables. Era lo más caballeroso, dado que era demasiado tarde y Emma estaba borracha, después de pasarse el día bebiendo.

Se me calientan las orejas al oír su confesión, pero trato de reprimir la ira que bulle dentro de mí. Tiene razón en eso de que ambos son adultos responsables, pero me parece muy hipócrita por su parte haberse liado con la hermana pequeña de su amigo cuando se pasa la vida advirtiendo a sus colegas que no se acerquen a mí.

—¿Y su hermano?

—Trabajando en un caso.

—Todavía no puedo creerme que te hayas acostado con ella —exploto finalmente, mirándolo.

—Ni que tuviera diecisiete años. —Parece ofendido o algo así.

Por el rabillo del ojo, veo que Mia cruza los brazos y la imito al tiempo que lo miro con más intensidad, lanzándole dagas mentalmente. Vic se ríe por lo bajo y clava los ojos en el suelo.

—Me gusta, ¿vale? —Cuando se aleja, me vuelvo hacia Mia y le digo sin palabras cuánto odio a mi hermano, y ella asiente, totalmente de acuerdo. Después de dejar claro lo repugnante que nos parece el comportamiento de Vic, nos vamos afuera y nos servimos dos vasos grandes de la sangría especial de mi madre.

—¿Estás bien? —le pregunto a Mia, que parece que se ha tragado una rana.

Cuando asiente sin añadir nada más, busco a Jenson con la mirada. Llega justo en ese momento con Oliver, y ambos se ríen y hablan como si acabaran de salir de una sesión fotográfica para un anuncio de Abercrombie. Como si no fueran responsables de nuestra incomodidad e inquietud. Es verlos y que se me revuelva el estómago.

—¿Nos largamos? Podemos irnos sin más —sugiero, esperando que esté de acuerdo. Pero no lo hace, compone una sonrisa y se gira hacia mí con una expresión claramente determinada en los ojos.

—No. A tus padres les hace muy felices que estés aquí este año —explica mientras me coge la mano—. Sobreviviré.

—Siempre lo hacemos, ¿verdad? —Esbozo una sonrisa cuando veo que Oliver y Jenson se acercan a Vic y las chicas. Las dos los saludan con unos abrazos demasiado afectuosos que hacen que se me encoja el corazón. Aprieto más la mano de Mia al ver que Emma casi se funde con Oliver, que

esboza una sonrisa.

—Voy a llamar a Nathan —suelta ella de repente. La miro boquiabierta.

—No, no lo vas a llamar. —Sonríó a mi pesar. Ninguna de las dos suele recurrir a juegos de esos en los que el objetivo es conseguir poner celoso a alguien. Supongo que yo nunca tuve que aplicarlos con Wyatt porque ya lo era demasiado, pero ese no es el caso de Mia. Los amigos de mi hermano se parecen todos mucho en una cosa: la seguridad que tienen en sí mismos. Siempre están convencidos de que conseguirán a la mujer que se propongan. Jenson siempre ha tratado a Mia como si no fueran a llegar a ninguna parte, aunque no es un mal tío; es evidente que pensaba que la tenía segura. A pesar de lo extravagante que resulta Mia, cuando estaba con Jenson nunca lo parecía. Siempre se mostraba servil, se quedaba callada cuando él estaba cerca, porque Jenson es el más bullicioso de los dos. Cuando todo salió mal, ella salió del caparazón como una momia dispuesta a renacer. Sé que usa como escudo esos comentarios tan burdos porque nunca ha vuelto a ser la misma después de liarse con Jenson. Al menos en público. Solo veo a la verdadera Mia en momentos como este, cuando permanece vulnerablemente silenciosa. Los miro de nuevo: están hablando y riéndose con esas chicas... De repente, decido que a la mierda con todo; nosotras también podemos divertirnos.

—Dile que traiga a algunos amigos —sugiero, mirando la espalda de Oliver. Lleva el pelo más corto que la última vez que lo vi, por lo que imagino que se lo habrá arreglado antes de la entrevista. Por supuesto, lo sigue teniendo precioso, peinado hacia atrás y con algunos rizos a la altura del cuello de la camisa. También se ha afeitado la barba, por lo que la piel de esa zona se ve más clara.

—Vamos —dice Mia mientras escribe frenéticamente en el teléfono—. Ahora volvemos. —La sigo por la puerta lateral y no puedo reprimir la risa cuando dice «hijos de puta» en voz baja. En estos momentos, la adoro.

Subimos a mi habitación y me ayuda a ordenar los corazones en los que estaba trabajando antes de la fiesta, hasta que Nathan nos llama para decirnos que están fuera. Trotamos escaleras abajo y salimos corriendo para reunirnos con Nathan, Hunter (sí, ese «Hunter») y Steven. Son los chicos con los que hemos salido durante la época del instituto y la universidad. Resultan muy divertidos, y son muy buenos chavales.

—Hace años que no te veo —me dice Hunter después de darme un gran

abrazo.

—Ya. ¿Qué es de esa chica con la que estabas saliendo? Emily, ¿verdad?

—Nos estamos tomando un descanso. Ya sabes lo que pasa con las relaciones a larga distancia —resopla al tiempo que se encoge de hombros—. De todas formas, es algo serio.

Sonríó al oírlo. Hablamos durante un buen rato, hasta que me olvido por completo de la fiesta que hay en el patio trasero, y de los hombres a los que íbamos a intentar poner celosos. Estoy segura de que a Mia le ocurre lo mismo. Me siento como si volviera a estar en el instituto, y a veces lo único que una necesita es volver a actuar como una adolescente. Nos reímos y bromeamos sobre los días en los que Nathan iba a lucha libre, y después de una estúpida demostración de alguna de las llaves, en las que me utiliza como adversaria, acabo de rodillas en el suelo. Aunque me río, me froto porque me he duele un poco.

—¿Estás bien? —pregunta Nathan, examinándome preocupado.

—Sí. Aunque es obvio que somos demasiado viejos para jugar a esto, sobreviviré —anuncio con seriedad, consiguiendo que todos se rían.

—Venga, te llevaré dentro en brazos por los viejos tiempos —se ofrece Hunter mientras me guiña un ojo.

Por alguna extraña razón, Hunter corre hacia el patio trasero gritando algo sobre un apocalipsis zombi. Creo que está tratando de imitar a algún personaje de *The Walking Dead*, pero el tono que usa no es el adecuado. Me aferro a él con fuerza, y me río de manera histérica mientras mi pelo se balancea adelante y atrás. Mia, Nathan y Steven nos siguen entre carcajadas. Es tan grande el escándalo que montamos que la multitud que conversa en el patio trasero se da la vuelta al unísono para mirarnos.

—Genial, aquí está el resto del vecindario —comenta Vic. Esboza una sonrisa cuando Hunter se detiene para saludarlo, todavía conmigo al hombro. Victor y sus amigos siempre se han llevado bien con estos chicos. Acostumbraban a hacer surf juntos, y estoy segura de que todavía juegan juntos al fútbol americano en Acción de Gracias.

—Cuánto tiempo sin verte, tío. —Hunter se acerca y los saluda a todos conmigo todavía colgada por la espalda. Me quejo de la rodilla y, cuando estoy a punto de bajarme, me balancea y me acuna como si fuera una animadora, con la cabeza boca abajo, por lo que mi pelo se arrastra por la hierba.

—¿Cuándo vas a bajarla? ¿Es que no sabes que no es bueno para la circulación estar en esa posición mucho tiempo? —suelta el doctor Oliver sin que nadie le pregunte.

Todos se burlan de sus palabras.

—Amigo mío, por favor, no hablemos de trabajo —interviene Jenson.

—¿Puedes bajarme? —pido riéndome mientras me quito el pelo de la cara.

Hunter se ríe, me mira y niega con la cabeza. Cuando se inclina hacia mí, abro mucho los ojos. No creo que me vaya a besar ni nada por el estilo, pero, aun así, me asusto un poco.

—Los zombis están todavía por aquí —me susurra al oído, aunque lo suficientemente alto para que todos puedan escucharlo—, pero claro, si ya no te duele la rodilla, puedo soltarte.

Me río cuando se incorpora y le doy un golpe en el pecho, aunque luego me balancea y me deja sobre los pies. Me aferro a sus brazos para mantener el equilibrio.

—Si querías saber lo cachas que está la poli, solo tenías que pedírmelo —flirtea.

—Ya te he dicho que éramos demasiado viejos para estas cosas. Ahora me siento mareada.

—Tú serás demasiado vieja, yo estoy genial. Si quieres comprobarlo después, ya sabes dónde encontrarme.

—Elle, ¿podemos hablar un segundo? —dice Oliver de repente. Tanto Hunter como yo lo miramos, lo mismo que Vic y Jenson.

—Imagino que sí. —Cuando mis ojos se encuentran con sus deslumbrantes ojos verdes, el corazón se me desploma a algún sitio entre el hígado y la vesícula. Miro a Hunter con una sonrisa—. Enseguida vuelvo.

Él sonrío y se encoge de hombros.

—Por aquí estaremos. Ven aquí, Meep, tú eres la siguiente —advierte, yendo a por Mia, que se ríe mientras se aleja.

—Vaya, esto se ha puesto interesante —murmura Jenson por lo bajo.

—No puedes permitirte tener el otro ojo morado —escucho que le dice Vic mientras sigo a Oliver lejos de su alcance.

Me conduce debajo del enorme árbol que hay al otro lado del patio. No me detengo hasta que estoy justo delante de él, en una posición en la que el tronco del árbol impide que nos vean tanto mi hermano como el resto de la gente.

—¿Qué pasa? —pregunto con la mirada clavada en la hierba, entre nuestros pies.

—¿Qué pasa? —repite—. ¿Es todo lo que vas a decir? ¿Qué pasa?

Suspiro y lo miro con expresión de cansancio. Odio que solo ver su cara consiga que mi corazón palpite tan rápido. Odio que sus ojos y la forma en la que me mira hagan que todo lo demás... pierda importancia.

—¿Qué tal te ha ido la entrevista? —pregunto.

Cierra los ojos un segundo mientras se pasa la mano por el cabello.

—Me gusta cómo te ha quedado el pelo. Y que te hayas cortado la barba.

Él abre los ojos otra vez y sonrío. Es una pequeña sonrisa, pero me llega.

—Gracias. Y la entrevista fue fenomenal. Las entrevistas, en realidad eran dos... —Mira hacia otro lado por encima de mi hombro cuando dice eso, así que espero que siga. Al ver que no hace más comentarios, me siento un poco inquieta.

—Bueno. Ya sabía que sería así.

Nos miramos durante un rato largo, en silencio, y me muero de ganas de que me cubra los labios con los suyos y me bese.

—Así que... Hunter... —balbucea finalmente.

Suelto una risa.

—No estoy saliendo con él ni nada por el estilo, si es lo que me estás preguntando —le interrumpo, recordándole la escena en el hospital.

—No era eso... —Deja de hablar y suspira, al tiempo que aprieta la espalda contra el tronco del árbol. Sube la cabeza hacia las ramas, haciendo que su nuez quede expuesta ante mis ojos. No hay nada que desee más que inclinarme y lamer justo ese punto de su cuello.

—Esto me resulta muy difícil, Elle. No creo que entiendas lo duro que es...

—¿El qué? —Noto que el corazón se me sube a la garganta mientras espero a que suelte la bomba.

Me mira otra vez.

—De verdad, he llegado a pensar que iba a golpearlo. Me refiero a Hunter...

Me da un vuelco el corazón al oír su confesión, y me siento enferma, porque que él sienta celos no me molesta. Odiaba que Wyatt se mostrara celoso. Me molestaba e irritaba, pero que Oliver me diga estas cosas hace que todo mi cuerpo se estremezca.

—¿Por qué? —le pregunto mientras me acerco más a él.

—Aparece sin más, y te lleva al hombro sin ningún cuidado... Para él resulta fácil. Vic ni siquiera ha pestañeado cuando os ha visto.

—Porque sabe que solo somos amigos —susurro, acercándome todavía un poco más.

—Lo sé, pero aun así... Me he puesto a imaginar lo que ocurriría si lo hiciera yo, y el resultado no ha sido nada agradable.

—¿Estás diciéndome que deberíamos dejar lo nuestro? —Miro el espacio entre nuestros pies.

—No. Jamás lo diré. —El tono de determinación de su voz hace que vuelva a mirarlo a los ojos.

—¿Por qué?

—Ya hemos hablado de eso. —Baja más la voz mientras me coge de la mano—. Te deseo.

—Entonces, tómame —le provoco, haciendo que su expresión se oscurezca. Me roza los dedos y me acerca un poco más—. Pueden vernos —susurro.

—En este momento te deseo demasiado —confiesa con un gruñido que impacta en mi mejilla.

Me alejo de él y libero la mano al tiempo que lo miro con las pestañas bajas.

—Quizá, dentro de unos minutos, deberías ir al cuarto de baño lateral —susurro en tono conspiratorio. Deseo que ocurra. Sea lo que sea lo que hay entre nosotros, mientras pueda, pienso disfrutarlo.

Se muerde el labio inferior.

—Dentro de cinco minutos.

—Cinco minutos —convengo con una sonrisa mientras me alejo de él para acercarme a Mia.

—¿Qué quería? —susurra.

—Me ha dicho que ha querido matar a Hunter cuando nos ha visto entrar.

Se ríe.

—Es que ha sido todo un espectáculo. Jenson me ha estado mirando desde que llegamos.

—Bueno, sabíamos que era probable que ocurriera.

—Es un capullo. Un capullo muy guapo, y demasiado responsable —suelta refiriéndose a Jenson mientras niega con la cabeza—. ¿Te ha dicho Bean si ha aceptado el trabajo?

Me tapo la boca.

—Ha tenido dos entrevistas. Aunque dudo que le hayan hablado de alguna oferta en ese mismo momento. —La idea de que acepte un trabajo tan lejos y que se vaya pronto hace que se me encoja el corazón. He decidido que estas últimas semanas, o meses, sean solo para eso, para estar juntos. Ya me preocuparé del resto más tarde. Digeriré el dolor cuando se presente, y admito que, en lo más profundo, espero que no llegue a ocurrir.

—¡Chicos! ¡La carne está lista! —grita mi madre. La multitud se pone en marcha como un solo cuerpo.

—¿No vienes? —me pregunta Mia al darse cuenta de que me quedo atrás.

—Voy ahora. Tengo que recoger algo dentro —digo antes de ir justo en la dirección contraria. Ella corre para alcanzar a Steven, Nathan y al resto del grupo.

Una vez en el cuarto de baño, suspiro de anticipación. Al oír unos pasos, se me detiene el corazón, y no vuelve a latir hasta que Oliver entra allí conmigo. Su presencia capta todo mi interés; bajo los ojos por su cuerpo, pensando que jamás me cansaré de mirarlo. Siento como si hubiera provocado esa reacción en mí desde que tengo uso de razón. Alarga el brazo hacia atrás para cerrar el pestillo de la puerta y sonrío de esa forma lenta y sensual que siempre me hace ablandarme por dentro. Un segundo más tarde, tiene las manos alrededor de mi cintura y me atrae hacia delante para apoderarse de mis labios con lentitud. Es un beso dulce y tierno que me hace sentir un aleteo en el estómago.

Subo las manos hasta su cara, presa de la necesidad de tocarlo por todas partes: el cuello, los brazos, la camisa... Y aunque estamos en el cuarto de baño y se supone que vamos a ser rápidos, la mirada que me dirige me indica lo contrario. Se desabrocha los vaqueros y se los baja con los *boxers*. Sus ojos destruyen cada una de las resoluciones que me había hecho mientras me mira hacer lo mismo. Me descalzo, me bajo los pantalones y el tanga y me doy la vuelta para apoyarme en el lavabo. Mis ojos se encuentran con los suyos en el espejo. Cuando me inclino arqueando la espalda, baja la vista un momento para contemplar lo que estoy ofreciéndole. En el instante en que mis ojos se vuelven a encontrar con los de él, la pasión que leo en ellos hace que se me contraiga el corazón. No aparto la mirada mientras me lamo los labios por la anticipación de sentirlo dentro de mí otra vez.

Oliver se mueve entre mis piernas y, durante un buen rato, solo me manosea las nalgas con las dos manos, con los ojos cerrados, mientras respira



pesadamente. Doy un paso atrás y lo invito a penetrarme, pero continúa acariciándome y pasando los dedos entre mis pliegues empapados.

—Estoy preparada para ti —susurro sin poder dejar de temblar bajo su contacto.

—Lo sé. —Se inclina y me besa entre los omóplatos—. Siempre has estado preparada para mí. —Se hunde en mi interior lenta y completamente, y tengo que morderme el labio para no gritar—. Estás preparada para mí —repite antes de gemir y acelerar el ritmo. Sube una mano a mi hombro y pone la otra en mi cintura cuando sus embestidas se vuelven más duras. Intento no hacer ruido, pero no puedo evitarlo. Me siento llena, me siento genial...

—Shhh... —me murmura al oído antes de lamerme ese punto sensible—. Eres perfecta, Elle. Perfecta para mí.

Sus palabras y la mirada de adoración que veo en el espejo hacen que el corazón se me acelere todavía más. Lo ciño con fuerza cuando cierra los dientes sobre mi hombro.

—Oliver... —gimo mientras me muerdo el labio. Mueve la mano para frotarme el clítoris al tiempo que acelera sus golpes, y el húmedo sonido de su pelvis contra mi trasero se vuelve más fuerte y rápido.

—Elle... —susurra contra mí—. Córrete, nena, por favor... —repite una y otra vez—. No puedo durar cuando me aprietas así... —Un escalofrío me recorre de arriba abajo, empezando en la punta de los pies y terminando en la parte superior de mi cabeza, y se extiende como una llama cuando mi núcleo se tensa... Estallo. Un orgasmo me atraviesa mientras él se derrama en mi interior. Noto cómo palpita su polla.

Oliver hunde la cara en mi cuello y respira con fuerza mientras yo inclino la cabeza hacia delante, tratando de recuperar el aliento. En ese momento suenan unos pasos fuera y los dos nos incorporamos con rapidez al tiempo que nos miramos alarmados. Me estremezco cuando se retira de mi interior lo más rápidamente que puede y me entrega unos pañuelos. Me limpio antes de subirme el pantalón. Me miro en el espejo; ninguno tiene un aspecto presentable —yo tengo el pelo hecho un desastre y a los dos nos brillan las mejillas, como resultado de nuestra rápida escapada sexual—, pero le indico que salga de todas formas. Cierra la puerta a su espalda, pero escucho unas fuertes voces en cuanto está fuera, seguidas del movimiento del pomo de la puerta.

—¿Quién está ahí dentro?

Contengo el aliento muerta de pánico al reconocer la acusadora voz de mi hermano al otro lado de la puerta.

—Te lo juro por Dios, Oliver, te quiero. Eres como mi hermano, pero si está ahí dentro quien creo que está... —dice, dejando inconcluso el pensamiento. Golpea la puerta con la mano—. ¡Abre! —grita, haciendo que retroceda un paso.

Pero no puedo porque me siento completamente paralizada. Estoy congelada, solo puedo mirar la puerta mientras una nueva oleada de anticipación me atraviesa. Una muy diferente a la que me poseía cuando entré en el cuarto de baño. Por fin, sintiendo los ojos llenos de lágrimas, decido abrir la puerta, pero me detengo al escucharlo hablar otra vez.

—Estelle no está en la mesa... Estelle y tú sois los únicos que faltáis. No está en su habitación; Mia no sabe dónde puede estar..., Hunter tampoco..., y, en serio, estoy tratando de no pensar que estaba ahí dentro contigo —dice Victor en voz baja y amenazadora.

—Estoy enamorado de ella, ¿vale? —suelta Oliver de repente. Se me debilitan las rodillas y comienzan a caerme las lágrimas. Giro el pomo y abro la puerta. Mi hermano me mira boquiabierto, y en cuanto se recompone, su mirada se vuelve asesina.

—¿A mi hermana? ¿Estás tirándote a mi hermana? —grita como si necesitara alguna confirmación más que verme.

Oliver me mira de una manera que hace que mi pecho se encoja todavía más.

—Estoy enamorado de ella.

—¿Enamorado?! —aúlla Victor, empujándolo. Corro hacia ellos y agarro a Vic del brazo.

—¡Victor, basta!

—¿Estás enamorado de ella? ¿Cómo vas a estar enamorado de ella si te vas? Joder, ¡acabas de aceptar un trabajo a cuatro horas de aquí! —grita.

—¿Te han ofrecido un trabajo y lo has aceptado? —pregunto en voz baja y temblorosa mientras suelto el brazo de Victor. Él aprovecha el momento para avanzar y golpear a Oliver en la cara.

Este se encoge y sube las manos al rostro, pero no aparta los ojos de los míos.

—Iba a decírtelo ahora.

—¿Ni siquiera se lo has dicho? —Victor lo golpea de nuevo—. ¿Te estás

tirando a mi hermana y ni siquiera has tenido la decencia de decirle que te vas? ¿Cuánto tiempo hace que ocurre esto?

—Eso es algo entre ella y yo —dice Oliver, escupiendo sangre con los puños a los costados, como si estuviera reprimiéndose para no devolverle los golpes.

—¿Ella y tú? ¡No hay ella y tú! —explota Victor con la respiración entrecortada al tiempo que se da la vuelta hacia mí—. Elle, no hay Oliver y tú.

Él me dice esas palabras y, no sé la expresión que tengo en la cara, pero sí refleja lo destrozada que me siento, imagino que se da cuenta. Lo que enciende otra vez la ira dentro de ella.

—Qué hijo de puta... —suelta, acercándose a Oliver de nuevo. Es entonces cuando reacciono y agarro a Victor del brazo como si me fuera en ello la vida, y lo arrastro hacia atrás. Por mucho que esté sufriendo, no quiero que siga pegando a Oliver, que está aguantando la paliza como si se la mereciera.

—Ya basta, Victor. Para —digo llorando.

—¿Es que no sabes lo que ha sufrido ya? ¿No sabes lo mal que lo ha pasado durante el último año? ¡No necesita que venga un tipo como tú para destrozarla de nuevo! —continúa gritando mi hermano.

Por fin, una multitud se acerca a nosotros, como si apareciera de la nada. Jenson tira el plato al suelo y corre a toda velocidad hacia donde estamos para empujar a Victor hacia atrás.

—Este cabrón... —Coge aire de forma entrecortada—. ¡Está jugando con Estelle!

—¡No estoy jugando con ella! —gruñe Oliver. Victor se vuelve a adelantar, pero Jenson lo detiene.

—He confiado en ti. ¿Cuándo empezó todo esto? ¡Confiaba en ti! ¡Eres como mi hermano! ¿Cómo has podido hacerlo? —se queja Victor.

Hasta que Mia no corre hacia mí y me abraza, no me doy cuenta de que estoy temblando. Me lleva hacia atrás, lejos de la conmoción, pero no me muevo hasta que oigo a mi padre.

—Victor, a mi despacho ahora mismo —dice en un tono que no deja margen a la discusión—. Oliver, a mi despacho, ya.

Victor le lanza una mirada.

—¿Te puedes creer que...?

—Cállate y vete a mi despacho. No vuelvas a tocarlo.

Se hace el silencio. Oliver intenta pasar junto a ellos para acercarse a mí, pero niego con la cabeza lentamente; no quiero que la situación empeore. De todas formas, necesito pensar. Tengo que alejarme de toda esta gente y aclararme las ideas. Me trago mis emociones rotas y me acerco al coche de Mia en silencio. Mi madre me detiene para abrazarme y decirme lo lamentables que son los hombres entre un millón de preguntas: «¿Cuándo ha ocurrido? ¿Estás enamorada de él? ¿Por qué nos lo has ocultado?». Pero no respondo. No le digo que ocurre desde hace tanto tiempo que no puedo recordar un momento en el que no sucediera. No le grito que no se lo he contado porque quería evitar, precisamente, lo que está pasando, y que ni siquiera sabía de qué tenía que ponerlos al corriente. Y, por último, no le cuento cómo está mi corazón, porque lo siento tan abierto y destrozado que ni siquiera está roto, sino que se ha convertido en una masa sanguinolenta.

Subo al coche y los chicos, Nathan, Steven y Hunter, nos acompañan. Steven y Nathan se aprietan en el asiento trasero y yo me veo obligada a sentarme en el regazo de Hunter, en el del copiloto. En cuanto apoyo la cara en su pecho, pierdo el control y empiezo a llorar. Él solo me abraza, sin decir una palabra, hasta que llegamos a la casa de Hunter y se bajan.

—Lo siento mucho, Elle —me dicen, abrazándome con rapidez. Saben perfectamente por lo que he pasado. Estuvieron presentes en el funeral y también después. Me han apoyado a lo largo de los años, cuando mi corazón estaba un poco astillado, y luego un poco roto, por lo que es adecuado que estén presentes para ver cómo se desintegra del todo.

Cuando vuelvo a meterme en el coche, nos dirigimos en silencio a la playa, que es el sitio al que vamos en los días buenos y también en los malos. Nos acercamos a las rocas negras que se han convertido en nuestro tercer hogar, nuestro amigo, un lugar en el que disfrutar los éxitos y donde rumiar los problemas. Una vez que nos sentamos una junto a la otra, ella me ofrece la mano... El hombro... Sus oídos... Y lloro hasta que mis lágrimas compiten con las olas, en una sinfonía triste y rota.

## 33

Me considero afortunada por haberme enamorado dos veces. Algunas personas no tienen el lujo de encontrar a una persona con la que conectar a un nivel tan profundo. Yo he conocido a dos. Me enamoré de los dos, pero de formas diferentes. Uno de esos hombres fue mi mentor, mi amigo, mi amante. Me abrió los ojos y me enseñó de qué era capaz. Creyó en mí cuando otros pensaron que iba a fallar. Cuando lo perdí, lloré todos los días durante semanas, estuve afligida durante meses. Lamenté la pérdida de una vida joven, de un artista adorado, de un faro en nuestra comunidad y en mi vida. Aún echo de menos su sonrisa y el olor de sus manos, incluso después de que hubiera fumado diez cigarrillos. Añoro escucharlo hablar sobre las aldeas que vio y las personas que conoció en ellas. Incluso echo de menos sus rabietas y la forma en la que lanzaba la pintura por todas partes cuando la luz del exterior se desvanecía y aparecía la luna. El día que Wyatt me enseñó a canalizar mi dolor en el arte fue cuando me enamoré de él. «Rómpelo todo», me había dicho, ayudándome a destrozar platos y vasos. «¡Odia al mundo!», gritó, entregándome un mazo de madera. Me miró mientras lo hacía y, cuando terminé, me recogió junto con los pedazos de vidrio que había a mi alrededor. Uno por uno los pegamos. Cuando terminamos, habíamos realizado el corazón roto más hermoso que jamás había visto.

El primer chico del que me enamoré acostumbraba a contarme historias de reyes y princesas, de guerra y paz, y de que esperaba convertirse algún día en un caballero de brillante armadura. Viví de lejos sus aventuras nocturnas, observando cómo movía las manos de forma animada mientras me las relataba, y yo adoraba la forma en la que le centelleaban los ojos verdes cuando me reía de sus chistes.

Me enseñó lo que se siente cuando te acarician y te besan con intensidad. Más tarde, me mostró el dolor que te invade cuando se pierde a alguien que ha formado parte de tu vida. Lo único que se le olvidó fue decirme cómo

enfrentarme a la forma en que se me encogía lo que me quedaba en el pecho después de que me rompiera el corazón. Siempre me he preguntado si se había saltado esa lección. Ahora en cambio no tengo claro si quizá fue él mismo quien se olvidó de aprenderla o si nunca llegó a sentir nada por mí. Me pregunté, cuando se fue esa noche, si volvería. Cuando todo se hizo más serio con Wyatt, me encontré algunas noches despierta, pensando «¿Y si Oliver entrara por la puerta ahora mismo y me pidiera que estuviera con él? ¿Lo haría?». Nunca supe la respuesta, porque no vino. Me gusta pensar que no basé mi compromiso en otra cosa que en mi amor por Wyatt, pero aun así, ese «¿Y si...?» siempre quedó en mi interior.

A diferencia de cuando perdí a Wyatt, nunca dejé de llorar por Oliver. Nunca lo hice porque mi corazón no tuvo tiempo de repararse antes de volver a exponerse de nuevo. Oliver me enseñó lo que es que te duela profundamente y a reconocer el anhelo. Me enseñó a recibir el dolor con una sonrisa porque, a pesar de la bella que es la vida, a veces llega de formas que no reconocemos. Me enseñó a comprender que el amor —el de verdad, el apasionado, el que te vuelve loca y te abrumba, el que te despoja de todo lo que no sea su esencia— te hace volar más alto de lo que nunca has soñado. Pero cuando te caes, lo haces dentro de las grietas más profundas y oscuras, y estás sola para escapar de ahí.

Los corazones que hago están hechos de pedazos, pero enteros. Son como caleidoscopios que brillan bajo el sol. Te dan esperanza en el amor cuando ya la has perdido porque, como este, puedes mirar un caleidoscopio de mil maneras diferentes y encontrar algo nuevo cada vez. Esté roto o no, si lo miras con cuidado, encontrarás algo hermoso en ambos, y todas las cosas hermosas están un poco rotas.

## 34

—¿Por qué no puedo llevar la pintura? —Suspiro en lo que me parece la enésima vez, y Mia apaga por fin la música.

—De acuerdo, habla. Sé que te sientes mal y también lo molesto que te resulta estar deprimida, así que suéltalo. ¿Qué estás pensando?

Vuelvo a suspirar.

—¡Y deja de suspirar! —espeta en un tono que me hace reír.

—Lo siento. Es que... me siento idiota. Lo sabía. —Me interrumpo para tomar aire y contengo de nuevo las lágrimas. Estoy harta de llorar por ese tipo—. Lo conozco...

—¿Sabes lo que me molesta de él? —suelta repentinamente Mia, buscándome la mano para apretármela—. ¿Cómo es posible que alguien tan inteligente sea tan jodidamente idiota?

Me seco la cara con una sonrisa.

—Yo me lo pregunto a todas horas.

—Está claro..., todos son iguales. No importa lo fuertes, inteligentes ni triunfadores que sean; a todos les falta esa chispa que impide que sean perfectos.

Cuando dejamos de reírnos, me vuelvo y la miro.

—¿Sabes qué es lo que me molesta a mí de él? Que creo que me ama de verdad. Lo veo en sus ojos. Lo siento cuando me toca. Durante mucho tiempo, me he preguntado qué era esto para él, y el hecho de que todavía no pueda conseguir que se quede conmigo es realmente revelador, ¿no crees?

Me reclino en la silla y niego con la cabeza al tiempo que suelto una risita.

—Es muy gracioso; todos pensáis que estoy enamorada de un fantasma y que realmente amo a Wyatt, pero estoy enamorada de Oliver desde que tengo memoria. Y lo único que tengo de él son recuerdos. Recuerdos buenos o malos..., y me duelen más porque Oliver también es un fantasma, pero puedo tocarlo, sentirlo... Uno que me llama y me atrapa bajo su hechizo cada vez

que está cerca. —Suspiro—. La vida es muy perra...

Compruebo la pintura y me subo al avión justo a tiempo y, cuando estoy a punto de apagar el teléfono, me suena una llamada de Oliver. Miro la pantalla hasta que salta el buzón de voz, entonces lo pongo en modo avión. Durante el vuelo, veo una película que me hace llorar, porque soy idiota y he elegido ver una cinta que ha sido nominada para los Globos de Oro. Cuando llego a Nueva York, solo quiero darme una ducha y meterme en la cama y, después de una larga conversación en el taxi con el agente inmobiliario, además necesito tomar una copa. Una vez que he disfrutado de una larga ducha, me acomodo en la cama y escucho el mensaje que me ha dejado Oliver. Tengo poca batería, así que solo quiero oír sus palabras antes de que el móvil se apague. En cuanto oigo su voz, cierro los ojos y me abrazo a mí misma...

—Lo siento mucho, Elle —dice con voz ronca—. Sé que estás en Nueva York, pero tenemos que hablar. Llámame, por favor. Entiendo que estás ocupada, pero aquí estoy, por favor...

Mi batería muere antes de que termine la frase. Dejo caer el móvil de mi mano temblorosa y cierro los ojos. Ahora tengo que centrarme en otras cosas, y aunque a los demás no les parezca para tanto, para mí lo es. Vender el cuadro de Wyatt es una cosa, pero dejarlo, renunciar a él de forma física, es un problema diferente.

A la mañana siguiente, después de apagar el despertador un millón de veces, tengo que darme prisa para llegar al apartamento de la compradora a tiempo. Justo cuando estoy llegando al edificio, vuelve a sonarme el móvil. Aparto los ojos de la pintura, que lleva el conserje en un carrito, para buscar el aparato en el bolso. Cuando lo encuentro, veo la foto que le hice a Oliver una noche en el hospital; su sonrisa coqueta, sus centelleantes ojos verdes, sus hoyuelos... Todo eso me impacta mientras sostengo el teléfono. Cuando ya no puedo soportar mirarlo, respondo a la llamada.

—Elle, lo siento —dice al instante, como si esperara que le colgara el teléfono antes de pronunciar las palabras. Pero lo que dice no sirve para aliviar el dolor que siento en mi interior.

En cualquier caso, parece que su voz vuelve a dejarme el corazón en carne



viva. Respiro hondo cuando se abren las puertas del ascensor y me quedo parada en el vestíbulo. Priscilla Woods, la compradora, es la dueña del ático.

—Hola —respondo a Oliver.

—¿Qué tal el vuelo? —me pregunta—. ¿Elle? —insiste al ver que no respondo—. ¿Estás ahí?

—Sí, sí, aquí estoy... —digo mientras miro la puerta oscura con paneles como si allí pudiera encontrar la fuerza que necesito para superar esta conversación y la reunión que me espera en el interior.

—¿Estás ocupada?

Me aclaro la garganta cuando la puerta se abre, y el conserje saluda a la repeinada mujer con la que debo reunirme.

—Sí. Te llamaré cuando vuelva a casa.

Permanece en silencio un buen rato, y casi puedo oír la discusión que se plantea en su mente: «¿La fuerzo un poco o le doy espacio?». Cuando por fin vuelve a hablarme, parece derrotado.

—Por favor, hazlo. Tenemos que hablar.

Aprieto el botón sin despedirme y finalizo la conversación antes de levantar la vista. Priscilla está haciendo pasar al conserje.

—Estelle —me saluda sonriente, concentrando en mí su atención—. Me alegro de verte de nuevo.

—Lo mismo digo, señora Woods. —Me acerco y le tiendo la mano.

—Por favor, llámame Priscilla —me invita, estrechándomela.

La sigo mientras nuestros tacones resuenan contra el suelo de mármol de aquel espléndido ático.

—Connor, por favor, déjalo ahí —le dice al conserje. Él la obedece y se inclina ante ella antes de marcharse—. No sabes lo feliz que me hace disponer por fin de este cuadro —confiesa mirándome—. Me ha sorprendido tener noticias tuyas tan pronto. ¿Qué fue lo que hizo que te decidieras?

Miro la pintura, todavía cubierta por las capas de papel, y me encojo de hombros.

—Me he dado cuenta de que, a veces, para avanzar tienes que abandonar el pasado, incluso aunque duela. En especial cuando duele —me corrijo con una triste sonrisa.

Priscilla asiente moviendo la cabeza. Sus manos, de manicura impecable, cogen dos copas de champán que hay sobre la mesa. No las había visto hasta este momento. Me ofrece una y le da un sorbo a la suya.

—Era muy joven cuando perdí a mi primer marido. Estábamos muy enamorados. —Aparta la mirada a un lado mientras sonrío, recordando—. Murió en un accidente de tráfico. Un conductor que iba borracho. Solo estuvimos juntos un par de meses, y nos casamos a la semana de conocernos. Fue un flechazo —confiesa con una leve risa antes de tomar otro sorbo—. Cuando lo perdí, pensé que iba a morirme, pero no lo hice... Y volví a encontrar el amor con Matthew. Llevamos juntos casi veinte años. Han pasado veintitrés desde que perdí a Eric, pero no pasa un solo día sin que piense en él.

Bebo un sorbo de champán con la esperanza de que eso haga desaparecer el nudo que tengo en la garganta, pero me doy cuenta de que ese nudo no está allí por culpa de Wyatt.

—Has vivido una hermosa vida a su lado —comento mientras señalo las fotos que hay sobre una mesa, en las que aparece ella con un hombre sonriente. Otras son fotos de graduaciones y de niños pequeños.

—Sí, tenemos una buena vida —confirma sonriendo al seguir la dirección de mi mirada. Cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse, los de ella están llenos de compasión—. Bueno, vamos a ver mi cuadro nuevo.

«Su cuadro». Respiro y me doy cuenta de que estoy de acuerdo con esa afirmación en esta ocasión. Desenvuelvo el lienzo y, cuando rompo las capas de papel, la imagen queda al descubierto. Paso las puntas de los dedos por la parte externa del ojo, y en mi mente aparecen imágenes de cuando Wyatt lo pintó. Esta es mi despedida, mi adiós, me digo a mí misma.

Priscilla juguetea con las perlas de su collar mientras lo admira.

—Es todavía más impactante de lo que recuerdo —susurra.

—Sí —convengo, retorciendo el papel con las manos mientras contemplo el ojo que me ha vigilado durante los últimos años y que sentí con más intensidad después de la muerte de Wyatt.

Hablamos un poco más y mis corazones caleidoscópicos llaman su atención, así que promete llamarme pronto para mirar el resto del catálogo de la galería. Cuando nos despedimos, miro la pintura una última vez y grabo en mi memoria la forma en la que queda en la pared de Priscilla. Regreso al hotel y me permito llorar un poco. Cuando termino, compongo una sonrisa. Estoy bien a pesar de estas cosas y, tal vez, incluso mejor que antes. Cuando llega el anochecer, me doy cuenta de que me queda una noche en la Gran Manzana, así que decido imitar lo que haría Wyatt si estuviera en mi lugar y

explorar por mi cuenta.

PRESENTE

*Oliver*

Se pueden contar con los dedos de una mano la cantidad de veces que me he sentido ansioso en mi vida, y no me enorgullece decir que esta es una de ellas. Además, no puedo echar la culpa a nadie más que a mí mismo. No me permito considerar la idea de que quizá esta vez la haya perdido de verdad, porque me niego a aceptar esa posibilidad. Cojo el móvil y busco el número que he marcado todos los días desde que ella se fue.

—¿Qué tal? —responde Victor después de dos timbrazos.

—¿Ha llamado ya? —pregunto.

—Tío, tienes que relajarte. Quizá deberías hacer un turno extra o algo así —sugiere.

Me río.

—Llevo catorce horas sin parar, lo último que necesito es quedarme más tiempo en el hospital.

—No sé qué más decirte...

Suspiro.

«Dime que todavía tengo una oportunidad. Dime que ha dicho algo de mí, que está pensando en mí y que no ha decidido olvidar lo nuestro». No lo digo, claro, solo porque no quiero oír que es el final.

—¿Has hablado con ella? —le pregunto finalmente. Hace dos días que ha regresado Estelle y todavía no sé nada de ella.

—Solo un par de segundos. Dejando a un lado que está cabreadísima conmigo, ha estado ocupada... —Hace una pausa para soltar un suspiro—. Está llevándose todo lo que tiene en mi casa. Al parecer su agente inmobiliario le ha encontrado una cabaña en la playa de la que se ha

enamorado —agrega en voz baja.

«De la que se ha enamorado». Esas palabras bullen a fuego lento en mi cabeza durante un instante. Quiero ser el objeto de su amor. No soy digno de él, pero lo deseo igual.

—¿Cuándo se va a mudar? —pregunto.

—Se supone que debo ayudarla a trasladarse este fin de semana. Además, ha estado ocupada con la galería, así que creo que no está evitándote a propósito. Solo es un mal momento.

—Joder con el mal momento —suelto, dando un golpe al volante. Emito un largo suspiro.

—Es que... —Hace una pausa—. Bean, eres como mi hermano, lo sabes. Me has ayudado más veces de las que puedo recordar, pero es mi hermana.

—La amo más de lo que puedas imaginar —confieso, sin que me importe lo más mínimo que eso me haga parecer un moñas, porque es la verdad.

—Lo sé. Y por eso voy a hablar con ella, pero también pienso que Estelle acabará llamándote.

—Díselo, por favor. Si hablas con ella antes que yo, no te olvides de decírselo.

—Lo haré —me prometo—. Está bien, tengo que irme. Acaba de llegar el cliente.

*Estelle*

Me recorre un torbellino de emociones cuando salgo de la inmobiliaria con las llaves de mi nuevo hogar. Antes de marcharme, la agente me ha prometido que me llamará pronto con algunas posibles ubicaciones para la galería. El contrato de alquiler ha terminado ya, y después de discutirlo con la madre de Wyatt, he decidido que prefiero que esté más cerca de mi nuevo hogar. Actualmente está situada, como era conveniente, cerca de mi otra casa y la de los padres de Wyatt, pero queda muy lejos del sitio en el que voy a vivir a partir de ahora y de la casa de mis padres. Felicia, una vez más, me ha dado su bendición y me ha dicho que haga lo que considere conveniente. Me ha pedido un cuadro de Wyatt, pero eso es todo.

Aparco delante de la galería, donde Dallas se ha convertido en un accesorio permanente desde hace un par de semanas, algo que le agradezco muchísimo. Cuando llego, está de pie junto a la puerta y me saluda como un maestro de ceremonias, brindándome una sonrisa enorme.

—¡Oh, Dios! Espero que no sea así como recibes a la gente, porque a este ritmo, los tres clientes que tengo desaparecerán —me burlo. Cuando lo veo mover las cejas, no puedo reprimir una carcajada.

—Pues este que viste y calza —informa, señalándose a sí mismo— ¡ha vendido hoy una pintura!

Lo miro boquiabierto un buen rato antes de ser capaz de hablar.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? ¿Cuál?

—Uno de los cuadros de Wyatt —responde al tiempo que se encoge de hombros, acercándose al que tiene una pegatina de «Vendido» al lado. Es uno en el que dibujó a una mujer desnuda..., bueno, su silueta. Jamás me dijo quién era, pero siempre he supuesto que se trataba de su ex.

—Dios mío —jadeo—. Debería contratarte.

Dallas se ríe.

—He hecho lo que he podido. He dejado la documentación en el estudio. Por cierto, Oliver se ha pasado por aquí un par de veces.

Me detengo y me doy la vuelta.

—¿Y?

—Solo para que lo sepas: tiene el labio roto, aunque sigue siendo muy guapo —asegura con un guiño. Pongo los ojos en blanco antes de sonreír. Entro en el estudio y recojo los papeles mientras me siento en una silla. Los hojeo para asegurarme de que Dallas los ha rellenado correctamente, pero algo llama mi atención y levanto la vista. Hay un enorme lienzo blanco en el caballete que hay enfrente del escritorio con un mensaje escrito con la letra de Oliver.

«Este es nuestro lienzo. Vamos a pintarlo como queramos. Te amo. Siempre tuyo. Oliver».

La felicidad me invade mientras lo miro fijamente. Es muy simple... y muy de él... ¡Me encanta! Sé que tengo que llamarlo, pero cada vez que pienso en ello, se me encoge el corazón ante la idea de que se vaya. Termino de firmar los papeles y los dejo encima de la mesa. Cuando salgo del estudio y me acerco a la sala, veo a Dallas hablando por teléfono.

—¿Cuándo hizo eso? —le pregunto, señalando el interior del lugar donde está el lienzo con la cabeza.

—Anoche.

—¿Sabe Oliver que no he venido por aquí desde que volví de Nueva York?

—Se lo he dicho.

—Si regresa, puedes contarle que ya lo he visto. He dejado el contrato sobre el escritorio. Muchas gracias, Dal. —Le doy un beso en la mejilla.

—Lo que sea por ti, cariño —responde—. Voy a salir a almorzar dentro de un rato, ¿quieres que te traiga algo?

—No, gracias. Tengo que ir a hablar con mi hermano y convencerlo de que me ayude a trasladarme durante el fin de semana.

—¡Avísame si necesitas algo! —grita Dallas cuando estoy cerrando la puerta.

De camino a casa de Victor, llamo a Mia y le cuento lo del lienzo.

—Qué detalle más bonito... —dice—. ¿Vas a llamarlo antes o después de mudarte?

Gimo mientras aparco delante del bufete de abogados de Victor.

—No tengo tiempo, y creo que lo que necesitamos hablar no se puede decir por teléfono.

—No creo que se haya marchado a San Francisco —comenta.

—No sé qué me da más miedo, si llamarlo y que esté allí, o llamarlo y que esté aquí. Si está allí, sabré que se ha ido para siempre. Si está aquí, albergaré esperanzas de que se quede..., pero se trata de Oliver, no va a dejar un trabajo que le gusta y que ya ha conseguido —resumo con un suspiro mientras apago el motor y salgo para ir hasta el edificio.

—Podría sorprenderte, Elle.

—No sé si quiero que lo haga. No quiero que renuncie a ese trabajo y que después me odie por ello.

—Lo resolveréis...

Después de poner fin a la llamada de Mia, saludo a la secretaria de Victor, me siento y espero a que termine la reunión. La mujer lo llama para decirle que alguien que no tiene cita ha venido a verlo. Él le gruñe para que deje entrar a quien sea, casi puedo imaginármelo, frotándose la frente como si tuviera una tonelada de ladrillos encima.

—Si fuera un nuevo cliente, no te contrataría —aseguro mientras entro. Levanta la cabeza de las manos y abre los ojos. Se pone de pie rápidamente, pero se queda detrás del escritorio.

—No te esperaba.

—Ya me he dado cuenta. —Me siento en una silla, enfrente de él—. No te preocupes, solo me quedaré diez minutos.

—Puedo cancelar la próxima cita.

Levanto la mano.

—No es necesario.

Contrae los labios en una sonrisa.

—¿Estás preparada para hablar conmigo sin cortarme la cabeza?

—No puedo prometer la última parte, pero sí —digo curvando los labios.

—Siéntate. —Se acomoda en su sillón, frente a mí.

Respiro y me hundo en la silla mientras intento descubrir por dónde empezar.

—Trataste de matar a Oliver —le reprocho, aunque me detengo al ver que pone los ojos en blanco y que niega con la cabeza—. El tío que golpeó a los niños que te pegaban y se metían contigo en sexto grado. El que te consoló cuando no entraste en el equipo de béisbol de la universidad y decidió



renunciar a él por ti, a pesar de que lo habían elegido como *pitcher*. El tipo que fue a buscarte muchas veces en medio de la noche porque te habías emborrachado en una fiesta y no podías conducir. El que te llevaba a casa y se aseguraba de que llegabas sano y salvo a tu habitación.

—¿Cómo te has enterado de eso? —me pregunta en voz baja.

—Porque me lo dijo él. Porque cada vez que hacía esas cosas por ti, luego subía al tejado para hablar conmigo porque yo estaba despierta.

Victor mira hacia otro lado y sus ojos quedan clavados en algún sitio entre el mueble bar de la esquina y la librería.

—Estaba enfadado con él, pero ya lo hemos arreglado, Elle. Ha sido algo difícil de aceptar todo eso... y es Bean, ¿sabes? Me acojoné.

—Es un buen chico —aseguro por lo bajo.

—Es un buen chico, sí, pero tú eres mi hermana pequeña. Nadie es lo suficientemente bueno para ti —afirma con una sonrisa de medio lado. Se la devuelvo y me inclino hacia delante, apoyando los codos en el escritorio.

—No sé si lo nuestro va a funcionar —susurro mientras clavo los ojos en el montón de papeles que cubre su escritorio.

—¿Por qué? ¿Por el trabajo?

Asiento con la cabeza tras volver a mirarlo.

—Sí. Me ha mentado. O al menos ha omitido la verdad.

Victor se encoge de hombros.

—Eso no se sostendría ante un tribunal, lo sabes, ¿verdad?

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Que omitir la verdad no es realmente lo mismo que mentir. Al menos si te estuvieras divorciando...

Levanto las manos antes de que pueda terminar la frase.

—Victor, durante cinco minutos, ¿puedes dejar de hablar sobre tu trabajo, divorcios o el juzgado?

Pone una mueca de disculpa.

—Lo siento. De todas formas, creo que deberías hablar con él, Elle. Escucha lo que tiene que decirte.

Asiento lentamente, pero desvío la mirada.

—¿Cómo lo has sabido? —me pregunta—. Me refiero a que estabas enamorada de él.

Me encojo de hombros, sonriendo.

—Una noche, él te dejó en tu cuarto después de una fiesta. Yo estaba llorando en el tejado porque me había roto la rodilla. Fue el día que descubrí que no iba a poder bailar más. Él se acercó y habló conmigo. Le pedí que volviera, y lo hizo. Era todo muy inocente, solo hablábamos, pero ya sabes cómo es Oliver cuando te cuenta una historia. Se va animando, sus ojos se iluminan, y bueno... Me enamoré de él. Me enamoré de su forma de ser, de su buen corazón y de su lealtad hacia ti. Creo que he estado enamorada de él desde entonces —termino con un susurro.

—Estabas comprometida con otro hombre. Es evidente que fue un amor juvenil y que lo has superado —señala—. Estoy haciendo de abogado del diablo —agrega, encogiéndose de hombros.

—A veces me gustaría que hubiera sido así. No sabes la cantidad de veces que he deseado que lo que tuvimos fuera solo una estúpida aventura. Traté de mentirme a mí misma y convencerme de que era solo una obsesión, pero nada funcionó, Vic. El corazón tiene claro lo que quiere, y el mío es, evidentemente, masoquista.

Vic se frota la sien.

—Estaba muy enfadado con él. Al principio porque todo había sido a mis espaldas y, cuanto más pensaba en ello, más me cabreaba. Es un ligón, ¿sabes? Si se puede decir así... Le gustan las mujeres. Las mujeres mayores. Creo que en todos estos años, solo ha salido con una chica de nuestra edad, y eso fue en el instituto, así que cuando me enteré de lo tuyo, supongo que perdí el control...

—Lo sé. Lo entiendo. Ves a Bean el ligón... El hombre que tiene una mujer distinta cada mes... Así que lo entiendo. También he crecido con él, pero, ¿sabes?, creo que me ama de verdad. A pesar de que soy más joven que las chicas con las que suele estar... —agrego con una sonrisa.

Hay una leve sonrisa en su cara mientras niega con la cabeza.

—Creo que él también te ama.

—Pero no importa —continúo—. Su profesión es lo primero y, sinceramente, no puedo culparlo. Lo entiendo.

Cierra los ojos un instante y respira hondo.

—Bean siempre ha sido el que lo planifica todo... El perfeccionista... El que necesita saber todos los detalles antes de atacar. No conozco a nadie más que haga una hoja de cálculo para un partido de fútbol americano imaginario. —Arquea las cejas—. Y te aseguro que conozco a muchos frikis.

Su secretaria anuncia al próximo cliente, interrumpiendo nuestras carcajadas, así que me pongo de pie. Victor rodea el escritorio y me rodea con los brazos.

—Te quiero, y estoy de tu parte, ¿vale? Si quieres estar con él, me parece bien. Lamento haberme asustado tanto, porque tienes razón; si no fuera por Bean, ninguno de nosotros estaría donde estamos hoy. Ojalá no te mudaras.

Le beso en el pecho y me echo atrás para mirarlo a la cara.

—Solo quieres que me quede para que cocine para ti.

Se ríe ante la cara que pongo.

—Sí, en parte es por eso, pero también me gusta tenerte cerca.

—No me voy muy lejos, Vic.

—Lo sé, lo sé... Entonces, ¿este fin de semana? —pregunta.

—Este fin de semana —respondo con una sonrisa mientras retrocedo—. Y para que conste, lo que más me ha cabreado es que te pusieras así el mismo día que reconociste que te habías liado con la hermana pequeña de tu amigo.

Suelta una carcajada.

—Bean me ha dicho lo mismo.

—Estoy segura de ello —replico, sacudiendo la cabeza. Cuando me voy, me tropiezo con un hombre mayor y me disculpo.

—¿Se ha congelado el infierno o te he oído reír? —le dice el hombre mientras me alejo.

La secretaria de Vic me agradece que le haya puesto de buen humor, y tomo nota mental para enviar a esta gente una caja de bombones o algo por el estilo por aguantar al idiota de mi hermano todos los días. Luego sonrío, porque sé lo afortunada que soy por tenerlo.

No voy a ir al almuerzo que me ha preparado mi madre porque quiera, sino porque me lo ha expuesto como una oportunidad de hacer negocios. En realidad, es más una entrega que una cita, pero Derek me ha propuesto que comamos juntos mientras nos vemos, así que acepto. Cuando llego al restaurante, me siento muy mal vestida, incluso aunque sea un viernes por la tarde y hayamos quedado en una cafetería de un centro comercial. Toda la gente que me rodea lleva ropa más bonita, y yo me he presentado con unos vaqueros rotos, unas botas y una sudadera de cuello desbocado. Pongo la caja con el corazón que me ha comprado la madre de Derek en el suelo, me siento y hojeo el menú mientras llega Derek. Entonces me suena el móvil en el interior del bolso y me pongo a rebuscar entre el millón de artículos que llevo siempre conmigo. Mientras tanto, aparece finalmente mi acompañante y se sienta enfrente de mí.

—Estaba empezando a pensar que no ibas a venir —comento sin levantar la vista.

—Y yo estaba empezando a pensar que me ibas a morder —dice una voz muy familiar, haciendo que se me detenga el corazón. Levanto la mirada y veo a Oliver en la silla reservada para Derek y, por muchas razones, me siento confusa por su presencia. Sin embargo, no me he quedado sin aliento porque esté aquí, sino porque todavía tiene el labio hinchado, y un par de puntos en la mandíbula. Me recorre la cara con esos ojos tan verdes y no puedo evitar suspirar ante el anhelo que leo en su expresión.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Recogiendo un corazón —dice al tiempo que cruza las manos sobre la mesa. Emito una risita irónica—. Lo digo en serio —añade al oírme.

—Bueno. Pues nada, está en la caja. —Y la señalo con la cabeza.

Él se inclina y la saca de la bolsa que hay junto a mis pies para ponerla sobre la mesa. Cuando el camarero regresa, le decimos que necesitamos más

tiempo y el hombre se aleja. Oliver abre la tapa y mira en el interior de la caja para sacar el corazón y la etiqueta que lleva colgada antes de volver a poner la caja debajo de la mesa. Lo observo mientras estudia el corazón, dándole la vuelta una y otra vez, lo que hace que la luz rebote en los cristales con cada giro de su mano.

—Cuando acepté el trabajo, estaba pensando como mi yo anterior, como Oliver, el hombre que trata de prever cada paso de su vida porque necesita que sea perfecta —comenta, subiendo los ojos desde el corazón hacia los míos—. Lo siento, no se me ocurrió preguntarte qué pensabas al respecto.

—No me cabré porque aceptaras el trabajo, sino porque no me dijiste que lo habías hecho.

Abre la boca para decir algo, pero la cierra con rapidez antes de volver a clavar los ojos en el corazón.

—¿Es esta tu definición de amor? —pregunta al leer la etiqueta.

Trago saliva antes de asentir moviendo la cabeza.

—«El amor es hermoso, desgarrador, conmovedor e inquietante. El amor lo es todo» —lee. Parpadea y me mira a los ojos—. ¿Quién define el amor?

—La gente que lo tiene. Quien lo tuvo y lo perdió.

—¿En qué grupo estás tú?

—En los dos. —Miro a mi alrededor—. ¿Derek no va a venir?

Levanta el corazón y lo vuelve a meter en la caja junto con la etiqueta. Una vez que la guarda en la bolsa vuelve a mirarme, apoyando los codos sobre la mesa mientras esboza una lenta sonrisa.

—No, no va a venir.

—Pero si he hablado con él...

—Te ha mentado, como le pidió tu madre.

Niego con la cabeza.

—El atrevimiento de la gente que me rodea no conoce límites...

—Quiero que salgas conmigo esta noche.

Le lanzo una mirada cortante.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque te lo estoy pidiendo —susurra por lo bajo, intentando cogerme las manos. Las escondo con rapidez debajo de la mesa; si me toca, accederé. Aunque es muy probable que salga con él de todas formas, si me roza siquiera, aceptaré la cita demasiado pronto.

El camarero se acerca otra vez y nos pregunta si queremos algo. Nos

miramos para comunicarnos sin palabras: «¿Nos quedamos? ¿Nos vamos? ¿Puedes comer algo en un momento como este?». Finalmente pedimos algo de beber para hacer tiempo.

—Entonces, quieres que salga contigo... ¿Y luego qué?

Suspira.

—Dame una cita, Elle.

Imito su suspiro y aparto la mirada.

—Todo esto me resulta conocido.

Oliver se levanta de repente y rodea la mesa con la silla en la mano hasta que se sienta a mi lado. Gira mi asiento para que nuestras rodillas se rocen y, cuando me coge las manos, mi corazón me empieza a martillar dentro del pecho.

—¿Qué estás haciendo? —Mi susurro es casi un grito mientras miro a mi alrededor. Los clientes de las mesas de al lado nos miran con curiosidad, intrigados por este loco tan guapo que juega a las sillas dentro de un pacífico restaurante.

Cuando curva los labios, me pierdo, por una fracción de segundo, en el pequeño hoyuelo que aparece, y que queda medio escondido por la barba.

—Relájate... No te voy a pedir que te cases conmigo... todavía —suelta como si tal cosa, haciendo que mis pensamientos se descontrolen... «¿Todavía?».

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

Oliver se inclina hacia mí, su rostro queda tan cerca del mío que contengo la respiración. Se me cierran los ojos cuando noto su aliento en la cara, deslizándose con suavidad por mis mejillas, mi nariz..., mi boca. Su aire me envuelve. Me toca la punta de la nariz con los labios, luego la mejilla, las comisuras de los labios y, cuando ya no siento su aliento en mi piel, abro los ojos y lo busco.

—Sé que has sido muy paciente conmigo en el pasado, y solo te pido que lo vuelvas a ser una vez más. —No me alejo cuando sus manos se cierran sobre las mías.

—No puedo seguir así, Oliver. No me importa tener que ocupar, a veces, el segundo lugar por detrás de tu trabajo, porque sé lo exigente que eres y lo necesario que es que lo hagas de vez en cuando, pero no puedes dejarme a un lado cada vez que decidas dar un paso para mejorar tu carrera —suelto, buscando en su cara algún signo de comprensión.

Él abre la boca, luego la cierra y se toma un momento para recorrer mis rasgos como si se le hubieran olvidado durante las semanas que hemos pasado separados.

—Aceptarlo fue una reacción instintiva. Pensó mi parte más egoísta y ambiciosa y lo jodí todo. Es algo que hago mucho. No te lo conté porque, cuando te vi en la barbacoa, supe que no iba a seguir adelante con ese trabajo. No quiero estar a cuatro horas de ti. —Hace una pausa para leer mi rostro.

»Nunca ocuparás un segundo lugar en ningún aspecto de mi vida, Estelle. Sí, a veces todo se volverá complicado. Sí, algunos días tendré más trabajo que otros, pero nunca estarás en un segundo plano. Te lo prometo. Lo que tenemos es muy especial. Es real. No quiero perdérmelo nunca más. —Entrelaza los dedos con los míos mientras habla—. La mayoría de la gente se pasa la vida soñando con esto. Por eso te pido que salgas conmigo esta noche —insiste al tiempo que se lleva mis manos a la boca para besarme los nudillos—. Por favor, sal conmigo.

Tiene la expresión que he visto en su rostro un millón de veces, cuando por ejemplo está cambiando una rueda pinchada o leyendo la información sobre un paciente en el hospital. Me doy cuenta de que es su mirada decidida. Su mirada de «no pienso detenerme hasta que me digas que sí». Y luego este dulce y encantador chico de al lado esboza una sonrisa con la que pretende decirme que no es un lobo, y sé que no voy a poder rechazarlo.

—Es la última vez que accedo —prometo después de una larga pausa.

—Es la última vez que te lo pido —responde, guiñándome un ojo mientras se levanta y me abraza. Recogemos todas nuestras cosas y me lleva a mi nuevo hogar después de que le dé la dirección. Mucho más tarde, cuando estoy en casa, me pregunto si parte de su gran plan es pedirme que me mude a San Francisco con él. Sinceramente, no sé si lo haré, pero tampoco sé cómo podría no hacerlo. Me da la impresión de que llevo esperando esto toda la vida.

Me ducho y me visto de forma informal, como él me ha pedido. Unos vaqueros, botas y una *pashmina* encima de la camiseta. Después de cerrar las ventanas de la casa, me siento en el porche para disfrutar de la vista mientras espero. Es un refugio pequeño; la puerta de entrada en realidad es la que hay en la parte de atrás, ya que el porche está enfrente de la playa, pero se aparca

por el otro lado. Sin embargo, no me sorprende escuchar el sonido de sus pasos por el lateral de la casa. Oliver nunca ha sentido inclinación por usar la entrada principal.

Aparece ante el porche y se detiene delante de los escalones. Pero no me ha visto todavía, y si lo ha hecho, no da ninguna señal. Le veo entrecerrar los ojos mientras mira al mar, y sonrío. Tiene las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros y la cara inclinada hacia atrás. Su expresión es de relajación absoluta. Se pasa la mano por el pelo castaño claro cuando se lo azota una ráfaga de aire. Después de estar así un rato, se endereza y se da la vuelta para mirarme. Sus ojos verdes se iluminan de sorpresa al verme allí sentada.

—Me he distraído un poco —se disculpa con una sonrisa.

—Es difícil no hacerlo —respondo, poniéndome de pie. Victor me ha ayudado a traer las cosas más importantes, porque, una vez que me dieron las llaves, no quise esperar al fin de semana para mudarme.

Oliver recorre los dos pasos que me separan de él y suspira mientras me mira.

—¿Preparada?

—Parece como si lamentaras esta cita —comento con una sonrisa.

Echa un vistazo por encima del hombro y mis ojos siguen la dirección de su mirada. Las olas lamen lentamente la arena, mientras el sol va muriendo. Nuestros ojos se encuentran otra vez, y sonrío.

—Si hubiera visto antes este lugar, habría organizado la cita aquí.

Sonrío y le cojo la mano, aunque me detengo cuando comenzamos a bajar los escalones.

—Tenemos coche —le recuerdo entre risas al ver que le lanza a la playa una mirada final—. Podemos regresar —añado en un susurro, como si fuera una especie de secreto.

Se pone serio al volver a mirarme y me hace retroceder hasta que noto en la espalda la puerta cerrada. De repente, como si estuviera luchando consigo mismo, recupera el control con un suspiro.

—Venga, vamos. Tú delante.

Me siento un poco aturdida. Una parte de mí desea que me hubiera besado y haber terminado de una vez. Otra está contenta de que no lo haya hecho, pero es tan pequeña que apenas la escucho. Me doy la vuelta, abro la puerta, la cierro a nuestra espalda y atravieso la casa lentamente para que pueda estudiarla mientras vamos hacia la salida.



—¿Te gusta? —le pregunto.

—Creo que decir que me ha enamorado es una definición mejor —dice con los ojos clavados en mí. Noto un aleteo en el estómago y sonrío.

Recorremos una ruta que me resulta muy familiar mientras ignora las miradas inquisitivas que le lanzo. Pero la sonrisa que juega en sus labios me dice que las está percibiendo. Aunque quiero preguntarle adónde vamos, permanezco en silencio, esperando a que él hable primero. No lo hace; sigue sin decir nada hasta que llegamos a una casa en las colinas. Detiene el coche ante una verja y la abre con un mando a distancia. Recorre lentamente el camino de acceso hasta aparcar delante de la vivienda.

—Tengo que dejarle algo a Sander —me dice—. Solo será un minuto.

—Vale. —No sé si salir del coche. Hace años que no veo a su hermana. La última vez que nos encontramos, llevaba a Sander en una bandolera sobre su pecho, y por lo que me ha dicho Oliver, ahora es un niño de casi cuatro años.

Apaga el motor y me lanza una sonrisa.

—Un minuto... —repite.

Sonrío y salgo del coche para acercarme al maletero igual que él.

—Tienes que ser la persona más ordenada que conozco —comento mientras miro aquel espacio casi vacío. Lo que guarda allí, la bata de médico y un par de deportivas, está cuidadosamente colocado a un lado. Sonríe antes de dejar una bolsa en el suelo, luego se quita el jersey de punto negro que lleva puesto. La camiseta gris con el cuello en V que lleva debajo se le sube con el jersey, dejando su estómago al descubierto, y mis ojos se quedan pegados allí hasta que él se baja la tela con una risita. Busco su mirada, y me agarra la barbilla al tiempo que pega la cara a la mía.

—Mi pequeña Elle, eres un gran problema —asegura, con ojos brillantes. Deja caer la mano, coge la bolsa y se acerca a la casa conmigo pisándole los talones. Miro a través del cristal que hay junto a la puerta mientras esperamos que nos abran.

Un pequeño destello de rizado pelo castaño corre hacia la puerta, y la carita de Sander aparece al otro lado del cristal. Sus grandes ojos verdes se abren como platos al ver a Oliver.

—¡Es el tío Bean! —grita—. ¡Mamá, el tío Bean está aquí!

—Ya te he oído. ¡Voy! —grita ella, avanzando por el pasillo. Esboza una amplia sonrisa cuando me ve. Oliver se agacha y, en cuanto ella abre, Sander se arroja sobre él, rodeándole el cuello con los brazos. Empieza a reírse

cuando Oliver le hace pedorretas en el cuello. Verlo con este niño tan adorable casi es demasiado para mí.

—Elle... Cuánto tiempo sin verte... —me saluda Sophie antes de darme un abrazo.

—Me da la impresión de que cada vez que te veo, tienes buenas noticias que compartir. —Esbozo una sonrisa mientras le froto la enorme barriga de embarazada con una mano.

Ella hace una mueca, sonriente, y niega con la cabeza.

—Esta noticia fue una sorpresa. —Nos invita a entrar con un gesto y la seguimos a la cocina.

—Sander, esta es Estelle. La conociste hace tiempo, pero eras un bebé, así que seguro que no te acuerdas —explica Oliver, mientras le da la vuelta para que me mire del revés.

—Hola, Estelle. Tienes un pelo muy bonito. —No puedo reprimir una risita.

—Hola, Sander. Tú tienes unos ojos muy bonitos.

Oliver me sonrío y siento como si estuviera tocando mis ovarios y apretándolos para asegurarse de que no se pierden esta escena.

—Tu casa es muy chula —comento mientras miro a mi alrededor.

—Gracias. A Dan le gustará saberlo —dice Sophie con una sonrisa—. ¿Cómo va el negocio del arte?

—Bastante bien. —Sonrío y pienso en la pintura que ha vendido Dallas, y en lo mucho que están cotizándose los corazones caleidoscópicos últimamente.

—Me encantan tus corazones —asegura.

—Hablando de eso... —interviene Oliver dejando a Sander encima del mostrador para sacar de la bolsa la caja que le entregué esta mañana. Se la da a su hermana y vuelve a meter la mano para coger un superhéroe para Sander.

—¡Guau! ¡Qué guay! Gracias, tío Bean. —Sander empieza a sacar el juguete del paquete en el que viene.

—Es precioso —dice Sophie mientras sostiene el corazón entre sus manos—. Muchas gracias.

Sonrío un poco sonrojada y me miro los pies. La risa de Oliver hace que se me caliente la cara todavía más. Adoro lo que hago, me siento orgullosa de mi arte, pero me siento rara cuando alguien como Sophie, de quien creo que busco aprobación, lo examina con tanta atención.

—Deja de ser tan jodidamente perfecta —me gruñe Oliver al oído. Solo puedo sonreír y empujarle el hombro.

—¿Has hecho muchos como este? —se interesa Sophie.

—Sí, pero lo cierto es que voy a dejar de realizarlos durante un tiempo.

—¿De verdad? —Se sorprende, y puedo sentir los ojos de Oliver clavados en mí. Todavía no se lo he dicho a nadie.

—Me da la impresión de que si hago demasiados, pierden parte de su singularidad. No es que sean especiales, pero ya sabes a lo que me refiero. — Me sonrío de nuevo. No puedo recordar la última vez que me sentí como si estuviera debajo del visor de un microscopio.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir. —Sophie asiente con la cabeza—. A veces me siento así con respecto a mis historias. Me encanta escribirlas e ilustrarlas, pero a veces es como si pensara que si publico demasiadas a la vez, solo será «otro cuento de Sophie Hart». Lo entiendo.

—Sí, eso es. Así que seguramente me tomaré un pequeño descanso. Es decir, los pintaré y seguiré haciéndolos; tampoco puedo dejarlo sin más, pero no voy a venderlos durante un tiempo.

—Está bien. Chicas, tenemos que irnos. Solo quería traértelo antes de que estuviera muy ocupado —explica Oliver antes de darle un beso a Sander en la frente y ayudarlo a saltar desde la encimera. Luego rodea la isla y le da otro beso a su hermana. Veo cómo se ríe de lo que ella le dice al oído.

Me despido de Sander y Sophie.

—¿Sabes lo que va a ser? —pregunto después de abrazarla.

—Queremos que sea una sorpresa. Llegados a este momento, ya no importa, viene y punto. —Su sonrisa me hace sonreír.

—Me parece genial.

—Es una locura —asegura Oliver, negando con la cabeza.

—No empecemos, Oliver.

—Solo es mi opinión. —Se encoge de hombros.

Sophie pone los ojos en blanco y me mira.

—Por eso le ha llevado tanto tiempo pescarte, lo sabes, ¿verdad?

—Sophie —gruñe Oliver.

—Solo es mi opinión —replica ella, repitiendo sus palabras.

Él me pone el brazo en los hombros mientras vamos al coche, y hunde la cara en el hueco de mi cuello.

—¿Te hace gracia?

—¿Que todos digan que tienes una personalidad obsesiva compulsiva y que te gusta dar por culo? Sí.

Me pellizca el lóbulo de la oreja mientras me abre la puerta.

—Hablando de dar por culo...

—¡Oh, Dios mío...! —gimo y me río mientras me hundo en el asiento.

—Solo es mi opinión —dice una vez más mientras enciende el coche, sonriendo.

Después de un par minutos discutiendo sobre qué música vamos a escuchar —él prefiere hip hop y yo pop—, terminamos por no escuchar ninguna porque suena su teléfono y la voz de mi hermano se filtra por los altavoces.

—¿Estás con mi hermana? —pregunta antes de nada.

—Sí, y está oyéndote por el *bluetooth* —responde Oliver.

—¡Hola, Elle! —saluda Victor.

—Hola, Vic.

—¿Qué vais a hacer? Jenson está otra vez por aquí y quiere que nos juntemos para tomar algo en el sitio de costumbre. ¿Os apetece venir? —pregunta.

Oliver me mira por el rabillo del ojo.

—¿Esto es la típica clave «llévala al pub con la pandilla para que ella sepa que no solo quieres sexo»? —me intereso, arqueando una ceja. Él abre la boca y suelta una risa de sorpresa. Victor se queda en silencio durante un rato antes de imitarlo.

—Dios, no... —asegura mi hermano.

Oliver me coge la mano y me la aprieta.

—Solo para que quede claro: lo mío con tu hermana va a ser todo lo contrario. Si hago eso, lo que significará será: «Voy en serio con esta chica. Quiero que vaya conmigo a todas partes y a todas horas» —dice, mirándome al parar en un semáforo en rojo.

—Esto se pone interesante —murmura Victor—. Os guardaré dos sillas.

Nos reímos cuando pone fin a la llamada.

—Quiero que sea así, Elle. Siempre.

Aparca delante del pub y, cuando salimos, me rodea con un brazo para acercarme a su cuerpo—. Quiero venir contigo aquí, y si decides que no te apetece acompañarme, quiero recibir mensajes tuyos diciéndome que me echas de menos.

Me vuelvo para mirarlo cuando llegamos a la puerta.

—Eso es lo que yo quiero también —digo sonriente.

Entramos con los dedos entrelazados, y somos recibidos por un gemido de Jenson y los aplausos de Victor. Nos sentamos uno al lado del otro, y hablamos y reímos como hemos hecho siempre, pero esta vez libremente. Es como si todo estuviera encajando por fin en su lugar.

## 38

—Se te dan genial los niños, ¿te gustaría tener alguno? —pregunto mientras vamos en el coche de Oliver después de salir de una gala benéfica del hospital.

Busca mi mano en mi regazo, y miro su expresión seria.

—¿Vamos a jugar a las preguntas?

—Quizá... —Una pequeña sonrisa me curva los labios.

—¿Podemos empezar dentro de... aproximadamente... tres minutos? —dice—. ¿Cuántas citas hemos tenido hasta ahora?

Frunzo el ceño, tratando de acordarme.

—No lo sé... Guau, de verdad, no lo sé —murmuro—. Sin duda más de las que esperaba.

Oliver se ríe.

—Muy bonito, Elle. Muy bonito... —se burla mientras gira hacia la calle de mis padres.

—Ni que no hubiera nada más en el mundo —suspiro, más para mí que para él. Me aprieta la mano sin responder y me guiña un ojo mientras aparca en el camino de acceso a la casa de mis padres—. Sabes que no están en la ciudad este fin de semana, ¿verdad?

Oliver no añade nada, se limita a salir del coche y lo rodea con rapidez para abrirme la puerta. Me coge la mano y me mira con un suspiro. Me da un beso en la coronilla antes de que me guíe hacia el lateral de la casa, por donde vamos hacia el patio, pasando por delante del cuarto de baño donde estuvimos juntos. Solo se detiene al llegar a la puerta trasera.

—Entra y ve a la cocina. Te he dejado allí algo —explica.

Lo miro fijamente.

—¿Vas a escalar el árbol?

Se ríe.

—¿Vas a dejar de hacerme preguntas hasta que sea el momento?

—Vaaaale... —Aunque estoy poco convencida. Abro la puerta y entro para ir a la cocina, como me ha indicado. Allí me encuentro con una nota que dice:

«Por tu rodilla».

Frunzo el ceño hasta que veo debajo un trozo roto de cristal negro. Lucho contra las abrumadoras emociones que comienzan a agolparse en mi pecho en el momento en el que lo recojo. Salgo de la cocina y voy hacia las escaleras. Cuando levanto el pie para subir el primer escalón, me detengo con un grito ahogado; hay una nota en cada peldaño, junto con un cristal roto de color negro.

«Por el ballet».

«Por cada vez que te encerré en una habitación a oscuras».

«Por cada vez que te rompí un lienzo».

«Por cada vez que te llamé gallina (y no era cierto)».

«Por cada vez que fingí no verte».

«Por cada beso que no te di».

«Por cada risa que eché de menos».

«Por cada logro que no compartimos».

«Por cada vez que me marché».

«Por cada vez que te hice llorar».

Cuando llego a mi habitación, tengo once pedazos de vidrio negro y el mismo número de tarjetas, y las lágrimas me empapan las mejillas. Empujo la puerta con el pie y me encuentro a Oliver sentado en el tejado, al otro lado de la ventana, con una cajita blanca entre las manos. Me acerco, dejo los trozos de cristal en el escritorio y agacho la cabeza para salir a su lado. Encierra mi cara entre sus manos y me seca las lágrimas con los pulgares, pero su gesto hace que mi llanto sea más fuerte, hasta que al final me río y lloro a la vez.

—Lo siento. Creo que dejaré de llorar en cualquier momento —me disculpo al tiempo que me limpio la nariz con la mano. Me arrodillo junto a él, que me estudia fijamente. Abre la caja mientras me mira a los ojos, y solo bajo la vista para ver qué hay en el interior. Contiene más piezas rotas de vidrio, pero estas son de colores brillantes y vibrantes.

—Por cada sonrisa —dice, sacando la primera pieza para ponerla a nuestro lado. Por cada lágrima de felicidad. —Coge otra—. Por cada risa. Por cada vez que veo brillar tus ojos. Por cada buena noticia. Por cada mala noticia. Por cada discusión. Por cada beso. Por cada abrazo. Por cada mañana. Por

cada noche. Por cada error que cometa y que trataré de enmendar.

Cuando termina de colocar el último cristal, me mira.

—Quiero un 21 de octubre —dice, y solo continúa cuando subo los ojos a los suyos—. Quiero viajar en el tiempo y volver al principio. Quiero decirle a mi padre que él estaba equivocado sobre la vida. Quiero decirle que no se puede esperar, y que no se puede dejar a un lado el amor por cosas triviales como el dinero. Quiero volver a subirme a este tejado y gritar que me enamoré de ti ese día. Porque te amo, Elle. A pesar de todas mis estupideces y de mis huidas, jamás he dejado de amarte. Quiero volver a esa fiesta y quedarme en la cama contigo para poder hacer bien las cosas. —Se señala los puntos en el mentón—. Y habríamos averiguado las consecuencias juntos. Pero sobre todo, quiero volver a esos momentos en los que esquivé tus preguntas sobre el amor y decirte que encontré a mi elegida. Que me la encontré llorando en este tejado una noche. Que me la encontré en una cafetería cuando más la necesitaba. Que me la encontré bailando con otro hombre y plantando hierbas aromáticas. Que me la encontré ocupándose de extraños y de niños que necesitaban que alguien los escuchara.

—¿Y por qué sabes que es la elegida? —susurro, limpiándome las lágrimas que me resbalan por la cara.

Lleva una mano a mi mejilla y me la acaricia con el pulgar.

—Lo sé porque cuando no está conmigo, siento como si me faltara el oxígeno, e incluso cuando estoy con ella, no puedo aspirar el aire suficiente. Me has preguntado si quiero tener niños, y la respuesta es que quiero cualquier cosa, todo lo que quieras darme. Quiero tus mañanas y tus noches. Quiero tus discusiones y tus ojos. Quiero tus codazos si te abrazo con demasiada fuerza por la noche. Quiero tus gemidos cuando te cuento un chiste malo y también los quiero cuando te hago disfrutar.

—¿Y yo qué consigo? —pregunto con un ronco susurro.

—Todo. —Me mira como si estuviera loca por haberlo preguntado—. Estoy empezando mi carrera laboral y todavía me quedan por devolver un montón de préstamos universitarios. No tengo un millón de dólares y no puedo comprarte una galería todavía. —Hace una pausa para sonreír—. Ni hacer contigo muchos viajes. Y podría llevarme algo de tiempo encontrar un trabajo aquí, con unos turnos más normales que los que tengo en el hospital, pero si estás conmigo, Elle, no me importa. Mi cuerpo es tuyo. —Puso mis manos sobre su pecho—. Mi mente es tuya. Mis manos son tuyas, mi corazón



es tuyo. Todo lo que tengo es tuyo. Todo lo que soy te pertenece.

Me pongo de rodillas y libero mis manos para rodearle el cuello.

—Por cada vez que hiciste que me sintiera inteligente —susurro, besándolo en la sien—. Por mirarme como si fuera la única chica del mundo. —Lo beso en la esquina del ojo.

—Es que eres mi chica favorita del mundo —murmura mientras cierra los párpados y respira hondo, como si estuviera reclamando mi olor como suyo.

—Por tratarme como si fuera importante. —Le beso la mejilla.

—Eres la persona más importante de mi vida —afirma, abriendo los ojos para encontrarse con mi mirada.

—Por dejarme espacio para que pudiera crecer. —Le beso en la comisura de la boca—. Por amarme. —Continúo bajando hacia su mandíbula, donde tiene los puntos.

Me mira con asombro cuando retrocedo y sonrío.

—Cásate conmigo —me pide con una determinación en la voz que hace que el corazón se me acelere—. Y no me refiero a comprometernos y esperar un año para casarnos mientras vivimos juntos. Quiero ponerte el anillo en el dedo y reclamarte para que todo el mundo sepa que eres mía. Quiero saber que eres mía. Quiero que sepas que soy tuyo, y que esta no es una relación cualquiera. Quiero que sea un «para siempre», y quiero que empiece ahora mismo. —Toma aire, parpadea mientras me mira como si quisiera asegurarse de que aún estoy ahí—. Quiero que nos casemos mañana. Si luego quieres una gran boda, podemos celebrarla más adelante.

Se ríe cuando hago una pausa muy larga, porque estoy demasiado conmovida.

—O no. Si solo quieres que vivamos juntos, vayamos a tu casa, pero no quiero que tengamos que separarnos después de cada cita. No quiero que tengamos un cajón en la casa del otro, quiero que el armario esté lleno con la ropa de los dos —explica, sujetándose la cara—. Quiero que nos tropecemos cuando nos vistamos por la mañana. Lo quiero todo, Elle. Y no...

Me inclino y lo beso, tragándome el resto de sus palabras y, con suerte, todos los pensamientos que corren por su mente. La imagen que me está pintando es demasiado buena para que yo no la quiera también. Deseo todas sus mañanas y sus noches. Es como si llevara diez años esperando escuchar esas palabras, y aunque estuve comprometida y viví con otro hombre durante un tiempo, nunca había tenido el «... y si Oliver entrara y me pidiera que me

fuera con él». Nos besamos durante mucho tiempo, entrelazando las lenguas mientras entierro los dedos en su pelo y él me sujeta la cara entre las manos, con nuestros corazones latiendo al unísono. Cuando dejamos de besarnos, asiento moviendo la cabeza con firmeza, y él suspira con un gesto largo y lleno de alivio, como si acabara de ganar una especie de subasta.

—Yo también quiero todo eso. Lo quiero todo —susurro, y él me brinda una enorme sonrisa—. No sé si lo sabes, puedo trasladarme... El contrato de alquiler de la galería ha terminado. —Hago una pausa para respirar hondo—. Puedo ir contigo a donde quieras —confirmo. Volvemos a entrar en mi habitación y le sonrío.

—¿Trasladarnos? ¿Estás de broma? Estoy pensando en gastarme todo lo que tengo ahorrado en comprar esa cabaña en la que estás viviendo.

Me río.

—Solo quiero que sepas que si quieres marcharte, cuentas con todo mi apoyo.

—Mi hogar está aquí, Elle. Quiero quedarme. —Se detiene en el último escalón y me acaricia la cara, rozándome también los labios—. Además soy muy simple. Solo te necesito a ti.

Y esa es la promesa que nos hacemos el uno al otro. No importa lo loca que sea la vida, siempre nos seremos fieles el uno al otro. Compartiremos nuestros sueños, nuestros fracasos, nuestras sonrisas y nuestros enfados. Día tras día, nos volveremos un poco locos y nos recordaremos lo enamorados que estamos. Porque así es el tipo de amor que tenemos, el que no viene en una botella, pero puede rellenar miles de ellas, porque tenemos tanto que nos sobra.

## EPÍLOGO

*Oliver*

Cuando éramos niños, mi hermana siempre pedía deseos a las estrellas. Juraba que solo se hacían realidad porque hacía eso. Como era mayor y más sabia que yo, la creí, y comencé a hacer lo mismo. Cuando tenía cinco años, deseé tener dinosaurios de juguete. Cuando tenía siete, deseé que mi padre regresara a casa. Cuando cumplí ocho, que mi madre trabajara menos horas. Cuando fueron nueve, me di cuenta de que pedir deseos a las estrellas era una pérdida de tiempo porque ninguno se hacía realidad.

Aun así, cuando tenía diecinueve años, me senté en el tejado de la casa de una chica preciosa, y deseé que todo fuera diferente. Cuando tenía veintiuno, supe que las circunstancias lo eran todo, y quise que volviéramos a encontrarnos cuando estas fueran diferentes. A los veintiséis, recé para que las cosas hubieran sido distintas y no la hubiera perdido. A los veintiocho, cuando la vida nos reunió de nuevo, dejé de pedir deseos y comencé a cumplirlos.

Y aquí estoy, a los veintinueve, mirándola mientras se acerca a mí con un largo vestido blanco, frente a todos nuestros seres queridos, y deseando poder congelar este momento en el tiempo. Quiero grabar en mi mente ese instante en el que sus expresivos ojos color avellana se encuentran con los míos, y ella parece visiblemente desconcertada por la emoción que ve en mi rostro. Sé, sin ninguna duda, que nunca me cansaré de observarla mientras se acerca a mí. Escucho el clic de una cámara a mi lado, y sonrío cuando una ráfaga de aire nos envuelve. La misma brisa que despierta las olas a nuestra espalda hace que el largo pelo oscuro de Estelle le cubra la cara. Se toma un momento para apartárselo con una mano y yo aprovecho para darle un abrazo a su padre.

—No es necesario que te dé la bienvenida a la familia, pues siempre has formado parte de ella, pero me siento orgulloso de llamarte hijo de forma

oficial. Por fin. —Sus palabras llegan acompañadas de una risa cordial y un apretón de manos.

No respondo, limitándome a sonreír. No soy un charlatán, pero sus palabras hacen que una oleada de emociones crezca en mi interior. Me vuelvo hacia la mujer que se ha convertido en mi esposa hace cuatro meses y sonrío. Me siento el cabrón más afortunado del mundo, porque lo soy. Nos casamos al día siguiente de proponérselo, tal y como le dije. En cuanto aterrizó el vuelo de sus padres, los recogimos en el aeropuerto, llamamos a Vic y a Mia y fuimos al juzgado. Incluso Dallas se presentó para la ceremonia, lo que fue una ventaja, ya que ahora no lo relaciono con el tiempo que ella estuvo con Wyatt, como solía hacerlo.

Trasladé mis pertenencias a la cabaña en la playa y trabajé en el hospital mientras buscaba otro trabajo permanente. Tardé un par de meses, pero al final lo encontré. La mejor parte de mi trabajo —además de que estoy codo con codo con un gran equipo de médicos en un buen ambiente— es que nos hemos podido quedar en Santa Bárbara. Cuando terminó el contrato de alquiler de la galería, adquirimos un local, cerca de la casa de la playa. Todavía está preparándola y, aunque la ayudo todo lo que puedo, es su espacio. Son sus sueños los que ella hace reales cuando entra allí, aunque me siento muy feliz de que me permita formar parte de todo ello.

Cuando siento que Estelle me coge la mano, sonrío y la acompaño ante el cura para casarnos de nuevo, frente a todos nuestros amigos y familiares.

—Se supone que tienes que mirarlo —susurra.

—Pero voy a casarme contigo, no con él.

Se ríe mientras busca mis ojos.

—Te prometo que vas a poder mirarme durante el resto de tu vida. Pero no todo el tiempo, resultaría espeluznante.

Me inclino y la beso en la punta de la nariz.

—Si fuera esa clase de mirada...

—Vale... Tenéis que callaros ya, en serio —nos interrumpe Victor con un gemido.

—Sí, nadie quiere saber cómo continúa esa conversación —agrega Mia.

—Mantened algunas cosas en privado —interviene Jenson.

—Estoy a punto de echaros a todos de aquí —digo en respuesta al carraspeo del cura, que se aclara la garganta y arquea las cejas con impaciencia.

La ceremonia continúa sin interrupciones. Hacemos nuestros votos, que son breves y genéricos, y los dos sonreímos al recordar aquellos votos más largos, los que nos recitamos el uno al otro en la cama, la noche después de obtener la licencia de matrimonio. Nos ponemos los anillos y volvemos a cogernos las manos y, cuando nos nombran «señor y señora Hart», nos miramos de nuevo. Es como si desapareciera todo lo que nos rodea. Entrecerramos los ojos, hundo los dedos en su pelo, ella me acaricia la mandíbula y nos movemos casi a cámara lenta, escudriñamos cada centímetro de la cara del otro, totalmente perdidos en el momento.

Al oír el sonido de las olas rompiendo en la distancia, a Estelle se le llenan los ojos de lágrimas, pero sonríe. El júbilo que hay en sus ojos se corresponde con lo que yo siento dentro. De repente, en el momento justo antes de que nuestros labios se toquen, unas gotas de lluvia comienzan a caer sobre nosotros. Retrocedemos levemente y volvemos la cabeza hacia el cielo. Los invitados empiezan a cantar que nos besemos, así como un montón de «¡Deprisa!», y de «¿A qué están esperando?». Pero nosotros nos quedamos inmóviles. Sonreímos, nos reímos y, por fin, acerco su rostro al mío y mis labios se posan sobre los suyos, entregándome, tomando, ofreciendo, preguntando, suplicando, prometiendo... La beso con todo mi ser, imperfecto pero dispuesto, lleno de esperanza y de potencial.

«Tómame —le digo con la lengua—. Déjame demostrarte lo que soy. Seré digno de ti, te lo prometo».

Y ella me devuelve el beso con la misma pasión, sellando nuestros votos.

## AGRADECIMIENTOS

A Corinne Michaels y CD Reiss, por sus excelentes y útiles comentarios, a Christine Estevez y a mis locas.

A Mia Asher; si no fuera por ti, nunca hubiera llegado a escribir este libro. A Barbie Messner, por su pericia. A Rachel Keenan, por todo, como de costumbre. A Bridget Peoples, Calia Read, Jennifer Wolfel, Milasy, Happy Driggs, Trish Mint, Jessica Sotelo, Roxie Madar, Taryn Cellucci, Sandra Cortez, Yaya Citron, Crysti Perry, Trisha Rai, Lisa Chamberlin, MJ Abraham, Stephanie SSB Brown, Amy Cosme.

A mi agente, Rebecca, por ser dura conmigo.

A mi editora, Tracey, que trabajó en el manuscrito durante las vacaciones.

A mi diseñadora de portadas, Sarah (Okay Creations), por realizar una cubierta mucho más increíble que la que había imaginado.

A Stacey, de Champagne Formats, por adaptar a mí su horario.

A mis relaciones públicas, Melissa y Sharon de Sasse y Savvy..., sin vosotras estaría perdida, literalmente.

A Perrywinkle Photography, por hacer unas increíbles fotos para esta historia.

A Jenn Watson por sus maravillosos gráficos.

A Rockstars of Romance, por ser los artífices de mi campaña promocional y lidiar con mis alocadas locas.

Puedes seguirme en:

Facebook: [www.facebook.com/Ccontrerasbooks](http://www.facebook.com/Ccontrerasbooks)

Twitter: @Claricon

Instagram: ClaireContreras

# **CONTENIDO EXTRA**

## SINOPSIS DE *CORAZONES QUE SE ROMPEN*



Estelle siempre ha estado enamorada de Oliver: por ser el mejor amigo de su hermano, por estar siempre alrededor... y por la evidente química que siempre ha habido entre los dos. Pero el destino se interpone para que sus caminos se separen: Oliver se marcha para estudiar medicina... y Estelle se queda con el corazón roto.

Tiempo después, Estelle es propietaria de una galería de arte. Se encuentra superando la pérdida de su prometido, fallecido un año atrás. A pesar de tener el corazón roto de nuevo, Estelle sabe que puede seguir adelante, pero no cuenta con la vuelta de Oliver, convertido ya en médico residente, ni con la oferta que este le hace para que pueda dar clases de arte a los niños de su hospital.

Ahora ambos deberán enfrentarse a la atracción que sigue existiendo entre los dos y luchar contra el pasado para saber si merece la pena tener una segunda oportunidad, para saber si los corazones que se rompen pueden volver a su estado original..., para saber si su pasión desmedida también es amor entre los dos...



## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

**CLAIRE CONTRERAS** Aparece periódicamente en la lista de *bestsellers* del *New York Times*. Sus novelas tratan desde suspense romántico hasta romance contemporáneo y son traducidas en la actualidad a siete idiomas diferentes.

Vive en Miami, Florida, con su marido, sus dos adorables hijos, tres bulldogs, y dos gatos callejeros que se niega a admitir que son suyos (aunque vivan en su porche, les haya puesto nombre y continúe dándoles de comer). Cuando no se encuentra escribiendo una nueva historia, normalmente está perdida en las páginas de otra...

*Corazones que se rompen*, editada en la colección Phoebe de Pàmies, es su primera novela publicada en España.



[www.clairecontrerasbooks.com](http://www.clairecontrerasbooks.com)

FB: @CContrerasBooks

TW: @ClariCov

IG: clairecontreras



FANPICS  
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



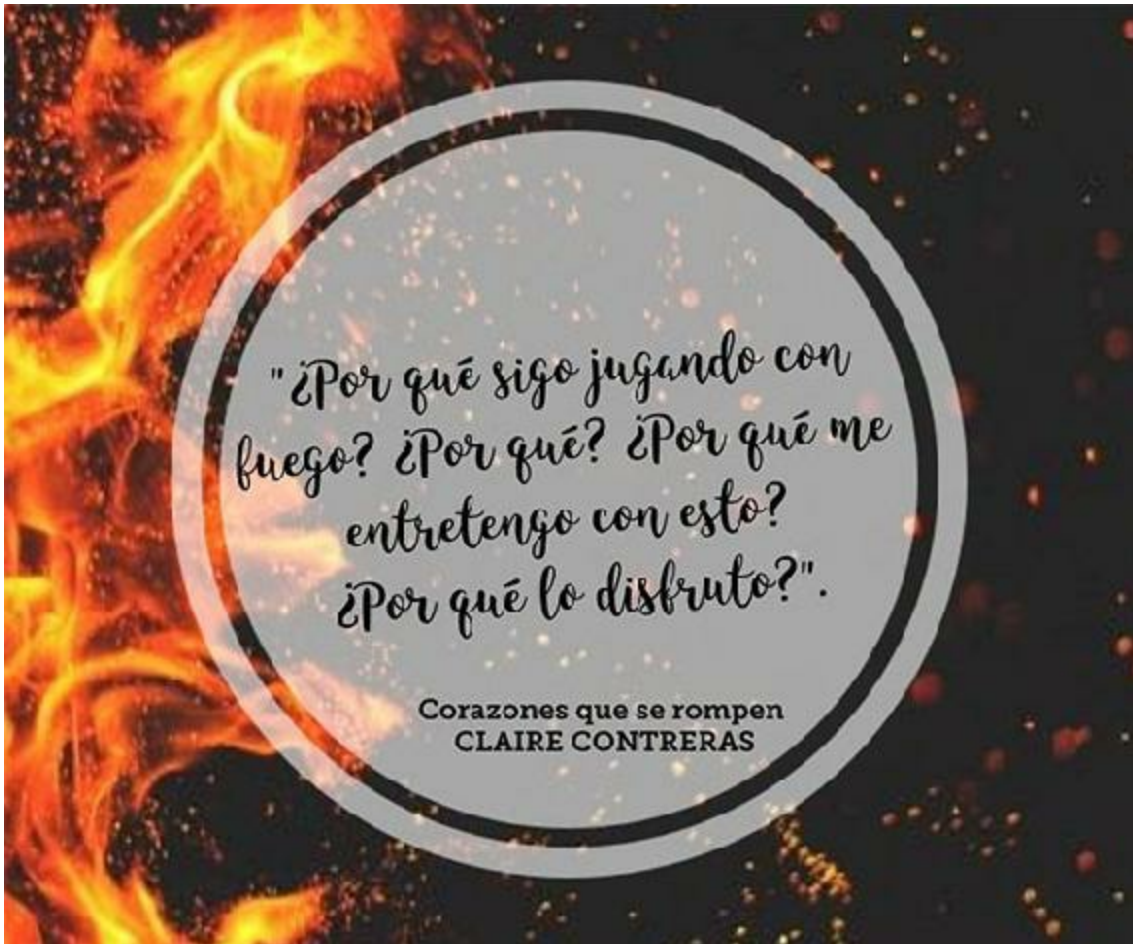
FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



## FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS  
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS  
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)

